

EL SÉPTIMO CÍRCULO

**EL CASO
DE LOS
BOMBONES
ENVENENADOS**

ANTHONY BERKELEY



Lectulandia

Esta es una de las cumbres del policiaco a la inglesa, el «Who done it?», que domina en esta etapa clásica de su desarrollo. Lo que hace única a esta narración (y a esta intriga) es el admirable procedimiento del autor. Se comete un crimen ante el que Scotland Yard se siente impotente y un grupo de aficionados, un Círculo del Crimen, se confabula para encontrar la solución al enigma. Se darán tantas soluciones como componentes hay del grupo y lo extraordinario es que todas ellas explican el enigma, mas solo una es la verdadera. Pero hay más: el remate perfecto es que esta vez no se produce la acostumbrada reunión final en la que el agudo detective explica al fin el misterio a sus atónitos oyentes; por el contrario, los oyentes no son simples personajes sino auténticos detectives aficionados y, lo más admirable, es el lector quien tiene que deducir del soberbio y sugerente final quién es el asesino conjuntamente con ellos. Un prodigio de construcción novelesca de la intriga. Una obra maestra.

Lectulandia

Anthony Berkeley

**El caso de los bombones
envenenados**

Roger Sheringham - 5

El séptimo círculo - 59

ePub r1.8

Titivillus 23.09.17

Título original: *The Poisoned Chocolates Case*

Anthony Berkeley, 1929

Traducción: Lucrecia Moreno de Sáenz

El séptimo círculo n.º 59

Portada de José Bonomi, retocada por Dr.Doa

Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares

Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

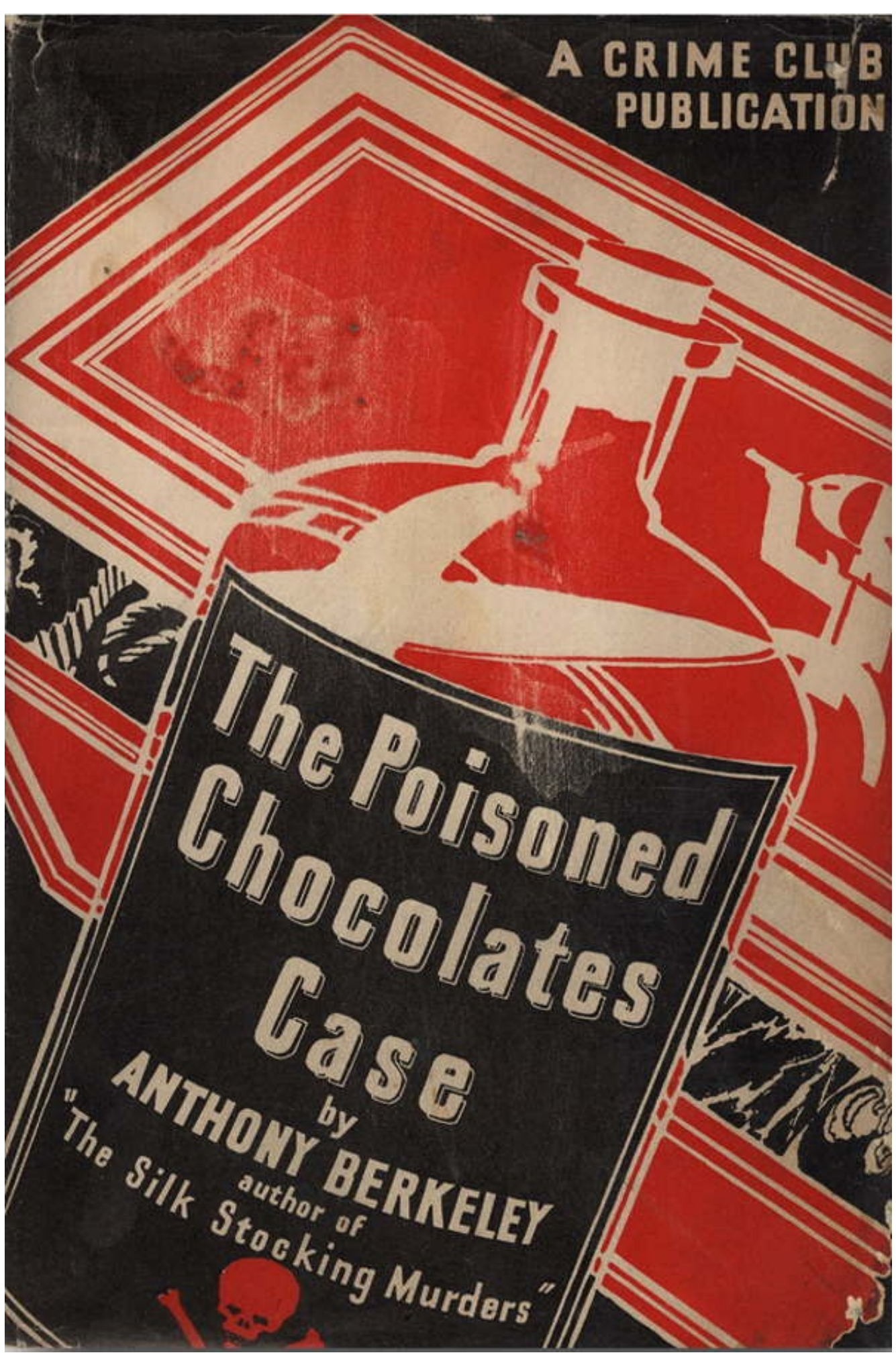
más libros en lectulandia.com

THE POISONED CHOCOLATES CASE



ANTHONY BERKELEY

A CRIME CLUB
PUBLICATION



**The Poisoned
Chocolates
Case**

by
ANTHONY BERKELEY
author of
"The Silk Stocking Murders"



EL SÉPTIMO CÍRCULO



**COLECCIÓN DIRIGIDA POR JORGE LUIS BORGES
Y ADOLFO BIOY CASARES.**



NOTICIA

El escritor inglés Anthony Berkeley es casi tan misterioso como sus argumentos. Se ha averiguado, sin embargo, que su verdadero nombre es Anthony Berkeley Cox, que sus primeras novelas pertenecían al género psicológico, que colaboró en la famosa revista Punch y que fundó el Detection Club. Se sospecha que es abogado, que vive en Londres, que ha frecuentado el periodismo, la política y la diplomacia.

En el prólogo de uno de sus libros opina que la novela policial debe ser algo más que un problema y una solución, y la juzga más afín a la psicología que a las matemáticas.

Las dos novelas más famosas de este escritor son The Poisoned Chocolates Case y Trial and Error. Las novelas firmadas con el seudónimo Francis Iles —Malice Aforethought, Before the Fact, As for the Woman—, también pertenecen a Anthony Berkeley.

A
S. H. J. COX,
Por no haber acertado
en esta oportunidad.



1

ROGER SHERINGHAM bebió un sorbo del excelente coñac que tenía delante y se arrellanó en su sillón a la cabecera de la mesa.

Entre una espesa nube de humo de tabaco, oía las voces acaloradas de los comensales, que charlaban animadamente sobre asesinatos, envenenamientos y muertes repentinas. Por fin Roger veía realizado su sueño, su Círculo del Crimen, fundado, organizado, reunido y dirigido por él exclusivamente. Y cuando en la primera reunión, cinco meses atrás, fuera elegido presidente por unanimidad, se había sentido tan lleno de orgullo y complacencia como en aquel otro día inolvidable, del pasado ya lejano, en que un ángel disfrazado de editor le aceptara su primera novela.

El Inspector Jefe Moresby, de Scotland Yard, estaba sentado a la derecha de Roger, en calidad de invitado de honor, y se hallaba dedicado, con evidentes dificultades, a fumar un enorme cigarro.

—Sinceramente, Moresby —le dijo Roger—, sin pretender restar méritos a Scotland Yard, creo que en esta habitación hay más genio criminológico (me refiero al genio intuitivo, no a la simple capacidad ejecutiva) que en ninguna otra parte del mundo, fuera de la *Sûreté* de París.

—¿Cree usted, Mr. Sheringham? —repuso el Inspector con aire tolerante. Moresby siempre se mostraba generoso ante las opiniones de los demás—. ¡Bueno, bueno! —y concentró su atención una vez más en el extremo encendido de su cigarro, tan distante de su boca, que se le hacía imposible saber, por simple succión, si estaba encendido o no.

Tenía Roger cierto fundamento para su afirmación, aparte de un justificable orgullo. La entrada a una de las selectas comidas del Círculo del Crimen no estaba al alcance de cualquiera, por el solo hecho de tener apetito^[1]. No bastaba que el futuro miembro profesase una pasión verbal por la solución de crímenes y se contentase con ello; él, o ella, tenía que probar su capacidad de llenar con eficacia los requisitos que estipulaba el Círculo.

El candidato debía demostrar no solo un intenso interés por esta ciencia en todos sus aspectos, tanto el de la investigación como el de la psicología criminológica, y

conocer al dedillo todos los casos publicados, aun los de menor importancia, sino probar además su capacidad imaginativa. En otros términos, debía poseer una clara inteligencia y saber usarla. A este fin se le exigía un trabajo escrito sobre un tema elegido entre los propuestos por los miembros, el cual era sometido al presidente. Este emitía su opinión sobre los trabajos que consideraba de valor en presencia de todos los miembros, quienes se pronunciaban al respecto. Un solo voto adverso significaba el rechazo.

Era objetivo del club llegar a reunir eventualmente trece miembros, pero hasta ahora solo seis habían logrado aprobar el examen, y los seis estaban presentes la noche en que iniciamos este relato. Había un famoso abogado; una escritora teatral no menos famosa; una brillante novelista que no poseía toda la fama que merecía; el más inteligente, si no el más simpático de los escritores contemporáneos de novelas policiales; el mismo Roger Sheringham; y, por último Ambrose Chitterwick, que no era nada famoso. Chitterwick era un hombrecillo tranquilo, sin ningún rasgo de particular interés, cuya sorpresa al ser aceptado en este conjunto de celebridades había sido aún mayor que la de ellos al encontrarle en su medio.

Con la sola excepción de Chitterwick, se trataba, pues, de una asamblea que hubiera llenado de orgullo a cualquier organizador. Aquella noche Roger se sentía no solo orgulloso, sino inquieto, pues les tenía preparada una sorpresa; siempre era divertido sorprender a personajes como estos. Con la intención de hacerlo, se puso de pie.

—Señoras y señores —dijo, una vez que cesó el ruido de copas y cigarreras que eran golpeadas sobre la mesa a modo de aplauso—. Señoras y señores, en virtud de los poderes conferidos por ustedes, se permite al presidente de este Círculo cambiar el programa de cualquiera de las reuniones. Todos conocemos el programa preparado para esta noche. Al dar la bienvenida al Inspector Moresby, el primer funcionario de Scotland Yard que nos visita (más golpes de copas sobre la mesa), nuestro plan era adormecer su discreción con una buena comida y vinos aún mejores, hasta inducirlo a relatar experiencias que jamás llegarían a oídos de la prensa. (Golpes repetidos y prolongados).

Luego de beber otro sorbo de coñac, Roger prosiguió.

—Pues bien, yo creo conocer muy bien al Inspector Moresby, y no son pocas las ocasiones en que he intentado, y con mucho empeño, llevarlo como hoy por los caminos de la indiscreción; hasta ahora no he tenido éxito. Tengo, pues, pocas esperanzas de que este Círculo, por tentadores que sean sus arrullos, logre obtener del Inspector relatos más interesantes que aquellos cuya publicación él permitiría en el *Daily Courier* de mañana. Mucho me temo, señoras y señores, que el Inspector Moresby sea un hombre insobornable.

»En vista de ello, he asumido la responsabilidad de alterar el programa de esta noche, y la idea que se me ha ocurrido tendrá, según espero, un eco muy favorable entre ustedes. Puedo aventurarme a afirmar que, además de nueva, es apasionante.

Haciendo una pausa, Roger miró sonriente los rostros interesados que le rodeaban. El Inspector Moresby, algo sonrojado, seguía luchando con su cigarro.

—La idea que tengo —agregó Roger— se relaciona con Mr. Graham Bendix — Se produjo un movimiento general de interés—. O mejor dicho —se corrigió, hablando ahora más pausadamente—, con la señora de Graham Bendix. —Al rumor de interés siguió un silencio casi absoluto.

Roger se detuvo, como buscando las palabras con gran cuidado.

—Mr. Bendix es conocido personalmente por uno o dos de los aquí presentes. En verdad; su nombre ha sido mencionado como el de una persona a quien podría interesarle pertenecer a este Círculo si fuera invitado a ello. Si mal no recuerdo, fue *sir* Charles Wildman quien presentó su candidatura.

El abogado inclinó su maciza cabeza con dignidad.

—Sí, creo que mencioné su nombre alguna vez.

—La iniciativa nunca fue seguida, no recuerdo bien por qué. Creo que uno de nosotros opinaba que nunca llegaría a pasar todas las pruebas. De cualquier manera, el hecho de que su nombre haya sido mencionado una vez demuestra que Mr. Bendix es, hasta cierto punto al menos, un criminólogo. Ello significa que en nuestras simpatías hacia él, frente a la terrible tragedia que ha sufrido, hay algo de interés personal, aun en el caso de quienes, como yo, no le conocemos personalmente.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —dijo una mujer alta y elegante sentada a la derecha de la mesa, con el tono terminante de quien está muy habituado a decir «¡Muy bien! ¡Muy bien!» con aire trascendental en las pausas apropiadas de los discursos y cuando nadie más lo hace. Era Alicia Daromers, la novelista, que dirigía numerosos clubs femeninos por simple afición, escuchaba discursos con una fruición genuina y rayana en el altruismo; en la práctica, la más recalcitrante de las conservadoras, y en teoría, partidaria entusiasta de las doctrinas socialistas.

—Mi idea es —dijo Roger sin más preámbulos— que apliquemos esas simpatías a fines prácticos.

No había duda de que la atención del auditorio había sido definitivamente asegurada. *Sir* Charles levantó sus espesas cejas grises, debajo de las cuales solía fruncir el ceño con gesto amenazante cuando algún testigo de la acusación tenía la osadía de creer en la culpabilidad de alguno de sus clientes, Y agitó sus lentes de oro, que pendían de una ancha cinta negra. Del otro lado de la mesa, Mrs. Fielder-Flemming, una mujer baja, rechoncha y más bien fea, autora de comedias arriesgadas pero altamente exitosas, y cuyo aspecto recordaba el de una cocinera vestida de fiesta, rozó con el codo a *miss* Dammers y murmuró algo a su oído, ocultando la boca con la mano. Ambrose Chitterwick parpadeó, y sus bondadosos ojos azules adquirieron la expresión de los de una cabra inteligente. Solo el autor de novelas policiales se mantenía grave e inmóvil; en circunstancias de crisis acostumbraba imitar las actitudes de su detective favorito, quien invariablemente permanecía impasible en los momentos más decisivos.

—Esta mañana llevé mi iniciativa a Scotland Yard —continuó Roger—, y si bien ellos siempre acogen con reservas las ideas de esta clase, esta vez les fue imposible poner objeciones. El resultado fue que salí de allí con la autorización oficial, aunque acordada de mala gana, para llevarla a cabo. Agregaré que el factor decisivo para obtener esta autorización fue el mismo que dio origen a mi idea —Roger se detuvo con aire de importancia y miró en torno de sí—: el hecho de que la policía ha abandonado toda esperanza de descubrir al asesino de Mrs. Bendix.

De todos lados partieron exclamaciones, algunas de disgusto, otras de consternación y otras de asombro. Todas las miradas se volvieron hacia Moresby. Este caballero, aparentemente ajeno a la mirada colectiva concentrada en su persona, acercó su cigarro al oído y escuchó atentamente, como si esperase recibir algún mensaje secreto desde sus profundidades.

Roger acudió en su ayuda.

—Este dato es absolutamente confidencial, dicho sea de paso, y sé que ninguno de ustedes lo divulgará fuera de esta habitación. Pero con todo, es un hecho irrefutable, las investigaciones serán interrumpidas, puesto que no han dado ningún resultado hasta ahora. Sin duda, existe siempre la posibilidad de que surja alguna nueva pista, pero en ausencia de esta las autoridades han llegado a la conclusión de que no pueden seguir adelante. En consecuencia, mi proposición es que nuestro club tome el caso en sus manos en el punto en que lo ha dejado la policía.

Dicho esto, Roger miró con aire de expectativa al círculo de rostros vueltos hacia él. En cada uno se leía una pregunta y, en su entusiasmo, Roger olvidó de inmediato el lenguaje del orador para caer en el familiar.

—Verán ustedes: los seis somos inteligentes, y, además de que no creo que haya ningún tonto entre nosotros, no estamos, con el perdón de mi amigo Moresby, atados a ningún método rígido de investigación. ¿Es mucho pedir, acaso, que, con nosotros seis en actividad y trabajando cada cual independientemente, uno pueda llegar a un resultado donde, hablando con franqueza, la policía ha fracasado? No creo que esto esté fuera de toda posibilidad. ¿Qué piensa usted, *sir* Charles?

El famoso abogado rio con voz grave.

—La verdad es que me parece una idea excelente, Sheringham, pero prefiero reservar mi opinión hasta que usted haya delineado su proposición con mayores detalles.

—A mí me parece una idea magnífica, Mr. Sheringham —dijo Mrs. Fielder-Flemming, quien no tenía la desventaja de poseer una mentalidad jurídica—. Yo quisiera empezar esta misma noche. ¿Tú no, Alicia? —Sus mejillas abultadas temblaron de entusiasmo.

—A decir verdad —observó el autor de novelas policiales con tono objetivo—, yo ya había formulado una teoría propia. —Este novelista se llamaba Percy Robinson, pero escribía bajo el pseudónimo de Morton Harrogate Bradley, nombre que había impresionado tanto a los ciudadanos más ingenuos de los Estados Unidos, que ese

solo atractivo había bastado para hacer agotar tres ediciones de su primer libro. Por algún oscuro motivo psicológico, los norteamericanos siempre se sienten deslumbrados por el uso de apellidos como nombres de pila, especialmente cuando uno de ellos, como Harrogate, es el de un balneario de aguas termales de Inglaterra.

Ambrose Chitterwick sonrió con expresión bondadosa, pero no dijo nada.

—Pues bien —prosiguió Roger—, los detalles están sujetos al debate, naturalmente, pero he pensado que si todos hemos de participar en la investigación, sería mucho más interesante que trabajásemos independientemente. Moresby nos presentará los hechos concretos, tal como los conoce la policía. Si bien no ha estado directamente a cargo del caso, ha debido realizar una o dos gestiones relacionadas con él y conoce muy bien todos los pormenores. Además, ha tenido la gentileza de pasar una tarde estudiando el legajo en Scotland Yard, a fin de no omitir nada esta noche. Cuando le hayamos escuchado, algunos de nosotros podremos formular una teoría inmediatamente, mientras a otros se les ocurrirán quizá posibles caminos de investigación que desearán explorar antes de formular una hipótesis. De todos modos, propongo una semana de plazo, durante la cual elaboraremos nuestras teorías, verificaremos nuestros datos y estableceremos nuestra interpretación individual de los elementos de juicio reunidos por Scotland Yard. Durante este tiempo, ningún miembro podrá discutir el caso con los demás. Tal vez no logremos nada, pero de cualquier manera será interesante como ejercicio criminológico, práctico para algunos, teórico para otros, según nuestras inclinaciones. Y lo que me parece más interesante es ver si todos llegamos a idénticas conclusiones. Señoras y señores, queda abierto el debate, como es de rigor decir en estos casos. En mis propios términos, ¿qué opinan ustedes?

Roger tomó asiento con alivio. No había acabado de sentarse, cuando le fue formulada la primera pregunta.

—En otros términos, Mr. Sheringham, ¿debemos salir y emprender nuestras propias investigaciones, o bien elaborar una hipótesis basada en los datos que nos dará el Inspector Moresby? —preguntó Alicia Dammers.

—Lo que cada uno de ustedes prefiera —respondió Roger—. Esto es lo que quise decir cuando señalé que este ejercicio sería práctico para algunos y teórico para otros.

—Pero usted tiene mucha más experiencia que nosotros en el aspecto práctico —objetó Mrs. Fielder-Flemming con un gesto de contrariedad.

—Y la policía tiene aún más que yo —replicó Roger.

—Todo dependerá, sin duda, de que apliquemos el método deductivo o el inductivo —observó Morton Harrogate Bradley—. Los que prefieran el primero, partirán de los datos suministrados por la policía y no necesitarán hacer investigaciones por cuenta propia, excepto, quizá, para verificar una o dos conclusiones. En cambio, el método inductivo exigirá extensas pesquisas.

—Exactamente —dijo Roger.

—En nuestro país, los datos aportados por la policía, más el método inductivo,

han solucionado muchos misterios intrincados —recalcó *sir* Charles Wildman—. Yo utilizaré este camino.

—Hay una característica especial en este caso —dijo Bradley, hablando consigo mismo—, que tiene que conducirnos directamente hasta el criminal. Siempre he abrigado esta convicción, de modo que la estudiaré detenidamente.

—Por mi parte, no tengo la más remota idea de cómo iniciar la investigación de un punto cuando ello es necesario —observó Mr. Chitterwick con aire de duda—. Pero nadie le oyó, y sus palabras pasaron inadvertidas.

—Lo único que me ha llamado la atención en este caso —dijo Alicia Dammers en voz alta—, considerado, quiero decir, en su aspecto esencial, es la ausencia de todo interés psicológico.

Y sin haberlo dicho expresamente, *miss* Dammers dio a entender que, de ser así, el asunto no tenía mayor interés para ella.

—No creo que usted piense eso cuando haya oído lo que Moresby va a contarnos —dijo Roger con suavidad—. Estamos por enterarnos de muchas cosas más que las publicadas en los diarios.

—Pues hable usted, Inspector —interpuso *sir* Charles con gran impaciencia.

—¿Estamos todos de acuerdo, entonces? —preguntó Roger, mirando a su alrededor con la expresión feliz de un niño a quien acaban de darle una golosina—. ¿Están todos dispuestos para la prueba?

En medio del consiguiente coro de entusiasmo, una persona permaneció silenciosa. Mr. Ambrose Chitterwick continuaba preguntándose con gran preocupación cómo debería «trabajar de detective» si ello se hacía imprescindible. Había estudiado las memorias de innumerables detectives de la vida real, verdaderos arquetipos de su profesión; pero lo único que recordaba en aquel momento de sus lecturas en gruesos volúmenes, comprados por dieciocho chelines y vendidos pocos meses después a un chelín y medio, era que el verdadero detective, el verdadero, nunca se pone bigotes postizos cuando aspira a obtener resultados, limitándose a afeitarse las cejas. Como fórmula para la solución de misterios, este recurso se le antojaba bastante inadecuado.

Por fortuna, en el rumor de la acalorada conversación que precedió al momento en que Moresby se dispuso a hablar, de muy mala gana, por cierto, nadie reparó en las angustias mentales de Mr. Chitterwick.



2

CUANDO EL INSPECTOR Jefe Moresby se hubo puesto de pie y recibido modestamente su tributo de aplausos se le invitó a dirigirse al Círculo desde su asiento, cosa que aceptó agradecido, como si hallase en él un refugio. Después de consultar los papeles que tenía entre las manos, Moresby comenzó a informar a un auditorio absorto acerca de las extrañas circunstancias que rodeaban la inesperada muerte de Mrs. Bendix. No citaremos las palabras textuales del Inspector, ni tampoco las numerosas preguntas aclaratorias que interrumpieron periódicamente su relato, pero la esencia de lo que dijo es lo siguiente:

El viernes quince de noviembre por la mañana, Graham Bendix entró a su club, el Rainbow, situado en el barrio de Piccadilly, y pidió su correspondencia. El portero le entregó una carta y un par de circulares, que Bendix llevó al salón para leer junto a la chimenea.

Mientras estaba leyendo llegó al club otro de los socios, *sir* Eustace Pennefather, hombre de edad madura y miembro de la más rancia nobleza, que tenía su domicilio en la calle Berkeley, muy cerca del club, pero pasaba la mayor parte del tiempo en éste. El portero miró el reloj, como acostumbraba hacerlo cada vez que entraba *sir* Eustace, y, como siempre, eran exactamente las diez y media. La hora está definitivamente establecida.

Había tres cartas y un pequeño paquete para *sir* Eustace, quien se dirigió a su vez al salón e hizo un gesto de saludo a Bendix al encontrarle junto al fuego. Los dos se conocían poco, y probablemente nunca habían cambiado más de unas pocas palabras. Fuera de ellos, no había nadie en el salón en aquel momento.

Después de leer someramente sus cartas, *sir* Eustace abrió el paquete y murmuró algo con disgusto. Bendix lo miró con aire interrogante, y con otro murmullo ininteligible *sir* Eustace le extendió la carta incluida dentro del paquete, agregando un comentario poco amable sobre los procedimientos comerciales modernos. Disimulando una sonrisa, pues los hábitos y opiniones de *sir* Eustace eran objeto de diversión entre los socios del club, Bendix leyó la carta. En ella, la firma de Mason e Hijos, importantes fabricantes de bombones, informaba que acababa de poner en

circulación una nueva variedad de bombones de licor destinada especialmente a satisfacer el cultivado paladar del hombre de buen gusto. Aparentemente *sir* Eustace se contaba entre estos hombres, de modo que se solicitaba tuviese a bien honrar a Mr. Mason y a sus hijos aceptando la caja de una libra adjunta, y formular luego cualquier opinión o crítica que le mereciesen las golosinas.

—¿Creerán estos señores que soy una corista cualquiera —rezongó *sir* Eustace, que era hombre irascible—, y que les voy a mandar testimonios sobre sus malditos bombones? ¡Que los lleve el diablo! Me quejaré a la Comisión; esto no se puede permitir en nuestro club.

La verdad es que el club Rainbow es una entidad cerrada y aristocrática, descendiente directa del Café Rainbow, fundado en 1734. Ni siquiera una familia fundada por un bastardo real puede llegar a ser tan aristocrática hoy en día como un club cuyo origen es un café del siglo XVIII.

—Para mí, en cambio, el envío es providencial —dijo Bendix, tranquilizando a *sir* Eustace—, pues me ha hecho recordar que tengo que comprar unos bombones para pagar una deuda de honor. Anoche mi mujer y yo estábamos en un palco del Teatro Imperial, y le aposté una caja de bombones contra cien cigarrillos a que no localizaría al villano antes de terminar el segundo acto. Ganó ella. No debo olvidar comprarlos. No es mala esa obra. *El Cráneo Crujiente*. ¿La ha visto usted?

—No, ni pienso verla —respondió el otro, todavía de mal talante—. Tengo otras cosas que hacer en lugar de sentarme a ver a una pandilla de tontos embadurnados con pintura fosforescente y disparándose tiros. ¿Dijo usted que quería una caja de bombones? Llévase esta.

La economía que significaba este ofrecimiento no tenía importancia para Bendix, que era un hombre muy rico, y probablemente tenía en aquel momento suficiente dinero en efectivo como para comprar cien cajas semejantes. Pero un esfuerzo ahorrado es otra cosa.

—¿En verdad no los quiere usted? —preguntó, por cumplir una fórmula social.

En la respuesta de *sir* Eustace se oyó claramente solo una palabra, un juramento, intercalado en abundancia. Pero como su significado era claro, Bendix le agradeció, y, para desgracia suya, aceptó el regalo.

Por una casualidad extraordinariamente feliz, el papel en que venía envuelta la caja no fue arrojado al fuego, ni por *sir* Eustace, en medio de su indignación, ni por Bendix, cuando el paquete desenvuelto, caja, papel y cuerda fueron puestos en manos del segundo por el irascible *sir* Eustace. Este hecho fue tanto más afortunado por cuanto ambos hombres habían arrojado antes a las llamas los sobres de sus respectivas cartas.

Bendix depositó todo en el pupitre del portero, pidiendo a este que le guardase la caja. El portero la dejó a un lado y arrojó la envoltura en el canasto de papeles usados; poco después recogió la carta, que Bendix había dejado caer mientras cruzaba el salón. Junto con la envoltura, fue recobrada del canasto por la policía.

Estos dos artículos, dicho sea desde un principio, son dos de las tres pruebas concretas del hecho, siendo la tercera la caja de bombones.

De los tres protagonistas involuntarios de la tragedia que estaba por desarrollarse, *sir* Eustace era sin duda el personaje más curioso. De unos cuarenta y ocho o cuarenta y nueve años de edad, parecía, con su rostro inflamado y su figura rechoncha, un *gentleman* de la vieja escuela, y tanto sus modales como su lenguaje estaban de acuerdo con la tradición. La voz de los viejos caballeros tiende a enronquecer con la edad, pero no siempre es culpa de ello el *whisky*. Se dedican a la caza, lo que también hacía *sir* Eustace con incansable entusiasmo; pero, mientras los *gentlemen* tradicionales limitaban su caza a los zorros, *sir* Eustace era mucho más exigente en sus inclinaciones. En resumen, *sir* Eustace era una mala persona. Sus vicios eran todos en gran escala, con el resultado lógico de que casi todos los hombres, buenos o malos, le apreciaban, salvo uno que otro marido o los padres de hijas casaderas, y las mujeres vivían pendientes de su voz ronca.

En comparación con *sir* Eustace, Bendix era un hombre de aspecto común, alto, moreno, no mal parecido, de unos veintiocho años, tranquilo y más bien reservado, popular en cierto modo, pero no excesivamente sociable, ni inclinado a responder a la cordialidad ajena con algo más que una fría amabilidad.

A la muerte de su padre, ocurrida unos cinco años atrás, había heredado una cuantiosa fortuna hecha a base de transacciones en bienes raíces. El viejo Bendix había adquirido extensos terrenos en zonas poco pobladas, y con una visión casi milagrosa, los había vendido más tarde a más de diez veces su valor inicial, una vez que estuvieron rodeados de viviendas y fábricas levantadas con el dinero ajeno. Su lema había sido «Quedarse tranquilo y dejar que otros le hagan a uno rico», y la fórmula se había cumplido al pie de la letra. Su hijo, aunque poseedor de una renta que le eximía de toda necesidad de trabajar, parecía haber heredado las inclinaciones paternas, y tenía sus líneas tendidas sobre una serie de empresas lucrativas, simplemente, como decía a modo de disculpa, porque le atraían los negocios, el juego más apasionante del mundo.

El dinero atrae al dinero. Graham Bendix lo había heredado, lo había hecho, e inevitablemente hizo un casamiento con una heredera. Mrs. Bendix era la única hija de un armador de Liverpool, con una fortuna de cerca de medio millón de libras esterlinas, que Bendix por su parte no necesitaba para nada. Pero el dinero había sido en este caso algo circunstancial, pues Bendix amaba a su mujer, y se hubiese casado con ella aunque no hubiese tenido un céntimo.

Joan Bendix era la mujer soñada: una muchacha alta, de gustos intelectuales, esmeradamente educada, no tan joven como para no tener un carácter ya formado, pues tenía veinticinco años cuando Bendix se casó con ella. Era la esposa ideal, pues si bien en ciertos aspectos era algo puritana, cuando Bendix contrajo matrimonio estaba dispuesto a serlo él también, si con ello podía obtener la mano de Joan Cullompton.

Debemos señalar que, a pesar de la seriedad que mostraba ahora, Bendix había sido un joven bastante aficionado a las diversiones, pero en un grado normal. Con ello queremos decir que las puertas de bambalinas de los teatros no le eran totalmente desconocidas, y que su nombre había sido mencionado alguna vez junto con los de alguna que otra joven frívola de las que trabajan en las tablas. Se las había ingeniado, pues, para divertirse con discreción y a la vez sin ocultarse, en la forma que es habitual entre los jóvenes con mucho dinero y pocos años. Pero todo esto había terminado, como es también lo habitual, con su matrimonio.

Mostraba abiertamente su cariño por su esposa y no le importaba quién lo viese, mientras ella, aunque con mayor recato, le correspondía en igual forma. En fin, el matrimonio Bendix parecía haber logrado realizar esa octava maravilla de la vida moderna, una unión feliz.

Y en medio de tanta dicha, fue a caer como un rayo la caja de bombones.

—Después de depositar la caja de bombones en la portería —prosiguió diciendo Moresby, mientras revolvía sus papeles en busca del que necesitaba—, Mr. Bendix se reunió con *sir* Eustace en el salón de lectura, donde este estaba leyendo el *Morning Post*.

Roger hizo un gesto de aprobación. No era posible imaginar a *sir* Eustace leyendo otro periódico que el *Morning Post*.

Por su parte, Bendix se dedicó a hojear el *Daily Telegraph*. Aquella mañana se encontraba sin mucho que hacer, pues no tenía ninguna reunión de directores, y ninguno de los negocios en que estaba interesado le exigía que saliese del club en aquel día lluvioso de un típico otoño londinense. Pasó el resto de la mañana sin hacer nada en particular, leyó los periódicos del día, hojeó los semanarios y jugó una partida de billar con otro socio igualmente desocupado. Alrededor de las doce y media regresó a almorzar a su casa de Eaton Square, llevándose la caja de bombones.

Mrs. Bendix había avisado que no almorzaría en casa aquel día, pero luego había cancelado su compromiso. Bendix le entregó la caja de bombones después del almuerzo, mientras tomaban el café en la sala, refiriéndole cómo los había obtenido. Mrs. Bendix comentó jocosamente su mezquindad por no haberle comprado una caja especialmente, pero como le agradaba la marca de esta, se dispuso a probar la nueva variedad lanzada por Mason e Hijos. Los intereses de Joan Bendix no eran tan serios como para impedirle tener un saludable y femenino interés por los bombones de calidad.

Su aspecto, empero, no pareció agradaarle mucho.

—Kümmel, Kirsch, Marrasquino —enumeró, revolviendo los bombones envueltos en papel metálico con los respectivos nombres escritos en letras azules—. Parece que no hay otras clases. No veo que haya nada nuevo aquí, Graham. No han hecho más que seleccionar esas tres clases de bombones de licor de su surtido.

—¡Ah! —comentó Bendix, que no tenía especial afición por los bombones—. Bueno, no creo que tenga mucha importancia. Para mí, todos los bombones de licor

tienen el mismo sabor.

—Además, los han colocado en la misma caja que usan siempre —se quejó Joan, examinando la tapa de la caja.

—No son más que una muestra —señaló Bendix—. Puede que todavía no tengan las cajas nuevas.

—No creo que sean diferentes de los otros —opinó por fin Mrs. Bendix, mientras quitaba la envoltura de un bombón de Kümmel—. ¿Quieres uno? —ofreció, extendiendo la caja a su esposo.

—No, gracias, querida. Ya sabes: no como esas cosas.

—Pues, tienes que probar uno de estos bombones, como castigo por no haberme comprado una caja mejor. ¡Toma! —y le arrojó un bombón—. Mientras él lo tomaba en el aire, Joan hizo una mueca.

—¡Ay! Tenías razón. Estos bombones son diferentes: el licor es diez veces más fuerte.

—Bueno, no les viene mal, en general —dijo sonriendo Bendix, pensando en el líquido indefinido con que habitualmente son llenados los bombones de licor.

Cuando mordió el que le había dado Joan y sorbió su contenido, sintió un sabor picante, no intolerable pero lo suficientemente pronunciado como para que le resultase desagradable.

—¡Vaya! —dijo—. Es verdad. Son tan fuertes que parecen llenos de alcohol puro.

—No creo que hagan eso —repuso su mujer tomando otro bombón—. Pero la verdad es que son sumamente fuertes. Ha de ser la nueva mezcla. Son tan picantes, que no estoy segura de si me gustan o no. Además, este Kirsch tenía demasiado gusto a almendra. Tal vez este sea mejor. Prueba tú también uno de Marrasquino.

Para complacerla, Bendix probó otro, que le desagradó todavía más.

—Es extraño —comentó en seguida, tocándose el velo del paladar con la lengua—. Tengo la lengua completamente insensible.

—Yo también la tenía, al principio —dijo ella—, pero ahora siento un cosquilleo. Bueno, no veo la diferencia entre el Kirsch y el Marrasquino. ¡Y cómo me arde la lengua! Todavía no puedo decidir si me gustan.

—A mí no me agradan —dijo Bendix con tono decidido—. Yo creo que no están buenos; en tu lugar, no comería más.

—Bueno, tal vez se trate de una muestra de prueba —dijo su mujer.

Pocos minutos después Bendix salió de su casa para acudir a una cita en el centro de la ciudad. Dejó a Joan tratando de decidir todavía si le gustaban o no los bombones, y comiendo siempre a fin de llegar a una decisión. Las últimas palabras que ella le dijo fueron que la boca le ardía tanto que temía no poder seguir comiendo más bombones.

—Mr. Bendix las recuerda con mucha claridad —dijo Moresby, mirando el círculo de rostros atentos que le rodeaba—, porque es la última vez que vio a su esposa viva.

La conversación en la sala había tenido lugar aproximadamente entre las dos y cuarto y las dos y media. Bendix llegó a su cita en el centro de la ciudad a las tres, y permaneció allí alrededor de media hora. Tomó luego un automóvil de alquiler y llegó al club a tomar el té.

Durante la entrevista de negocios que sostuvo, se había sentido muy indispuesto, y en el automóvil estuvo a punto de desmayarse; el conductor debió llamar al portero para que le ayudase a descender y a entrar al club. Tanto el conductor como el portero declaran que estaba pálido, desencajado, con los ojos fuera de las órbitas, los labios lívidos y la piel cubierta de sudor frío. Parecía lúcido, sin embargo, y una vez que le ayudaron a ascender los escalones, pudo entrar al vestíbulo con alguna ayuda del portero.

Este, alarmado por su aspecto, intentó telefonar inmediatamente al médico, pero Bendix, que era enemigo de llamar la atención, se negó terminantemente, diciendo que sufría una indigestión aguda y que se repondría en pocos minutos; probablemente había comido algo que le había sentado mal. Aunque el portero tenía algunas dudas, lo dejó solo.

Pocos minutos después Bendix repitió este diagnóstico de su indisposición a *sir* Eustace Pennefather, que se encontraba en el salón en aquel momento, pues no había abandonado el club. Pero esta vez Bendix agregó:

—Ahora que pienso en ello, creo que han sido esos bombones que usted me dio. Me pareció que tenían algo raro cuando los comí. Es mejor que hable por teléfono con mi mujer y le pregunte si se encuentra bien.

Sir Eustace, que en el fondo era hombre de buen corazón, se sintió tan alarmado como el portero ante el aspecto de Bendix, más aún por la idea de que pudiese tener alguna responsabilidad en el hecho, y se ofreció a telefonar a Mrs. Bendix, ya que Bendix no estaba en condiciones de moverse. Cuando este quiso replicar, se operó un cambio extraño en su persona. Su cuerpo, que estaba tendido fláccidamente sobre un sillón, se agitó de pronto con un movimiento espasmódico, sus mandíbulas se apretaron, sus labios se entreabrieron en una mueca horrible y sus manos se crisparon sobre los brazos del sillón. En el mismo momento *sir* Eustace advirtió un olor inconfundible a almendras amargas.

Muy alarmado ahora, y creyendo que Bendix se moría delante de sus propios ojos, gritó llamando al portero para que telefonease a un médico. En un extremo del salón, en el cual probablemente nunca se había oído un grito en todo el curso de la historia del club, había tres personas en aquel momento, quienes se acercaron inmediatamente. *Sir* Eustace envió a una de ellas a buscar al médico más próximo y solicitó la ayuda de las otras dos para poner a Bendix en una posición más confortable. No cabía duda de que estaba envenenado. Cuando le preguntaron cómo se sentía y cómo podían ayudarle, no respondió; estaba ya inconsciente.

Antes de llegar el médico, se recibió un alarmante mensaje de la casa de Bendix, preguntando por el amo, para que acudiese inmediatamente al lado de su esposa, que

se hallaba seriamente enferma.

En la casa de Baton Square los acontecimientos habían adquirido el mismo giro con respecto a Mrs. Bendix, pero con mayor rapidez. Después de despedir a su esposo, permaneció en la sala algo más de media hora, y durante este período comió probablemente dos o tres bombones más. Luego se dirigió a su dormitorio y llamó a su doncella, diciéndole que se sentía enferma y que se recostaría un rato. Como su marido, atribuyó su indisposición a una violenta indigestión.

La doncella le preparó una bebida con unos polvos digestivos consistentes en bicarbonato de soda y bismuto, y luego de traerle una bolsa de agua caliente, la dejó recostada en cama. Su descripción del aspecto de su ama coincide exactamente con la que hicieron de Bendix el conductor del taxímetro y el portero del club, pero ella no se sintió tan alarmada. Más tarde admitió haber pensado que Mrs. Bendix, aunque lejos de ser una mujer glotona, había comido con exceso durante el almuerzo.

A las tres y cuarto hubo un fuerte llamado de campanilla desde la habitación de Mrs. Bendix.

La doncella corrió apresuradamente al piso alto, y halló a su señora rígida e inconsciente. Sumamente alarmada entonces, perdió algunos minutos preciosos en un infructuoso esfuerzo por volverla en sí, y luego bajó para telefonar al médico. El que asistía habitualmente a la familia no se encontraba en casa, y transcurrió algún tiempo antes de que el mayordomo, habiendo encontrado a la muchacha junto al teléfono presa de un ataque de nervios, lograra comunicarse con otro. Cuando este llegó a la casa, casi media hora después de haber sonado la campanilla de Mrs. Bendix, no había ya nada que hacer. Mrs. Bendix estaba agonizando y, a pesar de los esfuerzos del médico, murió a los diez minutos escasos de llegar este.

En realidad, estaba ya muerta cuando el mayordomo llamó por teléfono al Club Rainbow.



3

LLEGADO A ESTA ETAPA de su narración, Moresby hizo una pausa para lograr efecto, cobrar aliento y refrescarse con un trago. Hasta aquel momento, a pesar del intenso interés con que se había seguido su relato, no había aparecido ningún hecho del cual no tuviese ya conocimiento su auditorio. Lo que este deseaba oír era la investigación realizada por la policía, pues no solo no se había publicado ningún detalle, sino que ni siquiera se había insinuado en forma alguna cuál era la teoría oficial.

Es posible que Moresby captase este sentimiento general, pues, luego de detenerse un instante, prosiguió hablando con una leve sonrisa.

—Pues bien, señoras y señores, no quiero detenerme más en estos preliminares, pero, ya que estamos en ello, he creído conveniente repasar los pormenores del hecho a fin de tener una perspectiva completa.

»Como ustedes saben, Mr. Bendix no murió. Por fortuna para él, comió solo dos de los bombones, mientras su esposa había comido siete, y, lo que es todavía más afortunado, cayó en manos de un médico experto. Cuando el médico de Mrs. Bendix la examinó, era ya tarde para hacer nada. En cambio, como la cantidad de veneno ingerida por Bendix había sido menor, su acción fue mucho más lenta y el médico llegó a tiempo para salvarle.

»No quiero decir que el médico supiese cuál era el veneno. Frente a los síntomas y al olor, pensó que Mr. Bendix había ingerido aceite de almendras amargas y trató a su paciente como un caso de envenenamiento por ácido prúsico. Pero como no estaba muy seguro de ello, tomó otras medidas terapéuticas, además de las comunes. Luego se estableció que Mr. Bendix nunca pudo haber ingerido una dosis fatal, y alrededor de las ocho ya había recobrado el conocimiento. Pasó la noche en uno de los dormitorios del club y al día siguiente ya estaba convaleciente.

En Scotland Yard se pensó primero que la muerte de Mrs. Bendix y el grave accidente de su esposo eran debidos a una lamentable confusión. Como es de rigor, la policía se hizo cargo del caso tan pronto como fue denunciada la muerte de la mujer y

establecida la causa como envenenamiento. Poco después llegó al club un detective inspector de distrito, quien, previa autorización del médico, interrogó a Mr. Bendix apenas hubo recobrado el conocimiento.

Dada su condición delicada, se le ocultó la muerte de su esposa y se limitó el interrogatorio simplemente a su propia experiencia, puesto que era ya evidente que ambos hechos estaban relacionados entre sí y que cualquier pista descubierta en uno contribuiría a aclarar el otro. El Inspector informó a Bendix que había sido envenenado, interrogándole detenidamente acerca de la forma en que podría haber ingerido el veneno.

No transcurrió mucho tiempo antes de que Bendix recordase los bombones. Luego de mencionar su sabor picante, agregó que había comentado con *sir* Eustace que ellos podrían haber sido la causa de su indisposición.

Esto ya lo sabía el Inspector.

Antes de que Bendix recobrase el conocimiento, se había dedicado a entrevistar a todos los que habían estado cerca de la víctima desde su llegada al club aquella tarde. Al oír el relato del portero, tomó medidas para localizar al conductor del taxímetro, interrogó a los miembros del club que acudieran a socorrer a Bendix en el salón, y, por fin a *sir* Eustace, quien le refirió el comentario de aquel sobre los bombones.

En aquel momento el Inspector no atribuyó mayor importancia a dicho comentario, pero, por simple rutina, conversó extensamente con *sir* Eustace sobre el episodio. Más tarde, siguiendo el curso habitual en toda investigación policial, revisó el canasto de papeles usados, recobrando la envoltura de la caja de bombones y la carta. Por último, sin pensar todavía que había descubierto nada importante, interrogó a Bendix. Solo entonces, cuando supo que el matrimonio había comido los bombones después del almuerzo y que, luego de quedar sola, Mrs. Bendix había seguido comiendo, comprendió que se hallaba frente a un dato significativo.

En este punto intervino el médico, y el Inspector debió abandonar la habitación del enfermo. Su primera medida fue telefonar al detective apostado en el domicilio de Bendix y pedirle que se incautase inmediatamente de una caja de bombones que debía estar todavía en la sala; al mismo tiempo, preguntó cuántos bombones faltaban aproximadamente. Faltaban nueve o diez, y el Inspector, que según los datos aportados por Bendix, había pensado en solo seis o siete, cortó apresuradamente la comunicación y transmitió telefónicamente a Scotland Yard lo que había averiguado.

Desde aquel momento el interés se concentró en los bombones, que fueron llevados esa misma noche a Scotland Yard para ser analizados en el laboratorio.

—Bueno, el médico no había estado muy equivocado —dijo Moresby—. El veneno que contenían los bombones no era aceite de almendras amargas, sino nitrobenceno, pero, según entiendo, no hay mucha diferencia entre las dos substancias. Si cualquiera de las señoras y caballeros aquí presentes tiene algunas nociones de química, conocerá seguramente mucho más que yo acerca de ellas. Según parece, el nitrobenceno suele ser utilizado, aunque cada vez con menos

frecuencia, en la elaboración de golosinas de calidad inferior, para dar un sabor a almendras amargas y como sustituto del aceite, que, no necesito agregar, es también un poderoso tóxico. Pero la aplicación más común del nitrobenzeno en la industria es en la fabricación de anilinas.

Cuando Scotland Yard recibió el informe preliminar del laboratorio químico, la teoría oficial de muerte por accidente se vio reforzada. Se estaba en presencia de un veneno utilizado con cierta frecuencia en la fabricación de bombones y otras golosinas, de modo que era viable la hipótesis de que se hubiese cometido un lamentable error. La firma había empleado probablemente el nitrobenzeno como sustituto económico de esencias genuinas, excediéndose en la cantidad utilizada. El hecho de que los únicos licores descritos en las envolturas de papel metálico eran Marrasquino, Kümmel y Kirsch, todos los cuales tienen un sabor más o menos marcado a almendras, venía en apoyo de la teoría oficial.

Pero, antes de presentarse la policía en la fábrica de Mason e Hijos para solicitar una explicación, habían surgido otros hechos. Se estableció que solo los bombones de la capa superior contenían veneno; los de las inferiores estaban libres de él. Además, el contenido de los bombones de la segunda capa coincidía exactamente con lo que rezaba la denominación de su envoltura, mientras que en la superior, además del veneno, cada bombón contenía una mezcla de los tres licores mencionados, en lugar de Marrasquino y veneno, por ejemplo. Se señaló, por último, que en las dos capas inferiores no había bombones de Marrasquino, Kirsch ni Kümmel.

Del informe completo presentado más tarde por el químico, surgió otro hecho interesante: cada bombón de la capa superior contenía, además de la mezcla de los tres licores, exactamente seis gotas de nitrobenzeno, ni más ni menos. Los bombones eran más bien grandes y había mucho espacio para llenarlos con una cantidad relativamente considerable de la mezcla de licores, además de la dosis fija de veneno. Esto era muy significativo, y más aún lo era el hecho de que en la base de cada uno de los bombones envenenados había rastros inequívocos de que habían sido perforados y tapados nuevamente con chocolate fundido.

Por fin, resultaba evidente para la policía que se trataba de un crimen.

Se había intentado asesinar a *sir* Eustace Pennefather. El presunto asesino había adquirido una caja de bombones de licor de marca Mason, separado aquellos en los cuales no resultaría sospechoso el sabor a almendras, perforado la base de cada uno y aspirado su contenido, inyectado la dosis de veneno, probablemente con un cuentagotas de los usados para cargar estilográficas, llenado nuevamente la cavidad con la mezcla de los licores extraídos, tapado cuidadosamente el pequeño orificio, y envuelto cada bombón en su papel plateado. Era un proceso minucioso, realizado con gran limpieza.

La carta y la envoltura de la caja de bombones adquirieron una importancia

extraordinaria en este punto de la investigación, y el Inspector, que había tenido la previsión de salvar estos artículos de una destrucción segura, tuvo motivos para sentirse altamente satisfecho de sí mismo.

Junto con la caja misma y con los bombones que quedaban, eran estas las únicas pruebas materiales en este asesinato a sangre fría.

El Inspector Jefe, que se había hecho cargo del caso, resolvió llevar consigo estas pruebas cuando entrevistó al gerente de Mason e Hijos, y, sin mencionar las circunstancias en que había entrado en posesión de ellas, le mostró la carta, instándole a explicar ciertos puntos relacionados con ella. Deseaba saber Moresby cuántas cartas semejantes habían sido remitidas, quién podría identificar aquella carta y quién podría haber tenido oportunidad de tocar la carta enviada a *sir* Eustace.

—¿Y bien, Mr. Mason? —insistió el Inspector Jefe cuando le pareció que aquel seguiría examinando la carta el resto del día.

Mr. Mason acomodó sus lentes para mirar al Inspector en lugar de la carta. Era un hombre menudo, de aspecto agresivo y más bien entrado en años, que había iniciado su fortuna en una callejuela muerta del arrabal de Huddersfield y no tenía intención de permitir que nadie lo olvidase.

—¿De dónde diablos sacó usted esto? —preguntó—.

Debemos recordar que los periódicos ignoraban a la sazón el aspecto sensacional de la muerte de Mrs. Bendix.

—He venido aquí —respondió el Inspector con dignidad— a preguntarle a usted sobre la forma en que fue enviada la carta, y no a darle explicaciones sobre cómo la obtuve yo.

—Pues, entonces, váyase al demonio —replicó Mr. Mason con firmeza—, y llévase a Scotland Yard con usted.

—Debo advertirle —insistió Moresby, algo desconcertado, pero manteniendo la dignidad de su investidura—, debo advertirle, repito, que si no responde a mis preguntas, las consecuencias pueden ser muy serias para usted.

Evidentemente Mr. Mason se sentía exasperado más bien que intimidado por la amenaza implícita en las palabras del Inspector.

—Salga de mi oficina —ordenó, cayendo en el lenguaje popular que había hablado en su juventud—. ¿Está usted ebrio, hombre? ¿O se cree muy gracioso? Sabe tan bien como yo que esa carta nunca fue enviada desde aquí.

Entonces fue cuando el Inspector se sintió sorprendido.

—¿Qué... que no ha sido enviada por la firma? —tartamudeó. Aquella posibilidad no había sido contemplada—. ¡Entonces, es falsificada!

—Pero ¿acaso no se lo estoy diciendo? —repuso Mr. Mason mirándole con fiereza bajo sus hirsutas cejas. Esto no era necesario, porque la sorpresa del Inspector le había hecho deponer inmediatamente su tono autoritario.

—Mire, Mr. Mason —dijo el otro al cabo de una pausa—, debo solicitar de su gentileza que responda a mis preguntas con los mayores detalles posibles. Se trata de

un caso que estamos investigando, y —aquí se detuvo y pensó astutamente— aparentemente el asesino ha estado haciendo uso del nombre de su firma para cubrir sus designios.

La astucia de Moresby dio resultados inmediatos.

—¿Será posible? —exclamó Mr. Mason—. ¡El muy sinvergüenza! Pregunte lo que quiera, que le prometo responder.

Establecida así la relación entre ambos hombres, el Inspector procedió a entrar en materia.

Durante los cinco minutos subsiguientes el ánimo de Moresby decayó visiblemente, pues en lugar del caso sencillo que había previsto, resultó cada vez más evidente que el asunto iba a ser sumamente complicado. Hasta entonces había pensado, y sus superiores habían coincidido con su opinión, que el caso se iba a resolver en un crimen premeditado a raíz de la aparición de una oportunidad favorable. Alguien en la firma de Mason tenía una cuenta que saldar con *sir* Eustace. En las manos de esta persona, o más concretamente de esta mujer, según creía Moresby, habían caído la caja de bombones y la carta dirigida a *sir* Eustace. La oportunidad había sido inmejorable, y los medios, o sea el nitrobenceno utilizado en la fábrica, accesibles; el resultado había seguido lógicamente. Un criminal de esta clase tenía que ser identificado con facilidad.

En cambio, parecía ahora que esta sencilla teoría debía ser desechada, pues, en primer lugar, no se había enviado la carta desde la fábrica, ni tampoco otras semejantes; y, en caso de haberlo hecho, no era costumbre de Mason e Hijos distribuir cajas de muestra; por último, la carta había sido falsificada. Pero, por otra parte, el papel era perfectamente auténtico, dentro de lo que podía juzgar Mr. Mason. Era este el único elemento que quedaba a la policía para sostener su teoría.

Mr. Mason no podía afirmarlo con certeza, pero estaba casi seguro de que aquel papel pertenecía a una partida que se había agotado unos seis meses atrás. Podría ser que el encabezamiento fuese fraguado, pero no lo creía.

—¿Hace seis meses, dice usted? —preguntó el Inspector, perplejo.

—Aproximadamente —respondió el otro, tomando una hoja de papel de un taco—. Este es el que usamos ahora.

El Inspector lo examinó. No cabía duda de su diferencia con el otro papel. El nuevo era más delgado y suave, pero el encabezamiento era exactamente el mismo. Moresby tomó nota de la firma que había impreso ambas clases de papel. Desgraciadamente, no pudo obtener ni una hoja del papel viejo, a pesar de los esfuerzos de Mr. Mason.

—La verdad es —dijo Moresby— que ya habíamos notado que la hoja de papel en que fue escrita la carta era vieja, pues tenía los bordes amarillentos. La pasaré entre ustedes para que la examinen. Les ruego que tengan cuidado. —Y aquella hoja de papel que alguna vez fuera tocada por el asesino pasó de mano en mano entre los detectives aficionados.

—Bueno, para abreviar —prosiguió diciendo Moresby—, hicimos examinar el papel por los impresores Webster, de la calle Frith, y la firma está dispuesta a jurar que fue impreso por ellos, lo cual quiere decir que el papel es auténtico, para desgracia nuestra.

—¿Quiere usted decir, sin duda —preguntó *sir* Charles Wildman con su tono solemne—, que de haber sido el encabezamiento una falsificación, la tarea de descubrir al asesino sería relativamente sencilla?

—Así es, *sir* Charles, salvo en caso de que hubiese sido impreso en una pequeña imprenta particular. Pero también sería fácil establecer esto. Lo único que sabemos es que el asesino es alguien que tuvo acceso al papel de la casa Mason hasta hace seis meses. Pero, como ustedes ven, esto es bastante vago.

—¿Cree usted que el asesino robó el papel con la intención expresa de utilizarlo para el crimen? —preguntó Alicia Dammers.

—Parecería que sí, señora, y que algo le detuvo durante todo este tiempo.

En cuanto a la envoltura de la caja de bombones, Mr. Mason no había podido aclarar nada. Se trataba de un trozo de papel castaño común, del que se obtiene en cualquier parte, con el nombre y dirección de *sir* Eustace claramente manuscritos en letras mayúsculas. Evidentemente no ofrecía ninguna pista. El sello postal indicaba que el paquete había sido despachado por el turno de las ocho y media desde la oficina de correos de la calle Southampton, en el barrio del Strand.

—La correspondencia es recolectada a las 8.30 y a las 9.30 —explicó Moresby—, de modo que debe de haber sido puesto en el buzón entre estas dos horas. El paquete es suficientemente pequeño como para entrar por la boca para cartas. El franqueo es el que corresponde, y como la oficina de correos está cerrada al público a esa hora, no pudo haber sido entregado en la ventanilla. Tal vez deseen ustedes examinar el papel. —El trozo de papel castaño fue pasado de mano en mano con la mayor gravedad.

—¿Ha traído usted la caja con los bombones que quedaban? —preguntó Mrs. Fielder-Flemming.

—No, señora. Era una de las cajas comunes de Mason; los bombones han sido usados para el análisis.

—¡Ah! —Mrs. Fielder-Flemming estaba visiblemente desilusionada—. Yo pensé que seguramente tenían impresiones digitales —explicó.

—Ya las hemos buscado —replicó Moresby, sin pestañear.

Se produjo una pausa mientras la envoltura de papel pasaba de mano en mano.

—Naturalmente, hemos hecho averiguar si alguien fue visto colocando un paquete en el buzón de la calle Southampton entre las 8.30 y las 9.30, pero sin resultados. También hemos interrogado detenidamente a *sir* Eustace a fin de

establecer si sospecha de alguien que pudiera haber atentado contra su vida, y, en caso afirmativo, con qué motivos. *Sir* Eustace no tiene la menor idea de ello. Por cierto seguimos la investigación de práctica, tendiente a establecer quién podría beneficiarse con su muerte, pero tampoco obtuvimos resultados. La mayor parte de sus bienes pasa a su esposa, que ha entablado juicio de divorcio y actualmente se encuentra fuera del país. Después de investigar sus movimientos, hemos descartado su participación en el hecho. Además —añadió Moresby, haciendo un juicio un tanto personal—, es una señora muy simpática.

—En cuanto a hechos concretos, todo lo que sabemos es que el asesino tuvo alguna relación con Mason e Hijos hasta hace seis meses, y que casi con seguridad estuvo en la calle Southampton entre las 8.30 y las 9.30 de la noche anterior al crimen. En fin, temo que nos hallamos ante un callejón sin salida. —Aunque Moresby no señaló que su auditorio de detectives aficionados también lo estaba, su tono no daba lugar a dudas.

Se produjo un silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó Roger.

—Eso es todo, Mr. Sheringham —respondió Moresby.

Otro silencio.

—Sin duda la policía tendrá una hipótesis —dijo Mr. Manan Harrogate Bradley en tono displicente.

Moresby vaciló.

—¡Vamos, Moresby, hable usted! —le instó Roger—. Es una hipótesis muy sencilla; yo la conozco.

—Pues bien —dijo Moresby, sintiéndose animado—, estamos inclinados a creer que el crimen es obra de un demente o de un maniático, posiblemente desconocido para *sir* Eustace. Verán ustedes... —Moresby parecía algo incómodo por lo que tenía que decir—. Como decía —continuó por fin, cobrando valor—, la vida de *sir* Eustace ha sido un poco..., en fin, podríamos llamada desordenada, si se me permite el término. En Scotland Yard pensamos que algún maniático de la reforma social y moral tomó sobre sí la atribución de librar al mundo de *sir* Eustace, por así decir. Algunas de sus aventuras han provocado mucho escándalo, como ustedes saben. O bien podría tratarse de un maniaco-homicida que se dedica a matar gente a la distancia. Tenemos el caso Horwood, por ejemplo. Un demente envió bombones envenenados al Jefe de Policía en persona. Como el hecho provocó gran sensación, pensamos que este puede ser un eco de aquel. No necesito señalar que un caso que llama la atención del público suele ser seguido por otro parecido. Bueno, esta es nuestra teoría. Y si es la correcta, tenemos tantas probabilidades de atrapar al asesino como..., como... —El Inspector buscó en su mente un término realmente eficaz.

—Como nosotros —sugirió Roger.



4

EL CÍRCULO PERMANECIÓ reunido durante algún tiempo después de la partida de Moresby. Había mucho que discutir, y todo el mundo tenía puntos de vista y teorías que exponer.

Un hecho surgía con singular claridad: la policía había seguido un camino equivocado. No se trataba de un asesinato vulgar, cometido por un maniático cualquiera. Alguien, impulsado por móviles concretos, se había dedicado en forma metódica a planear y llevar a cabo el asesinato de *sir* Eustace. Como en todos los asesinatos, en suma, se trataba en este caso de *chercher le motif*^[2].

Durante la exposición y debate de las teorías formuladas por los miembros del Círculo, Roger dirigió enérgicamente la discusión. El objeto principal de la prueba era, como lo señalara más de una vez, que cada cual trabajase independientemente, sin ideas preconcebidas o sugeridas por los demás, formulando su teoría individual y llegando a probada por sus propios medios.

—¿No cree usted, Sheringham, que convendría hacer un acopio común de todos los elementos de juicio reunidos? —preguntó *sir* Charles—. Yo sugeriría que sigamos nuestras pesquisas independientemente, pero que cada hecho concreto que descubramos sea puesto a disposición de todos. El ejercicio debe ser intelectual, más bien que un concurso de investigación vulgar.

—Lo que usted sugiere tendría sus ventajas, *sir* Charles —replicó Roger—. Ya he pensado detenidamente en ello. Sin embargo, creo más conveniente que cada cual reserve para sí los datos que recoja a partir de esta noche. Como ya se sabe, poseemos todos los recogidos hasta ahora por la policía, y no creo que los que aparezcan en el futuro ofrezcan una pista segura que nos lleve directamente hasta el asesino. Serán más bien hechos pequeños, insignificantes en sí, pero de valor para fundamentar una hipótesis.

Sir Charles murmuró algo, sin mostrarse muy convencido.

—Propongo que se someta a votación la iniciativa de *sir* Charles —dijo Roger.

Cuando se hizo la votación, *sir* Charles y Mrs. Fielder-Flemming se pronunciaron en favor de que todos los datos fuesen revelados al conjunto, mientras que Mr.

Bradley, Alicia Dammers, Mr. Chitterwick, este no sin grandes vacilaciones, y por último Roger, lo hicieron en contra.

—Mantendremos en secreto los datos que descubramos —dijo Roger, y mentalmente anotó quiénes habían votado por cada una de las dos alternativas. Consideraba que esta votación indicaba ya quiénes se conformarían con la simple especulación teórica, y quiénes estaban dispuestos a entrar tan de lleno en la prueba como para ponerse en actividad. En todo caso serviría para señalar quiénes tenían ya una hipótesis y quiénes no.

Sir Charles aceptó el resultado con resignación.

—Empezamos todos en condiciones idénticas —dijo.

—Desde el momento en que abandonemos esta habitación —corrigió Morton Harrogate Bradley arreglando el nudo de su corbata—. Debo señalar que estoy de acuerdo en parte con la proposición de *sir Charles*, en el sentido de que cualquiera que en este momento tenga algo que agregar a las declaraciones del Inspector Jefe, debe hacerlo antes de retirarse.

—Pero ¿hay quién pueda agregar nada? —preguntó Mrs. Fielder-Flemming.

—*Sir Charles* conoce a Mr. y Mrs. Bendix —señaló Alicia Dammers con tono imparcial—, y también a *sir Eustace*. Yo conozco a este último.

Roger sonrió. Esta era una afirmación típica en *miss Dammers*. Todo el mundo sabía que Alicia había sido la única mujer que había derrotado a *sir Eustace* con sus propias armas, o por lo menos, así corría el rumor. *Sir Eustace* se había empeñado en agregar a sus trofeos el corazón de una intelectual, tal vez para realzar con ello el conjunto de los que tenía ya en su colección, y que no pertenecían, precisamente, a mujeres del tipo de *miss Dammers*. Alicia Dammers, con su elegante belleza, su figura alta y esbelta y sus gustos irreprochablemente aristocráticos, llenaba todos los requisitos que demandaba el exigente gusto de *sir Eustace*. En vista de ello, se había dedicado resueltamente a conquistarla.

El resultado había sido observado con regocijo no disimulado por el extenso círculo de amistades de *miss Dammers*. Aparentemente, Alicia se encontraba ampliamente dispuesta a ser conquistada. Parecía que de un momento a otro caería en las redes que le tendía el hábil *sir Eustace*. Se les veía juntos incesantemente, almorzando, comiendo, haciendo visitas y paseos. *Sir Eustace*, entusiasmado por la perspectiva inminente de un rendimiento incondicional, había estrechado el cerco, utilizando todas sus artes.

Fue entonces que *miss Dammers* se escabulló con la mayor serenidad, y pocos meses más tarde publicó un libro en el cual *sir Eustace Pennefather*, disecado con la crueldad más refinada, aparecía ante los ojos del mundo en toda su desnuda simpleza psicológica. *Miss Dammers*, que era en realidad una escritora brillante, nunca hacía alusión a su arte, pero era indudable que sostenía la teoría de que todo debe ser sacrificado a él, inclusive los sentimientos de *sir Eustace Pennefather* y de quienes se le asemejan.

—No hay duda de que desde el punto de vista del asesino, Mr. y Mrs. Bendix aparecen en el crimen en forma completamente accidental —señaló Bradley, con el tono paciente de quien enseña a un niño que dos y dos son cuatro—. Dentro de nuestro conocimiento, su única relación con *sir* Eustace es el hecho de que tanto Bendix como él eran miembros del Rainbow.

—No creo necesario dar a ustedes mi opinión sobre *sir* Eustace —observó *miss* Dammers—. Los que hayan leído *Demonio y Carne* saben cómo le veía yo, y no tengo motivos para suponer que haya cambiado desde que tuve oportunidad de estudiarlo. Con todo, no pretendo ser infalible, y me interesaría saber si la opinión de *sir* Charles coincide con la mía.

Sir Charles, que no había leído *Demonio y Carne*, se sintió algo incómodo.

—No creo poder agregar nada de interés a la imagen presentada por el Inspector Jefe. No conozco bien a *sir* Eustace, y la verdad es que tampoco tengo interés en conocerlo mejor.

Todos los presentes adquirieron una expresión inocente. Se había comentado insistentemente la posibilidad de un compromiso matrimonial entre *sir* Eustace y la hija de *sir* Charles, y se decía que este no había visto la perspectiva con buenos ojos. Más aún: el compromiso había sido prematuramente anunciado, y terminantemente desmentido al día siguiente.

Sir Charles trató de mostrar un semblante tan tranquilo como el resto de los comensales.

—Como lo diera a entender el Inspector Jefe, *sir* Eustace no es una buena persona. Hasta podría aventurarme a afirmar que es un canalla. Me refiero a su actitud con las mujeres —agregó *sir* Charles sin más ambages—. Además, bebe con exceso. —Evidentemente *sir* Charles no abrigaba la menor simpatía hacia *sir* Eustace.

—Podría señalar un punto, insignificante, tal vez, pero de valor psicológico, pues serviría para demostrar la torpeza de las reacciones de *sir* Eustace —dijo Alicia Dammers—. En el breve tiempo transcurrido desde la tragedia, los rumores están asociando ya el nombre de *sir* Eustace al de una nueva conquista. Ello me ha sorprendido un poco, pues, a pesar de conocerle, le hubiera supuesto más sensible y más dispuesto a mostrar cierto pesar por el terrible error del que resultara víctima inocente Mrs. Bendix, aun cuando esta le fuese totalmente desconocida.

—Permítame que corrija una impresión creada anteriormente, *miss* Dammers —observó *sir* Charles—. Mrs. Bendix no era una desconocida para *sir* Eustace, si bien es probable que él no recuerde haberle sido presentado alguna vez. Pero la conocía. Una noche estaba yo conversando con Mrs. Bendix durante el intervalo de un estreno teatral, no recuerdo cuál, cuando *sir* Eustace se aproximó a nosotros. Luego de presentarlos mutuamente, comenté algo de que Bendix era también miembro del Rainbow. Había olvidado este detalle.

—Entonces, me he equivocado totalmente respecto a *sir* Eustace —dijo Alicia

Dammers con tono desilusionado—. He sido demasiado indulgente al juzgarle capaz de algún sentimiento. —Ser demasiado indulgente en la sala de disecciones era, a juicio de *miss Dammers*, un crimen mucho más grave que ser demasiado despiadadas.

—En cuanto a Bendix —dijo *sir Charles*—, no creo que pueda agregar nada a lo que todos ustedes saben de él. Entiendo que es un hombre honesto, digno del mayor respeto, y que, a pesar de todo el dinero que tiene, no ha perdido la cabeza. Su esposa era también una mujer encantadora, aunque tal vez excesivamente seria. Era el tipo de mujer aficionada a formar parte de comisiones directivas. No quiero decir con ello que esta afición la desmerezca en lo más mínimo.

—Yo diría lo contrario —observó *miss Dammers*, que era muy afecta a ser miembro de comisiones directivas.

—Exactamente, tiene usted razón —se disculpó *sir Charles*, recordando las curiosas predilecciones de *miss Dammers*—. Y evidentemente no era tan seria como para negarse a hacer una apuesta, si bien en este caso se trataba de una apuesta trivial.

—Tenía otra apuesta con el azar, aunque ella lo ignoraba —dijo con tono solemne Mrs. Fielder-Flemming, quien estaba ya estudiando mentalmente las posibilidades dramáticas de la situación—. Esta no era una apuesta trivial: era una apuesta trágica. Era una apuesta con la muerte, y la perdió. —Era lamentable la inclinación de Mrs. Fielder-Flemming a llevar su sentido de lo dramático a las circunstancias más vulgares de la vida. Tal inclinación no estaba de acuerdo con su aspecto de cocinera.

Cuando hubo pronunciado su lugar común, miró a hurtadillas a Alicia Dammers, mientras se preguntaba si le sería posible estrenar una obra teatral antes de que aquella le quitase el material publicando un libro.

Como presidente del Círculo, Roger debió adoptar medidas para volver el debate al terreno práctico.

—Así es, ¡pobre señora! Pero después de todo, no debemos confundir las cosas. Es difícil tener siempre presente que la víctima no tenía nada que ver con el crimen, por así decirlo, pero el hecho sigue en pie; por un accidente, murió la persona que no debía morir; es, pues, de *sir Eustace*, la persona que debía morir, de quien debemos ocuparnos. Veamos ahora, ¿hay alguna otra persona presente que conozca a *sir Eustace*, sepa algo de su vida, o pueda aportar otros datos relacionados con el crimen?

Nadie respondió.

—Estamos, pues, todos en idénticas condiciones. Me referiré ahora a nuestra próxima reunión. Propongo un plazo de una semana para formular nuestras teorías y llevar a cabo las pesquisas que juzguemos necesarias, y que al cabo de dicho plazo nos reunamos todas las noches, comenzando el lunes próximo. A fin de establecer el orden en que expondremos nuestras teorías y conclusiones, propongo que tiremos a la suerte. Pero tal vez alguno de ustedes opine que debe hablar más de una persona cada noche.

Luego de breves deliberaciones se decidió realizar una nueva reunión el lunes siguiente; y, con el objeto de permitir a cada orador hablar extensamente, destinar una reunión a cada uno de los miembros. Tirada la suerte, el turno de oradores fue el siguiente: 1.º *sir* Charles Wildman, 2.º Mrs. Fielder-Flemming, 3.º Mr. Morton Harrogate Bradley, 4.º Roger Sheringham, 5.º Alicia Dammers y 6.º Mr. Ambrose Chitterwick.

Mr. Chitterwick pareció animarse mucho cuando su nombre fue leído en último término.

—Para entonces —dijo confidencialmente a Morton Harrogate—, estoy seguro de que alguien habrá hallado la solución correcta, y por lo tanto no tendré que presentar mis propias conclusiones. Eso —agregó con aire de duda— si llego a alguna conclusión. Dígame, Mr. Bradley, ¿cómo trabaja un detective?

Mr. Bradley sonrió con aire condescendiente, y prometió prestarle una de sus obras. Mr. Chitterwick, que las había leído todas y las tenía en su mayoría, le agradeció efusivamente.

Finalmente, y antes de clausurada la reunión, Mrs. Fielder-Flemming no pudo resistir la tentación de mostrar una vez más su vena dramática.

—¡Qué extraña es la vida! —comentó con un suspiro, dirigiéndose a *sir* Charles—. ¡Cuando pienso que vi a Mrs. Bendix y a su marido en un palco del Teatro Imperial la noche anterior a su muerte! Sí, los conocía de vista. A menudo venían a los estrenos de mis obras. Yo ocupaba una butaca exactamente debajo de su palco. Verdaderamente, la realidad es más extraña que la ficción. Si por un momento hubiese imaginado el trágico destino que la acechaba, yo...

—Espero que le habría advertido que se guardase de comer bombones —observó secamente *sir* Charles, que no congeniaba mucho con Mrs. Fielder-Flemming.

Poco después se dio por terminada la reunión. Roger volvió a sus habitaciones en el barrio de Albany con una sensación de íntima satisfacción consigo mismo. Estaba convencido de que las diversas soluciones propuestas serían tan interesantes como el problema mismo.

A pesar de ello, no se sentía del todo feliz. No había tenido suerte en la selección de turnos, pues hubiera preferido el lugar de Mr. Chitterwick, con la ventaja consiguiente de conocer los resultados obtenidos por todos sus rivales antes de haber revelado los propios. No debemos suponer que había esperado utilizar el trabajo de los otros. Como Mr. Morton Harrogate Bradley, tenía ya una teoría, pero a pesar de ello, hubiese sido interesante pesar y analizar las soluciones de *sir* Charles, Mr. Bradley y, particularmente, Alicia Dammers. A estos tres miembros del Círculo les reconocía Roger el mérito de poseer las inteligencias más despiertas, de modo que le hubiera gustado escuchar sus opiniones antes de comprometer las propias. Deseaba, en fin, hallar la solución de este crimen, más que la de ningún otro de los que le había tocado investigar hasta entonces.

Con gran sorpresa de su parte, al llegar a su domicilio halló a Moresby

esperándole en la sala.

—¡Ah, es usted, Mr. Sheringham! —dijo aquel cauteloso funcionario—. Pensé que no tendría inconveniente en que cambiásemos algunas ideas. No tiene usted prisa por acostarse, ¿verdad?

—Ninguna —dijo Roger, mientras servía algo mediante una garrafa y un sifón—. Todavía es temprano. Diga hasta dónde...

Moresby miró discretamente hacia otro lado. Cuando estuvieron instalados en dos cómodos sillones de cuero ubicados junto al fuego, Moresby explicó el motivo de su visita.

—La verdad es, Mr. Sheringham, que el Jefe me ha encomendado la misión de vigilarles extraoficialmente mientras investigan este asunto. No es que desconfiemos de ustedes, ni que creamos que obrarán con indiscreción, pero creemos conveniente saber qué sucede en cada paso de la investigación colectiva que ustedes han de intentar.

—De modo que si alguno de nosotros descubre algo realmente importante, la policía podrá intervenir y utilizarlo... —comentó Roger sonriendo—. Comprendo el punto de vista oficial.

—Lo que queremos es adoptar medidas para impedir que escape la presa —corrigió Moresby en tono de reproche—. Eso es todo, Mr. Sheringham.

—¿Está usted seguro? —preguntó Roger con mal disimulada ironía—. A pesar de ello, ustedes no creen que llegue a ser necesaria su intervención providencial, ¿no es verdad?

—Francamente, no lo creo. No tenemos por costumbre abandonar una pesquisa mientras haya la menor probabilidad de descubrir al criminal. Además, el detective Farrar, que ha estado a cargo del caso, es un hombre capaz.

—¿Y su teoría es, según creo, que se trata de la obra de un maniático, a quien es imposible identificar?

—Tal es la conclusión a que hemos llegado, Mr. Sheringham. Pero no vemos mal alguno en que los miembros del Círculo se diviertan —agregó Moresby magnánimamente— si tienen ganas de hacerlo y disponen de tiempo que perder.

—¡Qué interesante! —comentó Roger, que no deseaba comprometer su opinión. Durante algunos minutos, continuaron fumando sus pipas en silencio.

—Vamos. Moresby, diga usted lo que piensa —dijo por fin Roger con suavidad. El Inspector Jefe lo miró con una expresión de fingida sorpresa.

—¿Qué dijo usted?

Roger movió la cabeza.

—Es inútil, Moresby, no me va a engañar. Hable de una vez.

—¿De qué quiere usted que hable? —preguntó Moresby con expresión inocente.

—Del motivo de su visita —respondió Roger sin más preámbulos—. ¿Conque esperaba usted hacerme hablar para beneficio de la respetable institución que representa, no? Pues bien, he de advertirle que esta vez pierde el tiempo. No olvide

que ahora le conozco mejor que hace dieciocho meses, cuando se produjo el asunto de Ludmouth. ¿Recuerda usted?

—¡No me explico de dónde ha sacado semejante idea, Mr. Sheringham! —protestó Moresby, con el tono de un hombre totalmente incomprendido—. Vine aquí porque pensé que tal vez quisiese usted hacerme algunas preguntas que le proporcionasen un punto de partida para descubrir al asesino antes que sus amigos. Eso es todo.

Roger rio.

—Moresby, usted me agrada, pues es un foco de optimismo en las tinieblas de un mundo monótono. Estoy seguro de que trata de persuadir a los criminales que arrestarlos le duele más a usted que a ellos. Y no me sorprendería que llegase a convencerlos. Muy bien, si vino a verme solo para eso le formularé algunas preguntas, y quedaré muy agradecido si las contesta. Dígame lo siguiente: ¿Quién cree usted que intentó asesinar a *sir* Eustace Pennefather?

Moresby bebió un sorbo de *whisky* con gran delicadeza.

—Ya sabe usted lo que pienso, Mr. Sheringham.

—Le aseguro que lo ignoro —repuso Roger—. Lo único que sé es que usted no me ha dicho lo que realmente piensa.

—La investigación no ha estado a mi cargo en ningún momento —eludió Moresby.

—¿Quién cree usted que ha intentado asesinar a *sir* Eustace Pennefather? —repitió Roger, pacientemente—. En su opinión, ¿es correcta la teoría oficial?

Ante la insistencia de Roger, Moresby se dispuso por fin a emitir una opinión personal.

—Le diré, Mr. Sheringham. Nuestra teoría es muy conveniente, ¿no lo cree usted? Quiero decir que nos proporciona una buena excusa para no haber descubierto al asesino. Nadie puede pretender que prendamos a cuanta persona con instintos homicidas hay en el país. Dentro de quince días, aproximadamente, al darse por terminada la investigación, divulgaremos nuestra teoría, con los motivos y fundamentos para apoyarla, así como todo dato que tienda a desvirtuarla. Ya verá usted que todos estarán de acuerdo con ella: el médico forense, los periódicos y el jurado mismo. Por último, todo el mundo dirá que, en realidad, no es posible culpar a la policía por no haber descubierto al criminal en esta oportunidad. Todos quedarán contentos.

—Salvo Mr. Bendix, que no verá vengada la muerte de su esposa —dijo Roger—. Moresby, hace usted gala de un sarcasmo injustificable. Pero de ello deduzco que personalmente no participa de este conveniente acuerdo general. ¿Cree usted que la policía ha llevado mal la investigación?

La pregunta de Roger fue tan inesperada, que Moresby estuvo a punto de responder antes de haber reflexionado que el hacerlo significaría incurrir en una indiscreción profesional.

—No, Mr. Sheringham, no lo creo. Farrar es un hombre competente, y no dejaría piedra sin remover; me refiero a las piedras que es posible remover... —Moresby hizo una pausa significativa.

—¡Ah!

Sentía Moresby que había hablado ya demasiado, y, en vista de ello, se arrellanó en su sillón y bebió rápidamente un gran sorbo de *whisky*. Roger apenas se atrevía a respirar, por temor de alterar el ambiente propicio a las confidencias.

—Se trata de un caso muy difícil, Mr. Sheringham —dijo por fin Moresby—. Es indudable que Farrar inició la investigación con absoluta imparcialidad, y que mantuvo esta actitud aun después de establecer que *sir* Eustace era un individuo mucho más indeseable de lo que había imaginado en un principio. Quiero decir que nunca olvidó el hecho de que podría haber sido algún maniático quien envió los bombones a *sir* Eustace, por un sentimiento de conciencia social o religiosa, o bien creyendo hacer un favor a la sociedad o al cielo al suprimir a semejante sujeto del mundo de los vivos. Un fanático, por llamarlo así.

—Asesinato por convicción —murmuró Roger—. ¿Decía usted?

—Pero, naturalmente, lo que más interesó a Farrar desde un principio fue la vida privada de *sir* Eustace. Y aquí es donde los funcionarios policiales nos encontramos en una posición desventajosa. No resulta fácil para nosotros inmiscuirnos en la vida privada de un miembro de la nobleza. Nadie se muestra dispuesto a ayudarnos; por el contrario, todos tratan de poner dificultades en nuestro camino. Todos los indicios que parecieron de interés a Farrar, conducían a un callejón sin salida. *Sir* Eustace mismo lo mandó al diablo, y no dejó lugar a dudas de sus sentimientos hacia la policía.

—No puedo culparle, desde su punto de vista, —observó Roger con aire pensativo—. Lo que menos le interesaría sería ver todos sus pecados exhibidos a la luz del día y ante la sociedad.

—Sobre todo, cuando Mrs. Bendix está enterrada por culpa de ellos —repuso Moresby con aspereza—. Él es culpable de su muerte, indirectamente, es cierto, pero, de todos modos, le correspondía hacer todo lo posible por colaborar con el funcionario que investigó el crimen. La verdad es que la tarea de Farrar se vio obstaculizada constantemente. Es cierto que descubrió uno o dos escándalos, pero no condujeron a ninguna pista. En resumen, ¡bueno!, él no ha admitido esto, y debo señalar que yo no debiera contárselo a usted, Mr. Sheringham; de modo que de ninguna manera debe salir fuera de esta habitación.

—Por supuesto que no —dijo Roger acremente.

—Bueno, mi opinión personal es que Farrar fue empujado a la conclusión sostenida por la policía, en defensa propia. Por su parte, el Jefe de Policía se mostró de acuerdo con ella, también en defensa de su posición. Pero si usted desea llegar al fondo de esta cuestión, y nadie tendría mayor interés en ello que Farrar mismo, mi consejo es que se dedique a estudiar la vida privada de *sir* Eustace. Para ello, usted

tiene mejores oportunidades que ninguno de nosotros: frecuenta usted el mismo círculo social, conoce probablemente a otros miembros de su club, así como a muchos de sus amigos personales, o amigos de sus amigas. Este es el consejo —terminó diciendo Moresby—, que he venido a darle especialmente.

—Es usted muy amable. Moresby —dijo Roger—. Muy amable, en verdad. Sírvese otro vaso de *whisky*.

—Muchas gracias, Mr. Sheringham. Le aceptaré otro trago.

Roger parecía meditar, mientras mezclaba las bebidas.

—Creo que tiene usted razón: Moresby —dijo por fin—. Desde que leí la primera crónica detallada del crimen, mi pensamiento se ha dirigido insistentemente hacia ese aspecto. Estoy seguro de que la verdad se oculta bajo algún episodio de la vida privada de *sir* Eustace. Y si yo fuese supersticioso, que no lo soy, ¿sabe usted lo que creería? Que el asesino erró el tiro y *sir* Eustace escapó a su destino por expreso mandato de la Providencia: para que él, la presunta víctima, fuese un irónico instrumento de la justicia, que le llevase, como presunto asesino, a su merecido.

—¿Cree usted eso, realmente, Mr. Sheringham? —preguntó el sarcástico Inspector, que tampoco era supersticioso.

Roger parecía muy satisfecho de su idea.

—¡El azar vengador! ¡Qué buen título para una película! ¿No es cierto? Pero hay mucho de terrible verdad en ello. ¡Cuántas veces tropezarán ustedes en Scotland Yard con un elemento de juicio importante por pura casualidad! Y. ¿no es verdad que con frecuencia llegan a una solución por una serie de simples coincidencias? No quiero menoscabar con estos comentarios su actuación como detectives; pero no puedo menos que pensar en los casos en que luego de llevar casi hasta el fin una investigación brillante, hallan los últimos eslabones de la cadena deductiva merced a una circunstancia fortuita. Esto es lo que vulgarmente llamamos un golpe de buena suerte, bien merecida, sin duda, pero suerte al fin, con lo cual el caso queda resuelto sin mayor trabajo por parte de ustedes. Se me ocurren innumerables ejemplos, como el caso de Milson y Fowler, para citar uno de ellos. ¿Comprende usted lo que quiero decir? ¿Será una cuestión de suerte en todos los casos, o es que la Providencia venga a la víctima?

—A decir verdad. Mr. Sheringham —respondió Moresby—, no me interesa cuál sea el caso, siempre que me permita llegar a echarle mano al culpable.

—Moresby —dijo Roger riendo—, es usted incorregible.



5

SIR CHARLES WILDMAN, como hemos señalado ya, sentía mayor interés por los hechos concretos que por las especulaciones psicológicas.

Los hechos eran algo sagrado para *sir* Charles. Más aún, eran su pan de cada día. Sus ingresos, que alcanzaban a unas treinta mil libras anuales, provenían totalmente de la forma magistral en que sabía manipular hechos concretos. No había nadie en el foro capaz de deformar tan convincentemente un hecho comprometedor, hasta darle un significado enteramente distinto del que cualquiera, por ejemplo, la acusación, le hubiese atribuido. *Sir* Charles tomaba un hecho, lo miraba de frente, descubría un mensaje oculto en su parte posterior, lo retorció, lo daba vuelta, hallaba nuevas implicaciones en sus entrañas, danzaba triunfalmente sobre su cadáver, lo pulverizaba del todo, lo reconstruía hasta darle una forma totalmente distinta, y por fin, si el hecho inicial tenía todavía la temeridad de conservar un vestigio de su aspecto original, lo atacaba con gritos aterradores. Y cuando estos recursos fracasaban, no vacilaba en llorar abiertamente en presencia de todo el jurado.

No debemos sorprendernos de que *sir* Charles Wildman, Consejero del Rey, recibiese anualmente semejantes honorarios por su capacidad de transformar hechos comprometedores para sus clientes en otras tantas palomas que arrullaban la inmaculada inocencia de los mismos. Si al lector le interesa la estadística, podríamos agregar que el número de asesinos salvados de la horca por *sir* Charles en el curso de su larga carrera, formarían una larga procesión si fuesen puestos uno detrás del otro.

Rara vez *sir* Charles había tomado la parte acusadora. No está bien visto que un fiscal vocifere, ni tampoco que llore. Las armas más poderosas de este famoso abogado eran los gritos y las lágrimas. Pertenecía a la escuela tradicional en el derecho, y era en verdad uno de sus últimos exponentes. La escuela tradicional compensaba ampliamente su lealtad.

Por consiguiente, cuando miró en torno de sí al Círculo reunido al cabo del plazo propuesto por Roger, y se puso los lentes sobre su voluminosa nariz, los demás miembros no abrigan duda alguna de la calidad de entretenimientos que les aguardaba. En resumen iban a disfrutar de un espectáculo igual a los que solían costar

unas cinco mil libras a la acusación.

Sir Charles consultó el legajo que tenía delante y se aclaró la voz. No había otro abogado capaz de aclararse la voz en forma tan amenazadora como *sir Charles*.

—Señoras y señores —comenzó diciendo—. No les sorprenderá que me haya ocupado de este crimen con particular interés, por razones personales que tal vez no hayan escapado a algunos de los presentes. En efecto, el nombre de *sir Eustace Pennefather* ha estado ligado por los rumores al de mi hija, y si bien el anuncio de su compromiso fue no solo prematuro, sino carente de fundamento, es inevitable que me sienta afectado, aunque indirectamente, por esta tentativa de asesinar a un hombre que ha sido mencionado alguna vez como mi presunto yerno.

»No subrayaré el aspecto personal del caso, puesto que en otros sentidos he tratado de mantener una actitud tan imparcial como en cualquier otro de los que he tenido oportunidad de estudiar. He mencionado dicho aspecto personal más bien a modo de excusa, ya que me ha permitido encarar el problema planteado por nuestro presidente con un conocimiento más íntimo de las personas implicadas en él, que el que pueda tener el resto de ustedes. Debo agregar, a pesar mío, que poseo información capaz de contribuir en buena parte a la solución del misterio.

»Reconozco que me habría correspondido poner esta información a disposición de los miembros del Círculo, hace una semana, y les pido a todos me disculpen por no haberlo hecho. La verdad es que en aquel momento no advertí que los datos que poseía tuviesen relación alguna con el crimen, o pudiesen contribuir en algo a su solución. Solo cuando comencé a meditar sobre las circunstancias del hecho, con el objeto de desentrañar el misterio, comprendí la importancia vital de la información a que me refiero. —*Sir Charles* hizo una pausa y esperó a que muriesen los ecos de su voz tonante en los ámbitos del salón.

—Ahora, con ayuda de estos datos —dijo por fin, mirando severamente los rostros que le rodeaban—, tengo la convicción de haber resuelto el jeroglífico.

Entre los miembros del Círculo se advirtió un rumor de expectativa, no menos genuino por cuanto había sido cuidadosamente calculado por *sir Charles*.

Este se quitó los lentes y los agitó, con un gesto característico, desde la cinta negra de la cual pendían.

—Sí, creo, o mejor dicho, estoy seguro, de que estoy en vías de aclarar este intrincado misterio. Es por este motivo que lamento que me haya tocado en suerte hablar en primer término. Tal vez hubiera sido más interesante examinar algunas de las otras hipótesis primero, y demostrar su falsedad, antes de analizar la verdadera solución. Es decir, suponiendo que haya otras hipótesis que examinar.

»No me sorprendería, empero, descubrir que todos ustedes han llegado a la misma conclusión que yo. No pretendo poseer facultades extraordinarias al dejar que los hechos hablen por sí mismos; tampoco me jacto de una intuición sobrehumana, por haber podido ver más profundamente que los investigadores oficiales y desentrañadores de misterios tradicionales: la policía. Muy por el contrario, soy tan

solo un ser humano, dotado de las mismas facultades que mis semejantes. No podría sorprenderme, pues, que alguno de los presentes me informe que no he hecho más que seguir los pasos de otros investigadores del Círculo al señalar como culpable al individuo que cometió, como he de probarlo inmediatamente, este abominable crimen.

Mencionada la contingencia, muy poco probable, desde su punto de vista, de que algún otro miembro del Círculo fuese tan inteligente como él, *sir* Charles dejó a un lado los preliminares para entrar en los hechos concretos.

—Comencé a estudiar el asunto con una pregunta, solo una pregunta en la mente; una pregunta cuya respuesta ha sido la guía segura que me ha conducido hasta el culpable en casi todos los crímenes cometidos hasta el presente; una pregunta a la cual rara vez puede escapar un criminal; una pregunta cuya respuesta sirve invariablemente para condenarle: «*Cui bono*»? —*Sir* Charles hizo una pausa significativa—. ¿Quién fue el beneficiado? ¿Quién —repitió, ante la eventualidad de que hubiese algunos deficientes mentales en su auditorio— saldría ganando con la muerte de *sir* Eustace Pennefather?

Por debajo de sus espesas cejas, dirigió rápidas miradas interrogantes a todos los presentes; estos fingieron seguir su juego, y por lo tanto nadie intentó informarle prematuramente sobre este punto.

Sir Charles tenía demasiada experiencia como orador para informarles él mismo. Dejando la pregunta como un inmenso signo de interrogación en la mente de todos, se desvió por otro camino.

—Veamos ahora: el crimen ofrecía, a mi juicio, solo tres pistas concretas —prosiguió diciendo con tono tranquilo—. Me refiero a la carta fraguada, a la envoltura y a los bombones. De estos tres artículos, la envoltura tenía utilidad solo desde el punto de vista de su sello postal. Inmediatamente deseché como inútil la dirección manuscrita, ya que podía haber sido escrita por cualquiera y en cualquier momento. Desde un principio vi que no conduciría a nada. Tampoco veía qué utilidad podían tener como pruebas los bombones o la caja. Tal vez me equivoque, pero no lo creo. Se trata de artículos de marca conocida, de venta en centenares de comercios; sería, pues, infructuoso tratar de localizar a su comprador. Además, cualquier pista relacionada con ellos hubiera sido estudiada por la policía. Quedaban, en resumen, dos elementos de juicio concretos, la carta y el sello postal de la envoltura, sobre los cuales era necesario edificar toda la estructura de pruebas condenatorias.

Sir Charles hizo una pausa, a fin de dar a su auditorio una idea de la magnitud de la tarea; aparentemente, había olvidado el hecho de que el problema planteado no era ignorado por ninguno de los presentes. Roger, que se había mantenido silencioso con grandes dificultades hasta aquel momento, le interrumpió con una pregunta:

—¿Había usted decidido ya quién era el criminal, *sir* Charles?

—Había respondido a mi entera satisfacción a la pregunta que me había formulado, y de la cual hice mención hace unos minutos —repuso *sir* Charles con

dignidad.

—Comprendo. Entonces, ya había decidido quién era el criminal —insistió Roger—. Sería interesante aclarar este punto, a fin de que podamos seguir mejor su método de encarar la evidencia. ¿Utilizó usted el método inductivo?

—Es posible, es posible —replicó *sir* Charles, algo incomodado. No le agradaba que le pusiesen en apuros con preguntas intempestivas.

Durante unos instantes permaneció silencioso, con el entrecejo fruncido, tratando de recobrase.

—La tarea, como lo advertí inmediatamente —prosiguió diciendo con voz aún más grave—, no iba a ser fácil. El plazo de que disponía era sumamente breve, eran necesarias extensas pesquisas, y el tiempo que yo podía dedicar a ellas no me permitía hacerlo personalmente. Luego de reflexionar sobre el asunto, decidí que la única forma en que podría llegar a una conclusión sería considerando las circunstancias del hecho con suficiente detenimiento como para elaborar una teoría inatacable, haciendo luego una cuidadosa lista de hechos que, aunque fuera de mi conocimiento, debían existir si mi teoría era la correcta. Estos puntos podrían ser investigados por personas de mi confianza, y en caso de ser corroborados, mi hipótesis quedaría definitivamente probada.

Sir Charles se detuvo para cobrar aliento.

—En otros términos —susurró Roger con una sonrisa, dirigiéndose a *miss* Dammers—, decidió aplicar el método inductivo. —Habló en voz tan baja que solo *miss* Dammers le oyó.

Miss Dammers sonrió apreciativamente. Es difícil reproducir por escrito el tono de la palabra oral.

—Elaboré mi teoría —anunció *sir* Charles— con una simplicidad sorprendente —Todavía no había recobrado el aliento—. Elaboré mi teoría. Necesariamente, gran parte de ella estaba basada en suposiciones. Me permitiré dar un ejemplo. El hecho de que el criminal poseyera una hoja de papel de la casa Mason e Hijos me había intrigado más que nada. No era un artículo que el individuo de quien sospechaba pudiera tener, ni mucho menos adquirir. No se me ocurría ningún método por el cual, una vez elegido el procedimiento para consumar el hecho, y establecida la necesidad de utilizar el papel, pudiera serle posible a este individuo obtenerlo sin despertar sospechas.

»Llegué a la inevitable conclusión de que el motivo por el cual se empleó papel de la casa Mason era la posibilidad para el criminal de obtener dicho papel con facilidad.

Sir Charles miró triunfante a su auditorio, como esperando algún comentario.

Roger fue quien lo formuló, no sin vacilar, pues suponía con razón que el punto señalado por *sir* Charles era tan evidente para todos que no requería comentarios.

—Es una conclusión tan interesante como ingeniosa, *sir* Charles.

Sir Charles hizo un gesto de complacencia.

—Reconozco que era simplemente una suposición, pero dicha, suposición fue confirmada por los resultados obtenidos posteriormente —*Sir Charles* estaba tan absorto en la admiración de su propia perspicacia, que comenzaba a olvidar su afición por las oraciones largas, intercaladas por innumerables frases subordinadas. Su maciza cabeza parecía querer saltar de sus hombros—. En primer término, reflexioné sobre la forma en que sería posible obtener una hoja del papel en cuestión, y, luego, si la posesión de la misma podría ser verificada más tarde. Se me ocurrió en seguida que muchas firmas comerciales acostumbra enviar adjunta al recibo de sus facturas, una hoja de papel con las palabras «Agradecen su atención» o algo por el estilo, escritas a máquina. De aquí surgieron otras tres preguntas. ¿Acostumbraba hacer esto la casa Mason e Hijos? ¿Tenía el individuo de quien sospechaba una cuenta corriente en Mason e Hijos, o, mejor dicho, para explicar los bordes amarillentos del papel, había tenido una cuenta corriente en el pasado? ¿Había rastros en el papel de que una frase escrita a máquina había sido borrada?

»Señoras y señores —dijo *sir Charles*, rojo de entusiasmo—, estas tres preguntas tuvieron respuestas afirmativas.

La oratoria es un instrumento poderoso. Roger sabía perfectamente que *sir Charles*, por simple fuerza de hábito, estaba aplicando sobre el Círculo todas las tretas habituales y trilladas en el medio forense. Roger sentía que solo con grandes dificultades *sir Charles* lograba abstenerse de agregar «del jurado» a la frase «señoras y señores». Pero todo ello no resultaba inesperado. *Sir Charles* tenía un buen relato que hacer, un relato en el cual creía firmemente, y lo desarrollaba en la forma en que, después de tantos años de experiencia, le resultaba más natural. No era esto lo que fastidiaba a Roger.

Lo que le hacía sentir aprensión era que él había estado siguiendo un rastro completamente distinto y que, a pesar de haber estado convencido en un principio de que era el correcto, había comenzado por sentirse ligeramente divertido cuando *sir Charles* rondó su propia presa; pero gradualmente se había dejado influir por la dialéctica del abogado, a pesar de reconocerla de calidad inferior. Ahora llegaba a preguntarse si *sir Charles* no tendría razón.

Pero ¿era solo la retórica lo que le había hecho comenzar a dudar? *sir Charles* decía poseer datos muy concretos como apoyo de la frágil estructura de su teoría. Y, a pesar de ser un hombre presuntuoso y fatuo, no era tonto ni mucho menos. Roger se sentía muy inquieto, pues su propia pista, debía reconocerlo, era sumamente tenue.

Cuando *sir Charles* procedió a desarrollar su hipótesis, la inquietud de Roger se convirtió en franca desazón.

—No hay la menor duda de ello. Por medio de un agente establecí que la casa Mason, una firma de procedimientos tradicionales, invariablemente agradece el pago de cuentas corrientes de su clientela particular, pues el noventa por ciento de sus transacciones es al por mayor, con una breve nota escrita en el centro de una hoja de papel de cartas. Establecí que la persona en quien pensaba había tenido cuenta

corriente en la casa cinco meses atrás; es decir, que había cancelado su cuenta en aquella época mediante el envío de un cheque, y no había hecho otros pedidos desde entonces.

»Además, me hice de tiempo para concurrir personalmente a Scotland Yard, a fin de examinar nuevamente la carta. Observando el dorso, comprobé la existencia de rastros inequívocos, si bien indescifrables, de que habían sido escritas algunas palabras en el centro de la hoja. Estas palabras aparecían entre dos líneas de la carta actual, lo cual prueba que no fueron borradas al escribir dicha carta, sino con anterioridad; por su longitud, corresponden a la frase que yo mencioné; y, por último, presentan rastros de que se trató, por los medios más cuidadosos, como raspar, alisar, y volver a levantar la superficie del papel alisado, de hacer desaparecer no solo la tinta, sino también las hendiduras causadas por los tipos de la máquina.

»Tenía con esto la prueba incontrovertible de que mi teoría era la correcta, de modo que inmediatamente me dediqué a aclarar otros puntos oscuros que se me planteaban. El tiempo era limitado, y debí recurrir a los servicios de no menos de cuatro agencias particulares de investigaciones, entre las cuales distribuí la tarea de obtener los datos que buscaba. Ello significó no solo un considerable ahorro de tiempo, sino que tuvo la ventaja de no poner el conjunto de datos obtenidos en otras manos que las mías. En verdad, hice cuanto me fue posible para distribuir las gestiones en forma tal que ninguna de las agencias pudiese ni siquiera adivinar cuál era mi objetivo; en este sentido, creo poder afirmar que he tenido éxito.

»A continuación, me ocupé del sello postal. Para apoyar mi teoría era necesario probar que el sospechoso estuvo en las inmediaciones del Strand a la hora en cuestión. Ustedes dirán —dijo *sir* Charles escudriñando los rostros interesados a su alrededor, y decidiendo aparentemente que Mr. Morton Harrogate Bradley iba a hacer la absurda objeción—, ustedes dirán —repitió severamente dirigiéndose a Bradley—, que ello no era necesario. El paquete podría haber sido despachado con la mayor inocencia por algún cómplice involuntario a quien le hubiese sido entregado, a fin de tener el criminal una perfecta coartada para cubrir este período. Luego, debemos considerar el hecho de que la persona a quien me refiero no estaba en el país. Hubiese sido fácil para esa persona encomendar el despacho del paquete a algún amigo que viajase a Inglaterra, a fin de ahorrar con ello el franqueo desde el extranjero, que nunca es elevado, de todos modos, para esta clase de encomiendas.

»Pues yo no estoy de acuerdo —dijo *sir* Charles a Bradley con tono todavía más severo—. He considerado esta posibilidad, y no creo que la persona en quien pienso hubiese corrido tan grave riesgo, pues el amigo a quien recurriese inevitablemente recordaría el hecho al leer los periódicos más tarde.

»No —concluyó *sir* Charles, dando el golpe decisivo a las supuestas objeciones de Bradley—. Estoy convencido de que el asesino comprendió desde un principio que la encomienda no debía salir de sus manos hasta ser entregada en el correo.

—Desde luego —dijo Mr. Bradley con tono displicente—. *Lady* Pennefather

puede haber tenido un cómplice voluntario, ya que no involuntario. ¡Sin duda usted ha considerado esa posibilidad! ¿No es cierto?

Bradley logró insinuar en su tono que el asunto no tenía mayor importancia, pero que, como *sir* Charles le había dirigido todas sus palabras, era un rasgo de cortesía hacer algún comentario apropiado.

Sir Charles enrojeció visiblemente. Se había estado vanagloriando mentalmente de la habilidad con que mantenía secreto el nombre del asesino, a fin de lanzarlo como una bomba al final de su exposición, tal como ocurre en las buenas novelas policiales. Y ahora aquel malhadado borroneador de folletines le había arruinado el juego.

—Caballero —dijo con tono pedante, digno de un enciclopedista de la talla de Samuel Johnson—, quisiera llamar su atención sobre el hecho de que yo no he mencionado nombre alguno. Haberlo hecho, sería una gran imprudencia. ¿Es posible que necesite recordarle que existe una ley contra las injurias?

Morton Harrogate sonrió con aquella exasperante sonrisa de superioridad que le caracterizaba. En realidad, era un joven bastante insufrible.

—¿Qué me dice usted, *sir* Charles? —se mofó, acariciando el bigotillo casi invisible que adornaba su labio superior—. No tengo la menor intención de escribir una novela sobre la tentativa de asesinato de *Lady* Pennefather contra su esposo, si es eso lo que desea advertirme. ¿O será posible que haya querido referirse a la ley contra las calumnias?

Sir Charles, que se había propuesto esto último, fulminó a Bradley con una mirada iracunda.

Roger se apresuró a separar a los contrincantes. Le parecía estar frente a un toro y un tábano, y el tipo de lucha que suele entablarse en estos casos resulta sumamente regocijante. Pero el objeto del Círculo del Crimen era investigar crímenes cometidos fuera de él, y no crear oportunidades para que se realizasen otros nuevos. Roger no abrigaba especial simpatía por el toro, ni tampoco por el tábano, pero ambos le divertían en diferente forma; por otra parte, tampoco le resultaban antipáticos. Mr. Bradley, en cambio, sentía antipatía por Roger y por *sir* Charles, especialmente por el primero, porque era un caballero y fingía no serlo, mientras que él, Bradley, no lo era y trataba de parecerlo. Esto suele ser motivo para no estimar a una persona.

—Me alegro que haya mencionado ese punto, *sir* Charles —dijo Roger con suavidad—. Es un factor que debemos tener presente. Por mi parte, no veo cómo hemos de tener éxito en la investigación si no llegamos a un acuerdo previo sobre la ley de calumnias. ¿Qué opina usted?

Sir Charles se mostró un tanto aplacado.

—Ese es un punto difícil —convino, anteponiendo sus intereses de abogado a sus emociones personales. El abogado que ama su profesión es capaz de olvidarlo todo, inclusive el juicio que está siguiendo, con tal de establecer un punto de importancia jurídica, en la misma forma en que una mujer verdaderamente femenina se pondrá

sus mejores ropas y se empolvará la nariz antes de introducirla en el horno de la cocina de gas para suicidarse.

—Creo —dijo Roger pausadamente, deseoso de no herir susceptibilidades, puesto que estaba por hacer una proposición muy atrevida para una persona ajena a la profesión—, que no corresponde tener en cuenta esa ley en particular. Quiero decir —agregó rápidamente, al advertir el gesto de protesta de *sir* Charles ante semejante proposición de violar la *lex intangenda*—, quiero decir, que debemos llegar a algún acuerdo mutuo, en el sentido de que cualquier cosa que se diga en esta habitación será considerada sin prejuicio, mejor dicho, como entre amigos, quiero decir, no dentro del espíritu de la ley, o como quiera que se diga en el lenguaje legal. —La exposición de Roger no había sido muy elocuente.

Pero no era probable que *sir* Charles la hubiese oído. Sus ojos habían adquirido una expresión soñadora, tal como la que se ve en un camarista cuando diserta sobre algún aspecto de la burocracia legal.

—La calumnia —comenzó a decir con voz pausada— consiste en la murmuración maliciosa de juicios tales, que ponen a quien los formula en presencia de terceros, en posición de ser acreedor a una demanda por parte de la persona a quien se ha referido en dichos juicios. En este caso, tratándose de la imputación de un crimen o delito punibles en forma concreta, no sería necesario probar daños de orden pecuniario, y, siendo la acusación de carácter difamatorio, su falsedad sería establecida, quedando la responsabilidad de probar la veracidad de su imputación a cargo del demandante. Estaríamos, por lo tanto, frente a la interesante situación de que el demandado en un juicio por calumnias se convierta, en esencia, en el demandante en el juicio civil por asesinato. La verdad es que —dijo por último *sir* Charles en tono perplejo—, no sé qué sucedería en esta eventualidad.

—Lo que quisiéramos saber es en qué casos rige la impunidad para la infracción de la ley de calumnias —dijo Roger en voz baja.

—Naturalmente —dijo *sir* Charles, ignorando la interrupción—, en la declaración sería necesario dejar constancia de las palabras textuales pronunciadas, no simplemente de su significado e implicaciones generales, y el hecho de no poder probar que fueron pronunciadas en la forma declarada, daría lugar al sobreseimiento del demandado. Por consiguiente, a menos que en el transcurso de nuestras reuniones se tomase nota de lo dicho, y alguien de los presentes firmase dichas notas en calidad de testigo, no veo la posibilidad de que nadie entable juicio por calumnias.

—¿Y la impunidad? —insistió Roger.

—Por último, abrigo la convicción —dijo *sir* Charles animándose— de que la presente podría ser considerada como una de las ocasiones en que las declaraciones, por calumniosas que sean en esencia, y aun cuando fueren falsas, pueden ser hechas con móviles perfectamente legítimos y con la convicción absoluta de su exactitud. En ese caso, la imputación inicial quedaría revertida, y correspondería al demandante probar a satisfacción del jurado que el demandado ha actuado con malicia y

premeditación. Yo diría que, en tales circunstancias, la corte se guiaría por consideraciones de interés público exclusivamente, lo cual significaría tal vez que...

—¡Insisto en la cuestión de nuestra impunidad! —exclamó Roger.

Sir Charles volvió hacia él unos ojos tan furiosos que parecían dibujados con tinta roja. Pero esta vez no pudo ignorar la objeción.

—Estaba por referirme a ese punto —dijo—. En nuestro caso, no creo que la invocación de la impunidad de que goza toda reunión pública sea aceptable. En cuanto a la impunidad privada, es sumamente difícil delimitar sus alcances. No sería fácil alegar con éxito que todas las declaraciones hechas aquí se refieren al fuero privado exclusivamente, ya que ello depende de que nuestro Círculo constituya, en realidad, una asamblea privada o una pública. Es posible —señaló—, sostener ambas posiciones. Hasta puede discutirse si se trata de un organismo privado reunido en público, o *viceversa*, de un organismo público reunido en privado. El punto es muy debatible.

Sir Charles agitó sus lentes por un momento con el objeto de subrayar el carácter en extremo discutible de dicho punto.

—Considerados todos los factores, me siento inclinado a aventurar la opinión —y por fin se lanzó a emitir la esperada opinión— de que en general se justificaría invocar un caso de impunidad especial en el nuestro, puesto que se trataría de declaraciones hechas no con *animus injuriandi*, sino en el cumplimiento de un deber no necesariamente legal, sino moral y social, y cualquier declaración hecha en este concepto está protegida por el recurso de *veritas convinci*, hecho dentro de los límites aceptables, por personas que actúan *bona fide* en interés propio y del público. Debo decir, empero —Sir Charles vaciló, como horrorizado por haber tenido que pronunciarse al fin—, que no se trata de una cuestión de absoluta certeza, y que sería una política más sensata evitar el mencionar nombres, aun cuando nos reservemos el derecho de indicar, mediante algún método apropiado, como signos, o bien otra forma de representación o pantomima, al individuo a quien nos referimos conjuntamente.

—Pero, en términos generales —insistió el presidente del Círculo, en voz baja, pero firme—, ¿cree usted que esta ocasión en particular debe ser considerada dentro de las de impunidad, o bien podemos seguir adelante y mencionar los nombres que nos venga en gana?

Los lentes de sir Charles describieron un círculo completo, posiblemente simbólico.

—Creo —respondió por fin, en tono sumamente trascendental, y después de todo, la opinión que estaba por emitir justificaba dicho tono, pues si hubiera hablado en presencia del foro le hubiese costado al Círculo una bonita suma—, creo —repitió— que podemos correr el riesgo.

—¡Muy bien! —exclamó el presidente con alivio.



6

—ME AVENTURO A CREER —resumió *sir* Charles— que muchos de ustedes han de haber llegado a la misma conclusión que yo respecto de la identidad del asesino. El caso ofrece una semejanza tan sorprendente con uno de los asesinatos clásicos en los anales, que no ha de pasar inadvertida a nadie. Me refiero, como ustedes habrán adivinado, al caso de Marie Lafarge.

—¿Cómo? —dijo Roger, sorprendido, pues, en lo que a él se refería, hasta aquel momento no había advertido tal semejanza.

Ahora que pensaba en ello, el paralelo era evidente. Roger se movió en su sillón, sintiéndose muy incómodo.

—En este caso aparece asimismo una mujer acusada de haber enviado un artículo envenenado a su esposo. No viene al caso que dicho artículo haya sido una torta, o una caja de bombones. Tal vez no convenga...

—Pero nadie que esté en sus cabales continúa creyendo en la culpabilidad de Marie Lafarge —interrumpió Alicia Dammers con inusitado calor—. Ha quedado virtualmente demostrado que la torta fue enviada por el capataz, o quienquiera que fuese el hombre. ¿No se llamaba Dennis? Además, su motivo era mucho más grave que el de ella.

Sir Charles miró a Alicia severamente.

—Creo haber dicho «acusada» de haber enviado el artículo. Me estaba refiriendo a un hecho consumado, no a una opinión personal.

—Perdóneme usted —murmuró *miss* Dammers, sin mostrarse muy arrepentida.

—De cualquier manera, he mencionado la coincidencia por si a alguien puede interesarle. Volvamos a nuestro caso en el punto en que lo dejamos. Hace un momento se formuló la pregunta de si *Lady* Pennefather puede haber tenido o no un cómplice voluntario. Pensé en esta posibilidad, pero posteriormente comprobé que no era así. *Lady* Pennefather planeó y llevó a cabo este asesinato por sí sola.

Era evidente que la pausa de *sir* Charles estaba destinada a que se le hiciese la pregunta inevitable. Y Roger cumplió el requisito.

—¿Cómo es posible, *sir* Charles? Todos sabemos que *Lady* Pennefather estaba en

el sur de Francia cuando se cometió el hecho. La policía investigó cuidadosamente este punto, de modo que ella tiene una coartada perfecta.

Sir Charles sonrió abiertamente.

—Tenía una coartada perfecta. Yo la he destruido. He aquí lo que sucedió. Tres días antes de ser despachada la encomienda, *Lady Pennefather* abandonó a Menton para pasar una semana en Aviñón. Al cabo de esa semana, regresó a Menton. Su firma aparece en el registro del hotel de Aviñón, tiene el recibo de los días de su permanencia en él, y todo está en regla. La única circunstancia curiosa es que, aparentemente, no llevó consigo a su doncella, una muchacha muy inteligente y de muy buen aspecto y modales, puesto que el recibo del hotel de Aviñón está extendido a nombre de una persona solamente. Sin embargo, la doncella no estuvo en Aviñón. ¿Es posible que haya desaparecido misteriosamente durante ese período?

—¡Ah! —comentó *Ambrose Chitterwick*, que escuchaba atentamente—. Comprendo. ¡Qué ingenioso!

—Sumamente ingenioso —repuso *sir Charles* con complacencia, atribuyéndose a sí mismo la inteligencia de *Lady Pennefather*—. La doncella tomó el lugar de su ama, mientras esta hacía un viaje de incógnito a Inglaterra. He verificado este hecho hasta el extremo de que ya no cabe duda alguna de su exactitud. Uno de mis agentes, obedeciendo a mis instrucciones enviadas telegráficamente, mostró al propietario del hotel de Aviñón una fotografía de *Lady Pennefather*, y le preguntó si aquella persona se había alojado allí; el hombre aseguró no haberla visto nunca. Pero cuando le fue mostrada una fotografía de la doncella, la identificó inmediatamente como *Lady Pennefather*. Otra de mis suposiciones ha resultado totalmente correcta. *Sir Charles* se arrellanó en su sillón y agitó sus lentes, en un homenaje silencioso a su propia astucia.

—¡Entonces, *Lady Pennefather* tenía un cómplice! —murmuró *Bradley* con el aire de quien relata un cuento de hadas a un niño de cuatro años.

—Un cómplice inocente —repuso *sir Charles*—. Mi agente interrogó a la doncella con mucha discreción, y averiguó que su ama le había dicho que ciertos asuntos reclamaban urgentemente su presencia en Inglaterra, pero como ya había pasado los primeros seis meses de aquel año en su país, tendría que pagar su impuesto a los réditos en su totalidad, si llegaba a poner los pies en su patria durante el mismo año. Como se trataba de una suma considerable, *Lady Pennefather* utilizó esta argucia para salvar la dificultad de un viaje de incógnito, y recompensó ampliamente a la muchacha. No es de extrañar que la oferta haya sido aceptada. ¡Muy ingenioso! ¡Sumamente ingenioso! —*Sir Charles* sonrió una vez más y miró en torno de sí, como esperando elogios.

—¡Qué inteligente es usted, *sir Charles*! —murmuró *Alicia*, por decir algo.

—No tengo pruebas concretas de su permanencia en este país —se lamentó *sir Charles*—, de modo que, desde el punto de vista legal, el caso contra *Lady Pennefather* está incompleto, pero la policía podrá establecer estos pormenores. En

todos sus demás aspectos, debo señalar que la evidencia es demoledora. Lamento infinitamente tener que hacer esta declaración, pero no tengo alternativa: *Lady Pennefather* es la asesina de Mrs. Bendix.

Cuando *sir Charles* hubo terminado de hablar, se produjo un silencio cargado de interrogantes. Las preguntas flotaban en el ambiente, pero nadie parecía dispuesto a formularlas en primer término. Roger miraba el espacio, como buscando el rastro desvanecido de la presa que persiguiera antes de que hablase *sir Charles*. No había duda, tal como se presentaban las cosas hasta entonces, de que este había probado su teoría.

Por fin, Mr. Ambrose Chitterwick se atrevió a romper el silencio.

—Debemos felicitarle, *sir Charles*. Su solución es tan brillante como original. Las únicas preguntas que se me ocurre formular son las siguientes: ¿Cuál ha sido el móvil del crimen? ¿Por qué deseaba *Lady Pennefather* la muerte de su esposo, cuando se hallaba en pleno trámite de divorcio? ¿Tenía algún motivo para sospechar que el divorcio sería acordado en favor de él?

—Absolutamente —respondió *sir Charles*—. Era justamente porque estaba segura de que el divorcio sería acordado que deseaba la muerte de *sir Eustace*.

—La verdad es que no comprendo —dijo Mr. Chitterwick, perplejo.

Sir Charles dejó que persistiese la curiosidad general durante unos instantes más, antes de condescender a explicarse. Tenía el instinto dramático de todos los oradores.

—Al principio de mi exposición hice alusión a un dato que obtuve accidentalmente y que me ayudó considerablemente a llegar a una solución. Estoy preparado para revelarlo ahora, no sin antes solicitar que se guarde el más completo silencio sobre él.

»Ya saben ustedes que hace un tiempo corrieron rumores acerca del compromiso matrimonial entre *sir Eustace* y mi hija. No creo incurrir en la divulgación indebida de un secreto de confesionario cuando les diga que, no hace muchas semanas, *sir Eustace* se dirigió a mí, pidiendo mi consentimiento para contraer matrimonio con mi hija tan pronto como se concediese el divorcio solicitado por su esposa.

»No necesito comentar el resultado de esta entrevista. Lo que es pertinente a nuestra investigación es que *sir Eustace* me informó categóricamente que su esposa se había resistido mucho a concederle el divorcio, y que accedió solo después de que *sir Eustace* hizo testamento a su favor, en el cual incluyó su propiedad de *Worcestershire*. *Lady Pennefather* tenía una pequeña renta propia, que *sir Eustace* estaba dispuesto a complementar en la forma más generosa posible. Pero como los intereses de la hipoteca sobre su propiedad importaban casi la totalidad de la renta derivada de la misma, no podía pasar mucho dinero a su mujer. Tenía, en cambio, seguros de vida por elevadas sumas, conforme al contrato matrimonial previo a su casamiento con *Lady Pennefather*. La hipoteca sobre su propiedad tiene carácter de póliza dotal, y caduca con su muerte. *Sir Eustace* tenía, pues, como lo admitió con la mayor franqueza, muy poco que ofrecer a mi hija.

»Como a mí —dijo *sir* Charles, tratando de impresionar—, no puede pasarles inadvertida la importancia de todo esto. De acuerdo con el testamento, a la muerte de *sir* Eustace, *Lady* Pennefather se convertiría en una mujer relativamente rica. Pero he aquí que le llegan rumores de que su marido contempla un nuevo matrimonio tan pronto como se efectúe el divorcio. ¿No es probable que en tal eventualidad se redacte un nuevo testamento?

»El carácter de *Lady* Pennefather queda demostrado por su disposición a aceptar el soborno del testamento como condición previa al divorcio. Evidentemente se trata de una mujer codiciosa, ávida de dinero. Para una mujer de esta clase, el asesinato es tan solo un medio, y, en el caso de *Lady* Pennefather, su única esperanza. No creo necesario —terminó diciendo *sir* Charles— entrar en mayores detalles.

—La teoría es sumamente convincente —dijo Roger con un suspiro—. ¿Piensa usted entregar todo este testimonio a la policía, *sir* Charles?

—Considero que el no hacerlo significaría una flagrante evasión de mis deberes como ciudadano —replicó *sir* Charles, con una pomposidad que no ocultaba la alta satisfacción que de sí mismo sentía.

—¡Hum! —murmuró Mr. Bradley, que, evidentemente, no compartía el entusiasmo de *sir* Charles—. ¿Y los bombones? ¿Opina usted que los preparó aquí, o que los trajo ya preparados desde Francia?

Sir Charles hizo un gesto con la mano.

—¿Le parece a usted muy importante ese punto?

—Yo diría que es de gran importancia relacionar a *Lady* Pennefather con el veneno, por lo menos.

—¿Con el nitrobenceno? Sería tan fácil como establecer una relación entre *Lady* Pennefather y la compra de los bombones. Nadie podría tener dificultad alguna en obtenerlos. En realidad, considero la elección del veneno como totalmente de acuerdo con el ingenio que desplegó al planear los detalles del crimen.

—Comprendo —Mr. Bradley acarició su bigotillo y miró a *sir* Charles con aire combativo—. Ahora que pienso en ello, *sir* Charles, usted no ha probado realmente la culpabilidad de *Lady* Pennefather. Lo único que ha establecido es el móvil y la oportunidad.

Inesperadamente apareció otro aliado de Bradley.

—¡Exactamente! —exclamó Mrs. Fielder-Flemming—. Es lo que iba a señalar yo misma. Si usted entrega las pruebas que ha reunido, *sir* Charles, no creo que la policía se lo agradezca. Como dice Mr. Bradley, no ha probado que *Lady* Pennefather es culpable, ni nada que se le aproxime. Hasta me atrevo a afirmar que está usted completamente equivocado.

Sir Charles se sintió tan desconcertado, que durante unos instantes solo pudo mirarla fijamente.

—¿Equivocado? —repitió por fin. Aquella posibilidad no se le había ocurrido en ningún momento.

—Bueno, tal vez deba decir que está usted en la pista equivocada —repuso Mrs. Fielder-Flemming bruscamente.

—Pero, mi querida señora... —Por esta vez las palabras faltaron a *sir* Charles—. Pero ¿por qué? —preguntó por fin.

—Porque estoy segura de ello —respondió Mrs. Fielder-Flemming, sin que su respuesta aclarase mucho las cosas.

Roger escuchó este diálogo con un sentimiento de satisfacción creciente. Luego de haber caído bajo el sortilegio del poder de persuasión de *sir* Charles, hasta convencerse casi de la exactitud de su teoría, estaba pasando gradualmente al otro extremo. Era innegable que solo Bradley había mantenido una actitud objetiva. Y tenía razón. En la teoría de *sir* Charles había muchos puntos débiles que el abogado mismo, de haber sido nombrado defensor de *Lady* Pennefather, no habría vacilado en aprovechar ampliamente.

—Sin duda —dijo con aire pensativo— el hecho de que antes de ausentarse al extranjero *Lady* Pennefather haya tenido una cuenta corriente en Mason e Hijos no constituye una prueba. Tampoco lo es que Mason e Hijos acostumbre enviar notas de agradecimiento con sus recibos. Como lo ha dicho el mismo *sir* Charles, muchas firmas antiguas de buena reputación lo hacen. Y el hecho de que la hoja de papel en que fue escrita la carta haya sido usada anteriormente para tal fin no solo no es sorprendente, sino que resulta obvio, si nos detenemos a pensar en ello. Quienquiera que haya sido el asesino, el problema de obtener la hoja de papel habría sido el mismo. En consecuencia, las tres preguntas iniciales de *sir* Charles han tenido respuestas afirmativas por una simple casualidad.

Sir Charles se volvió hacia su nuevo antagonista con la furia de un toro herido.

—¡Pero las probabilidades están en contra de tal coincidencia! —exclamó—. Si se trata de una coincidencia, es la más increíble que he encontrado en todo el curso de mi experiencia jurídica.

—Lo que sucede, *sir* Charles, es que usted ha tenido ideas preconcebidas —observó Mr. Bradley suavemente—. Además, exagera usted mucho. Según su cálculo, las probabilidades son de un millón contra uno. Yo, en cambio, diría que son de seis contra uno. Como usted no lo ignora, hay aquello de la ley de transposiciones y combinaciones.

—¡Al diablo con sus transposiciones, Bradley! —explotó *sir* Charles—. ¡Y con sus combinaciones!

Mr. Bradley se dirigió a Roger.

—Señor presidente, ¿está permitido a un miembro del Círculo hacer alusiones a la ropa interior de otro miembro? Además, *sir* Charles —agregó, dirigiéndose a aquel paladín de la justicia— nunca llevó combinaciones, por lo menos desde que tenía uno o dos años.

Dada la dignidad de su investidura, Roger no se hizo eco de las risas ahogadas que se oyeron de todos lados. Era necesario, por la conservación de la integridad del

Círculo, verter aceite sobre aguas tan revueltas.

—Bradley, me parece que está usted fuera de la cuestión. No es mi deseo echar por tierra su teoría, *sir* Charles, o menoscabar en modo alguno la forma brillante en que la ha defendido; pero, para que permanezca en pie, debe resistir todos los argumentos que le opongamos. Eso es todo. La verdad es que me inclino a pensar que usted atribuye una importancia un tanto exagerada a las respuestas a sus tres preguntas. ¿Qué opina usted, *miss* Dammers?

—Estoy de acuerdo —respondió *miss* Dammers lacónicamente—. La forma en que *sir* Charles ha subrayado la importancia de esas respuestas me recuerda un procedimiento favorito de los autores de novelas policiales. *Sir* Charles dijo, si mal no recuerdo, que si las preguntas tenían respuestas afirmativas, sabría que la persona de quien sospecha es culpable, con tanta certeza como si la hubiese visto, con sus propios ojos, poniendo el veneno en los bombones, ya que las probabilidades de una coincidencia en la respuesta afirmativa eran muy lejanas. En otros términos, se limitó a hacer una afirmación categórica, sin apoyarla en pruebas o argumentos.

—¿Y es esto lo que hacen los escritores de novelas policiales, *miss* Dammers? —preguntó con sorna Mr. Bradley.

—Invariablemente, Mr. Bradley. Con frecuencia lo he observado en sus libros. Usted afirma un hecho tan terminantemente, que al lector no se le ocurre poner en duda su exactitud. «He aquí —dice el detective— una botella de tinta roja y otra de tinta azul. Si resulta que el contenido de ambas botellas es tinta, sabemos que fueron adquiridas para llenar los tinteros de la biblioteca, con tanta certeza como si hubiésemos leído los pensamientos de la víctima». Entretanto, la tinta roja podría haber sido comprada por una de las mucamas para teñir una tricota, y la tinta azul, por la secretaria para llenar su estilográfica. Y así podríamos dar muchas otras explicaciones. Pero siempre el lector olvida estas posibilidades. ¿No es exacto lo que afirmo?

—Absolutamente exacto —respondió Bradley sin inmutarse—. No perder el tiempo en detalles triviales. Basta decir al lector lo que debe pensar, para que lo piense sin vacilaciones. Ha comprendido usted la técnica perfectamente. ¿Por qué no intenta escribir una novela policial? Le aseguro que es un negocio muy lucrativo.

—Puede que lo haga algún día. De cualquier manera, debo admitir, Mr. Bradley, que los detectives de sus novelas descubren cosas. No se limitan a quedarse quietos esperando a que otra persona les diga quién cometió el asesinato, como lo hacen los llamados detectives de otras novelas que he leído.

—Muchas gracias —dijo Mr. Bradley—. Entonces, ¿es verdad que lee usted novelas policiales?

—Desde luego —respondió *miss* Dammers—: ¿Por qué no?

Con la misma rapidez con que había respondido al desafío de Bradley, Alicia Dammers desvió su atención del novelista, y desde aquel momento lo ignoró totalmente.

—¿Y la carta, *sir* Charles? —preguntó—. Me refiero a la escritura a máquina. ¿No atribuye usted ninguna importancia a esto?

—Como detalle, debe ser tenido en cuenta, sin duda; yo me he limitado a delinear el caso a grandes rasgos —*Sir* Charles había depuesto su actitud agresiva—. Entiendo que la policía es la encargada de estudiar pruebas tan materiales como esa.

—Creo que tendrá alguna dificultad en relacionar a Pauline Pennefather con la máquina utilizada para escribir la carta —observó Mrs. Fielder-Flemming intencionadamente.

Gradualmente, la corriente de opiniones se estaba volviendo contra *sir* Charles.

—Pero ¿y el móvil? —insistió; era un espectáculo patético verlo ahora en la posición defensiva—. Deben admitir ustedes que el móvil es innegable.

—Usted no conoce a Pauline, a *Lady* Pennefather, ¿no es verdad, *sir* Charles?

—No, no la conozco.

—¿No está usted de acuerdo con la teoría de *sir* Charles, *miss* Dammers? —se aventuró a preguntar Mr. Chitterwick.

—No —dijo aquella categóricamente.

—¿Podría preguntarle por qué razón? —volvió a preguntar Mr. Chitterwick.

—Ciertamente que sí. Y me temo que sea concluyente, *sir* Charles. En la época del asesinato yo estaba en París, y, aproximadamente a la hora en que fue despachada la encomienda, estuve conversando con Pauline Pennefather en uno de los salones de la Opera.

—¿Cómo? —exclamó desolado *sir* Charles, viendo derrumbarse con estrépito los restos de su hermosa teoría.

—Debo disculparme por no haber mencionado este dato con anterioridad —dijo *miss* Dammers con la mayor calma—, pero quería saber qué clase de argumentos podía usted invocar en favor de su teoría. En verdad le felicito, porque ha presentado usted un notable ejemplo de razonamiento inductivo. Si no hubiese sabido de antemano que estaba basado en una falacia, me habría convencido.

—Pero..., pero ¿por qué el secreto?... Y... ¿por qué se hizo personificar por la doncella, si su visita a Inglaterra era inocente? —tartamudeó *sir* Charles, pensando desesperadamente en aeroplanos particulares, y en el tiempo en que estos podrían cubrir la distancia entre la plaza de la Opera y la de Trafalgar.

—Yo no dije que fuese una visita inocente —respondió *miss* Dammers con displicencia—. *Sir* Eustace no es el único que espera el divorcio para volver a casarse. Y mientras tanto, Pauline, con toda razón, no ve por qué ha de perder un tiempo precioso. No olvidemos que ya no es tan joven. Por último, tampoco debemos olvidar a ese siniestro funcionario llamado el Procurador del Rey que nos llama a rendir cuentas cada vez que olvidamos pagar nuestros impuestos.

Al instante, el presidente del Círculo debió apresurarse a clausurar la sesión. Y lo hizo porque no quería que uno de sus miembros muriese de apoplejía en sus brazos.



7

MRS. FIELDER-FLEMMING estaba nerviosa, visiblemente nerviosa. Continuamente agitaba las páginas de su cuaderno, y parecía que no podría esperar a que se trataran los asuntos de interés general, antes de que Roger la autorizase a presentar su solución. Según había dicho confidencialmente a Alicia Dammers, la suya era sin duda la interpretación correcta del asesinato de Mrs. Bendix. Con semejante información en su poder, podría creerse que, por una vez en su vida, Mrs. Fielder-Flemming aprovecharía aquella oportunidad, realmente enviada por el cielo, de causar impresión; pero, por una vez en su vida, ella no supo usarla. Si no se hubiese tratado de Mrs. Fielder-Flemming, hasta se habría podido decir que estaba atemorizada.

—¿Está usted lista, Mrs. Fielder-Flemming? —preguntó Roger, divertido ante esta maravillosa revelación.

Mrs. Fielder-Flemming arregló su poco sentador sombrero, se frotó la nariz, que, carente de polvos, no mejoró ni empeoró luego de tan enérgico tratamiento, sino que brilló más intensamente que de costumbre. Por último, dirigió una mirada disimulada alrededor de la mesa. Roger continuaba contemplándola, atónito. No podía creer que Mrs. Fielder-Flemming tratase deliberadamente de eludir el lugar de honor. Por alguna razón oculta parecía encarar la tarea que la esperaba, con verdadera aprensión, más aún, con un desagrado fuera de toda proporción con la importancia de lo que iba a decir.

—Tengo que cumplir un deber sumamente ingrato —comenzó diciendo en voz baja, luego de toser nerviosamente—. Anoche apenas pude dormir. Es imposible imaginar algo más desagradable para una mujer como yo que lo que tengo que comunicarles. —Aquí hizo una pausa, humedeciéndose los labios.

—Vamos, vamos, señora —dijo Roger, sintiéndose obligado a animarla—. A todos nos pasa lo mismo. Además, recuerdo haber oído un magnífico discurso suyo en uno de sus estrenos teatrales.

Mrs. Fielder-Flemming lo miró, pero no pareció cobrar ánimos.

—No me refería a ese aspecto de mi declaración, Mr. Sheringham —señaló, algo

ofendida—, sino a la responsabilidad que me cabe al revelar este secreto, y al terrible deber que debo cumplir a consecuencia de ello.

—¿Quiere usted decir que ha resuelto nuestro pequeño problema? —preguntó Mr. Bradley irrespetuosamente.

Mrs. Fielder-Flemming lo miró con expresión sombría.

—Lamento decirles —dijo con voz baja, pero a la vez muy femenina— que lo he resuelto. —Poco a poco parecía recobrar su aplomo. Luego de consultar su cuaderno, comenzó a hablar en tono más firme.

—Siempre he encarado la criminología con un criterio casi profesional. Para mí, su principal interés ha residido siempre en sus enormes posibilidades como fuente de material para la producción dramática. Lo inevitable del asesinato, la víctima predestinada, luchando inconsciente e inútilmente contra su destino, el predestinado asesino, moviéndose al principio inconscientemente, y luego con una conciencia absoluta e implacable del cumplimiento fatal de su suerte; los móviles ocultos, desconocidos tal vez para la víctima y para el victimario, que todo el tiempo estimulan el cumplimiento del destino.

»Aparte de la acción y del horror del hecho en sí, siempre he creído que existen mayores posibilidades para el drama auténtico en el más vulgar y sórdido de los asesinatos que en cualquiera otra situación en que pueda encontrarse el hombre. Ibsenismo en la inevitable proyección de ciertas circunstancias yuxtapuestas, que llamamos hado, no menos que Edgar-Wallacismo en la *catarsis* sufrida por el espectador en la gradación de sus emociones.

»Ha sido natural, pues, que yo haya considerado no ya el hecho, sino también su solución, desde el punto de vista de mi profesión, y, en verdad, sería difícil hallar circunstancias más dramáticas que las que rodean este crimen. En fin, sea ello natural o no, esto es lo que he hecho, y los resultados han justificado ampliamente mi criterio de estudio. Decidí estudiar el caso en relación con una de las situaciones dramáticas más conocidas, y muy pronto todo me resultó claro como el día. Me refiero a la situación que los caballeros que hoy en día pasan entre nosotros como críticos teatrales, llaman el Eterno Triángulo.

»Debía comenzar, indudablemente, por uno de los “lados” del triángulo, *sir* Eustace Pennefather. De los otros dos, uno debería ser una mujer, y el tercero podría ser tanto una mujer como un hombre. Recurrí en este punto a una máxima tan vieja como eficaz, y procedí a *chercher la femme*^[3]. Y —dijo Mrs. Fielder-Flemming solemnemente— la encontré.

Hasta aquel momento, es necesario admitirlo, su auditorio no se había mostrado muy impresionado. Ni siquiera la auspiciosa introducción había logrado despertar su interés, ya que era inevitable que Mrs. Fielder-Flemming considerase su deber expresar su repugnancia femenina ante la necesidad de entregar a un criminal a la justicia. Sus frases ampulosas, evidentemente aprendidas de memoria para la ocasión, disminuían, en lugar de aumentar, el interés de su exposición.

Pero cuando tomó nuevamente la palabra, luego de haber esperado en vano el homenaje verbal a su última declaración, la tensión artificial de su estilo fue reemplazada por una animación tan espontánea que resultaba mucho más amena para sus oyentes.

—Nunca pensé que el triángulo fuese el tradicional —prosiguió, con un último ataque a los restos exánimes de la teoría de *sir* Charles—. En ningún momento pensé en *Lady Pennefather*. La sutileza del crimen debía de ser reflejo, estaba segura de ello, de una situación poco común. Después de todo, un triángulo no tiene por qué incluir necesariamente a ambos cónyuges. Tres personas, quienesquiera que sean, pueden formar un triángulo. Son las circunstancias, no los protagonistas, las que forman un determinado triángulo.

»*Sir* Charles señaló que este crimen le recordaba el caso de Marie Lafarge, y, en algunos aspectos, podría haber agregado el de Mary Ansell. Yo también pensé en otro caso análogo, pero no se trata de ninguno de los mencionados hasta ahora. El caso Molineux, de Nueva York, ofrece a mi juicio un paralelo mucho más fiel que los otros.

»Creo que todos recuerdan los detalles del hecho. Mr. Cornish, director del importante Knickerbocker Athletic Club, recibió entre su correspondencia una pequeña copa de plata y un tubo de aspirinas, ambos dirigidos al club. Pensó que se trataba de una broma alusiva a sus actividades, y guardó la envoltura a fin de identificar al humorista. Pocos días después, una mujer que vivía en la misma pensión que Mr. Cornish se quejó de dolor de cabeza, y Cornish le dio una tableta del referido tubo de aspirinas. Poco después la mujer había muerto, y Cornish, que bebió un sorbo del agua en que fuera disuelta la tableta, porque la mujer le halló un sabor excesivamente amargo, se sintió violentamente enfermo, aunque se recobró más tarde.

»Finalmente, un hombre llamado Molineux, miembro del mismo club, fue arrestado y juzgado. El testimonio era comprometedor, pues se sabía que odiaba a Cornish, a tal punto que en una oportunidad había llegado a agredirle. Además de eso, otro socio del club, llamado Barnet, había muerto a principios de año por haber tomado lo que parecía ser una muestra de un muy conocido analgésico, que le habían enviado al club. Por otra parte, poco antes del episodio de Cornish, Molineux se había casado con una muchacha que era novia de Barnet en la época de su muerte. Molineux siempre la había querido, pero ella había preferido a Barnet. Como ustedes recordarán, Molineux fue declarado culpable en su primer juicio, y absuelto en el segundo; algún tiempo después se volvió loco.

»La semejanza de este caso con el que nos ocupa me parece total. El caso Bendix es desde todo punto de vista una combinación Barnet-Cornish. Las analogías son extraordinarias. Tenemos un artículo envenenado enviado a un hombre en su club; tenemos, en el caso de Cornish, la muerte de una víctima por error; tenemos la preservación de la víctima elegida; tenemos, en el caso Barnet, el elemento triángulo

(y un triángulo, como ustedes saben, sin marido ni mujer). Es sorprendente; más que sorprendente yo diría que es significativo. Las cosas no suceden así por simple casualidad.

Mrs. Fielder-Flemming se detuvo y se sonó la nariz con delicadeza, pero a la vez con emoción. Se sentía muy entusiasmada, y su entusiasmo se había comunicado a su auditorio. Si bien no se oyeron exclamaciones de interés, el tributo silencioso que recibió la estimuló a seguir hablando.

—He dicho que esta semejanza es no ya sorprendente, sino significativa. Más adelante me extenderé sobre este punto. Por el momento, baste decir que la he encontrado muy útil. Fue con una sensación de choque que advertí la increíble exactitud del paralelo entre ambos casos, pero, en cuanto la hice mía, tuve la extraña convicción de que en él se encontraba la clave de la solución del asesinato de Mrs. Bendix. Tan intensamente sentía esto, que era casi como si ya lo supiera. A veces tengo estos presentimientos, o como quiera que se les llame, y hasta ahora nunca me han defraudado. Tampoco me defraudó este.

»Comencé a analizar nuestro caso a la luz del de Molineux. ¿Me ayudaría este a encontrar lo que buscaba en aquel? ¿Cuáles eran los indicios, en lo que se refería a Barnet? Barnet recibió el paquete fatal porque tenía la intención de casarse con una mujer que el asesino pretendía para sí. Con tantas analogías en ambos casos, ¿habría —Mrs. Fielder-Flemming inclinó su sombrero en un ángulo ridículo, y miró deliberadamente en torno de la mesa con el aire de un mártir cristiano tratando de intimidar a las fieras con la mirada—, “habría, repito, otra mujer en el caso Bendix”?

Esta vez Mrs. Fielder-Flemming fue recompensada con un coro de exclamaciones de vivo interés, la de *sir* Charles fue la más ruidosa, y tenía inflexiones de indignación; casi podría haber sido confundida con una interjección de incredulidad. Mr. Chitterwick lanzó su exclamación tímidamente, como si temiese un conflicto de hecho luego del violento cambio de miradas entre *sir* Charles y Mrs. Fielder-Flemming: las del primero, amenazadoras en su advertencia muda; las de la segunda, casi vocales en su desafío.

Roger también dijo algo, mientras se preguntaba qué le correspondería hacer si dos miembros del Círculo, y de distinto sexo, para empeorar las cosas, se iban a las manos delante de sus propios ojos.

Mr. Bradley olvidó su supuesta impasibilidad para dejar escapar a su vez una exclamación de puro regocijo. Mrs. Fielder-Flemming estaba resultando más hábil aún que él en el oficio de torero, pero Mr. Bradley no le escatimaría este honor en tanto que él mismo pudiese permanecer sentado entre el auditorio, divirtiéndose a sus anchas. Jamás se hubiese atrevido, ni en sus momentos de más extravagante audacia, a insinuar que la propia hija de *sir* Charles era la causa del asesinato. ¿Sería posible que esta sorprendente mujer presentase un caso basado en semejante hipótesis? ¿Y si resultase cierto? Después de todo, no dejaba de ser factible. Con harta frecuencia se han cometido asesinatos por culpa de mujeres hermosas, de modo que, ¿por qué no

habría de haberse cometido este por culpa de la hermosa hija del pomposo *sir* Charles? ¡Oh, Dios!

Por último Mrs. Fielder-Flemming misma lanzó una exclamación de asombro ante su propia audacia.

La única que permaneció silenciosa fue Alicia Dammers, el rostro animado por un simple interés intelectual ante el desarrollo de la exposición de su amiga, pero manteniendo una actitud obstinadamente impersonal. Sospechamos que a *miss* Dammers le era indiferente que su madre misma apareciese complicada en el crimen, siempre que su participación en él ofreciese oportunidades para aguzar el ingenio y estimular la inteligencia. Sin reconocer en modo alguno que la investigación presentaba ahora un elemento personal, Alicia logró dar a entender implícitamente que lo menos que podía sentir *sir* Charles era un inmenso orgullo ante la posibilidad de que su hija fuese parte de semejante empresa.

Sir Charles, empero, distaba mucho de sentirse orgulloso. A juzgar por la aparición de tensas venas rojas en su frente, algo iba a estallar en él dentro de breves instantes. Mrs. Fielder-Flemming se lanzó por fin al ataque decisivo, como un ave asustada que corre hacia la única salida del gallinero.

—Hemos decidido no tener en cuenta la ley contra la calumnia —declaró con su voz estridente—. No deben existir para nosotros las susceptibilidades personales. Si surge la necesidad de mencionar el nombre de una persona que nos es conocida, lo haremos sin pestañear, en cualquier circunstancia que sea, como si fuese el de un extraño. Tal es el acuerdo a que llegamos anoche. ¿No es verdad, señor presidente? ¡Debemos cumplir con lo que entendemos ser nuestro deber ante la sociedad, sin tener en cuenta consideraciones de orden personal!

Por un momento, Roger sintió miedo. No deseaba que su hermoso Círculo estallase y se convirtiese en una nube de polvo, para no reunirse nunca más. Pero, aunque no podía menos que admirar el valor de Mrs. Fielder-Flemming frente a *sir* Charles, debía contentarse con envidiarlo, ya que, personalmente, no lo poseía. Por otra parte, ella estaba en todo su derecho de hablar libremente, de modo que, ¿qué puede hacer un presidente sino mantenerse imparcial?

—Exactamente, Mrs. Fielder-Flemming —admitió por fin, esperando que su voz fuese tan firme como lo había deseado.

El furioso resplandor de los ojos azules de *sir* Charles por poco le fulminó. Luego, cuando Mrs. Fielder-Flemming, evidentemente animada por el apoyo oficial de Roger, se dispuso a arrojar la bomba, los rayos de la mirada se concentraron nuevamente en ella. Roger observaba aprensivamente, reflexionando que los rayos azules son cosas que no deben dirigirse nunca hacia un explosivo.

Mrs. Fielder-Flemming hacía espectaculares juegos malabares con su bomba. Más de una vez pareció que se le iba a escapar de entre las manos, pero nunca llegaba al suelo ni estallaba.

—Muy bien, proseguiré. Tengo ahora el segundo de los miembros del triángulo.

Siguiendo la analogía con el caso Barnet, ¿existía el tercer miembro? Sí, con Molineux como prototipo, y en forma de alguien interesado en impedir que el primer miembro se casase con el segundo.

»Hasta ahora, como ustedes ven, no estoy en desacuerdo con las conclusiones que nos diera *sir* Charles anoche, si bien mi método para llegar a ellas ha sido diferente. También él presentó su triángulo, sin definirlo expresamente como tal, y probablemente sin llegar a reconocerlo. Los primeros dos miembros del suyo son los mismos que en el mío.

En este punto Mrs. Fielder-Flemming hizo un esfuerzo sobrehumano por devolver la mirada de *sir* Charles, como desafiándole a que le contradijese. Pero como se había limitado a establecer un hecho que *sir* Charles no podía refutar sin explicar que no había sido su intención decir lo que había dicho, el desafío no fue aceptado. Al mismo tiempo, la mirada de *sir* Charles perdió algo de su intensidad. A pesar de ello, la expresión de su rostro decía que un triángulo, cuando se tiene el buen gusto de darle otro nombre, no tiene implicaciones tan desagradables.

—Cuando llegamos al tercer miembro —prosiguió diciendo Mrs. Fielder-Flemming, ya completamente serena— estamos en desacuerdo. *Sir* Charles mencionó a *Lady* Pennefather. No tengo el honor de conocerla, pero *miss* Dammers la conoce bien, y me dice que el retrato de su carácter presentado por *sir* Charles es inexacto desde todo punto de vista. *Lady* Pennefather no es mezquina, ni egoísta, ni codiciosa, ni en modo alguno capaz de cometer el horrible crimen que le atribuye *sir* Charles, me temo que algo precipitadamente. *Lady* Pennefather es, según me dicen, una mujer dulce y generosa, algo liberal, sin duda, pero ello no es muy grave. En verdad, yo diría que esta cualidad la realza.

Le agradaba creer a Mrs. Fielder-Flemming que no solo se sentía indulgente ante una inmoralidad inofensiva, como ella decía, sino que hasta estaría dispuesta a propiciar un ejemplo concreto de ella. En verdad, a menudo solía apartarse de su camino habitual en el intento de convencer a sus amistades de su espíritu tolerante. Pero, desgraciadamente, sus amistades insistían en recordar que Mrs. Fielder-Flemming había cortado toda relación con una de sus sobrinas cuando esta, enterada de que su esposo mantenía, por razones de conveniencia, una amante en cada uno de los cuatro puntos cardinales de Inglaterra, y, para mayor comodidad aún, otra en Escocia, había huido con un joven de quien ella estaba enamorada.

—Así como disiento con *sir* Charles en cuanto a la identidad de la tercera persona del triángulo —siguió diciendo, totalmente ajena a la buena memoria de sus amistades—, tampoco estoy de acuerdo en cuanto a los medios por los cuales se ha de establecer la identidad. Diferimos totalmente en nuestras ideas respecto de la esencia misma del problema: me refiero al móvil. *Sir* Charles sostiene que se trata de un asesinato cometido con fines de lucro; yo estoy convencida, en cambio, de que el incentivo era menos innoble. El asesinato, como bien sabemos, nunca es justificable; pero existen ocasiones en que casi lo sería. Esta es, en mi opinión, una de ellas.

»La clave de la identidad de la tercera persona debe ser buscada en el carácter del propio *sir* Eustace. Detengámonos a examinarlo. Nuestros juicios no están restringidos por consideraciones relativas a la calumnia. Podemos afirmar, pues, que en ciertos sentidos *sir* Eustace es un miembro indeseable de la sociedad. Desde el punto de vista de un hombre, por ejemplo, que esté enamorado de una joven, *sir* Eustace tiene que ser la última persona con quien dicho joven permitiría alternar a su novia. No solamente es un hombre inmoral, sino que no tiene excusa alguna para su inmoralidad, lo cual es todavía más grave. Es un miserable, un dilapidador de fortunas, un hombre sin honor ni escrúpulos en su trato con las mujeres, y más todavía, es un hombre que ha malogrado su matrimonio con una mujer encantadora, tolerante, que hubiese estado dispuesta a perdonar con más generosidad que la habitual las escapadas y pecadillos de su marido. Como presunto esposo de cualquier muchacha joven, *sir* Eustace es una tragedia.

»Y como presunto esposo de una joven a quien otro hombre ama con todo su corazón —agregó Mrs. Fielder-Flemming solemnemente—, *sir* Eustace Pennefather se vuelve poco menos que imposible. Y es fácil entenderlo así desde el punto de vista de ese hombre.

»Y un hombre que “es” un hombre —agregó Mrs. Fielder-Flemming, roja por la intensidad de su emoción—, no puede admitir «imposibles» que amenacen su afecto.

Dicho esto, hizo una pausa dramática.

—Telón, acto primero —dijo Mr. Bradley en voz baja a Mr. Chitterwick.

Mr. Chitterwick sonrió aprensivamente.



8

COMO DE COSTUMBRE, *sir* Charles aprovechó el primer intervalo para abandonar su asiento. Esta sensación de no poder permanecer sentados por más tiempo suele hacerse sumamente aguda al llegar el entreacto, por lo menos cuando no se trata de una obra teatral de Mrs. Fielder-Flemming.

—Señor presidente —dijo *sir* Charles con voz de trueno—, aclaremos este punto. Entiendo que Mrs. Fielder-Flemming ha hecho la ridícula acusación de que algún amigo de mi hija es culpable de este crimen. ¿No es así?

El presidente miró algo perplejo la altísima figura que se levantaba ante él y deseó ser cualquier cosa menos presidente del Círculo.

—En verdad, no lo sé, *sir* Charles —repuso, lo cual, además de una evasión, era inexacto.

Pero su ansiedad era infundada, pues Mrs. Fielder-Flemming se sentía ya completamente capaz de hablar sin ayuda de nadie.

—Todavía no he acusado a nadie, *sir* Charles —dijo con una fría dignidad, malograda solo por el hecho de que su sombrero, habiendo compartido todas las emociones de su dueña, estaba insólitamente inclinado sobre una de sus orejas—. Hasta ahora me he limitado a desarrollar una hipótesis.

Si se hubiese tratado de Mr. Bradley, *sir* Charles le habría replicado con un olímpico desdén, digno de Samuel Johnson: «¡Al diablo con su hipótesis, Bradley!». Pero restringida como estaba su franqueza por la puerilidad de las convenciones sociales sobre la etiqueta entre personas del sexo opuesto, lo único que pudo utilizar fue su mirada fulminante.

Con la falta de caballerosidad frecuente en miembros de su sexo, Mrs. Fielder-Flemming no vaciló en aprovechar la ventaja.

—Además —señaló—, todavía no he acabado de hablar.

Sir Charles tomó asiento nuevamente, murmurando algo sospechosamente violento. Era la imagen de la ira reprimida.

Mr. Bradley, por su parte, apenas pudo dominar el impulso de palmear a Mr. Chitterwick en la espalda y golpearle bajo el mentón, para expresar de alguna manera

su incontenible regocijo.

Con una serenidad tan natural que evidentemente era fingida, Mrs. Fielder-Flemming procedió a dar por terminado el intervalo, y levantó el telón del segundo acto.

—He dado a ustedes el procedimiento por el cual llegué a identificar al tercer miembro del triángulo, en otros términos, el asesino, de modo que pasaré ahora a las pruebas, y mostraré cómo dichas pruebas sostienen mis conclusiones. ¿He dicho «sostienen»? Lo que he querido decir es «confirman sin lugar a dudas».

—Pero ¿cuáles son sus conclusiones, Mrs. Fielder-Flemming? —preguntó Bradley con un desgano que dejaba entrever su interés—. Todavía no las ha concretado. Solo insinuó que el asesino es un rival de *sir* Eustace en el afecto de *miss* Wildman.

—Es verdad, Mabel —dijo Alicia Dammers—. ¡Aunque por ahora no desees darnos el nombre del asesino, podrías delinearlo más concretamente!

A *miss* Dammers le desagradaba la vaguedad. Asociaba este defecto a la idea de andar en chancletas, lo que detestaba por sobre todas las cosas. Además, tenía verdadero interés en saber sobre quién había recaído la elección de Mrs. Fielder-Flemming. Estaba de acuerdo con la mayoría en que Mabel podía parecer tonta, hablar como una tonta, y comportarse como otra tonta. A pesar de ello, no lo era en lo más mínimo.

Pero Mabel estaba empeñada en coquetear con el tema.

—Temo no poder hacerlo todavía. Por ciertas razones, debo probar mi caso primero. Más tarde comprenderán mi posición.

—Muy bien —dijo Alicia suspirando—. Pero, por favor, suprimamos esta atmósfera de novela policial. Lo único que deseamos es resolver un caso difícil, no intrigarnos mutuamente.

—Tengo mis razones, Alicia —observó Mrs. Fielder-Flemming gravemente, y a continuación procedió a retomar el hilo de su exposición.

»¿Dónde estaba? ¡Ah, sí! Las pruebas. Les diré que este punto es muy interesante. He logrado obtener dos elementos de juicio importantísimos, que nadie ha señalado hasta ahora.

»El primero es que *sir* Eustace no estaba enamorado de... —Mrs. Fielder-Flemming vaciló; luego, como Mr. Bradley había establecido un precedente de intrepidez, decidió llegar al máximo de la franqueza—... de *miss* Wildman. Pensaba casarse con ella por su dinero, o mejor dicho, por lo que esperaba obtener del dinero de su padre. Espero, *sir* Charles —agregó en tono glacial—, que no considerará como calumnia el hecho de que mencione que es usted un hombre sumamente rico. Este punto tiene una importancia esencial para mi hipótesis.

Sir Charles inclinó su sólida y hermosa cabeza.

—No es cuestión de calumnia, señora, sino simplemente de buen gusto, que está fuera de la esfera de mi actividad profesional. Temo que sería una pérdida de tiempo

aconsejarla sobre ese aspecto de la conducta en sociedad.

—¡Qué interesante, Mrs. Fielder-Flemming! —interpuso rápidamente Roger, a fin de interrumpir aquel duelo verbal—. ¿Cómo lo descubrió usted?

—Me informó el criado de *sir* Eustace, Mr. Sheringham —respondió ella, no sin orgullo—. Le he interrogado. *Sir* Eustace no guardaba secreto alguno sobre sus intenciones, y aparentemente confiaba en este hombre. Parece que esperaba poder pagar todas sus deudas, comprar uno o dos caballos de carrera, pagar la pensión de la actual *Lady* Pennefather, y, en general, comenzar de nuevo. Hasta le había prometido a Baker, pues este es el nombre del criado, regalarle cien libras el día que «llevase a la chiquilla al altar», según sus propios términos. Lamento herir sus sentimientos, *sir* Charles, pero me veo obligada a señalar hechos, y los sentimientos deben supeditarse a los hechos. Mediante el pago de diez libras logré obtener los datos que buscaba. Datos muy interesantes, como ven ustedes. —Mrs. Fielder-Flemming miró en torno con aire de triunfo.

—¿No cree usted —preguntó tímidamente Mr. Chitterwick, como disculpándose por hablar fuera de turno— que datos provenientes de fuentes tan objetables pueden no ser absolutamente exactos? ¡La fuente me parece tan, pero tan objetable! Verdaderamente, yo no creo que mi sirviente me vendiera por diez libras.

—A tal amo, tal criado —dijo Mrs. Fielder-Flemming sentenciosamente—. Sus datos son perfectamente exactos. He podido corroborar casi todo lo que me dijo, de modo que creo tener derecho a aceptar lo que resta como igualmente verídico.

»Quisiera citar otra de las confidencias de *sir* Eustace. No es muy agradable, pero sí muy revelador. En una ocasión intentó seducir a *miss* Wildman en una habitación reservada del restaurante Pug Dog, aparentemente con el objeto de asegurar el matrimonio que buscaba, hecho que corroboré más tarde. Lamento hablar así, *sir* Charles, pero los hechos deben ser revelados. Creo mi deber aclarar inmediatamente que la tentativa de seducción no tuvo éxito. Aquella noche *sir* Eustace dijo a su criado, nada menos que a su criado, no lo olviden: “Se puede llevar a esta chiquilla al altar, pero es imposible embriagarla”. Esto, creo, les demostrará mejor que nada de lo que pueda agregar qué clase de hombre es *sir* Eustace. También demuestra cuán increíblemente poderoso era el móvil del hombre que verdaderamente la amaba, para haber intentado salvarla para siempre de las garras de semejante miserable.

»Y con esto llego al segundo elemento de juicio. Se trata de la piedra fundamental de toda mi estructura, de la base sobre la cual, desde el punto de vista del asesino, existía la necesidad de matar, y al mismo tiempo, la base de mi propia reconstrucción del crimen. *Miss* Wildman estaba desesperada, irrazonable, irrevocablemente embozada con *sir* Eustace Pennefather.

Experta en efectos teatrales, Mrs. Fielder-Flemming guardó silencio durante un instante, a fin de que la importancia de lo que acababa de revelar quedase profundamente grabada en la mente de los oyentes. Pero *sir* Charles estaba tan afectado que no prestó atención, malogrando el efecto.

—Y, ¿podría preguntarle cómo averiguó eso, señora? —inquirió con sarcasmo—. ¿Por la doncella de mi hija, tal vez?

—Por la doncella de su hija —respondió Mrs. Fielder-Flemming sin inmutarse—. El oficio de detective es, según he comprobado, sumamente caro, pero no hay que lamentar el gasto de dinero por causas justificadas.

Roger suspiró. Era evidente que una vez que su proyecto de investigación sucumbiese de muerte violenta, el Círculo, si para entonces no se había convertido en algo informe, no contaría con la presencia simultánea de Mrs. Fielder-Flemming y *sir* Charles entre sus miembros. Roger sabía perfectamente quién quedaría. Era una lástima. *Sir* Charles, además de ser un colaborador eficaz por su experiencia profesional, era el único, con excepción de Mr. Chitterwick, que contrarrestaba la preponderancia del elemento literario. Y Roger, que en su juventud había concurrido a innumerables peñas literarias, estaba tan escarmentado de ellas que sentía que nunca podría concurrir a este género de reuniones.

En fin, que Mrs. Fielder-Flemming era demasiado implacable. Al fin y al cabo, se trataba de la hija de *sir* Charles.

—He establecido, pues, la existencia de un incentivo poderoso para que el hombre en quien pienso eliminase a *sir* Eustace. En verdad, para él la única salida de una situación intolerable tiene que haber sido el asesinato. Voy a relacionar ahora a esta persona con los pocos indicios dejados por el asesino.

»Cuando la noche anterior el Inspector Moresby nos permitió examinar la carta de Mason e Hijos, la estudié detenidamente, pues me precio de conocer algo acerca de máquinas de escribir. La carta fue escrita en una máquina Hamilton. El hombre a quien me refiero tiene una máquina Hamilton en su oficina. Dirán ustedes que es una coincidencia, ya que esta máquina es de uso tan general. Es posible; pero cuando se reúnen muchas coincidencias, dejan de ser tales para convertirse en pruebas.

»Tenemos luego la coincidencia del papel utilizado. Esta persona tuvo una relación directa con Mason e Hijos. Como ustedes recordarán, hace dos o tres años la casa estuvo envuelta en un juicio, cuyos detalles he olvidado, pero creo que se relacionaba con una firma rival. Tal vez usted lo recuerde, *sir* Charles.

—¿Cómo no recordarlo? —repuso este—. Era contra la Compañía Fearnley, por uso de marcas registradas por Mason en uno de sus avisos publicitarios. Yo intervine en nombre de Mason.

—Muchas gracias. Sí, yo sabía que se trataba de algo semejante. Muy bien, pues. Esta persona tuvo relación con el caso, pues era uno de los asesores legales de la firma, y por lo tanto debe de haber tenido libre acceso a las oficinas de la fábrica. Sus oportunidades para apoderarse de una hoja de papel de cartas tienen que haber sido innumerables. También lo son las probabilidades de que tres años más tarde se haya hallado en posesión de dicho papel. El papel tenía los bordes amarillentos; por lo tanto, tiene que ser viejo. Ha sido borrado. Los rastros, me permito señalar, podrían corresponder a alguna breve nota escrita rápidamente sobre una hoja de papel en

blanco, mientras el asesino estaba en las oficinas de Mason. El hecho es obvio, y todo concuerda con él.

»Veamos ahora la cuestión del sello postal. Estoy de acuerdo con *sir* Charles en que el asesino, si bien es astuto, por ansioso que hubiera estado de tener una coartada, no habría confiado el envío de la encomienda fatal a ninguna otra persona. Además de la participación de una persona ajena al plan, sería muy peligroso. El nombre de *sir* Eustace Pennefather nunca podría escapar de ser visto, y la conexión sería establecida más tarde. El asesino, seguro en su convicción de que la sospecha jamás recaería sobre él, como ha sucedido a otros, renunció a una posible coartada para eludir un riesgo seguro, despachando la encomienda él mismo. Es conveniente, pues, para completar el testimonio contra el asesino, relacionarlo con las inmediaciones del Strand entre las ocho y media y las nueve y media de aquella noche.

»Esta tarea, que había imaginado la más difícil de todas, resultó la más sencilla. El hombre a quien me refiero asistió a una comida en el Hotel Cecil, un banquete en el que se reunían todos sus antiguos condiscípulos. No necesito recordarles que el Hotel Cecil está casi frente a la calle Southampton. La oficina de correos de esta calle es la más cercana al hotel. ¿No habría sido muy fácil para el asesino salir del banquete durante cinco minutos, el tiempo necesario, y volver antes de que sus vecinos de mesa advirtiesen su ausencia?

—Nada más fácil —murmuró el absorto Mr. Bradley.

—Señalaré, por último, dos puntos. Recordarán ustedes que al señalar la semejanza entre este caso y el de Molineux, observé que esta característica era algo más que sorprendente. Me explicaré. Quise decir que el paralelo era demasiado notable para que debamos considerarlo como simple coincidencia. El caso Bendix es una copia deliberada del otro. Y si lo es, la deducción es inevitable. El asesinato es obra de un criminólogo. El hombre en quien estoy pensando es un criminólogo.

»El último punto que deseo mencionar se refiere a la refutación por parte de la prensa de los rumores de un compromiso entre *sir* Eustace Pennefather y *miss* Wildman. Por intermedio de su criado, me enteré de que *sir* Eustace no había enviado dicha refutación. Tampoco lo hizo *miss* Wildman. *Sir* Eustace estaba furioso cuando la leyó. La refutación fue enviada, por su propia iniciativa, y sin consultar a ninguno de los dos interesados, por el hombre a quien acuso de haber cometido el crimen.

Mr. Bradley renunció por unos instantes a seguir divirtiéndose por anticipado, para preguntar:

—¿Y el nitrobenceno? ¿Pudo usted establecer alguna relación entre el sospechoso y el veneno?

»Este es uno de los puntos en que estoy enteramente de acuerdo con *sir* Charles. No creo que sea necesario, ni posible, establecer una relación entre el asesino y una sustancia de uso tan común que puede ser adquirida en cualquier parte sin la menor dificultad o sospecha.

Mrs. Fielder-Flemming se estaba conteniendo con gran esfuerzo. Sus palabras,

que parecen tan medidas e imparciales en estas líneas, habían sido formuladas hasta aquel momento con el extremo cuidado de mantener una absoluta objetividad. Pero con cada frase, la tarea resultaba más difícil. Evidentemente, Mrs. Fielder-Flemming estaba excitándose tanto que parecía que si pronunciaba unas palabras más se ahogaría, aunque, para los demás, tal intensidad de sensaciones resultaba algo exagerada. Estaba aproximándose al punto culminante de su exposición, desde luego, pero aun esto no excusaba que su rostro tuviese un tinte tan purpúreo, que su sombrero, colocado en aquel punto en la parte posterior de su cabeza, oscilase tan violentamente, como compenetrado de las emociones de su dueña.

—Eso es todo —dijo por fin—. Sostengo haber probado mi teoría. Ese hombre es el asesino.

Se produjo un silencio.

—¿Y bien? —dijo Alicia Dammers con impaciencia—. ¿Quién es, entonces?

Sir Charles, que había estado contemplando a Mrs. Fielder-Flemming con un gesto más y más amenazador a medida que transcurría cada instante, golpeó violentamente la mesa.

—Precisamente —dijo—. Hablemos con claridad. ¿Contra quién están dirigidas esas ridículas acusaciones, señora?

De estas palabras cabe inferir que *sir Charles* no estaba de acuerdo con las conclusiones de Mrs. Fielder-Flemming, aun antes de conocerlas.

—¿Acusaciones, *sir Charles*? —exclamó Mrs. Fielder-Flemming—. ¿Me..., me va usted a decir que no lo sabe?

—La verdad, señora —repuso *sir Charles* con gran dignidad—, es que no tengo la menor idea.

Fue en ese punto que Mrs. Fielder-Flemming se entregó a un dramatismo deplorable. Lentamente se puso de pie, con el ademán de una reina de tragedia. Salvo que las reinas de tragedia no llevan sombreros oscilando en la punta de la cabeza, y que, si sus rostros tienden a enrojecer con la emoción, disimulan el hecho bajo afeites apropiados. Su sillón cayó detrás de ella con un ruido sordo, semejante a una campanada fatal. Por fin, señalando con un dedo tembloroso el otro lado de la mesa, hizo frente a *sir Charles* con toda la dignidad de su metro y medio de estatura.

—¡Usted! —gritó con voz estridente—. ¡Usted es el hombre!

Su dedo extendido se agitaba violentamente como una cinta adherida a un ventilador eléctrico.

—¡La marca de Caín está sobre su frente! ¡Asesino!

En el silencio de estático horror que siguió, Mr. Bradley se aferró, delirante, al brazo de Mr. Chitterwick.

Por fin *sir Charles* recuperó el habla, que parecía haber perdido indefinidamente.

—¡Esta mujer está loca! —exclamó.

Cuando Mrs. Fielder-Flemming advirtió que su acusación no le había costado la vida, ni siquiera una destrucción parcial por el rayo azul de la mirada de *sir Charles*,

procedió a extenderse en detalles de su hipótesis.

—No, no estoy loca, *sir* Charles. Estoy muy, pero muy cuerda. Usted quería a su hija, y la quería con el amor doblemente intenso de un hombre que ha perdido a su esposa, y que por lo tanto, se aferra a lo único femenino que le queda. Usted pensó que cualquier extremo estaba justificado, antes que dejar que su hija cayese en manos de *sir* Eustace Pennefather, antes de que su juventud, su inocencia, su fe, fuesen defraudadas por semejante bribón.

»Sus propias palabras le han condenado. Usted mismo dijo que no era necesario mencionar todo lo que tuvo lugar durante la entrevista con *sir* Eustace. De haberlo hecho, tendría que haber revelado que usted le informó que le mataría con sus propias manos antes que verle casado con su hija. Y cuando frente a la pasión de ella, y a la determinación de *sir* Eustace de aprovechar este sentimiento, se convenció de que ningún otro medio podría impedir una catástrofe, usted no vaciló en matar. ¡*Sir* Charles Wildman, que Dios lo juzgue a usted, porque yo no puedo hacerlo!

Mrs. Fielder-Flemming levantó su caído sillón y tomó asiento, respirando agitadamente.

—Bien, *sir* Charles —observó Mr. Bradley, cuyo regocijo amenazaba ahogarle si permanecía callado un instante más—. ¡Nunca lo hubiera pensado de usted! ¡Asesino...! ¡Vaya, vaya! ¡Muy perverso; muy, muy perverso!

Por una vez, *sir* Charles no prestó atención a su implacable tábano. Hasta es dudoso que le oyera. Lo que había penetrado lentamente en su conciencia era que Mrs. Fielder-Flemming le acusaba seriamente, y que no era la víctima de un ataque pasajero de locura. Parecía también próximo a ahogarse; el tinte purpúreo del rostro de Mrs. Fielder-Flemming había pasado al suyo, y además, estaba tan inflamado de furia, que recordaba al sapo de la fábula que quiso volar.

Roger, que al oír la inesperada acusación se había sentido en un estado de confusión y desconcierto indescriptibles, empezó a temer por la vida de *sir* Charles. Pero este halló la válvula de escape de la palabra en el momento más oportuno.

—Señor presidente —estalló—. Si, como creo, no se trata de una broma por parte de esta señora, aunque de serlo, se trataría de una broma del peor gusto, ¿debo tomar este disparate seriamente?

Roger miró de soslayo a Mrs. Fielder-Flemming, cuyo rostro parecía tallado en piedra, y tragó con dificultad. A pesar de todo, y por ridícula que *sir* Charles considerase la acusación, el caso estaba bien planteado, y no parecía apoyado en hechos triviales ni de fácil refutación.

—Creo, *sir* Charles —dijo, eligiendo las palabras con gran cuidado—, que si se hubiese tratado de cualquier otra persona, usted estaría de acuerdo en que una acusación de esta clase, cuando hay pruebas que la sostienen, debe ser considerada seriamente, por lo menos en el sentido de intentar refutarla.

—Siempre que sea posible refutarla —observó Mr. Bradley—. Por mi parte, debo admitir que estoy casi convencido, y que Mrs. Fielder-Flemming ha presentado su

hipótesis en forma brillante. ¿Quiere usted que vaya a telefonar a la policía, Mr. Sheringham?

Al decir esto, adoptó el aire comedido de un buen ciudadano decidido a cumplir con su deber, por ingrato que ello le resulte.

Sir Charles, fijos los ojos en él, parecía haber perdido nuevamente el habla.

—Todavía no —dijo Roger suavemente—. Todavía no hemos oído lo que tiene que decir *sir Charles*.

—En fin, supongo que no hay mal alguno en escucharle —dijo Bradley, resignado.

Inmediatamente cinco pares de ojos se concentraron sobre *sir Charles*, y cinco pares de oídos se dispusieron a escuchar.

Pero *sir Charles* permanecía silencioso, mientras libraba una violenta lucha consigo mismo.

—Como lo esperaba —dijo Mr. Bradley—. No hay defensa. Hasta *sir Charles*, que ha salvado a tantos asesinos de la horca, no tiene nada que decir frente a tan abrumadora acusación. Es una lástima.

A juzgar por la mirada que *sir Charles* lanzó a su torturador, hubiese tenido mucho que decirle, de haber estado los dos solos. Pero en las circunstancias, solo pudo gruñir algo ininteligible.

—Señor presidente —dijo Alicia Dammers, con el espíritu práctico que la caracterizaba—. Tengo que hacer una proposición. *Sir Charles* parece admitir su culpabilidad con su silencio, y Mr. Bradley, como buen ciudadano que es, desea entregarlo a la policía.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —dijo el buen ciudadano.

—Personalmente, lamentaría mucho hacer eso. Creo que hay mucho que alegar en favor de *sir Charles*. El asesinato, según se nos ha enseñado, es invariablemente antisocial. Pero ¿lo es? Yo opino que la intención de *sir Charles*, la de librar al mundo, y de paso, a su propia hija, de *sir Eustace Pennefather*, servía completamente a los mejores intereses de la sociedad. El hecho de que su intención haya tenido tan malas consecuencias, y una víctima inocente haya sido sacrificada, es algo que no viene al caso. Hasta Mrs. Fielder-Flemming parece dudar de si *sir Charles* debería ser condenado, aun cuando un jurado pudiese hacerlo en la práctica. No olviden ustedes que ella misma señaló que no se sentía calificada para constituirse en su juez.

»No estoy de acuerdo con ella. Soy, según creo, una persona de relativa inteligencia, y por lo tanto me siento perfectamente capacitada para juzgar a *sir Charles*. Más aún, considero que los cinco estamos en iguales condiciones. Mrs. Fielder-Flemming podría actuar como fiscal. Otro de nosotros, y yo propongo a Mr. Bradley, puede ser el defensor, y los cinco podemos constituirnos en jurado, llegando a un fallo por mayoría. Nos comprometeríamos a respetar el fallo y, en caso de que sea contra *sir Charles*, a entregarle a la policía. En caso de no hallarle culpable, nos comprometeríamos a no decir jamás una palabra de su culpabilidad fuera de esta

habitación. Presento la moción.

Roger la miró con desaprobación. Sabía perfectamente que no creía en la culpabilidad de *sir* Charles y que se estaba divirtiendo a costa del pomposo magistrado. Era un poco cruel, en verdad, pero sin duda ella creía que le haría bien. *Miss Dammers* creía entusiastamente en la necesidad de colocarse en la posición del prójimo, y sostenía que sería muy bueno para el gato verse perseguido alguna vez por el ratón. Sería saludable, pues, para un hombre que había acusado a tantos otros en casos de vida o muerte, encontrarse ocupando el banquillo del acusado para hacer frente a un cargo tan terrible. Por otra parte, *Mr. Bradley*, si bien tampoco creía, obviamente, en la culpabilidad de *sir* Charles, se divertía a costa de él, no solo por principio, sino porque en aquella forma creía resarcirse en algo del hecho de que *sir* Charles había alcanzado mayor éxito en la vida que él mismo.

No creía Roger que *Mr. Chitterwick* llegase a creer seriamente en la posibilidad de que *sir* Charles fuese culpable, si bien en aquel momento estaba tan inmóvil, considerando la temeridad de *Mrs. Fielder-Flemming* con una expresión tal de alarma, que era casi imposible adivinar lo que estaba pensando. En resumen, Roger estaba completamente seguro de que ninguno de los presentes alimentaba la menor sospecha sobre la inocencia de *sir* Charles, excepto *Mrs. Fielder-Flemming*, y quizás, a juzgar por la expresión de su rostro, el propio *sir* Charles. Como lo señalara aquel indignado personaje, semejante idea, considerada con frialdad, era absurda. *Sir* Charles no podía ser culpable porque..., pues bien, porque era quien era, y porque cosas semejantes no suceden jamás, y porque..., en fin, porque era obvio que no podía ser culpable.

Pero he aquí que *Mrs. Fielder-Flemming* había probado con gran habilidad que lo era. Y hasta aquel momento, *sir* Charles no había intentado defenderse siquiera.

Una vez más Roger deseó, y con mucho anhelo, que alguien que no fuese él estuviese presidiendo la sesión.

—Propongo —dijo—, que antes de que adoptemos medida alguna escuchemos lo que tiene que alegar *sir* Charles. Estoy seguro —agregó bondadosamente, recordando la frase de rigor—, de que tendrá una respuesta para cada uno de los cargos formulados por *Mrs. Fielder-Flemming*.

Dicho esto, miró al acusado con aire de expectativa. *Sir* Charles salió del letargo que, paradójicamente, le había provocado su furor.

—¿En verdad esperan ustedes que me defienda contra esta..., esta locura? —preguntó—. Muy bien. Admito ser un criminólogo, hecho que *Mrs. Fielder-Flemming* encuentra tan condenatorio. Admito que asistí a una comida en el Hotel Cecil la noche anterior al crimen, hecho que parece ser suficiente para ponerme la soga al cuello. Admito, ya que mis asuntos privados tienen que ser ventilados públicamente, sin tener en cuenta el decoro ni el buen gusto, que antes hubiera estrangulado a *sir* Eustace con mis propias manos que permitirle contraer matrimonio con mi hija.

Aquí hizo una pausa, y con un gesto fatigado pasó una mano por su ancha frente. Ya no era un hombre que inspirara respeto y temor, sino un anciano perplejo y lleno de incertidumbre. Roger sintió una gran compasión; pero Mrs. Fielder-Flemming había planteado su acusación demasiado hábilmente como para que *sir* Charles escapase con facilidad.

—Admito todo esto, pero nada constituye testimonio que tenga algún peso en una corte de justicia. Si ustedes pretenden que pruebe que no envié los bombones, ¿qué puedo decirles? Podría hacer comparecer a mis vecinos de mesa, quienes jurarían que nunca abandoné mi asiento hasta las diez de la noche aproximadamente. Puedo probar por medio de otros testigos que mi hija, luego de haberme escuchado, desistió de su matrimonio con *sir* Eustace, y por su propia voluntad fue a pasar una temporada con unos parientes en el Devonshire. Pero en este punto, debo admitir que todo esto ha tenido lugar después de haber sido enviados los bombones.

»En resumen, Mrs. Fielder-Flemming ha conseguido, y con gran habilidad, debo reconocerlo, elaborar un caso *prima facie* contra mí, si bien basado en una hipótesis inicial inexacta. Quiero decir que un abogado defensor no acostumbra salir y entrar constantemente de las oficinas de sus clientes, sino que habitualmente los entrevista en presencia de un procurador, y por lo general, en sus propias oficinas. De cualquier manera, estoy dispuesto a que se investigue este punto, si ustedes lo juzgan conveniente. Más aún, insisto en esta investigación, en vista de la mancha que se ha intentado arrojar sobre mi buen nombre. Señor presidente, pido a usted que, como representante del Círculo en conjunto, adopte las medidas que considere convenientes.

Roger se aventuró cautelosamente por el camino que creía indicado.

—Hablando en mi propio nombre, *sir* Charles, creo que el razonamiento de Mrs. Fielder-Flemming, aunque ingenioso, está basado en un error, como usted lo ha dicho, y en realidad, como materia de mera probabilidad. Yo no puedo imaginar a un padre que envíe bombones envenenados al presunto novio de su propia hija. Un momento de reflexión sería suficiente para señalarle la posibilidad de que los bombones llegasen eventualmente a manos de su propia hija. Yo tengo mi opinión personal acerca de este crimen, pero, aparte de ello, abrigo la completa convicción de que el caso contra *sir* Charles no ha sido probado ni mucho menos.

—Señor presidente —interrumpió Mrs. Fielder-Flemming con tono agitado—, usted podrá decir lo que quiera, pero en nombre de los intereses de...

—Estoy de acuerdo, señor presidente —interpuso *miss* Dammers rápidamente—. Es inconcebible que *sir* Charles haya enviado los bombones.

—¡Hum! —murmuró Bradley, que se resistía a que su diversión terminase tan pronto.

—¡Atención! ¡Atención! —dijo Mr. Chitterwick con sorprendente decisión.

—Por otra parte —prosiguió Roger—, comprendo que Mrs. Fielder-Flemming esté en todo el derecho de exigir la investigación oficial que solicita el mismo *sir*

Charles. Estoy de acuerdo con él en que Mrs. Fielder-Flemming ha elaborado un caso *prima facie*. Pero una vez más, desearía subrayar que hasta ahora han hablado solo dos de los miembros del Círculo, y que no deja de ser posible que, cuando todos hayamos hablado, se hayan producido tales acontecimientos que los cargos que ahora consideramos no tengan ninguna solidez. No digo que ello sea seguro, pero sí que es una posibilidad.

—¡Ah! —murmuró Mr. Bradley—. ¿Qué nos tendrá preparado nuestro presidente?

—Quiero, pues, formular la iniciativa —terminó diciendo Roger, tratando de ignorar las miradas airadas de Mrs. Fielder-Flemming—, de que archivemos el caso contra *sir* Charles, dejando el debate para dentro de una semana, al cabo de la cual, cualquier miembro que desee considerarlo, podrá hacerlo. En caso de que nadie haga la correspondiente moción, pasará al olvido definitivamente. ¿Votamos, señoras y señores? ¿Quiénes votan a favor?

La iniciativa de Roger fue aprobada unánimemente. Mrs. Fielder-Flemming hubiera deseado votar en contra, pero hasta entonces nunca había pertenecido a ninguna comisión en la cual todas las mociones no fuesen aceptadas o rechazadas unánimemente, y la fuerza del hábito era demasiado poderosa en ella.

La reunión fue luego levantada en medio de una vaga sensación de malestar.



9

ROGER ESTABA SENTADO sobre el escritorio de Moresby en una oficina de Scotland Yard, agitando las piernas con aire abstraído. Moresby no le ayudaba en nada.

—Ya le he dicho, Mr. Sheringham —dijo el Inspector Jefe con tono paciente—, que es inútil que insista usted en averiguar algo más. Le he comunicado ya todo lo que sabemos. Si pudiese, le ayudaría, como bien lo sabe usted —Roger hizo un gesto de pesimismo—, pero sucede que nos encontramos en un callejón sin salida.

—También yo lo estoy —gruñó Roger—, y no me agrada.

—Ya se acostumbrará usted, Mr. Sheringham —le consoló Moresby—, si emprende a menudo tareas como esta.

—No puedo avanzar ni un paso más —se lamentó Roger— y la verdad es que no estoy seguro de tener interés en avanzar. Tengo el presentimiento de que he estado siguiendo una pista equivocada. Si la clave del misterio se oculta verdaderamente en la vida privada de *sir* Eustace, este la tiene tan escondida que es inútil buscarla. Pero no creo ya que sea este el caso.

—¡Hum! —murmuró Moresby, que creía lo contrario.

—He interrogado a todos sus amigos, al punto de que mi sola presencia les produce fatiga. Mediante medios tortuosos, he obtenido cartas de presentación para amigos de sus amigos, y amigos de estos, a quienes también he interrogado. He asediado el club, y ¿qué he descubierto? Que *sir* Eustace no solo es un mal sujeto, como usted señaló ayer, sino que además es un indiscreto; en suma, el tipo más desagradable dentro del género, y por fortuna menos frecuente de lo que suponen las mujeres, que habla de sus conquistas, mencionando nombres y apellidos. Pero en el caso de *sir* Eustace, pienso que lo hace por simple falta de imaginación más bien que por maldad. En fin, usted comprende lo que quiero decir. He apuntado los nombres de innumerables mujeres, y ninguno de ellos conduce a ninguna parte; si hay alguna mujer detrás de todo esto, estoy seguro de que ya habría oído algo acerca de ella. Y hasta ahora, nada.

—¿Y qué hay del caso norteamericano que creíamos ofrecía un paralelo tan extraordinario, Mr. Sheringham?

—Fue mencionado anoche por uno de los presentes —dijo Roger sombríamente—. ¡Y viera usted la ingeniosa conclusión que derivó del paralelo!

—¡Ah, sí! Habrá sido Mrs. Fielder-Flemming, sin duda. Ella cree que el asesino es *sir* Charles Wildman, ¿no es eso?

Roger miró a Moresby con sorpresa.

—¿Cómo diablos se enteró usted? ¡Ah, la vieja bruja! ¿Conque le pasó el dato, eh?

—De ningún modo —respondió Moresby en tono ofendido, como si buena parte de los casos difíciles resueltos por Scotland Yard no fuesen orientados por la pista correcta merced a «datos confidenciales». No nos ha dicho ni una palabra, aunque no he de negar que hubiera sido su deber hacerlo. Pero no hay mucho que nosotros ignoremos sobre lo que hacen los miembros del Círculo, ni aun sobre lo que piensan.

—Veo que nos vigilan los pasos —dijo Roger, halagado—. Ahora recuerdo que usted me dijo en un principio que nos vigilarían. Bien, bien. ¿Van a arrestar a *sir* Charles?

—Por ahora, no, Mr. Sheringham —repuso Moresby gravemente.

—¿Qué opina usted, pues, de la teoría? Mrs. Fielder-Flemming la presentó en términos muy convincentes.

—Me sorprendería mucho —dijo Moresby con cautela— que alguien lograra convencerme de que *sir* Charles Wildman ha empezado a asesinar gente, en lugar de dedicarse, como de costumbre, a impedirnos que colguemos a otros asesinos.

—La nueva actividad le resultaría menos lucrativa, sin duda —convino Roger—. Sí, la verdad es que no puede haber ninguna base sólida en dicha teoría, pero la idea no deja de divertirme.

—¿Y cuál es la teoría que usted piensa presentar, Mr. Sheringham?

—No tengo la menor idea, Moresby. Y lo peor es que debo hablar mañana por la noche. Supongo que inventaré algo para salir del paso, pero es una gran desilusión para mí —Roger reflexionó un instante—. La dificultad se halla en que mi interés en el caso es simplemente académico. En todos los demás ha sido personal, y ello no solo proporciona un incentivo mucho más poderoso para llegar al fondo del problema, sino que además puede contribuir a aclararlo. Me refiero al mejor empleo de la información obtenida, así como a una visión más íntima de las personas implicadas.

—Bueno, Mr. Sheringham —comentó Moresby con sorna—, tal vez admitirá usted ahora que Scotland Yard, cuyos intereses nunca son personales, en el sentido de considerar un caso desde adentro en lugar de verlo desde afuera, tiene un atenuante por no haber llegado a ningún resultado. Lo cual —agregó con orgullo profesional— sucede raras veces.

—Reconozco mi error —dijo Roger—. Bueno; Moresby, tengo que dedicarme a la ingrata tarea de comprar un sombrero antes de almorzar. ¿Tiene usted ganas de seguirme hasta la calle Bond? Puede que luego almuerce en un restaurante cercano, y

me agradaría que usted pudiese seguirme también hasta allí.

—Lo siento, Mr. Sheringham —dijo el Inspector Jefe intencionadamente—, pero yo tengo que trabajar seriamente.

Roger se despidió de Moresby. Se sentía tan deprimido que en lugar de un ómnibus tomó un taxímetro hasta la calle Bond, a fin de animarse un poco. Roger había vivido en Londres ocasionalmente durante los años de la guerra, y recordando los interesantes hábitos cultivados por los conductores de taxímetros durante aquella época, jamás tomaba uno si podía viajar en otros medios de transporte. La memoria del público suele ser frágil, pero los prejuicios, en cambio, suelen durar mucho tiempo.

Tenía motivos para sentirse desanimado. Como le había dicho a Moresby, se hallaba no solamente frente a un callejón sin salida, sino que gradualmente estaba llegando a la convicción de haber trabajado inútilmente. Y la posibilidad de que todas las gestiones que realizara fuesen vanas le causaba una gran depresión. Su interés inicial en el crimen había sido puramente académico, como frente a muchos otros crímenes bien planeados. Pero, a pesar de todas las relaciones entabladas con personas que conocían a los distintos personajes de la tragedia, todavía sentía que estaba en el punto de partida. No había ningún elemento personal que le permitiese llegar al nudo del misterio. Comenzaba a sospechar que se trataba de uno de aquellos crímenes que requieren interminables pesquisas, del género que un individuo no profesional no puede ni quiere realizar, por falta de experiencia y de tiempo, y que, por lo tanto, solo pueden ser investigados eficazmente por la policía.

Fue el azar, en forma de dos encuentros inesperados, en aquel mismo día, y con un intervalo de una hora entre uno y otro, lo que cambió el estado de ánimo de Roger, transformando por fin aquel interés puramente académico en interés personal.

El primer encuentro se produjo en la calle Bond. Al salir de la sombrerería, con su flamante sombrero colocado en un ángulo impecable, vio acercarse hacia él a Mrs. Verreker-le-Mesurer. Mrs. Verreker-le-Mesurer era menuda, exquisita, rica, relativamente joven, viuda, y tenía puestas sus miras matrimoniales en Roger. Roger mismo, que no estaba exento de su poco de presunción, no sabía por qué, pero lo cierto es que siempre que él le daba oportunidad de ello Mrs. Verreker-le-Mesurer se arrodillaba a sus pies; en un sentido figurado, claro está. Roger no tenía la menor intención de que lo hiciese literalmente, ni de que le contemplase mucho tiempo con sus grandes ojos castaños, húmedos de adoración. Entretanto, Mrs. Verreker-le-Mesurer hablaba. Hablaba y hablaba. Y Roger, que prefería hacerlo él, no podía soportarlo.

Intentó cruzar apresuradamente a la acera opuesta, pero no había ni un espacio entre los vehículos en movimiento. Estaba acorralado. Con una sonrisa agrídulce que ocultaba su exasperación, arruinó el ángulo de su hermoso sombrero nuevo.

Mrs. Verreker-le-Mesurer se aferró a él; siempre en sentido figurado.

—¡Mr. Sheringham! Es usted justamente la persona que deseaba ver. Mr.

Sheringham, cuénteme usted. En el mayor secreto, se entiende. ¿Es verdad que piensan investigar ustedes el terrible asunto de la pobre Joan Bendix? ¡Ah, no me lo diga..., no me diga que no!

Roger trató de decirle que había esperado investigarlo, pero ella no le dio oportunidad de hablar.

—¡Así que no van a investigarlo! ¡Pero es terrible! Tendrían que hacerlo, ¿sabe usted? Tratar seriamente de descubrir quién envió esos bombones a *sir* Eustace Pennefather. ¡Es una maldad de su parte no ocuparse del asunto!

Roger mantenía una sonrisa maquinal. Nuevamente intentó hablar, sin resultado.

—¡Cuando tuve la noticia me sentí horrorizada! ¡Simplemente horrorizada! — Mrs. Verreker-le-Mesurer hizo el correspondiente gesto de horror—. Como usted sabrá, Joan y yo éramos amigas íntimas. ¡Íntimas! Estuvimos juntas en la escuela. ¿Dijo usted algo, Mr. Sheringham?

Roger, que había dejado escapar una especie de gemido, movió la cabeza rápidamente.

—Y lo terrible, lo verdaderamente terrible, es que Joan se lo acarreó ella misma. ¿No le parece espantoso, Mr. Sheringham?

Instantáneamente Roger perdió todo deseo de escapar.

—¿Qué dijo usted?

—Es lo que la gente llama una ironía del destino —prosiguió charlando rápidamente Mrs. Verreker-le-Mesurer—. Por lo menos fue sumamente trágico. Sin duda usted conoce la apuesta que Joan hizo con su esposo, de que este le regalaría una caja de bombones. Si Bendix no hubiese perdido la apuesta, *sir* Eustace no le habría dado los bombones envenenados, sino que los habría comido él mismo, y ahora estaría muerto. Y, según lo que he oído acerca de él, el mundo no perdería nada. Pues bien, Mr. Sheringham —Mrs. Verreker-le-Mesurer bajó la voz hasta darle el tono de una conspiradora, y miró a su alrededor en la forma tradicional en las películas policiales—. Todavía no le he dicho a nadie esto, pero se lo diré a usted, porque sé que le interesará. Usted aprecia la ironía, ¿no es verdad?

—Infinitamente —dijo Roger mecánicamente—. ¿Decía usted?

—Bueno; ¡Joan no estaba haciendo un juego leal!

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Roger, intrigado.

Mrs. Verreker-le-Mesurer evidenció una satisfacción infantil por la sensación que había causado.

—Quiero decir que Joan nunca debió haber hecho esa apuesta. ¡Por eso tuvo su castigo! Un castigo excesivo, es verdad, pero lo terrible es que ella se lo acarreó, en cierto modo. Me desespera pensar en ello. Le aseguro, Mr. Sheringham, que apenas me atrevo a apagar la luz cuando me acuesto, pues me parece ver a Joan contemplándome en la oscuridad. ¡Es terrible!

Durante un instante fugaz, Mrs. Verreker-le-Mesurer reflejó en su rostro la emoción que decía sentir; tenía una expresión verdaderamente aterrorizada.

—¿Por qué no debió hacer la apuesta? —preguntó Roger pacientemente.

—¡Ah! Pues porque ya había visto la obra. Fuimos al teatro la primera semana del estreno. Joan sabía quién era el villano.

—¡Por Júpiter! —Roger estaba tan impresionado como podía haberlo deseado Mrs. Verreker-le-Mesurer—. Otra vez el azar vengador, ¿eh? Parece que nadie está inmunizado contra él.

—¿Se refiere usted a la justicia poética? —preguntó Mrs. Verreker-le-Mesurer, a quien el comentario de Roger le había parecido poco claro.

—Es verdad. En cierto modo lo fue, ¿no? Aunque, en realidad, el castigo estuvo fuera de toda proporción con el crimen. ¡Por Dios! Si toda mujer que hiciera trampa en una apuesta muriese por ello, ¿dónde estaríamos todas nosotras? —preguntó ella con inconsciente franqueza.

—¡Hum! —comentó Roger con gran tacto.

Mrs. Verreker-le-Mesurer miró rápidamente alrededor, humedeciéndose los labios. Roger tenía la impresión de que hablaba, no como de costumbre, por el placer de hablar, sino para no quedarse callada. Era como si se sintiese más desolada por la muerte de su amiga que lo que quería demostrar, y encontrase algún alivio en hablar sin interrupción. También le interesó a Roger observar que, aunque probablemente ella había querido a la muerta, ahora se sentía impulsada, casi contra su voluntad, a hablar en términos condenatorios al mismo tiempo que la elogiaba. Era, en fin, como si de la muerte de Joan Bendix extrajese un consuelo sutil.

—¡Pero Joan Bendix, tan luego! Eso es lo que no acabo de comprender, Mr. Sheringham. Jamás hubiese pensado que Joan sería capaz de hacer una cosa así. ¡Joan era una mujer tan recta! Un poco interesada, tal vez, en cuestiones de dinero, siendo como era tan rica, pero eso no es un defecto grave. Es cierto que hizo la apuesta por divertirse, por tomarle el pelo a su marido, pero siempre supuse que Joan era tan seria..., si me entiende lo que quiero decir.

—Perfectamente —dijo Roger, que entendía el lenguaje corriente tan bien como la mayoría.

—Quiero decir que, en general, la gente no habla de honor, verdad y lealtad, puesto que todos consideramos esos valores como tácitamente aceptados. Pero Joan siempre hablaba de ello, siempre decía que esto no era honorable, o que aquello no era jugar con limpieza. Bueno, pagó caro el no haber jugado con limpieza ella misma, ¿no? En fin, todo esto prueba la verdad del viejo proverbio.

—¿Qué proverbio? —preguntó Roger, casi hipnotizado por la charla vertiginosa de Mrs. Verreker-le-Mesurer.

—Pues el que dice que aguas tranquilas son aguas profundas. Joan ha de haber sido más profunda de lo que creíamos.

Mrs. Verreker-le-Mesurer suspiró. Evidentemente consideraba un error social ser profunda.

—No voy a decir nada contra ella ahora que está muerta, ¡pobre Joan! Pero...,

bueno. Lo que quiero decir es que la psicología es sumamente interesante. ¿No lo cree usted?

—Fascinante —convino Roger gravemente—. Bueno, creo que...

—¿Y qué piensa ese hombre, *sir* Eustace Pennefather, de todo el asunto? Después de todo, él es tan responsable como el que más de la muerte de Joan —dijo Mrs. Verreker-le-Mesurer con rencor.

—Permítame usted, señora —Roger no sentía especial cariño por *sir* Eustace, pero se sintió obligado a salir en su defensa—. No creo que tenga usted derecho a decir eso.

—No solo puedo decirlo, sino que lo digo —afirmó Mrs. Verreker-le-Mesurer—. ¿Le conoce usted, Mr. Sheringham? Me dicen que es una malísima persona. ¡Siempre corriendo tras alguna mujer, y cuando se cansa de ella, la abandona sin compasión..., sin un remordimiento! ¿Es verdad?

—No puedo decírselo —repuso Roger fríamente—. No conozco a *sir* Eustace.

—Bueno, todo el mundo habla de su conquista actual —replicó Mrs. Verreker-le-Mesurer, acaso ligeramente más sonrosada de lo que los delicados cosméticos de sus mejillas habrían autorizado—. Lo he oído de seis partes, por lo menos. La mujer de Bryce nada menos. Usted sabe, la esposa del magnate del petróleo, o del aceite, o lo que sea...

—Nunca he oído hablar de ella —mintió Roger.

—Empezó hace una semana, dicen —prosiguió charlando la incansable Mrs. Verreker-le-Mesurer—. Tal vez para consolarse de no haber conquistado a Dora Wildman. Bueno, gracias al cielo que *sir* Charles actuó con firmeza en ese asunto. Él se opuso, ¿no? Lo oí decir el otro día. ¡Qué hombre repulsivo! ¡Pensar que semejante individuo es responsable de la muerte de Joan! Una tragedia tan grande podría haber moderado algo sus inclinaciones. ¿No lo cree usted? Pero no ha sido así. La verdad es que yo creo que...

—¿Ha ido usted al teatro recientemente? —preguntó Roger en voz muy alta.

Mrs. Verreker-le-Mesurer le miró desconcertada.

—¿Al teatro? Sí, creo que he visto todo lo que están dando. ¿Por qué, Mr. Sheringham?

—Por simple curiosidad. La nueva revista en el *Pavilion* es muy buena, ¿no es cierto? Bueno, me temo que tengo que...

—¡Ah, no me hable de esa obra! —exclamó Mrs. Verreker-le-Mesurer—. La vi la noche antes de morir Joan.

Roger se preguntó si habría algún tema capaz de desviar la conversación de Mrs. Verreker-le-Mesurer de la muerte de Mrs. Bendix.

—*Lady* Gavelstoke tenía un palco y me invitó a acompañarla —agregó Mrs. Verreker-le-Mesurer.

—¿Ah sí? —Roger pensó por un instante que lo mejor sería pasar la viuda a otro transeúnte, como se hace con una pelota, y luego lanzarse a la primera brecha que

apareciese entre el tránsito—. Muy buena obra —dijo con mal disimulada inquietud, mientras trataba de acercarse al cordón de la acera—. Me gustó especialmente el cuadro llamado *El eterno triángulo*.

—¿*El eterno triángulo*? —preguntó Mrs. Verreker-le-Mesurer vagamente.

—Sí, al principio de la obra.

—¡Ah! Entonces es posible que no lo haya visto. Llegué pocos minutos tarde. Lo siento, pero —agregó Mrs. Verreker-le-Mesurer patéticamente— yo siempre llego tarde a todas partes.

Roger anotó mentalmente que los pocos minutos de que hablaba Mrs. Verreker-le-Mesurer eran un eufemismo, como casi todas sus afirmaciones respecto de sí misma. *El eterno triángulo* no había sido representado, por cierto, hasta la segunda media hora del espectáculo.

—¡Vaya! —dijo Roger, mirando fijamente un ómnibus que se aproximaba—. Tendrá usted que disculparme, señora. Hay un hombre en ese ómnibus que quiere hablar conmigo. ¡Scotland Yard! —silbó en impresionante susurro.

—¡Ah! Entonces..., entonces, ¿quiere decir que usted está investigando la muerte de la pobre Joan? ¡Por favor, cuénteme algo! No se lo diré a nadie.

Roger miró en derredor con aire misterioso y frunció las cejas en gesto teatral.

—¡Sí! —asintió llevando un dedo a los labios—. Pero ni una palabra de esto, Mrs. Verreker-le-Mesurer.

—Seguramente que no. Se lo prometo.

Roger observó con cierta desilusión que la viuda no parecía tan impresionada como él esperara. A juzgar por su expresión, Roger tenía la sospecha de que ella sabía que sus pesquisas habían sido vanas, y, una vez más, lamentó haber asumido una responsabilidad tan grande.

Pero, en aquel momento, el ómnibus se detuvo junto a ellos, y, con un rápido saludo, Roger ascendió en el momento en que reanudaba la marcha. Con grandes gestos de cautela, pues sentía que los grandes ojos castaños de Mrs. Verreker-le-Mesurer estaban fijos en él, trepó los escalones y tomó asiento, luego de un exagerado examen de los demás pasajeros, junto a un perfectamente inofensivo hombrecillo de sombrero hongo. El hombrecillo, que era escribiente de una gran empresa constructora de Tooting, le miró con resentimiento. Estaban rodeados de asientos completamente vacíos. El ómnibus entró en Piccadilly, y Roger se apeó frente al Club Rainbow. Una vez más debía almorzar con uno de sus socios. Había pasado la mayor parte de los últimos días invitando a almorzar a los socios del Rainbow que conocía, por superficial que fuese la relación, con el objeto de que ellos retribuyesen la atención invitándole a su vez al club. Hasta aquel momento no había logrado más que comer, y tampoco esperaba sacar nada en limpio en esta oportunidad.

No era que el socio en cuestión tuviese reparos en hablar de la tragedia. Aparentemente había estado en el mismo colegio que Bendix, y estaba dispuesto a

asumir todas las responsabilidades derivadas de su vieja amistad con él, en la misma forma en que lo había hecho Mrs. Verreker-le-Mesurer respecto de Mrs. Bendix. Por otra parte, se sentía orgulloso de saber algo más del asunto que sus amigos. Cuando uno le oía hablar, parecía que su relación con el crimen era más íntima aún que la del propio *sir* Eustace. El anfitrión de Roger era esa clase de hombre.

Mientras conversaban, pasó un hombre junto a su mesa, y el amigo de Roger calló bruscamente. El recién llegado hizo un breve ademán de saludo y se dirigió a su mesa.

—Hablando de Bendix, ese no es otro que él. Es la primera vez que le veo por aquí después de la tragedia. ¡Pobre hombre! Está hecho migas. Nunca he visto a un hombre tan enamorado de su mujer. Era el comentario de todos. ¿Se fijó usted en su palidez?

Todo esto fue dicho en un murmullo tan teatral, que si el aludido hubiese estado mirando en aquel momento en su dirección, posiblemente habría adivinado que se referían a él mejor que si hubiesen estado conversando a voz en cuello.

Roger asintió con la cabeza. Había visto fugazmente el rostro de Bendix y, aun antes de saber quién era, le había impresionado su aspecto. Era un rostro pálido, desencajado, surcado por líneas de amargura, prematuramente envejecido. «Hay que hacer algo —pensó conmovido—. Tenemos que hacer algo. Si no se descubre pronto al asesino también este hombre va a morir».

Roger dijo en voz alta, un poco a quemarropa y, por cierto, sin hacer gala de mucho tacto:

—En verdad no fue muy efusivo con usted. ¡Creí que eran amigos íntimos!

Su interlocutor le miró, algo incómodo.

—Bueno, hay que disculparle en estas circunstancias... —explicó—. Además, no éramos amigos tan íntimos. La verdad es que estaba uno o dos años más adelantado que yo, tal vez tres años. Estábamos en distintos dormitorios, y él seguía estudios más prácticos, mientras que yo siempre fui aficionado a las asignaturas clásicas.

—Comprendo —dijo Roger sin pestañear, advirtiendo al punto que la relación de su anfitrión con Bendix se habría limitado, probablemente, a una que otra riña de las habituales entre adolescentes de distinta edad. En vista de ello, decidió no hablar más del asunto.

Durante el resto del almuerzo estuvo algo distraído. Algo se agitaba en su mente, aunque no podía localizarlo. Sentía que en alguna parte, de algún modo, le había sido transmitida una información vital durante la hora última y él no había comprendido su importancia.

Solo media hora más tarde, cuando ya se disponía a salir, y luego de haber renunciado a localizar el dato de referencia, este apareció súbitamente en su conciencia, tal como acontece con exasperante frecuencia.

—¡Por Júpiter! —dijo en voz baja.

—¿Qué sucede, Sheringham? —preguntó su anfitrión, que se sentía muy sociable

luego de haber bebido una buena cantidad de Oporto.

—Nada, nada —respondió Roger rápidamente, volviendo a la tierra.

Una vez fuera del club, llamó un taxímetro.

Por primera vez en su vida, tal vez, Mrs. Verreker-le-Mesurer había dado a alguien una idea constructiva.

Durante el resto del día, Roger estuvo sumamente ocupado.



10

EL PRESIDENTE CEDIÓ la palabra a Mr. Bradley, a quien tocaba hablar aquella noche. Mr. Bradley acarició sus bigotes y mentalmente se frotó las manos con satisfacción.

Había empezado su carrera como vendedor de automóviles, cuando todavía era el tranquilo Percy Robinson, y había descubierto que haría más dinero como fabricante. Ahora fabricaba novelas policiales, y hallaba de suma utilidad su experiencia previa frente a la credulidad del público. Continuaba siendo su propio vendedor, pero de vez en cuando tenía dificultad en recordar que ya no se encontraba detrás de un mostrador en los talleres Olympia. Despreciaba todo y a todos en el mundo, inclusive a Morton Harrogate Bradley, excepto a Percy Robinson, únicamente.

—Me encuentro en una situación difícil —dijo, con las inflexiones propias de un caballero, y como si se dirigiese a un auditorio de deficientes mentales.

»Hasta hace poco tenía la impresión de que debía limitarme a señalar como culpable a la persona más insospechada, de acuerdo con la tradición, pero Mrs. Fielder-Flemming se me ha anticipado. No veo cómo podría presentar yo a un asesino más inesperado que *sir* Charles Wildman. Todos los que tenemos la desgracia de hablar después de haberlo hecho Mrs. Fielder-Flemming deberemos contentarnos con repetir otros tantos lugares comunes.

»No quiero decir que no haya hecho todo lo posible. Estudié el caso según mi criterio personal, llegando a una conclusión que por cierto me sorprendió mucho. Pero, como dije, después de haber oído a la última oradora, lo que yo diga les parecerá harto trivial.

»Veamos, entonces: ¿por dónde comencé? ¡Ah, sí! Por el veneno. Pues bien, el uso de nitrobenzeno como instrumento del crimen me interesó sobremanera, y me parece un elemento sumamente significativo. El nitrobenzeno es la substancia que menos podríamos imaginar dentro de esos bombones. Yo me he dedicado algo al estudio de distintos venenos, en relación con mi trabajo, y nunca he oído que se haya empleado nitrobenzeno en un crimen. Los anales registran casos de su uso en suicidios y en envenenamientos accidentales, pero aun estos casos no alcanzan a más de tres o cuatro.

»Me sorprende que este punto no haya llamado la atención de ninguno de los dos oradores anteriores. Lo verdaderamente interesante es que tan pocas personas conozcan el nitrobenceno como tóxico. Ni siquiera los toxicólogos profesionales lo conocen muy bien. Recientemente estuve hablando con un estudiante de Ciencias de Cambridge, especializado en química, y descubrí que nunca había oído hablar de esa sustancia como de un veneno usual. De paso, debo decirles que yo sabía mucho más que él acerca del mismo. En cuanto a los farmacéuticos comunes, creo muy difícil que viesan en el nitrobenceno uno de los venenos habituales. Tampoco aparece en la farmacopea, y la lista es bastante extensa. Bueno, todo esto me parece bastante significativo.

»Señalaré otros puntos. El nitrobenceno se utiliza extensamente en la industria, y es el tipo de sustancia que podría ser utilizada en la elaboración de infinidad de productos. Es un disolvente conocido. Se nos ha señalado como su principal aplicación su uso en la fabricación de anilinas. Puede que ella sea la principal, pero no la más difundida. También se utiliza en gran escala en la fabricación de golosinas y perfumes. En fin, no intentaré dar una lista completa de sus usos, ya que en ella aparecerían innumerables productos, desde bombones hasta neumáticos para automóviles. Lo importante es que se trata de una sustancia de fácil obtención.

»Y ya que estamos en ello, debo decir también que se prepara con facilidad. Cualquiera escolar sabe cómo tratar el benceno con ácido nítrico para obtener nitrobenceno. Yo mismo lo he hecho muchas veces. Todo lo que se requiere es tener las nociones más elementales de química, siendo posible prepararlo sin ningún aparato químico complicado. Hasta podría decirles que cualquiera, aun sin conocimientos de química, puede prepararlo, en cuanto al proceso mismo se refiere. Por último, se puede preparar secretamente, de modo que nadie tiene que enterarse. A pesar de todo, creo que el hecho de que alguien se haya dispuesto a prepararlo indica un cierto conocimiento de química. Por lo menos, para este objeto en particular.

»Bien, dentro de lo que se refiere al caso en conjunto, este uso del nitrobenceno me pareció no solo el único elemento de originalidad, sino el indicio más importante. No en el sentido de que el ácido nítrico sea una prueba valiosa por su fácil obtención, sino porque una vez descubiertas sus propiedades tóxicas, cualquiera puede obtener o preparar nitrobenceno, y este es, sin duda, un factor muy importante desde el punto de vista del presunto asesino. Quiero decir que el tipo de individuos a quien podría ocurrírsele emplear semejante relleno debe ser definido dentro de límites sorprendentemente estrechos.

Mr. Bradley se detuvo un instante para encender un cigarrillo; y si experimentaba un secreto placer por el interés que demostraban los miembros del Círculo al no pronunciar una sola palabra mientras él se preparaba para reanudar su exposición, no lo manifestó. Luego de mirar a todos como si se tratase de una clase de niños muy pequeños, prosiguió:

—Primero de todo, debemos reconocer que quien ha usado el nitrobenceno tiene

que ser una persona con un mínimo de conocimientos de química. Debo concretar esta última declaración. He querido decir conocimientos de química, o conocimientos especializados. Un idóneo de farmacia, por ejemplo, que tenga suficiente interés en su trabajo como para leer el material de la especialidad en sus horas libres, serviría para ilustrar el primer caso, y una mujer empleada en una fábrica en la cual se utilice nitrobenceno, y donde se haya advertido al personal contra las propiedades tóxicas de la sustancia, podría ilustrar el segundo. Yo diría, pues, que hay dos clases de individuos que podrían haber pensado en tal veneno, y la primera se subdivide en las dos variedades que acabo de mencionar.

»Creo, empero, que es la segunda clase de persona la que está probablemente implicada en el crimen. Se trata, como verán ustedes, de un tipo de persona mucho más inteligente.

»Dentro de la categoría señalada, un idóneo de farmacia se convierte en un químico aficionado, en tanto que la empleada de fábrica es ahora una médica, digamos, interesada en toxicología, o, para alejarnos de los especialistas, una mujer sumamente inteligente, intensamente atraída por la criminología, especialmente en el aspecto de la toxicología, como, por ejemplo, Mrs. Fielder-Flemming.

Mrs. Fielder-Flemming dejó escapar una exclamación indignada, y *sir* Charles, aunque momentáneamente sorprendido ante la fuente de donde partía tan inesperada defensa, dejó escapar un gruñido que en cualquier otra persona hubiese sido una carcajada contenida.

—Se trataría de personas —continuó diciendo Bradley— que no solo tienen un tomo de la *Jurisprudencia Médico-Legal* de Taylor, en su biblioteca, sino que consultan la obra a menudo.

»Estoy de acuerdo con usted, Mrs. Fielder-Flemming, en que el método del crimen indica un cierto conocimiento de criminología. Usted señaló un caso que ofrecía una notable analogía con el de Bendix. *Sir* Charles mencionó otro, y a mi vez mencionaré un tercero. El caso Bendix es una combinación de crímenes famosos, y estoy seguro, como lo estarán ustedes, de que ello es más que una simple coincidencia. Había llegado ya a esta conclusión antes que ninguno de ustedes, y me llevó a ella la íntima convicción de que la persona que envió los bombones a *sir* Eustace posee un ejemplar de la obra de Taylor. No es más que una suposición, lo reconozco, pero en mi ejemplar de dicha obra, el artículo sobre nitrobenceno aparece en la página siguiente del relativo al cianuro de potasio, el veneno más común. Esto me ha dado que pensar.

El orador hizo una pausa. Mr. Chitterwick hizo un gesto de aprobación.

—Creo comprender lo que quiere usted decir, Mr. Bradley. En otros términos, cualquiera que hojee las páginas del libro en busca de un veneno adecuado a sus fines...

—Exactamente —convino Bradley.

—Usted atribuye mucha importancia al asunto del veneno —dijo *sir* Charles, casi

de buen humor—. ¿Quiere usted decir que cree haber identificado al asesino mediante deducciones derivadas de este único elemento de juicio?

—No, *sir* Charles, no me atrevería a afirmar tanto. He destacado su importancia porque, como dije, es el único elemento original en el crimen. Por sí solo no proporcionaría la clave del misterio, pero, considerado conjuntamente con otras características, creo que puede contribuir eficazmente a aclararlo o, por lo menos, servir para identificar al sospechoso, de tal manera que la sospecha de su culpabilidad se convierta en certeza.

»Examinemos el crimen en conjunto. Lo primero que resulta evidente es que es obra de una persona no solo inteligente, sino de cierta cultura. Con ello eliminamos inmediatamente a la primera categoría de personas, que podría haber utilizado nitrobenceno como veneno. Desaparecen, pues, nuestro idóneo de farmacia y nuestra empleada. Pensemos ahora en una persona inteligente y culta, interesada en la criminología, con algunos conocimientos de toxicología, y con un ejemplar, estoy casi seguro de ello, y rara vez me equivoco, de la obra de Taylor en su biblioteca.

»Esto es, mis estimados Watsons, lo que me ha revelado la singular elección del nitrobenceno.

Mr. Bradley acarició su fino bigote con una complacencia ofensiva, que no era en modo alguno fingida. Generalmente, Bradley se esmeraba en mostrar al mundo cuan satisfecho estaba de sí mismo, pero la postura no dejaba de tener un fondo de espontaneidad.

—Sumamente ingenioso, sin duda —murmuró Chitterwick.

—Bueno, prosigamos —observó *miss* Dammers, que no parecía mayormente impresionada. ¿Cuál es su teoría? Si acaso la tiene usted —dijo.

—Le aseguro que tengo una teoría —dijo Bradley, sonriendo con superioridad. Era la primera vez que había logrado que *miss* Dammers le hablase bruscamente, y se sentía muy halagado.

»Examinemos todos los factores en el orden que corresponde. Quiero demostrarles cuán inevitablemente fui llevado a mi conclusión final, y la única forma de hacerlo es describiendo todos mis pasos. Hechas mis deducciones partiendo del veneno, me dediqué a investigar los demás indicios, a fin de establecer si me llevaban a resultados verificables mediante el primer elemento de juicio analizado. En primer término, me ocupé del papel utilizado para redactar la carta fraguada, el único rastro de valor, aparte del veneno.

»Este papel me tenía intrigado. Por algún motivo que no logré establecer en un principio, el nombre de Mason me traía vagas reminiscencias. Estaba seguro de haber oído hablar de Mason en otros aspectos distintos de sus excelentes bombones. Por fin recordé.

»Me temo tener que introducir una nota personal, y ruego a *sir* Charles que disculpe esta falta de buen gusto. Antes de casarse, mi hermana era taquimecanógrafa...

La extremada reticencia de Bradley pareció indicar que, a pesar de reconocer la necesidad de disculparse por poseer semejantes parientes, no estaba dispuesto a hacerlo. Pero, momentos después, dio la inevitable explicación.

—Es decir, su educación la había colocado en un nivel superior al de la mecanógrafa común, y la verdad es que era una secretaria competente.

»Había entrado en una agencia dirigida por una dama, que proporcionaba secretarias para llenar suplencias en puestos de responsabilidad, cuando las titulares estaban enfermas o tomaban sus vacaciones. Además de mi hermana, había dos o tres muchachas más en la casa, y los puestos que ocupaban duraban en general solo dos o tres semanas. Es natural, pues, que cada una tuviese una serie de puestos diferentes en un año de trabajo. Recuerdo, sin embargo, que una de las firmas en que trabajó mi hermana durante aquel período fue la de Mason e Hijos, como secretaria suplente de uno de los directores.

»Me pareció que este hecho ofrecía posibilidades de investigación. No era probable que mi hermana pudiese arrojar alguna luz sobre el misterio, pero tal vez me proporcionase tarjetas de presentación para uno o dos miembros del personal, si ello fuese necesario. Inmediatamente fui a visitarla.

»Recordaba la casa muy bien. Trabajó allí hace tres o cuatro años, y le agradaba tanto el ambiente que llegó a considerar la posibilidad de obtener trabajo permanente en la firma. Como es natural, nunca llegó a conocer muy bien a nadie entre el personal, pero sí lo suficiente como para darme las tarjetas de presentación que necesitaba.

»Durante mi visita, le comenté que había visto la carta enviada a *sir* Eustace con los bombones, y que no solo el nombre de Mason, sino también el papel utilizado, me habían parecido familiares. A continuación le pregunté si nunca me había escrito en papel de esa clase.

»Ella no recordaba bien; pero señaló que era natural que el papel me pareciese familiar, pues en casa solíamos utilizarlo para hacer juegos de papel, ya que su tamaño era muy conveniente.

»Es interesante que una reminiscencia como esta haya permanecido adormecida en mi mente durante tanto tiempo, cuando ya había olvidado las circunstancias concretas en que se produjo. Cuando mi hermana me habló de ello, recordé todo perfectamente. En uno de los cajones de su escritorio había una gran cantidad del papel que con frecuencia yo había cortado en tiras para nuestros juegos.

»Le pregunté cómo lo había obtenido, pero como me pareció que respondía con evasivas, diciendo vagamente que lo había obtenido en la oficina, insistí en mi pregunta. Por fin me dijo que una noche en que estaba por abandonar la oficina, recordó que tenía invitados a comer, y que necesitaríamos papel para diversos juegos de mesa. Rápidamente volvió a su escritorio, tomó una cantidad de papel de junto a la máquina de escribir, y lo guardó en su portadocumentos. En su apresuramiento, no advirtió haber tomado una gran cantidad, de modo que lo que tendría que haber

servido para una noche, le había durado en realidad cerca de cuatro años. Probablemente se habría llevado casi media resma.

»Bueno, salí de casa de mi hermana con un sentimiento de perplejidad. Antes de partir examiné las hojas que quedaban y, según lo que puedo juzgar, eran exactamente iguales a la hoja en que fue escrita la carta. Hasta los bordes estaban algo amarillentos. No me sentía ya simplemente perplejo, sino alarmado, pues debo decirles algo que se me había ocurrido con anterioridad. De todos los caminos a seguir en la búsqueda de la persona que envió la carta a *sir* Eustace, siempre me había parecido que el más factible era el de buscar a su autor entre los empleados, y aun exempleados, de la casa Mason.

»En realidad, este descubrimiento presentaba un aspecto más desconcertante aún. Al reflexionar sobre el caso, se me había ocurrido la posibilidad de que la policía, y todo el mundo, hubiese estado poniendo el coche delante del caballo. Era opinión general que una vez decidido el plan, el criminal se había dedicado a buscar el papel que le permitiría llevarlo a cabo.

»Pero ¿no es más factible que el papel haya estado en manos del asesino, y que la posesión fortuita del mismo haya determinado el método del crimen? En este caso, la probabilidad de llegar hasta el culpable por medio del papel es muy remota, mientras que en el primero siempre existe dicha probabilidad. ¿Había pensado usted en ello, señor presidente?

—Debo admitir que no —confesó Roger—. Pero, como dice Sherlock Holmes, la posibilidad es muy grande ahora que ha sido señalada. Le diré a usted que me parece un argumento muy sólido, Bradley.

—Desde el punto de vista psicológico, es perfecto —comentó *miss* Dammers.

—Muchas gracias —murmuró Bradley—. Ustedes podrán comprender hasta qué punto fue alarmante mi descubrimiento. Porque, si tenía algún significado, toda persona que tuviese en su poder una hoja de papel viejo de Mason e Hijos, con los bordes ligeramente amarillentos, se convertía inmediatamente en sospechosa.

Sir Charles tosió ruidosamente. El significado de su tos era inconfundible. Un caballero nunca sospecha de su hermana.

—¡Sería terrible! —dijo Mr. Chitterwick, que era más humano.

Mr. Bradley intensificó los acentos dramáticos de su exposición.

—Había otro factor que no podía ignorar. Antes de seguir sus estudios comerciales, mi hermana tuvo la idea de ser enfermera, y siguió un curso breve. No solamente leía libros relativos a sus estudios, sino también libros médicos. Varias veces —agregó Bradley solemnemente— la he visto estudiando mi propio ejemplar de Taylor, aparentemente absorbida en él.

Nuevamente Bradley hizo una pausa, pero nadie hizo comentario alguno. El sentimiento unánime era que cada reunión del Círculo traía consigo revelaciones más y más sensacionales.

—Bueno, regresé a casa y reflexioné. Parecía absurdo poner a mi propia hermana

en la lista de sospechosos, y en primer término. No es lo habitual relacionar a nadie del propio círculo con la idea de un asesinato: las dos cosas no van juntas. Sin embargo, no podía dejar de reconocer que si se hubiese tratado de otra persona, me habría sentido lleno de júbilo por haber resuelto el caso. Pero en tales circunstancias, ¿qué podía hacer?

»Al final —dijo Bradley con orgullo— hice lo que consideraba mi deber, y afronté la situación. Al día siguiente volví a casa de mi hermana, y le pregunté sin más preámbulos si alguna vez había tenido algo que ver con *sir* Eustace Pennefather. Me miró sorprendida, y me dijo que hasta la época del crimen jamás había oído hablar de él. Yo le creí. Luego le pregunté si podía recordar qué había hecho la noche anterior al crimen. Me miró más sorprendida aún, y respondió que durante todo aquel tiempo había estado en Manchester con su esposo, en el Hotel Peacock, y que aquella noche había concurrido al cinematógrafo, donde vieron una película que, si mal no recordaba, se llamaba *Hogueras del Destino*. Una vez más le creí.

»Por simple rutina, traté de corroborar más tarde sus declaraciones, y todas resultaron exactas; para la hora en que fue despachado el paquete, tenía una coartada perfecta. Sentí un alivio mucho mayor del que puedo expresar.

Mr. Bradley hablaba en voz baja, con tono patético y a la vez contenido, pero Roger le miró de pronto, y le pareció ver un resplandor de malicia en sus ojos, que le hizo sentirse vagamente aprensivo. Lo que sucedía con Mr. Bradley era que nunca se sabía qué esperar de él.

—Obtenido este resultado negativo, me dediqué a hacer una tabla de las conclusiones a que había llegado hasta entonces, y a analizar otros aspectos del crimen.

»En aquel punto recordé que, la noche en que habló aquí, el Inspector Jefe se había mostrado algo reticente al presentar la evidencia. Inmediatamente le telefoneé, formulándole algunas preguntas. Me enteré de que la máquina de escribir era una Hamilton 4, es decir, el modelo más común. La dirección de la envoltura había sido manuscrita con una estilográfica Onix con pluma mediana. La tinta era marca Harfield. Por último, nada se había podido descubrir del estudio del papel castaño ni de la cuerda. En ningún artículo había impresiones digitales.

»Bueno, tal vez no deba admitirlo, considerando la forma en que me gano la vida, pero la verdad es que no tengo la menor idea de cómo trabaja un detective de la vida real —dijo Mr. Bradley con gran franqueza—. En un libro resulta muy fácil, puesto que hay una serie de hechos que el autor desea ver descubiertos, y que permite descubrir al detective y a nadie más. En la realidad, en cambio, las cosas nunca suceden así.

»Sin embargo, lo que hice fue copiar los procedimientos de mis detectives y encarar la tarea en la forma más sistemática posible. Es decir, hice una tabla de todos los datos obtenidos, tanto los referentes al hecho como a sus personajes, y debo señalar aquí que me sorprendió la cantidad de material reunido. A continuación hice

tantas deducciones como me fue posible, partiendo de cada uno de los datos. Al mismo tiempo mantuve una actitud estrictamente imparcial sobre la posible identidad de la persona que había de surgir como culpable a la luz de mis conclusiones finales.

»En otras palabras —dijo Bradley en tono severo—, yo no decidí que *Lady A*, o *Sir B*, tenía móviles tan poderosos para cometer el crimen que, sin duda alguna, ella o él, lo había cometido; ni moldeé luego mis supuestas pruebas para adaptarlas a tan conveniente teoría.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —creyó oportuno decir Roger.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —repitieron casi al unísono Alicia Dammers y Mr. Chitterwick.

Sir Charles y *Mrs. Fielder-Flemming* se miraron y luego desviaron la vista rápidamente, como dos alumnos de la clase dominical a quienes se les ha atrapado conversando.

—¡Pobre de mí! —murmuró Bradley—. Esto está resultando muy fatigoso. ¿Me permite unos minutos de descanso para fumar un cigarrillo, señor presidente?

El presidente concedió a Mr. Bradley un intervalo para que se repusiera. Y para reponerse él.



11

—SIEMPRE HE PENSADO —prosiguió Bradley, ya repuesto—, siempre he pensado que los asesinatos pueden ser clasificados en dos grupos: abiertos y cerrados. Por asesinato cerrado se entiende el crimen cometido dentro de un círculo limitado de personas, por ejemplo, una familia y sus huéspedes, en el cual se sabe que el culpable se encuentra entre los miembros de un grupo determinado. Este es el tipo más común en la literatura detectivesca. Un asesinato abierto es aquel en que el asesino no se encuentra dentro de ningún grupo en particular, sino que podría ser cualquier persona. Esto es, sin duda, lo que sucede casi invariablemente en la vida real.

»El caso que estamos estudiando ofrece la peculiaridad de que no es posible situarlo definitivamente en ninguna de las dos categorías mencionadas. La policía opina que se trata de un asesinato abierto; los dos oradores que me precedieron lo consideran un asesinato cerrado.

»Todo depende del móvil. Si estamos de acuerdo con la policía en que es obra de algún fanático o criminal insano, indudablemente se trata de un asesinato abierto. Cualquiera que no tenga la correspondiente coartada en nuestra ciudad, podría ser sospechado de haber enviado el paquete. Si, en cambio, pensamos que el móvil ha sido personal, relacionado directamente con *sir* Eustace, el criminal tiene que encontrarse dentro del círculo limitado de personas que han tenido relación con *sir* Eustace en una u otra circunstancia.

»Y al referirme al envío del paquete, debo hacer una disquisición para relatarles algo de verdadero interés. ¡Dentro de lo que creo saber, es probable que yo haya visto al asesino con mis propios ojos en el momento de introducir el paquete en el buzón! La casualidad quiso que aquella noche yo pasase por la calle Southampton a las nueve menos cuarto. Mal pude adivinar entonces, como diría Edgar Wallace, que el primer acto de este drama trágico estaba tal vez desenvolviéndose delante de mis inocentes ojos. En ningún momento me llevó a detenerme el presentimiento de un desastre. Evidentemente, la Providencia escatimaba los presentimientos aquella noche. Pero si solo mis instintos perezosos me lo hubiesen advertido, ¡cuántas dificultades habría ahorrado a todo el Círculo! En fin —agregó Bradley

melancólicamente—, así es la vida.

»Pero todo esto tiene poco que ver con lo que pensaba decirles. Estábamos hablando de asesinatos abiertos y cerrados.

»Tenía la determinación de no formarme juicios definitivos en ningún sentido, de modo que, para no arriesgar ninguna conclusión prematura, encaré este caso como un asesinato abierto. Estaba, pues, en la posición de que cualquier persona podía caer bajo sospecha. Para limitar algo este campo de acción, me dediqué a reconstruir mentalmente la personalidad del asesino que lo había cometido en realidad, utilizando para ello los pocos indicios que dejó tras sí.

»Mis conclusiones sobre la elección del nitrobenzeno estaban hechas, como he señalado ya. Pero, como corolario de la conclusión referente a una buena educación, agregué el comentario: buena educación, pero no en los internados tradicionales de Inglaterra, ni en la Universidad. ¿No está usted de acuerdo, *sir* Charles? La verdad es que nadie proveniente de esos ambientes podría haber cometido este crimen.

—Hombres educados en nuestros internados han cometido asesinatos antes de ahora —señaló *sir* Charles, sin comprender.

—Tiene usted razón, pero no con un método tan poco caballeresco como este. El código de nuestros colegios tradicionales tiene seguramente algún significado. Por lo menos, mucha gente que ha recibido esa educación me lo ha señalado más de una vez. Este asesinato no ha sido perpetrado por un caballero. Cuando un caballero se decide a cometer un acto tan poco convencional, utiliza un hacha o un revólver, o cualquier arma que le permita enfrentarse con su víctima. Nunca asesina a otro hombre por la espalda, por así decirlo. Estoy seguro de ello.

»Además, otra conclusión obvia es que se trata de una persona de gran destreza manual. Desenvolver los bombones, vaciarlos, llenarlos nuevamente, obturarlos con chocolate fundido y envolverlos de nuevo, evitando que parezcan haber sido tocados, no es fácil, les aseguro. Y no olviden que el asesino trabajó con guantes.

»Primero pensé que esta extraordinaria limpieza indicaba que el asesino era una mujer. Pero posteriormente hice una experiencia con una docena de personas amigas, hombres y mujeres, haciéndoles repetir el proceso, y de todos, solo yo, debo señalarlo con orgullo, logré hacerlo sin dejar rastros en los bombones. En consecuencia, no fue necesariamente una mujer. Pero, sea quien fuere, se trata de una persona de gran destreza manual.

»Veamos ahora el punto referente a la exacta dosificación del veneno. Me parece muy revelador, pues indica un espíritu metódico, con fuerte tendencia a la simetría. Hay personas así, que no pueden soportar que dos cuadros estén colgados asimétricamente. Sé lo que digo, porque yo soy un poco así. En mi opinión, la simetría es sinónimo de orden. Comprendo muy bien que el asesino haya llenado los bombones como lo hizo. Es lo que yo habría hecho inconscientemente.

»Creo que debemos atribuirle una inteligencia creadora. Un crimen como este no se realiza siguiendo un impulso, sino que se planea, paso a paso, escena por escena,

exactamente como una obra teatral. ¿No lo cree usted, Mrs. Fielder-Flemming?

—No se me había ocurrido, pero es posible.

—Le aseguro que lo es. El asesino debió dedicar mucho tiempo y reflexión a llevar a cabo el crimen. No creo que debamos detenernos mucho en la posibilidad de un plagio de otros crímenes. Las inteligencias más fecundas suelen no tener a menos adaptar ideas ajenas a sus fines. Yo mismo suelo hacerlo. Supongo que usted también, Mr. Sheringham; usted también, sin duda, *miss Dammers*; y usted, Mrs. Fielder-Flemming. ¡Vamos, seamos sinceros!

Un murmullo afirmativo sirvió para expresar que de vez en cuando se producían casos como el citado por Bradley.

—Lo suponía. Recuerden ustedes que Sullivan acostumbraba adaptar música religiosa, y llegó a convertir un canto gregoriano en *Un Par de Ojos Resplandecientes*, o algo igualmente frívolo. El recurso es, pues, aceptable. Bien, tenemos todos estos elementos que aportar al retrato de nuestro asesino. Por último, su psicología debe presentar esa característica de inhumanidad fría e implacable del envenenador. Creo que esto es todo. Pero es bastante. Cualquiera podría reconocer al criminal si se encontrase frente a una persona con características tan peculiares.

»¡Ah! Hay otro punto que no debo omitir. Me refiero al crimen que a mi juicio ofrece un perfecto paralelo con este. Me sorprende que nadie lo haya mencionado, ya que ofrece una notable semejanza con el caso que nos ocupa. No es un caso muy divulgado, pero posiblemente todos ustedes lo conocen. Me refiero al asesinato del doctor Wilson en Filadelfia, hace exactamente veinte años.

»Lo esbozaré brevemente. Una mañana, el doctor Wilson recibió lo que parecía ser una botella de cerveza y, adjunta a ella, una carta, escrita aparentemente en papel de la cervecería. Wilson bebió la cerveza durante el almuerzo y murió. La cerveza estaba saturada de cianuro de potasio.

»Pronto se estableció que la cerveza no provenía de la fábrica, que nunca enviaba muestras a particulares. Había sido despachada por la oficina de correos local. Lo único que se logró averiguar fue que había sido entregada para su envío por un desconocido. La etiqueta impresa y la carta eran falsificadas, impresas expresamente.

»El misterio nunca fue resuelto. No fue posible localizar la imprenta, a pesar de que la policía recorrió todos los talleres gráficos del país. Tampoco se pudo establecer el móvil del crimen. He aquí un típico asesinato abierto. La botella llegó de no sabemos dónde, y allí permaneció el asesino.

»No les pasará inadvertida la semejanza con el caso Bendix, particularmente en cuanto al uso de una muestra como instrumento del crimen. Como dijo Mrs. Fielder-Flemming, la semejanza es demasiado estrecha para ser casual. Nuestro asesino tiene que haber conocido el caso Wilson, y el éxito obtenido por su autor. La verdad es que puede haber existido un móvil poderoso. Wilson se dedicaba a provocar abortos, y alguien ha de haber deseado castigarle. Un caso de conciencia, me imagino. Hay personas que la tienen. En este factor reside la segunda analogía con nuestro crimen.

Sir Eustace era reconocidamente un peligro para la sociedad. Y ello va en apoyo de la teoría policial sobre un fanático anónimo. En mi opinión, tal punto de vista es muy defendible. Pero debo seguir con mi exposición.

»Alcanzada esta etapa, preparé una tabla de mis conclusiones e hice una lista de las condiciones que debía llenar el criminal. Estas condiciones son tantas y tan diversas, *sir* Charles, que, si fuese posible hallar a alguien que las llenase, las probabilidades de que fuese el culpable serían no ya de un millón, sino de varios millones contra uno. No es esta una afirmación ligera, sino un hecho matemáticamente establecido.

»He anotado doce condiciones, y las probabilidades matemáticas de que se cumplan en un solo individuo son, según mis cálculos, de cuatrocientos setenta y nueve millones mil seiscientas contra una. Y esto sería, no lo olviden ustedes, siempre que las probabilidades fuesen parejas. Pero no lo son. Por ejemplo, que el asesino tenga nociones de criminología es una probabilidad de diez contra una. En cambio, que tenga oportunidades de obtener papel de escribir de la casa Mason es de ciento contra una.

»Bueno, en conjunto —afirmó Bradley—, yo diría que las probabilidades son aproximadamente de cuatro billones setecientos noventa mil millones quinientas dieciséis mil cuatrocientas cincuenta y ocho contra una. En otros términos, es una imposibilidad. ¿No lo creen ustedes?

Todos estaban demasiado anonadados por las cifras astronómicas citadas por Bradley para mostrarse en desacuerdo.

—Muy bien, estamos todos de acuerdo, pues —dijo Mr. Bradley alegremente—. Leeré mi lista.

Luego de buscar en su libreta, comenzó a leer lo que sigue:

CONDICIONES QUE DEBE LLENAR EL CRIMINAL

1. Debe tener por lo menos conocimientos elementales de química.
2. Debe tener por lo menos conocimientos elementales de criminología.
3. Debe tener una buena educación, aunque no necesariamente proveniente de internados particulares ni de universidades.
4. Debe poseer papel de la casa Mason, o haber tenido acceso a él.
5. Debe poseer una máquina de escribir Hamilton 4, o haber tenido acceso a ella.
6. Debe haber estado en las inmediaciones de la calle Southampton, en el barrio del Strand, durante la hora crítica, es decir, entre las 8.30 y las 9.30 de la noche anterior al crimen.
7. Debe poseer una estilográfica Onix con pluma mediana, o haber tenido acceso a ella.

8. Debe poseer un frasco de tinta Harfield, o haber tenido acceso a él.
9. Debe poseer una mentalidad creadora, pero no tener a menos adaptar ideas ajenas.
10. Debe tener una destreza manual superior a la habitual.
11. Debe ser una persona de hábitos metódicos, probablemente con fuerte tendencia a la simetría.
12. Debe poseer la inhumana frialdad del envenenador.

—Como ven ustedes —dijo Mr. Bradley, guardando su libreta—, también yo estoy de acuerdo con *sir* Charles en que el asesino nunca habría confiado el despacho del paquete a otra persona. No quiero dejar de señalar otro punto, con fines de referencia. Si alguno de ustedes desea ver una estilográfica Onix, con pluma mediana, puede examinar la mía. Y, por una casualidad, la he llenado con tinta Harfield.

La estilográfica de Bradley circuló lentamente en torno de la mesa, mientras este, arrellanado en su sillón, vigilaba su trayecto con una sonrisa paternal.

—Y eso es todo —dijo, cuando le hubieron devuelto la estilográfica.

A Roger le pareció vislumbrar la explicación en el resplandor que aparecía de vez en cuando en los ojos de Bradley.

—¿Quiere usted decir —dijo— que el problema está todavía sin resolver? En otros términos, ¿que los cuatro billones de probabilidades han sido demasiadas para usted? ¿No le fue posible hallar a nadie que cumpliera sus condiciones?

—Pues bien —dijo Bradley, con inusitada reticencia—, ya que insisten en saberlo, debo decirles que he hallado una persona.

—¡Muy bien! ¡Quién! ¿Quién es?

—¡Ah! Me ponen ustedes en aprietos —respondió Bradley—. En verdad me cuesta decirlo. ¡Es tan ridículo!

Un coro de quejas, ruegos y exhortaciones se dejó oír inmediatamente. Nunca se había visto Bradley rodeado de tanta popularidad.

—Se van a reír de mí si lo digo.

Era evidente que cualquiera de los presentes preferiría sufrir las torturas de la Inquisición antes que reírse de Mr. Bradley. Nunca hubo personas menos dispuestas a alegrarse a costa de Mr. Bradley que las que estaban allí reunidas.

Mr. Bradley cobró ánimo.

—Bueno, es muy difícil expresarlo. Verdaderamente, no sé cómo empezar. Si yo les demuestro que la persona que voy a señalar no solo llena mis condiciones, sino que además tenía un cierto interés, aunque indirecto, en enviar los bombones a *sir* Eustace, ¿me promete usted, Mr. Sheringham, que los presentes me darán sus valiosos consejos acerca de cuál es mi deber?

—¡Sí, hombre, sí! —convino Roger rápidamente y con incontenible interés. Una vez más, había estado casi seguro de tener la solución, pero ahora sentía que él y Bradley no habían llegado al mismo resultado. Y Bradley estaba por señalar al

culpable...

—¡Gran Dios! ¡Sí! —repitió.

Mr. Bradley miró por turno a los circunstantes con aire preocupado.

—Pero ¿es posible que no sepan a quién me refiero? ¡Y yo que creí haberlo insinuado en cada una de mis frases!

Nadie comprendió a quién se refería.

—La única persona, dentro de lo que he podido establecer, que llena las doce condiciones —dijo Bradley lentamente, mientras pasaba la mano por sus cabellos cuidadosamente aplastados—, pues bien, lo diré de una vez... No es mi hermana..., sino..., sino... ¡Yo!

Se produjo un silencio de estupefacción.

—¿Dijo usted..., usted? —preguntó finalmente Mr. Chitterwick.

Mr. Bradley le miró con ojos melancólicos.

—Es evidente. Yo tengo conocimientos más que elementales de química. Sé hacer nitrobenzeno, y lo he preparado con frecuencia. Yo soy criminólogo. Yo he tenido una educación más o menos sólida, aunque no he concurrido a internados particulares ni a la universidad. Yo he tenido acceso al papel de cartas de la casa Mason. Yo poseo una máquina de escribir Hamilton. Yo estuve en la calle Southampton durante la hora crítica. Yo tengo una estilográfica Onix, con pluma mediana, llena con tinta Harfield. Yo tengo lo que podría llamarse un espíritu creador, pero no desdeño adaptar ideas ajenas. Yo tengo una destreza manual algo más que mediana. Yo soy una persona de hábitos metódicos, con una fuerte inclinación hacia la simetría. Y, aparentemente, yo tengo la inhumana frialdad del envenenador.

»Así es —suspiró Bradley—. No hay que hacerle. Yo envié los bombones a *sir* Eustace.

»No pudo ser otro. Lo he probado en forma definitiva. Y lo extraordinario es que no recuerdo nada del hecho. Supongo que lo hice mientras estaba pensando en otra cosa. He notado que mi distracción aumenta día a día.

Roger luchaba contra un deseo incontenible de reír a carcajadas. A pesar de ello, logró mantener la gravedad propia de su investidura.

—¿Y cuál cree usted que ha sido su móvil, Bradley?

Bradley pareció salir de su abatimiento.

—Comprendo que aquí se hallaba la dificultad. Durante mucho tiempo no logré determinar mis móviles para el crimen, ni siquiera establecer relación alguna entre *sir* Eustace y yo. He oído hablar de él, sin duda, como cualquiera que haya concurrido al Rainbow. Sabía que es un individuo objetable. Pero no tenía ningún resentimiento personal contra el hombre. Por lo que a mí se refiere, puede ser todo lo objetable que quiera. Tampoco creo haberle visto nunca. Sí, el móvil constituía un verdadero obstáculo, porque, indudablemente, tenía que haber un móvil. De otro modo, ¿por qué habría de haber intentado matarle?

—¿Y encontró usted el móvil?

—Creo que sí —dijo Bradley con orgullo—. Luego de devanarme los sesos durante muchos días, recordé que una vez me había sorprendido diciendo a un amigo, durante una conversación sobre temas policiales, que la ambición de mi vida era cometer un asesinato, pues estaba seguro de poder hacerlo impunemente. Señalé luego que la sensación de peligro debía de ser estupenda, y que ningún juego de azar podría proporcionar sensaciones como aquella. En realidad, el asesino hace una apuesta con la policía, ofreciendo como prendas la vida propia y la de la víctima. Si sale impune, gana ambas. Si es castigado, las pierde. Para un hombre como yo, que tengo la desgracia de sentirme perpetuamente hastiado de las diversiones habituales, el asesinato sería la diversión *par excellence*.

—¡Ah! —comentó Roger.

—Cuando recordé esta conversación —prosiguió Bradley con gran seriedad—, me pareció significativa en extremo. Inmediatamente fui a ver a mi amigo, y le pregunté si la recordaba y si estaría dispuesto a jurar que en efecto había tenido lugar. Mi amigo estaba dispuesto a ello. Además, pudo agregar otros detalles tan comprometedores, que tomé su declaración por escrito.

»Para ilustrar mi idea, mi amigo me dijo que procedí a desarrollar un posible método para llevar a cabo un crimen. Lo obvio, dije, era elegir una figura cuya supresión significase un beneficio para el mundo, no necesariamente un político, puesto que a la vez debía eludir lo excesivamente obvio, y asesinarla a la distancia. Para aumentar el interés del juego, debía dejar uno o dos rastros más o menos confusos. Aparentemente, dejé más de los que pensaba.

»Mi amigo terminó diciendo que, cuando me separé de él aquella noche, expresé la más firme intención de cometer mi asesinato en la primera oportunidad. No solo sería para mí la diversión ideal, sino que la experiencia me sería de enorme valor como escritor de novelas policiales.

»Con esto —dijo Mr. Bradley con dignidad—, creo dejar establecido el móvil.

—El asesinato experimental —observó Roger—. Sería una nueva categoría. ¡Qué interesante!

—No, asesinato por depravados buscadores de sensaciones —le corrigió Mr. Bradley—. Hay un precedente, como usted recordará. «Loeb y Leopold»^[4]. Pues bien, he probado mi caso.

—Lo ha probado usted definitivamente, por lo que puedo juzgar. No veo ni un punto débil en sus argumentos.

—Me he esmerado en elaborar una teoría mucho más sólida que las que acostumbro presentar en mis libros. Usted podría hacerme condenar fácilmente con semejante evidencia, ¿no es verdad, *sir* Charles?

—Me gustaría estudiarla más detenidamente, Bradley, pero, a primera vista, yo diría que, dentro de las limitaciones de la evidencia circunstancial, que, por otra parte, para mí es fundamental, no veo ningún motivo para dudar de que usted envió los bombones a *sir* Eustace.

—¿Y si yo le dijese aquí mismo que los envié en realidad? —preguntó Bradley.

—Yo no tendría por qué no creerle.

—Pues, le diré a usted: no los envié. Pero si se me concede tiempo, estoy dispuesto a probar en forma igualmente convincente que el culpable es el arzobispo de Canterbury o Sybil Thorndike, o Mrs. Robinson-Smythe, de «Los Laureles», Acacia Road, Upper Tooting, o el presidente de los Estados Unidos, o quienquiera en este mundo cuyo nombre les interese.

»Esto, en cuanto se refiere a las pruebas. Elaboré todo el caso contra mí mismo sobre una coincidencia, la de que mi hermana tenía en su poder unas hojas de papel de Mason e Hijos. No he dicho nada que no sea verdad. Pero no he dicho toda la verdad. El testimonio artístico, como todo testimonio, es simplemente una cuestión de selección. Si sabemos qué incluir y qué omitir, es posible probar lo que se quiera en términos totalmente convincentes. Yo lo hago en todos mis libros, y ningún crítico me ha atacado hasta ahora por mis argumentos poco sólidos o ilógicos. Aunque, en verdad —agregó Bradley modestamente—, no creo que ningún crítico lea mis libros.

—Es muy ingeniosa su teoría —comentó Alicia Dammers—, además de ser altamente instructiva.

—Muchas gracias —murmuró Mr. Bradley, halagado.

—En fin, en resumen —declaró Mrs. Fielder-Flemming bruscamente—, usted no tiene la menor idea de quién es el asesino.

—Sí, la tengo —repuso Bradley lánguidamente—, pero no puedo probarlo. De modo que es inútil que se lo diga.

Inmediatamente todo el mundo prestó atención.

—¿Ha descubierto usted al culpable, a pesar de todas las probabilidades en contra que mencionó? —preguntó *sir* Charles.

—Sí, la mujer en quien pienso llena todas mis condiciones. Tiene que llenarlas, puesto que cometió el crimen. Pero desgraciadamente, no he podido corroborar todos los datos.

—¡La mujer! —exclamó Mr. Chitterwick.

—¡Ah, sí! Es una mujer. Esto es lo más evidente de todo el caso. Y, dicho sea de paso, es uno de los puntos que omití señalar hace un rato. En verdad me sorprende que nadie haya hecho la observación hasta ahora. Si algo resulta evidente en este asunto, es que se trata de la obra de una mujer. Nunca se le ocurriría a un hombre enviar bombones a otro. Enviaría una navaja envenenada, o *whisky*, o cerveza, como el asesino del infortunado doctor Wilson. Evidentemente se trata de una mujer.

—No estoy seguro de ello —murmuró Roger. Mr. Bradley le dirigió una mirada.

—¿No está usted de acuerdo, Mr. Sheringham?

—Solo expresé una duda. Me parece un punto muy discutible.

—Irrebatible, diría yo —dijo Bradley con fingida indiferencia.

—Pues bien —dijo *miss* Dammers, impaciente ante estos rodeos—. ¿Nos va a decir usted quién fue, Mr. Bradley?

Este la miró irónicamente.

—Pero, ya les dije que era inútil, puesto que no puedo probarlo. Además, media el honor de la interesada.

—¿Va usted a mencionar la ley sobre calumnias, a fin de salir del paso?

—No, en modo alguno. No tengo el menor inconveniente en señalarla como asesina, pero hay algo mucho más importante. Esta mujer ha sido amante de *sir* Eustace en una época, y hay un código sobre la reserva a guardar en estos casos.

—¡Ah! —observó Mr. Chitterwick.

—¿Iba a decir usted algo? —preguntó Bradley.

—No, no. Me estaba preguntando si usted habrá seguido el mismo camino de investigación que yo.

—¿Se refiere usted a la hipótesis de una amante repudiada?

—Pues bien —dijo Mr. Chitterwick, muy incómodo—, sí.

—Comprendo. ¿De modo que descubrió usted ese camino, Mr. Chitterwick? —El tono de Mr. Bradley era el de un maestro benévolo cuando palmea la cabeza de un alumno precoz—. Evidentemente es el verdadero. Considerando el crimen en conjunto, y examinado el carácter de *sir* Eustace, una amante despechada, ciega de celos, se destaca como un fanal. He aquí otro de los puntos que omití cuidadosamente en mi lista de condiciones. Número 13, el criminal debe ser una mujer. Y volviendo al testimonio artístico, tanto *sir* Charles como Mrs. Fielder-Flemming lo utilizaron cuando omitieron establecer una relación entre el nitrobenceno y sus respectivos asesinos, si bien tal relación es esencial en ambos casos.

—Entonces, ¿usted cree verdaderamente que el móvil del crimen han sido los celos? —preguntó Mr. Chitterwick.

—Estoy plenamente convencido de ello —respondió Mr. Bradley—. Pero les diré algo más, de lo cual no estoy tan seguro. Esto es, de que la víctima elegida haya sido *sir* Eustace.

—¿Que no haya sido la víctima elegida? —preguntó Roger con tono aprensivo—. ¿Y cómo llegó usted a esa suposición?

—Pues bien, he descubierto que *sir* Eustace tenía un compromiso para el almuerzo el día del crimen. Parece haber guardado gran secreto acerca de él, y sin duda era con una mujer, no solo con una mujer, sino con una mujer en la cual *sir* Eustace estaba algo más que interesado. No creo que haya sido *miss* Wildman, sino más bien alguien cuya existencia *sir* Eustace quería que esta ignorase. Pero mi opinión es que la mujer que envió los bombones sabía de esta proyectada cita. La cita fue cancelada, pero es posible que, en cambio, haya ignorado esta cancelación.

»Mi idea, y es tan solo una idea que de ninguna manera puedo probar, aunque ella hace de los bombones un instrumento más lógico aún, es que estos estaban destinados no a *sir* Eustace, sino a la rival de quien los envió.

—¡Ah! —murmuró Mrs. Fielder-Flemming.

—Esta es una idea totalmente nueva —gruñó *sir* Charles.

Roger había recorrido mentalmente los nombres de las innumerables amistades femeninas de *sir* Eustace. Hasta entonces no había logrado relacionar a ninguna de ellas con el crimen, ni tampoco podía hacerlo ahora. Con todo, no creía que se le hubiera escapado el nombre de ninguna.

—Si la mujer a que usted se refiere, Bradley, era en realidad la amante de *sir* Eustace, no creo que deban preocuparle las convenciones de honor. Es seguro que su nombre está en boca de todos los socios del Rainbow, si no en la de todos los socios de todos los clubs de Londres. *Sir* Eustace no es un hombre reservado.

—Puedo asegurar a Mr. Bradley —dijo *miss* Dammers con ironía— que el código de honor de *sir* Eustace es mucho menos rígido que el suyo propio.

—En este caso —repuso Bradley—, no lo creo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que estoy seguro de que, aparte de mi informante involuntario, de *sir* Eustace y de mí mismo, nadie conoce esta relación. Salvo la mujer en cuestión —agregó Bradley delicadamente—. Naturalmente, a ella no puede habersele escapado.

—¿Cómo lo descubrió? —preguntó *miss* Dammers.

—Eso —replicó Bradley tranquilamente— es algo que no puedo decir.

Roger se acarició el mentón. Era posible que hubiese otra mujer de la cual no había oído nada. En tal caso, ¿cómo podría mantenerse en pie su propia teoría?

—¡Su paralelo, tan exacto, queda destruido, pues! —dijo Mrs. Fielder-Flemming.

—No, pero aun en ese caso, tengo otro igualmente bueno. El caso de Cristina Edmonds. Tiene las mismas características, salvo el factor de insania que aparece en el de Edmonds. Celos, bombones envenenados. ¿Qué puede ser mejor?

—¡Hum! El fundamento principal de su teoría anterior —dijo *sir* Charles—, o por lo menos, del punto de partida, era el nitrobenceno. Supongo que este y las conclusiones que derivó usted de él tienen igual importancia en esta hipótesis. Debemos suponer, pues, que la mujer de que tratamos es aficionada a la química y tiene un ejemplar de Taylor en su biblioteca.

Bradley esbozó una sonrisa.

—Ese era, como usted lo ha señalado, *sir* Charles, el fundamento principal de mi hipótesis. Pero no lo es de esta. Temo que mis consideraciones sobre la elección del veneno hayan sido algo artificiales. Mi objeto era llevarles hasta una determinada persona y, por consiguiente, saqué las conclusiones que convenían a aquella persona en particular. A pesar de ello, hay mucho de verdad en todo lo que dije entonces, si bien no diría ahora que sus probabilidades de ser absolutamente exacto sean las mismas. Estoy casi dispuesto a creer que el nitrobenceno fue utilizado simplemente porque era fácil obtenerlo. Aunque es verdad, por otra parte, que la substancia es apenas conocida como veneno.

—¿Entonces no utiliza usted dicho factor en su presente hipótesis?

—Sí. Sigo pensando que el hecho importante de que el asesino no lo utilizaba para su trabajo, sino que más bien conocía sus usos, es perfectamente válido. Creo

que sería posible establecer el origen de esta familiaridad con el nitrobenzeno. Antes señalé como motivo la posesión de un ejemplar de la obra de Taylor, y lo hago una vez más en este caso. La mujer de quien hablo tiene un ejemplar de Taylor.

—¿Es una criminóloga, pues? —preguntó Mrs. Fielder-Flemming.

Mr. Bradley se arrellanó en su asiento y contempló el cielo raso.

—Este punto está librado a la especulación. Francamente, me intriga el asunto de la criminología. Por mi parte, no puedo imaginar a esta mujer como una «ista» de ninguna clase. Su función en la vida resulta perfectamente obvia, la que realizaba para *sir* Eustace, y no la supondría capaz de ninguna otra. Salvo la de empolvase la nariz con mucha gracia, y tener un aspecto muy decorativo. Pero todo ello es parte de su esencial *raison d'être*. No, no creo que sea una criminóloga, o criminalista, ni mucho menos, más de lo que podría serlo un canario. Pero la verdad es que ha de tener algunas nociones de la materia, porque en su departamento he visto un anaquel lleno de libros sobre el tema.

—¿Entonces es una amiga personal suya? —preguntó Mrs. Fielder-Flemming fingiendo desinterés.

—No, solo la he visto una vez. Fue cuando concurrí a su departamento con un ejemplar de una obra sobre asesinatos famosos, apareciendo como un corredor. Le pregunté si podría incluir su nombre en mi lista de pedidos. La obra había aparecido hacía unos pocos días, pero con gran orgullo ella me mostró un ejemplar flamante en su biblioteca. En verdad, le encantaba la obra; los asesinatos eran algo subyugante. Creo que estos son datos interesantes.

—Yo tengo la impresión de que es una tonta —observó *sir* Charles.

—Tiene aspecto de tonta —convino Mr. Bradley—. Habla como una tonta. Y si uno la encuentra en un té de señoras, diría que es completamente tonta. Y sin embargo, ha llevado a cabo un asesinato perfectamente planeado, de modo que no veo cómo puede ser tan tonta.

—¿No ha pensado usted —preguntó *miss* Dammers—, que puede ser inocente?

—En verdad, no —confesó Mr. Bradley—. No lo pensé en ningún momento. Se trata de una ex amante de *sir* Eustace, abandonada por él hace poco tiempo, no más de tres años. La esperanza es lo último que se pierde; ella tiene un alto concepto de sí misma, y encuentra el asesinato algo subyugante. ¿Qué quiere usted que le diga, *miss* Dammers?

»De paso, si desean ustedes pruebas de que fue amante de *sir* Eustace, puedo agregar que vi una fotografía de él en su departamento. Estaba colocada en un marco muy ancho, que dejaba ver tan solo la palabra “tu”, no «tuyo». Creo lógico suponer que a continuación seguía algún calificativo bastante íntimo, oculto bajo el marco.

—He oído de los propios labios de *sir* Eustace que cambia de amores como de sombreros —señaló *miss* Dammers—. ¿No es posible, pues, que haya más de una mujer que haya sufrido el complejo de los celos?

—Sí, pero no que además tenga un ejemplar de Taylor —respondió Mr. Bradley.

—El factor relativo a los conocimientos criminológicos parece haber tomado en este caso el lugar del nitrobenzeno en el anterior —reflexionó Mr. Chitterwick—. ¿Es exacto lo que afirmo?

—Completamente —le tranquilizó Mr. Bradley—. En él reside la pista principal. Como ustedes ven, se destaca nítidamente. Aparece desde dos ángulos, la elección del veneno y las reminiscencias del caso. En verdad, surge reiteradamente, en todo momento.

—¡Bien! ¡Bien! —murmuró Mr. Chitterwick, como reprochándose por haber estado frente a un hecho todo el tiempo, sin haberlo advertido.

Se produjo un breve silencio, que Mr. Chitterwick atribuyó, sin fundamento alguno, a la desaprobación que había merecido su falta de perspicacia.

—Volvamos a su lista de condiciones —Miss Dammers reanudó el ataque—. Usted dijo que no había podido corroborarlas todas. ¿Cuáles aparecen cumplidas en esa mujer? ¿Cuáles no ha podido usted comprobar?

Mr. Bradley adoptó una actitud de alerta.

—Primero, ignoro si tiene conocimientos de química. Segundo, no sé si tiene los conocimientos más elementales de criminología. Tercero, es casi seguro que haya tenido una buena educación, aunque dudo que haya aprovechado nada de ella. Creo que debemos suponer que nunca concurrió a un internado para varones. Cuarto, no he logrado establecer una relación entre ella y el papel de la casa Mason, aparte de que tenía cuenta corriente allí; y si este hecho fue suficiente para comprometer a *sir* Charles, también lo es en este caso. Quinto, no he podido establecer ninguna relación entre ella y la máquina Hamilton 4. La explicación sería sencilla ya que es muy probable que alguna de sus amistades tenga una. Sexto, puede haber estado en las inmediaciones de la calle Southampton. Trató de establecer una coartada, pero lo echó todo a perder. Es una coartada absurda. Dice haber estado en el teatro, pero no llegó allí hasta después de las nueve. Séptimo, vi una estilográfica Onix en su escritorio. Octavo, vi asimismo un frasco de tinta Harfield en una de las gavetas del escritorio. Noveno, yo nunca habría dicho que tiene una mentalidad creadora, más aún, nunca habría afirmado que tiene mentalidad de ninguna clase. Pero aparentemente debemos suponer que la tiene. Décimo, a juzgar por su rostro, yo diría que tiene una gran habilidad manual. Undécimo, si es una persona de hábitos metódicos, debe pensar que es una característica comprometedora, pues lo disimula muy bien. Duodécimo, yo diría, introduciendo un cambio, que tiene la absoluta falta de imaginación del envenenador. Eso es todo.

—Ya lo veo —dijo *miss* Dammers—. Hay muchos puntos débiles.

—Es cierto —repuso Mr. Bradley sin inmutarse—. Yo sé que esta mujer tiene que haber cometido el crimen, porque no puede ser de otra manera. Pero no puedo creerlo.

—¡Ah! —dijo Mrs. Fielder-Flemming, condensando en su exclamación el sentimiento general.

—De paso, Mr. Sheringham —señaló Bradley—, usted conoce a esa mala señora.

—¿La conozco, yo? —dijo Roger, como saliendo de un trance—. Me parece que sí. Dígame usted, Bradley, si escribo su nombre en un papel, ¿me dirá si estoy equivocado o no?

—Escriba usted —repuso el amable Mr. Bradley—. Estaba por proponerle algo parecido. Como presidente del Círculo, usted ha de saber a quién me refiero, por si hay alguna duda de ello.

Roger dobló el papel y lo entregó a Mr. Bradley.

—Es esta persona, supongo...

—La misma.

—¿Y usted basa su caso en las razones que tiene ella para interesarse por la criminología?

—Por así decirlo —concedió Bradley.

A pesar suyo, Roger se ruborizó levemente. Tenía razones concretas para saber por qué Mrs. Verreker-le-Mesurer profesaba tal interés por la criminología. Dejando a un lado los circunloquios, las razones se le habían hecho obvias en toda forma.

—En tal caso, está usted totalmente equivocado, Bradley, —dijo sin vacilar—. Absolutamente equivocado.

—¿Está usted seguro?

—Absolutamente seguro.

—¿Sabe usted, Mr. Sheringham? Nunca creí que fuese ella —comentó el filosófico Mr. Bradley.



12

ROGER ESTABA OCUPADO. Sin tener en cuenta las horas, ni el tiempo, se trasladaba en taxímetro de un lado a otro, tratando febrilmente de completar los detalles de su teoría antes de la noche. Si Mrs. Verreker-le-Mesurer, aquella criminóloga inconsciente, le hubiese visto, sus actividades le habrían parecido no solo desconcertantes, sino sin objeto.

Por ejemplo, la tarde anterior a la noche en que debía hablar, Roger tomó su primer taxímetro, que le condujo a la Biblioteca Pública de Holborn, y una vez allí, pidió un libro de consulta sobre un tema altamente especializado. A continuación se dirigió a las oficinas de Weall y Wilson, conocida firma cuya función es proteger los intereses comerciales de sus suscriptores y proporcionarles informes estrictamente confidenciales sobre la estabilidad de cualquier empresa en la cual deseen invertir dinero.

Roger se presentó como un posible accionista por elevadas sumas, registró su nombre como suscriptor, llenó una serie de cuestionarios encabezados con el título de «Estrictamente Confidencial», y se negó a retirarse hasta que los señores Weall y Wilson prometieron, en consideración a ciertos pagos suplementarios, obtener los datos que solicitaba dentro de las veinticuatro horas subsiguientes.

Luego compró un diario y se encaminó a Scotland Yard donde buscó a Moresby.

—Moresby —le dijo sin mayores preámbulos—, deseo que me haga un gran favor. ¿Sería usted capaz de localizar a un conductor de taxímetro que recogió a un pasajero en Piccadilly Circus o sus inmediaciones alrededor de las diez de la noche anterior al asesinato de Mrs. Bendix, dejándole cerca del Strand, al final de Southampton Street? Búsqueme además otro taxímetro que recogió a un pasajero en el Strand, cerca de la calle Southampton, a las nueve y cuarto aproximadamente, dejándole cerca de Piccadilly Circus o en sus inmediaciones. El que más me interesa es el segundo; no estoy muy seguro del primero. También es probable que se haya utilizado el mismo taxímetro para ambos viajes, pero lo dudo. ¿Cree usted que podrá hacerlo?

—No creo que obtengamos resultados, al cabo de tanto tiempo —dijo Moresby,

en tono de duda—. ¿Es realmente muy importante?

—Muy importante.

—Bien; haré la prueba, naturalmente, si usted lo quiere, Mr. Sheringham. Sé que puedo aceptar su palabra de que es importante. Pero no lo haría por ningún otro.

—Muchas gracias —dijo Roger efusivamente—. Trate de apresurar la gestión, por favor. Si llega a localizar al hombre, puede usted telefonarme al Albany mañana a la hora del té.

—¿Qué se propone usted?

—Estoy tratando de destruir una coartada muy ingeniosa.

Luego de separarse de Moresby, regresó a su alojamiento a comer.

Después de la comida estuvo demasiado ocupado, meditando, como para poder hacer otra cosa que salir a caminar. Al salir del Albany, anduvo sin objetivo fijo en dirección a Piccadilly. Recorrió el Circus, pensando todo el tiempo, y se detuvo un instante, por costumbre, a mirar distraídamente las fotografías de la nueva revista que se exhibían en la fachada del Pavilion. Cuando salió de su abstracción, se encontró frente al Haymarket, y luego dio un largo rodeo hasta la calle Jermyn, donde se detuvo frente al teatro Imperial, en medio de un tránsito alucinante, observando ociosamente a los últimos concurrentes que entraban apresuradamente en la sala.

Los anuncios de *El cráneo crujiente* le informaron que la terrible cosa comenzaba a las ocho y media. Miró su reloj, y vio que eran casi las nueve.

Tenía toda la noche por delante, y decidió entrar. A la mañana siguiente, muy temprano para Roger, es decir, a las diez y media, en un paraje desolado, en algún lugar más allá de los confines de la civilización, en suma, en Acton, se encontró conversando con una joven en la oficinas de la Compañía Anglo-Oriental de Perfumes. La joven estaba atrincherada detrás de una mampara, junto a la entrada principal, y solo se comunicaba con el mundo exterior a través de una pequeña ventanilla con vidrios esmerilados. Si se golpeaba o llamaba con suficiente energía, la joven condescendía a abrir esa ventanilla lo suficiente como para poder responder con frases lacónicas a los importunos visitantes, cerrándola luego con un golpe brusco, para expresar que, a su entender, la entrevista había terminado.

—Buenos días —dijo Roger cortésmente, luego de que su tercer golpe hubo sacado a la joven de su fortaleza—. Venía a...

—Corredores, martes y viernes por la mañana de diez a once —dijo la joven, cerrando la ventanilla con uno de sus golpes más bruscos. Ello le enseñaría a insistir en negociar con una respetable firma inglesa los jueves por la mañana. «Me hace gracia», pareció decir el golpe.

Roger se quedó contemplando la ventanilla cerrada. Entonces comprendió que había algún error. Una vez más, golpeó la ventanilla. Al cuarto golpe, esta se abrió como si algo hubiese estallado tras ella.

—Ya le he dicho —dijo la joven indignada— que atendemos a los corredores...

—Yo no soy corredor —dijo Roger rápidamente—. Por lo menos —agregó con

precisión, recordando los inhospitalarios desiertos que había recorrido antes de llegar a aquel oasis—, no soy un corredor comercial.

—¿No desea usted vender nada? —preguntó la joven suspicazmente. Educada en la mejor tradición del método comercial inglés, era natural que contemplase con la mayor desconfianza a cualquiera que tuviese la intención de vender algo a su firma.

—Nada —repuso Roger con la mayor seriedad, impresionado a la vez por la repulsiva vulgaridad de semejante materialismo.

En aquel punto pareció que la joven, aunque lejos de estar dispuesta a hacer amistad con él, consentiría en tolerar su presencia durante algunos minutos.

—Bueno, ¿qué desea usted? —preguntó en tono de fatiga noblemente sobrellevada. Aparentemente eran pocas las personas que se aproximaban a aquella ventanilla con otra intención que la de hacer negocios con la casa. ¡Nada menos que hacer negocios!

—Soy abogado —le digo Roger—, y estoy estudiando el asunto referente a un tal Joseph Lea Hardwick, que estuvo empleado aquí. Lamento decir que...

—Lo siento mucho, pero nunca he oído hablar de ese señor —dijo la joven bruscamente, e insinuó por su vía habitual que la entrevista se había prolongado demasiado.

Una vez más Roger recurrió al puño de su bastón.

Después de repetidos golpes fue recompensado por una nueva aparición de la indignada joven.

—Ya le dije una y otra vez que...

Pero Roger estaba preparado.

—Bien, señorita, ahora le diré yo una cosa. Si se niega a responder a mis preguntas, le advierto que se va a encontrar en dificultades. ¿Ha oído hablar del desacato a la autoridad?

En ciertas ocasiones se puede utilizar la verdad algo inescrupulosamente. A veces hasta se justifican unos golpes de bastón. Aquella era una de esas ocasiones.

La joven no pareció sentir temor, pero se mostró impresionada.

—Bueno, ¿qué desea usted saber? —preguntó resignada.

—Ese hombre, Joseph Lea Hardwick...

—¡Le he dicho ya que no le conozco!

Como la existencia de tal caballero databa de solo dos o tres minutos, siendo, además, una existencia imaginaria en la mente de Roger, su creador estaba preparado para responder.

—Es posible que usted le conozca bajo otro nombre —dijo con aire misterioso.

Inmediatamente se despertó el interés de la joven. Estaba visiblemente alarmada y, cuando habló, su voz era estridente.

—Si se trata de un divorcio, le advierto que a mí no me va a complicar en nada. Yo no sabía siquiera que era casado. Además, no es el caso de que hubiese una causa. Quiero decir que..., bueno, por lo menos... son todas mentiras, de todos modos. Yo

nunca...

—No se trata de un divorcio —se apresuró a aclarar Roger, a fin de contener el torrente de confidencias, y un tanto alarmado por aquellas revelaciones.

—No..., no tiene nada que ver con su vida privada. Se refiere a un hombre que trabajaba aquí...

—¡Ah! —El alivio de la falsa doncella se transformó en indignación—. ¡Pues, habérmelo dicho antes!

—... que estaba empleado aquí —prosiguió Roger firmemente—. En la sección nitrobenceno. Ustedes tienen una sección nitrobenceno, ¿no es verdad?

—Yo no la conozco.

Roger hizo un ruido que generalmente se transcribe como «¡Tch!».

—Usted sabe muy bien lo que quiero decir. La sección que manipula el nitrobenceno utilizado en la fábrica. ¡No me va a negar que se utiliza nitrobenceno en la fábrica! ¡Y en grandes cantidades!

—¿Qué hay de malo en ello?

—La firma que represento ha recibido información de que ese hombre murió a consecuencia de no haber sido advertido el personal acerca de los peligros de la sustancia. Me gustaría...

—¿Cómo? ¿Murió uno de los empleados? ¡No lo creo! Habría sido la primera en saberlo si...

—Han tratado de ocultarlo —interrumpió Roger—. Deseo que me muestre usted una copia de los avisos distribuidos en la fábrica sobre los peligros del nitrobenceno.

—Lo siento mucho, pero no puedo complacerle.

—¿Quiere usted decir —dijo Roger, sumamente indignado—, que no hay tales avisos? ¿Ni siquiera les han advertido que se trata de una sustancia tóxica?

—Yo no he dicho eso. Naturalmente que saben que es tóxica. Todo el mundo lo sabe, y se manipula con mucho cuidado. Estoy segura de ello. Lo que sucede es que no tenemos avisos colgados en las paredes. En fin, si desea saber algo más, vaya a ver a uno de los directores. Yo...

—Muchas gracias —dijo Roger—. Me he enterado de todo lo que deseaba saber —Y esta vez dijo la verdad—. ¡Buenos días!

Lleno de júbilo, emprendió el regreso a la ciudad, dirigiéndose luego a la imprenta de Webster en un taxímetro.

La imprenta de Webster es para el oficio lo que Montecarlo para la Riviera. La imprenta de Webster es, en efecto, la imprenta más importante de Londres. Era, pues, natural que Roger se dirigiese allí a encargar un papel impreso en forma especial.

A la joven apostada detrás del mostrador le explicó con muchos detalles lo que deseaba exactamente. La joven le entregó un libro-muestrario, pidiéndole que lo examinase para ver si encontraba allí algo de su agrado. Mientras Roger lo hojeaba, se dedicó a atender a otro cliente. A decir verdad, estaba ya algo fatigada de Roger y de sus explicaciones.

Aparentemente Roger no halló un estilo de su gusto, pues, dejando el libro, se deslizó lentamente a lo largo del mostrador, hasta encontrarse en el territorio dominado por otra vendedora. Una vez más procedió a especificar detalladamente lo que deseaba, y otra vez recibió un muestrario. Como este era otro ejemplar de la misma edición, no podía resultar sorprendente que Roger no hallase nada en él.

Por tercera vez se deslizó a lo largo del mostrador, y por tercera vez recitó su «saga» a una tercera vendedora. Esta conocía ya su juego, y, sin decir una palabra, le entregó su muestrario. Por fin Roger tuvo su recompensa. El muestrario era de la misma edición, pero no una copia exacta.

—Estoy seguro de que ustedes tienen lo que necesito —observó fastidiado, mientras hojeaba el muestrario—. Me recomendó esta casa un amigo mío que es sumamente exigente. ¡Sumamente exigente!

—¡Qué interesante! —comentó la joven, tratando de demostrar interés. Era una empleada muy joven, lo suficientemente joven como para tomar al pie de la letra la técnica de ventas que estudiaba en sus horas libres. Y una de las reglas fundamentales que debe observar un buen vendedor, según había aprendido, era acoger el comentario más trivial de un presunto comprador con la misma respetuosa admiración con que se escuchan los vaticinios de un adivino, cuando este nos dice que un desconocido de allende los mares nos enviará una carta legándonos su fortuna.

»¡Es verdad! —dijo, recordando todas las recomendaciones de sus *textos*—. Algunas personas son muy exigentes, hay que reconocerlo.

—¡Válgame Dios! —Roger pareció sumamente sorprendido—. ¿Sabe usted? Creo que tengo una fotografía de mi amigo en la cartera. ¡Qué extraordinaria casualidad!

—¡Extraordinaria! —dijo la diligente vendedora. Roger sacó la providencial fotografía y la puso sobre el mostrador.

—¡Aquí está! ¿Lo reconoce usted?

La joven tomó la fotografía y la examinó detenidamente.

—¿Ese es su amigo? ¡Pues sí que es extraordinario! ¡Sin duda lo reconozco! ¡Qué casualidad!, ¿no?

—Creo que mi amigo estuvo aquí por última vez hace unos quince días —dijo Roger—. ¿Recuerda usted?

La joven reflexionó.

—Sí, hace quince días aproximadamente. Sí, más o menos. Esta es una clase que estamos vendiendo mucho de un tiempo a esta parte.

Roger adquirió una enorme cantidad de papel de cartas que no necesitaba para nada, simplemente para manifestar de algún modo su satisfacción. Y como en realidad la vendedora era muy simpática, era una vergüenza aprovecharse de su buena fe.

Luego regresó a su casa a almorzar.

Pasó gran parte de la tarde tratando aparentemente de adquirir una máquina de

escribir de segunda mano. Insistía en que debía ser una Hamilton 4. Cuando los vendedores le ofrecían otra marca o modelo, la rechazaba, diciendo que un amigo había comprado una Hamilton hacía unos tres meses y se la recomendaba insistentemente. A continuación, observaba que, tal vez su amigo la había adquirido en aquel mismo comercio. Parecía que casi ningún comercio había vendido máquinas de esa marca en los últimos dos meses, lo cual era muy raro para Roger. Pero en uno habían vendido una recientemente, lo cual le pareció aún más extraño.

El complaciente vendedor buscó la factura de la compra, comprobando que había tenido lugar hacía un mes. Roger descubrió que tenía una fotografía de su amigo, y el vendedor convino inmediatamente en que él y su comprador eran una misma persona. Como también podía ofrecer a Roger otra Hamilton 4 en perfectas condiciones, este la adquirió, no atreviéndose a rechazarla.

También Roger estaba comprobando que, para una persona que no cuenta con el apoyo oficial, el oficio de detective es singularmente costoso. Pero, como Mrs. Fielder-Flemming, nunca escatimaba el dinero invertido en una buena causa.

Tomó el té en su departamento y luego permaneció allí, esperando el llamado de Moresby, lo único que le restaba por hacer. El llamado se produjo cuando menos lo esperaba.

—¿Es usted, Mr. Sheringham? Tengo aquí catorce conductores de taxímetros amontonados en mi oficina —dijo Moresby ofensivamente—. Todos condujeron pasajeros de Piccadilly Circus al Strand o viceversa, a la hora que usted señaló. ¿Qué hago con ellos?

—Reténgalos allí hasta que yo llegue —repuso Roger con dignidad, y tomó apresuradamente su sombrero. No había esperado reunir más de tres, pero no tenía intención de permitir que Moresby lo sospechase.

La entrevista con los catorce hombres fue inesperadamente breve. Roger mostró la fotografía a cada uno de ellos, sosteniéndola de modo que Moresby no la viese. Ninguno de los conductores pudo identificarla, pero todos sonreían con expresión de mofa, lo que le hizo sospechar que antes de su llegada, Moresby les había hecho algunos comentarios jocosos sobre sus métodos detectivescos.

Moresby despidió a los conductores con una amplia sonrisa.

—Es una lástima, Mr. Sheringham. Esto significará un obstáculo para la teoría que está tratando de elaborar. ¿No es verdad?

Roger sonrió con aire de superioridad.

—Al contrario, mi querido Moresby, me ha servido para completarla.

—¿Le ha servido para qué?... —preguntó Moresby, tan sorprendido que olvidó su sintaxis—. ¿Qué está tramando usted, Mr. Sheringham?

—¡Pero, yo creí que usted lo sabía! ¿Acaso no nos están vigilando?

—Sí, pero... —Moresby parecía algo contrariado—. A decir verdad, Mr. Sheringham, su gente está siguiendo pistas tan diversas, que ordené suspender la vigilancia. No valía la pena continuarla.

—¡Querido amigo...! —dijo Roger gentilmente—. ¡Muy amable! Bien; es un pequeño mundo, ¿no es cierto?

—¿Qué pista ha seguido usted, Mr. Sheringham? ¡Supongo que no tendrá inconveniente en decirme eso, por lo menos!...

—Ninguno, Moresby. Estuve realizando el trabajo que les correspondía a ustedes. ¿Le interesa a usted saber que he descubierto quién envió los bombones a *sir* Eustace?

Moresby lo observó un instante.

—Me interesa sobremanera, Mr. Sheringham. Esto es, siempre que sea la persona que buscamos.

—Pues, lo he descubierto —dijo Roger con una displicencia que hubiese hecho honor a Mr. Bradley—. Le entregaré un informe tan pronto como tenga ordenados mis datos. Ha sido un caso interesante —agregó conteniendo un bostezo.

—¿Cree usted, Mr. Sheringham? —dijo Moresby, sin lograr ocultar su curiosidad.

—Fue interesante en muchos aspectos. Pero absurdamente simple, una vez que descubrí el factor esencial del crimen. De una sencillez ridícula. Bueno, le enviaré el informe uno de estos días. ¡Hasta pronto! —y salió de la oficina.

Debe reconocerse que Roger tenía la habilidad de ser exasperante cuando le llegaba el momento.



13

ROGER TOMÓ LA PALABRA.

—Señoras y señores, creo que debo felicitar me por haber ideado este ejercicio. Los tres miembros que hablaron hasta ahora han demostrado una agudeza de observación y una claridad de exposición que harían honor a cualquier profesional. Antes de hablar, cada uno de ellos estaba convencido de haber resuelto el problema y de poder aportar testimonios demoledores en apoyo de su solución. Creo, en fin, que hasta hoy cada uno de ellos tiene el derecho de afirmar que su teoría no ha sido debidamente refutada.

»La elección de *Lady Pennefather* hecha por *sir Charles* es perfectamente defendible, a pesar de la coartada que mencionó *miss Dammers*; *sir Charles* tiene derecho a decir que *Lady Pennefather* tiene un cómplice, aduciendo en apoyo de esta teoría las circunstancias poco claras que rodean su permanencia en París.

»En relación con esto, quiero aprovechar esta oportunidad para retractarme de lo que le dije anoche a Bradley. Afirmé entonces que sabía sin lugar a dudas que la mujer en quien pensábamos ambos no podía haber cometido el crimen. Estaba equivocado. No tenía ninguna certeza de ello, sino que, juzgando por lo que conocía de la señora de marras, me parecía imposible.

»Además —prosiguió Roger valientemente—, tengo motivos para sospechar el origen de su interés por la criminología, y estoy seguro de que es muy distinto del que señaló Bradley. Lo que debía haber dicho anoche es que el crimen era psicológicamente absurdo. Pero cuando nos atenemos a los hechos, es imposible probar un absurdo psicológico. Bradley tiene entonces todo el derecho de considerar a esta mujer como el criminal. En este caso, su nombre debe permanecer indudablemente en la nómina de los sospechosos.

—Estoy de acuerdo con usted, Sheringham, en que, desde el punto de vista psicológico, es un absurdo —observó Bradley—. Ya lo dije yo mismo. Pero la dificultad reside en que yo considero haber probado mi caso.

—También probó el caso contra usted mismo —señaló Mrs. Fielder-Flemming suavemente.

—¡Ah, sí! Pero ello no me preocupa, a pesar de su inconsistencia. El caso contra mí mismo no implica un absurdo desde el punto de vista psicológico.

—No —convino Mrs. Fielder-Flemming—. Tal vez no.

—¡Usted y sus absurdos! —dijo *sir* Charles en voz muy alta—. Los novelistas son todos iguales. Están tan absorbidos por Freud, que pierden de vista la naturaleza humana. Cuando yo era joven nadie hablaba de absurdos psicológicos. ¿Y por qué? Porque sabíamos muy bien que tal cosa no existe.

—En otros términos, la persona más insospechada puede, en determinadas circunstancias, cometer los crímenes más inesperados —observó Mrs. Fielder-Flemming—. Bueno, tal vez sea anticuada, pero estoy de acuerdo con ello.

—Constance Kent —señaló *sir* Charles.

—Lizzie Borden —aportó Mrs. Fielder-Flemming.

—Todo el caso de Adelaide Bartlett. —Y con esto *sir* Charles mostró la carta decisiva.

Mrs. Fielder-Flemming hizo un prolijo resumen de lo dicho.

—En mi opinión, quienes hablan de absurdos psicológicos están tratando a sus sospechosos como a personajes de novela. En otros términos, les atribuyen una cierta proporción de su propia psicología y, por lo tanto, nunca ven con claridad que lo que ellos suponen imposible respecto de sí mismos bien puede ser posible, aunque tal vez poco probable, respecto de otros.

—Luego hay mucho que alegar en favor del axioma del fabricante de novelas policiales, cuando recurre a la persona más inesperada —murmuró Mr. Bradley—. ¡Muy bien!

—¿Qué opinan ustedes de que escuchemos lo que tiene que decirnos Mr. Sheringham? —preguntó Alicia Dammers.

Roger reanudó su exposición.

—Estaba por decir que la experiencia ha resultado sumamente interesante, en el sentido de que las tres personas que hablaron han señalado a tres criminales distintos. Yo, a mi vez, señalaré a un cuarto, de modo que aun en el caso de que *miss* Dammers y Mr. Chitterwick estén de acuerdo con alguno de nosotros, las posibilidades de análisis son infinitas. No tengo reparos en confesar que había esperado algo parecido, pero mal pude anticipar tan excelentes resultados.

»En fin, como lo ha señalado Mr. Bradley en sus consideraciones sobre asesinatos cerrados y abiertos, las posibilidades del crimen que nos ocupa son infinitas. Esta característica le da un interés aún mayor para nosotros. Por ejemplo, yo comencé mis investigaciones partiendo de la vida privada de *sir* Eustace, por estar convencido de que en ella residía la clave del misterio que debíamos resolver. Lo mismo le sucedió a Bradley. Como él, pensé que la clave aparecería en alguna de las amantes desechadas por *sir* Eustace; los celos o la venganza, estaba seguro de ello, eran las fuerzas propulsoras de este crimen. Por último, como Bradley, me convencí de que el crimen era obra de una mujer.

»La consecuencia fue que comencé mi trabajo partiendo exclusivamente de las mujeres que habían tenido relación con *sir* Eustace. Pasé unos cuantos días, no muy agradables, recolectando datos, hasta que creí tener la nómina completa de las mujeres que *sir* Eustace había tratado durante los últimos cinco años. La tarea no resultó difícil, pues, como señalé anoche, *sir* Eustace no es un hombre reservado. Pero, a pesar de ello, mi lista no estaba completa, puesto que omití a la mujer cuyo nombre me dio Bradley anoche. Si hubo tal omisión, es posible que no sea la única. Por lo menos debemos hacer justicia a *sir* Eustace y reconocer que ha tenido sus momentos de discreción.

»Pero todo esto no viene al caso. Lo importante es que primero tuve la convicción de que el crimen había sido cometido por una mujer, no una mujer cualquiera, sino una mujer que había sido amante de *sir* Eustace hasta una fecha más o menos reciente. Ahora he modificado totalmente esta opinión.

—¡No! —se lamentó Mr. Bradley—. ¡No me diga que he estado completamente equivocado!

—Me temo que sí —repuso Roger, tratando de disimular una nota de triunfo en su voz. Es difícil mostrarse enteramente indiferente cuando se cree haber resuelto un complicado problema en forma brillante y definitiva.

»Lamento tener que decir —prosiguió, esperando que por lo menos su tono fuese más humilde que sus sentimientos—, lamento tener que decir, repito, que no me corresponde todo el crédito de este cambio de enfoque que decidió la solución del crimen. Seré sincero, reconociendo que ello se debió a mi buena suerte. Un encuentro casual con una mujer tonta en la calle Bond me puso en posesión de un dato que, trivial en sí mismo, ya que en ningún momento mi informante involuntaria advirtió su importancia, alteró inmediatamente el criterio con que inicié mi análisis del crimen. En un instante comprendí que había estado trabajando sobre premisas falsas. En otros términos, había cometido el error fundamental que el asesino había esperado que cometiesen la policía y todos quienes participasen en la investigación.

»Es muy curioso el factor suerte, cuando se trata de resolver misterios —reflexionó Roger—. Hace poco lo estuve comentando con Moresby, a propósito de este caso. Le señalé la cantidad de problemas intrincados que llega a resolver Scotland Yard merced a la buena suerte. Buena suerte en forma de algún dato trivial que aparece espontáneamente, por así decirlo, o bien aportado por alguna mujer despechada que siente que su marido le dio motivo de celos poco antes del crimen. Esto sucede diariamente. Recuerdo haber propuesto a Moresby el nombre para una película, si acaso desea hacerla algún día: *El azar vengador*.

»Pues bien, una vez más intervino aquí el azar vengador. Merced a aquel encuentro feliz en la calle Bond, en un momento de inspiración descubrí quién había enviado los bombones a *sir* Eustace Pennefather.

—¡Bien, bien, bien! —Mr. Bradley creyó oportuno expresar el beneplácito del Círculo.

—¿Quién fue? —preguntó *miss Dammers*, que, desgraciadamente, carecía de todo instinto dramático. Dicho sea de paso, *miss Dammers* se jactaba de carecer de todo sentido de la sintaxis, y de que ninguna de sus obras tenía argumento. Los novelistas que utilizan términos tales como «valores», «reflejos» y «complejo de Edipo», rechazan violentamente todos los estilos que presentan algo parecido a un vulgar argumento—. ¿Quién se le apareció a usted en esa interesante revelación? —insistió *miss Dammers*.

—¡Por favor, permítame elaborar un poco mi exposición! —suplicó Roger.

Miss Dammers suspiró. Los relatos de hoy en día, como bien debía saberlo su colega *Sheringham*, nunca son tan frondosos. Pero la verdad es que los libros de Roger se vendían mucho, y en vista de ello había que disculparle.

Ajeno a las reflexiones de *miss Dammers*, Roger se arrellanó en su asiento con aire de gran bienestar, meditando en silencio. Cuando volvió a hablar, su tono era menos solemne que el que había usado hasta entonces.

—Es un caso notable. *Bradley* y usted, *Mrs. Fielder-Flemming*, no hicieron justicia al criminal cuando describieron el crimen como una combinación de otros. Es posible que haya adaptado las características sobresalientes de otros casos. Pero, como dice *Fielding* en *Tom Jones*, el copiar de los clásicos, aun sin mencionar el origen de la cita, es totalmente lícito cuando se trata de crear una obra original. Y esta es una obra original. Presenta una característica que no solo la absuelve de cualquier cargo en sentido contrario, sino que la coloca muy por encima de todos los crímenes que la han precedido.

»Tengo la convicción de que se convertirá en uno de los crímenes clásicos. Y de no haber mediado un accidente, que, a pesar de todo su ingenio, el criminal nunca pudo haber previsto, creo que habría pasado a los anales como uno de los más sensacionales misterios. En conjunto, me inclino a considerarlo el asesinato más perfectamente planeado que he conocido. Digo esto porque, desde luego, nunca llegaremos a conocer los innumerables asesinatos, mejor planeados que este, que nunca pasaron por tales. Este es un crimen exacto, ingenioso, sencillo y casi perfecto.

—¡Hum! No tan perfecto, *Sheringham* —murmuró *sir Charles*. Roger sonrió.

—El móvil es evidente, cuando sabemos dónde buscarlo. Pero ustedes no lo sabían. El método es significativo, una vez que advertimos sus elementos esenciales, pero nadie los advirtió. Los rastros han sido mal cubiertos, una vez que descubrimos qué factores los ocultaban; la verdad es que nadie los descubrió. Todo fue previsto. El asesino dejó algodón esparcido por todas partes, y todos nos apresuramos a cubrirnos los ojos con él. No es extraño que no hayamos visto nada con claridad, frente a un crimen tan perfectamente planeado. La policía, el público, la prensa, todos cayeron en la trampa. Yo diría que es una lástima tener que denunciar al asesino.

—¡Mr. *Sheringham*, se está usted poniendo lírico! —dijo *Mrs. Fielder-Flemming*.

—Un asesinato perfecto hace que me sienta lírico. Si yo fuese este criminal, me estaría escribiendo odas a mí mismo desde hace quince días.

—Pero la verdad es —observó *miss Dammers*— que usted siente más bien ganas de escribirse odas a usted mismo por haber resuelto el misterio.

—Debo confesar que sí —repuso Roger.

»Bueno, comenzaré con las pruebas. No diré que tengo tantos datos como los reunidos por Bradley para probar su primera teoría, pero creo que convendrán conmigo en que los que presentaré son suficientes. Lo más conveniente es, a mi juicio, recorrer la lista de condiciones de Bradley, aunque, como verán ustedes, yo no estoy de acuerdo con todas ellas.

»Acepto y puedo probar las dos primeras, de que el asesino debe tener por lo menos nociones elementales de química y de criminología, pero no acepto los dos puntos de la tercera condición. No creo que una buena formación sea esencial, y de ninguna manera descarto la posibilidad de que el crimen sea obra de alguien que concurrió a internados particulares o a la universidad. Tampoco estoy de acuerdo con la cuarta condición, la que establece que el asesino haya poseído papel de la casa Mason o tenido acceso a él. Bradley tuvo una idea muy ingeniosa al suponer que la posesión del papel determinó el método del crimen, pero creo que está equivocado; un caso anterior señaló el método a seguir, se eligieron los bombones, por motivos muy fundados, como veremos más adelante, como instrumento del crimen, y luego a Mason por ser la firma más importante de fabricantes de bombones. Por consiguiente, fue necesario proveerse de una hoja de su papel de cartas, y creo que podré demostrar cómo se logró esto.

»Acepto la quinta condición, pero en parte. No creo que el criminal haya debido de tener una máquina Hamilton, pero sí que en este caso la tenía. En otros términos, pondría tal condición en tiempo pasado. Recordemos siempre que se trata de un criminal sumamente astuto y de un crimen cuidadosamente planeado. Me parece muy poco probable que una prueba tan comprometedora estuviese en posesión del asesino y a merced de la policía. Es mucho más factible que adquiriese una máquina especialmente para la ocasión. La carta indica que no se trata de una máquina nueva. Partiendo de ese indicio, pues, dediqué una tarde entera a recorrer comercios de artículos de escritorio, de segunda mano, hasta localizar el lugar donde fue adquirida la máquina. El vendedor identificó al asesino mediante una fotografía que le mostré.

—¿Y dónde está la máquina actualmente? —preguntó Mrs. Fielder-Flemming con ansiedad.

—Yo diría que en el fondo del Támesis. El criminal no dejó nada librado a la casualidad.

»Estoy de acuerdo con la sexta condición; el asesino tiene que haber estado cerca del buzón durante la hora crítica. Mi asesino tiene una coartada, pero no es muy buena. En cuanto a las dos condiciones siguientes, la estilográfica y la tinta, no he logrado establecer si se cumplen; y si bien reconozco que su corroboración me halagaría mucho, no les atribuyo mayor importancia. La estilográfica Onix es de uso casi universal, lo mismo la tinta Harfield, de modo que son pruebas muy relativas.

Además, estaría dentro de la psicología del criminal, no utilizar una estilográfica ni tinta de su propiedad y pedir prestados ambos artículos sin despertar sospechas. Por último, acepto la condición sobre la posesión de una mentalidad creadora y sobre la destreza manual, y, en fin, sobre la idiosincrasia peculiar del criminal, pero no creo que deba tener necesariamente hábitos metódicos.

—Vamos, yo pensé que era una deducción muy sagaz —observó Mr. Bradley.

—Cuando yo la analicé, no se mantuvo en pie.

Bradley se encogió de hombros.

—Lo que me parece más interesante es el papel de cartas. En mi opinión, todo el caso descansa sobre esa prueba —dijo *sir* Charles—. ¿Cómo prueba usted la posesión del papel de cartas por parte del asesino, Sheringham?

—El papel —respondió Roger— fue substraído hace unas tres semanas de uno de los muestrarios de la imprenta de Webster. Los rastros de una frase borrada corresponden, probablemente, a alguna observación, por ejemplo, el precio: «este modelo, cinco chelines y medio». Los otros muestrarios de la casa Webster tienen muestras idénticas. Dos tienen una muestra del papel de Mason. En el tercero, la hoja ha sido retirada. Puedo probar que el asesino tuvo el muestrario en sus manos hace tres semanas.

—¿Puede usted probarlo? —repitió *sir* Charles—. Entonces tiene la prueba definitiva. ¿Cómo se le ocurrió examinar los muestrarios de Webster?

—Cuando recordé los bordes amarillentos de la hoja de papel —respondió Roger, altamente satisfecho de sí mismo—. No comprendía cómo una hoja guardada dentro de un taco podría haberse puesto tan amarillenta, de modo que llegué a la conclusión de que se trataba de una hoja suelta. Luego recordé que, caminando por la ciudad, uno suele ver muestras de papel en las vidrieras de las casas de imprenta. Pero esta hoja en particular no presentaba rastros de tachuelas ni de haber estado fijada a un tablero o una superficie cualquiera. Además, sería muy difícil despegar una hoja de un tablero. ¿Cuál era la alternativa? Evidentemente, un muestrario, como los que pueden encontrarse habitualmente en los comercios. De aquí que acudiese a los impresores de Mason, y, por así decir, «mi hoja» no estaba allí.

—Sí —murmuró *sir* Charles—. Indudablemente tiene usted una prueba decisiva. —Dicho esto, dejó escapar un suspiro, que parecía indicar que estaba contemplando mentalmente la figura cada vez más borrosa de *Lady* Pennefather y del hermoso caso que había formulado contra ella. Pero luego se animó. De ello podemos deducir que ahora contemplaba la figura cada vez más borrosa de *sir* Charles Wildman, así como veía esfumarse el hermoso caso formulado contra él.

—Ahora —dijo Roger, sintiendo que no podía mantener la expectativa por más tiempo— llegamos al error fundamental a que me referí hace un rato, a la trampa que nos preparó el asesino, y en la cual caímos todos.

Todos se enderezaron en sus asientos. Roger les miró con benevolencia.

—Usted estuvo muy cerca de la verdad, Bradley, cuando señaló anoche, sin

atribuir mayor importancia a su afirmación, que era posible que *sir* Eustace no fuese la víctima elegida. Tenía usted razón; pero yo fui mucho más lejos.

—¿De modo que yo también caí en la trampa? —dijo Mr. Bradley apesadumbrado—. Pues bien, ¿cuál es la trampa? ¿Cuál es el error fundamental en que caímos todos?

—Se lo diré —dijo por fin Roger—. ¡La creencia de que el plan se había malogrado, de que había sido asesinada otra persona, no la elegida!

Roger tuvo su recompensa.

—¿Qué? ¡Cielos! ¡Quiere usted insinuar que...! —Era imposible saber de quiénes partían las exclamaciones.

—Exactamente —dijo Roger—. Aquí reside la perfección del crimen. El plan no se malogró, sino que se cumplió con el éxito más rotundo. No fue muerta otra persona, sino la víctima elegida por el criminal.

—¿Cómo es eso? —dijo *sir* Charles, boquiabierto—. Pero ¿cómo llegó usted a semejante conclusión?

—Mrs. Bendix era la víctima elegida desde un principio —dijo Roger tranquilamente.

»Por ello el plan resulta tanto más ingenioso. Todo fue planeado de antemano. Se previó que si era posible lograr que Bendix se reuniese espontáneamente con *sir* Eustace en el momento en que este abría el paquete, le serían entregados los bombones. Se previó que la policía buscaría al asesino entre las personas próximas a *sir* Eustace, y no entre las allegadas a la muerta. Hasta creo que se previó, Bradley, que el crimen sería considerado obra de una mujer, mientras que, en realidad, se eligieron los bombones porque la víctima elegida era una mujer.

—¡Bien, bien, bien! —dijo Bradley una vez más.

—¿Entonces su teoría es que el asesino era una persona allegada a Mrs. Bendix, y que no tenía nada que ver con *sir* Eustace? —*Sir* Charles habló como si la nueva teoría no le desagradase del todo.

—Así es —confirmó Roger—. Pero, primero, les diré cómo pude, por fin, descubrir la trampa. El dato que obtuve en la calle Bond me reveló que Mrs. Bendix ya había visto la obra teatral: *El cráneo crujiente*. No hay la menor duda de ello, puesto que la vio con mi informante. No les escapará a ustedes la extraordinaria importancia de este hecho. Significa que ella ya sabía el resultado de la apuesta que hizo con su esposo acerca de la identidad del villano.

Un murmullo sirvió para demostrar a Roger la estimación unánime con que fue acogida su revelación.

—¡Ah! ¡Qué ejemplo incomparable de ironía del destino! —Una vez más, *miss* Dammers puso en práctica su costumbre de encarar las cosas desde un punto de vista impersonal—. Quiere decir que ella misma se acarreó su castigo. La apuesta que ganó le produjo la muerte.

—En efecto, la ironía no pasó inadvertida ni siquiera a mi informante. El castigo,

como ella señaló, fue desproporcionado al crimen. Pero no creo —Roger hablaba muy suavemente, haciendo un intenso esfuerzo por contener su júbilo—, no creo que ni siquiera ahora comprendan ustedes lo que quiero decir.

Todos le miraron perplejos.

—Ustedes oyeron aquí una descripción muy completa de Mrs. Bendix. Es probable que todos tengan, pues, una imagen más o menos exacta de su personalidad. Era una mujer franca, honesta, que llegaba a la exageración en la exaltación de la honradez y la rectitud en el juego. Ahora, ¿creen ustedes que la apuesta que hizo, sabiendo de antemano que la ganaría, confirma ese cuadro?

—¡Ah! —Mr. Bradley hizo un gesto de aprobación—. ¡Qué ingenioso!

—Exactamente. Tenemos, con el perdón de *sir* Charles, una contradicción desde el punto de vista psicológico. Es imposible imaginar a Mrs. Bendix haciendo semejante cosa, y, por lo que puedo juzgar, el humorismo no era su punto fuerte.

»*Ergo* —terminó diciendo Roger—, Mrs. Bendix no hizo tal apuesta. *Ergo*, tal apuesta no existió nunca. *Ergo*, Bendix mintió. *Ergo*, Bendix deseaba obtener esos bombones por alguna otra razón, distinta de la que mencionara. Y en vista de la naturaleza de los bombones, la razón no podía ser más que una.

»Esta es mi teoría, señoras y señores.



14

CUANDO DISMINUYÓ ALGO la sensación provocada por la revolucionaria exposición de Roger, este procedió a fundamentar su teoría con mayores detalles.

—He sido el primero en sorprenderme ante la idea de que Bendix sea el astuto asesino de su propia esposa, pero, en realidad, una vez que logramos despojarnos de todo prejuicio, no veo la posibilidad de eludir semejante conclusión. Todos los elementos de juicio, inclusive los más triviales, contribuyen a apoyarla.

—Pero ¿y el motivo? —exclamó Mrs. Fielder-Flemming.

—¿El motivo? Tenía motivos poderosos para desear su muerte, sin duda. En primer lugar, estaba francamente..., no, francamente no; secretamente cansado de ella. Recordemos lo que se ha dicho sobre el carácter de Bendix. Su juventud fue bastante agitada. Aparentemente, todavía le atraían las diversiones, puesto que su nombre ha sido asociado al de varias mujeres después de su casamiento, por lo general, y conforme a la tradición, artistas. Bendix no era, pues, un marido modelo ni mucho menos. Le agradaba divertirse, su esposa, según creo, era la última persona en el mundo que podría haber disculpado tales inclinaciones.

»No es que no la amase cuando se casó con ella. Es muy posible que sí, si bien lo que buscaba aun entonces era su dinero. Pero muy pronto se cansó de ella. Y la verdad es —agregó Roger imparcialmente— que no podemos culparle por ello. Cualquiera mujer, por encantadora que sea en otros aspectos, termina por hastiar a un hombre normal, cuando no hace otra cosa que hablar constantemente de honor, sacrificio y lealtad. Según tengo entendido, el tema era uno de los favoritos de Mrs. Bendix.

»Veamos la organización de esta familia desde este nuevo punto de vista. La esposa no perdonaba ni la menor transgresión. La más mínima falta le era recriminada a Bendix durante largo tiempo. Todo lo que ella hacía estaba bien, lo que hacía él, mal. Su inmaculada rectitud era contrastada continuamente con la vileza del marido. Es posible que haya llegado a esos extremos de semidemencia de ciertas mujeres que pasan su vida recriminando a su marido por las mujeres que han conocido aun antes de haber tenido la desgracia de casarse con ellas. No crean

ustedes que trato de presentar el carácter de Mrs. Bendix como peor de lo que era. Lo que deseo señalar es lo intolerable que tiene que haber sido la vida a su lado.

»Pero este es tan solo un motivo secundario. El verdadero motivo surge de que ella era excesivamente tacaña con su dinero, y de esto tengo también pruebas. Con lo cual Mrs. Bendix firmó su propia sentencia de muerte. Bendix necesitaba su dinero, o parte de él, con la mayor premura. Después de todo, se había casado con ella para obtenerlo, y ella se negaba a dárselo.

»Una de las primeras gestiones que hice fue consultar la Guía de Directores de Industrias, haciendo una lista de las empresas en que Bendix tiene intereses, a fin de obtener un informe confidencial sobre el estado financiero de las mismas. El informe me fue enviado poco antes de salir de casa. En él me enteré exactamente de lo que sospechaba. Todas esas empresas están en mala situación, cuando no al borde de la quiebra. Todas necesitan dinero para salvarse. Es evidente: Bendix había agotado todo su dinero y necesitaba más. Me hice de tiempo para hacer una rápida visita a Somerset House, donde descubrí lo que esperaba. El testamento es a favor de Bendix. Debo subrayar en este punto que Bendix no es un buen hombre de negocios. Por el contrario, es sumamente inepto, y medio millón... ¿Qué más puedo decirles?

—El motivo parece en verdad poderoso.

—Aceptado ese motivo —dijo Bradley—. ¿Qué hay del nitrobenceno? Usted dijo, según creo, que Bendix tenía algunos conocimientos de química.

Roger rio.

—Me recuerda usted una ópera de Wagner, Bradley. El *motif* del nitrobenceno aparece con regularidad cada vez que se menciona a un posible criminal. Pero en este caso creo que podré satisfacerle. El nitrobenceno es utilizado en perfumería, como usted sabrá. En la nómina de los intereses comerciales de Bendix aparece la Compañía Anglo-Oriental de Perfumes. Yo hice un viaje expresamente, un viaje terrible, hasta Acton, para averiguar si dicha compañía utiliza nitrobenceno en la fábrica, y, en caso afirmativo, si las propiedades tóxicas de la sustancia son reconocidas. No cabe duda alguna, pues, de que Bendix conoce el nitrobenceno como tóxico.

»Podría haber obtenido el nitrobenceno en la fábrica sin la menor dificultad, pero me inclino a dudarle. Es demasiado inteligente para haber hecho eso. Probablemente lo preparó él mismo, ya que el procedimiento es tan sencillo como ha señalado Bradley. Me he enterado de que en Selchester, el internado al cual concurrió, seguía estudios de ciencias, lo cual implica la adquisición de nociones por lo menos elementales de química. ¿Aprueba usted mi razonamiento, Bradley?

—Aprobado, amigo nitrobenceno —concedió Mr. Bradley.

Roger golpeó la mesa pensativamente.

—Es un crimen muy bien planeado —reflexionó—, ¡y su reconstrucción es tan simple! Bendix creyó haber previsto todas las contingencias, y en verdad poco le faltó para ello. Salvo por ese pequeño grano de arena que suele introducirse en el

engranaje de los crímenes más perfectos. No sabía que su esposa ya había visto la obra teatral. Decidió utilizar la coartada de su presencia en el teatro, como verán ustedes, en la eventualidad de que surgiesen sospechas contra él, y sin duda subrayó sus deseos de ver la obra y llevar a su esposa. Para no desilusionarle, es lógico que ella haya ocultado generosamente el hecho de que ya la había visto y que no tenía ganas de verla nuevamente. Este rasgo de Mrs. Bendix fue la ruina del asesino. Afirmo esto, porque es inconcebible que ella haya aprovechado esta circunstancia para ganar la apuesta que él dice haber hecho.

»Bendix abandonó el teatro seguramente durante el primer intervalo y se apresuró a despachar el paquete lo más lejos posible. Anoche yo mismo soporté esa espantosa obra a fin de establecer a qué horas tienen lugar los entreactos. El primero coincide con la hora en que fue despachado el paquete. Primero pensé que tal vez tomó un taxímetro a la ida o el regreso, ya que disponía de poco tiempo, pero, si lo hizo, ninguno de los conductores que hicieron el trayecto a esa hora ha podido identificarle. Por otra parte, es posible que todavía no haya aparecido el conductor. Solicité a Scotland Yard que investigase ese punto. Pero la verdad es que, dada la astucia demostrada por el asesino en todos los detalles, lo más probable es que se haya trasladado en ómnibus o en subterráneo. Seguramente recordó que los taxímetros pueden ser localizados con relativa facilidad. Si no utilizó uno, tuvo que apresurarse bastante, y no me sorprendería que haya llegado a su palco unos minutos tarde. La policía podrá establecer este punto.

—Creo que hemos cometido un error al rechazar a Bendix como miembro del Círculo. ¿Recuerdan ustedes que decidimos que sus conocimientos de criminología no eran muy sólidos? —comentó Bradley—. ¡Qué interesante!

—Lo que ignorábamos era que tenía más condiciones como criminólogo práctico que como teórico —repuso Roger sonriendo—. Fue un error, sin embargo. Habría sido interesante incluirle entre nuestros miembros.

—Debo confesar que en un momento yo creí estar en presencia de uno —dijo Mrs. Fielder-Flemming, decidiéndose por fin a firmar la paz—. *Sir Charles*, pido a usted disculpas en forma incondicional.

Sir Charles inclinó la cabeza cortésmente.

—No piense más en ello, señora. De cualquier manera, la experiencia ha sido altamente provechosa.

—Puede que me haya confundido el caso que cité —dijo Mrs. Fielder-Flemming con cierto sentimiento—. ¡Pero el paralelo era tan extrañamente ajustado!

—El primer paralelo que se me ocurrió a mí fue el caso Molineux, citado por usted —dijo Roger—, y lo estudié detenidamente, esperando descubrir alguna pista. Pero, si se me pidiese un paralelo, yo citaría inmediatamente el caso de Carlyle Harris. ¿Lo recuerdan ustedes? El joven estudiante de medicina que envió una píldora con morfina a una muchacha llamada Helen Potts, con quien estaba casado secretamente desde hacía un año, según se descubrió posteriormente. Harris era un

hombre disipado y vicioso. Como ustedes recordarán, hay una gran novela inspirada en ese caso, de modo que ¿por qué no un gran crimen?

—Entonces, Mr. Sheringham, ¿por qué cree usted que Mr. Bendix corrió el riesgo de no destruir la carta fraguada y la envoltura cuando podía haberlo hecho? —preguntó *miss Dammers*.

—Tuvo gran cuidado de abstenerse de ello —replicó rápidamente Roger—, porque la carta fraguada y la envoltura tenían por objeto desviar las sospechas de su persona, dirigiéndolas hacia otras, un empleado de la casa Mason, por ejemplo, o un demente anónimo. Y esto es exactamente lo que consiguió.

—¿Pero no era correr un grave riesgo enviar bombones a *sir Eustace* en aquella forma? —preguntó tímidamente Mr. Chitterwick—: Quiero decir que *sir Eustace* pudo haber estado enfermo a la mañana siguiente, o bien no haber entregado los bombones a Mr. Bendix. ¡Supongamos que los hubiese entregado a otra persona!

Roger procedió a explicar su razonamiento con tal despliegue de lógica, que Chitterwick tuvo motivo para sentirse más apocado aún. Roger estaba orgulloso de Bendix, y no permitía que nadie dudase de su genio.

—¡Mr. Chitterwick! Debemos reconocer a nuestro hombre los méritos que tiene. No es un atolondrado. Si *sir Eustace* hubiese estado enfermo a la mañana siguiente, si hubiese comido los bombones él mismo, o le hubiesen sido robados en el trayecto y comidos por la novia del cartero, las consecuencias no habrían sido fatales para nadie. ¡Vamos, Mr. Chitterwick! ¡No creo que usted suponga que Bendix envió los bombones envenenados por correo! Envió bombones inofensivos, y los cambió por los envenenados durante el trayecto a su domicilio. ¡Está bien claro! Bendix jamás habría dejado semejante contingencia librada al azar.

—¡Ah! Ahora comprendo —dijo Mr. Chitterwick humildemente.

—Se trata de un gran criminal —dijo Roger con menos severidad—. Su genio es evidente desde todo punto de vista. Consideremos la llegada al club, por ejemplo. Esa llegada a una hora temprana, contra su costumbre habitual. ¿Por qué llega tan temprano al club, si no es el asesino? Bendix no espera afuera la entrada de un cómplice involuntario. No. Elige a *sir Eustace*, porque sabe que este acostumbra llegar al club a las diez y media en punto todas las mañanas. Tanto se jacta y enorgullece de este hábito *sir Eustace*, que hasta llega a esforzarse por no contrariarlo. Por lo tanto, Bendix llega a las diez y treinta y cinco, y todo sale a pedir de boca. Desde el principio de la investigación me ha intrigado el hecho de que los bombones fuesen enviados al club, y no al domicilio de *sir Eustace*. Ahora la razón resulta obvia.

—No estaba tan equivocado yo cuando escribí mi lista de condiciones —se consoló Bradley—. Pero ¿por qué no está usted de acuerdo con mi sutil observación de que el asesino no es un hombre educado en colegios particulares ni en la universidad? ¿Por el simple hecho de que Bendix concurrió a Selchester y a Oxford?

—No. Le explicaré a usted por qué. Si bien el código de un hombre educado

dentro de la tradición podría influir sobre el procedimiento elegido para asesinar a otro hombre, dicho código no rige cuando la víctima elegida es una mujer. Estoy de acuerdo en que si Bendix hubiese deseado deshacerse de *sir* Eustace, probablemente le habría matado frente a frente. Pero cuando se trata de una mujer no se actúa en forma rápida y franca, ni es frecuente matarla de un hachazo o algo por el estilo. El instrumento más apropiado es, a mi juicio, el veneno, y una dosis elevada de nitrobenzeno no significa sufrimiento alguno, ya que muy pronto sobreviene la pérdida del conocimiento.

—Puede ser —admitió Mr. Bradley—. Su observación es demasiado sutil para mi escasa intuición psicológica.

—Creo haber mencionado ya las demás condiciones. En cuanto a los hábitos metódicos deducidos de la minuciosa dosificación del veneno en cada bombón, mi teoría es que las dosis eran exactamente iguales a fin de que Bendix pudiese tomar dos de cualquiera de ellos, y tener la seguridad de que la cantidad ingerida, si bien produciría síntomas, no le resultaría fatal. El hecho de que él mismo haya ingerido el veneno es un detalle maestro. Y luego es natural que un hombre nunca coma tantos bombones como las mujeres. Es indudable que Bendix exageró mucho los síntomas, pero el efecto obtenido fue magistral.

»Deben de recordar ustedes, en este punto, que solo tenemos su palabra sobre la conversación sostenida en la sala, cuando el matrimonio comió los bombones, así como solo sabemos por él de la apuesta que dice haber existido. Gran parte de la conversación tuvo lugar, pues Bendix es un artista demasiado hábil para no haber aprovechado hasta el máximo todos los elementos verídicos del episodio. Pero estoy seguro de que no la dejó sola aquella tarde hasta que ella ingirió, o fue obligada a ingerir, por lo menos seis de los bombones, es decir, los necesarios para llegar a la dosis mortal del veneno. He aquí otra ventaja de haber dosificado el veneno con tanta exactitud.

—En fin —resumió Mr. Bradley—, que este tío Bendix es un gran hombre.

—Estoy convencido de ello —afirmó Roger solemnemente.

—¿Usted no abriga la menor duda de que él es el criminal? —preguntó Alicia Dammers.

—Ninguna —dijo Roger, sorprendido.

—¡Hum! —dijo *miss* Dammers.

—¿Por qué? ¿Usted la tiene?

—¡Hum! —repitió *miss* Dammers.

En aquel punto la conversación decayó.

—Bueno —dijo Bradley—, ¿qué opinan ustedes si entre todos demostramos a Sheringham que está equivocado?

Mrs. Fielder-Flemming estaba roja de emoción.

—Me temo que su teoría es perfectamente correcta —dijo en voz baja—, perfectamente correcta.

Pero Mr. Bradley no se mostró desalentado.

—No lo crea, Mrs. Fielder-Flemming. Estoy seguro de poder señalar uno o dos puntos atacables. Usted parece atribuir una importancia exagerada al motivo, Sheringham. ¿No cree usted que exagera? Cuando uno se aburre de la esposa, no la envenena, la abandona. Y en verdad, me cuesta creer, primero, que Bendix haya estado tan necesitado de dinero para invertir en sus negocios que haya llegado al asesinato a fin de obtenerlo, y segundo, que Mrs. Bendix haya sido tan tacaña como para negarse a acudir en ayuda de su esposo si este necesitaba de ella tan urgentemente.

—En este caso, usted no conoce bien los respectivos caracteres de la pareja —dijo Roger—. Ambos eran obstinados como el que más. Fue Mrs. Bendix, no su marido, quien advirtió que los negocios de él eran un vaciadero inagotable de dinero. Yo podría darle una lista interminable de asesinatos cometidos por motivos menos poderosos que el que tenía Bendix.

—Aceptemos, pues, el motivo. Ustedes recordarán que Mrs. Bendix tenía un compromiso para el almuerzo el día de su muerte, que luego fue cancelado. ¿Acaso Bendix no lo sabía? Pues si lo sabía, ¿habría elegido para la entrega de los bombones un día en que su mujer no almorzaba en casa?

—Es el punto que yo estaba por señalar a Mr. Sheringham —observó *miss* Dammers.

Roger pareció desconcertarse algo.

—Ese punto no me parece importante. De todas maneras, ¿por qué debía entregarle necesariamente los bombones durante el almuerzo?

—Por dos razones —repuso Bradley animadamente—. Primera, porque es lógico que haya deseado que cumpliesen su cometido lo más pronto posible, y segunda, porque siendo su esposa la única persona que podía contradecir su afirmación acerca de la apuesta, evidentemente deseaba silenciarla con la mayor rapidez.

—Está usted jugando con palabras —dijo Roger—, y me niego a caer en la trampa. En este caso, no veo por qué Bendix tenía que saber de su compromiso para el almuerzo. Constantemente ambos comían afuera, y no creo que hayan cuidado de informarse invariablemente de antemano.

—¡Hum! —dijo Bradley acariciando su bigote. Mr. Chitterwick se aventuró a levantar su abatida cabeza.

—En suma, usted basa toda su teoría en la apuesta, ¿no es eso, Mr. Sheringham?

—Y en la deducción psicológica que derivé de ella. Así es, enteramente.

—¿De modo que si fuese posible probar que la apuesta tuvo lugar, su caso se vería totalmente desvirtuado?

—¡Qué! ¿Tiene usted alguna prueba de que la apuesta tuvo lugar? —preguntó Roger, alarmado.

—¡No, no! ¡De ningún modo! Estaba pensando simplemente que, si alguien quisiese refutar su teoría, como lo propuso Bradley, sería necesario concentrar los

argumentos sobre la existencia de la apuesta.

—¿Quiere usted decir que las digresiones alrededor del motivo, el compromiso para almorzar, y otros detalles menores, no vienen al caso? —preguntó Bradley amablemente—. ¡Ah! ¡Estoy de acuerdo! Pero solo estaba tratando de poner a prueba los argumentos de Mr. Sheringham, no de refutar su teoría. ¿Y por qué? Porque pienso que su teoría es la correcta. El Misterio de los Bombones Envenenados, por lo que a mí se refiere, está resuelto.

—Muchas gracias, Mr. Bradley —dijo Roger.

—Por consiguiente, tres vítores por nuestro incomparable sabueso presidente —prosiguió Bradley con gran cordialidad—, y también por el ilustre Graham Reynard Bendix por la excepcional diversión que nos ha proporcionado. ¡«Hip, hip, hip, hurra»!

—¿Dice usted haber probado definitivamente la compra de la máquina de escribir y la relación de Bendix con el muestrario de la casa Webster, Mr. Sheringham? —preguntó Alicia Dammers, que aparentemente había estado absorbida en sus propios pensamientos.

—Sí, *miss Dammers* —repuso Roger con gran complacencia.

—¿Podría darme el nombre del comercio que vendió la máquina?

—Se lo daré inmediatamente. —Roger arrancó una página de su libreta y copió el nombre y dirección del comercio.

—Gracias. Ahora ¿podría usted darme una descripción de la vendedora de la casa Webster que identificó la fotografía de Mr. Bendix?

Roger la miró algo incómodo. Ella le devolvió la mirada con su serenidad habitual. La aprensión de Roger aumentó; pero, a pesar de ello, hizo una descripción tan completa como le fue posible de la vendedora. *Miss Dammers* le agradeció los datos.

—Bueno. ¿Qué debemos hacer ahora? —insistió Mr. Bradley, a quien le agradaba aparentemente el papel de maestro de ceremonias—. Podríamos enviar una delegación a Scotland Yard, integrada por Sheringham y yo, a fin de informarle que sus preocupaciones han terminado.

—¿Cree usted que todos están de acuerdo con Mr. Sheringham?

—Naturalmente.

—¿No es costumbre someter a votación una cuestión de esta naturaleza? —sugirió *miss Dammers* fríamente.

—«¡Lo sostendremos de común acuerdo!» —citó Mr. Bradley—. Sí, sigamos el procedimiento correcto. Bien, Mr. Sheringham propone que el Círculo acepte su solución del Misterio de los Bombones Envenenados, y envíe una delegación integrada por él mismo y por Mr. Bradley a Scotland Yard, a fin de conversar seriamente con la policía. Yo secundo la moción. Los que estén por la afirmativa... ¿Mrs. Fielder-Flemming?

Mrs. Fielder-Flemming trató en vano de ocultar su desaprobación de Mr. Bradley

y su desaprobación de la idea propuesta por él.

—Tengo la impresión de que Mr. Sheringham ha probado su teoría —dijo vacilando.

—¿*Sir Charles*?

—Estoy de acuerdo —dijo *sir Charles* severamente, desaprobando a su vez la frivolidad de Mr. Bradley.

—¿Chitterwick?

—También yo estoy de acuerdo.

Tal vez fue la imaginación de Roger, pero le pareció advertir una imperceptible vacilación en Chitterwick, antes de que emitiese su voto. Era como si tuviese algunas reservas mentales que no podía expresar. Roger decidió que se había equivocado.

—¿Y *miss Dammers*? —concluyó Mr. Bradley. *Miss Dammers* miró a los circunstantes.

—No estoy de acuerdo. La exposición de Mr. Sheringham me parece sumamente ingeniosa, y en todo conforme con la reputación de que él goza. Pero, al mismo tiempo, la encuentro totalmente errónea. Mañana espero poder probar a ustedes quién es el autor del crimen.

El Círculo miró a *miss Dammers* respetuosamente. Roger no podía dar crédito a sus oídos. Cuando intentó hablar, descubrió que le faltaba la voz. Lo único que emitió fue un sonido inarticulado.

Mr. Bradley fue el primero en recobrase.

—La moción ha sido aprobada, aunque no unánimemente, señor presidente. Creo que esta situación tiene precedentes. ¿Puede decirme alguno de ustedes qué sucede cuando una moción no es aprobada por unanimidad?

Frente a la incapacitación temporaria del presidente, *miss Dammers* tomó la atribución de decidir por sí misma.

—Creo que queda levantada la sesión —dijo. Y la sesión quedó levantada.



15

A LA NOCHE SIGUIENTE Roger llegó a la sede del Círculo con una sensación de expectativa más intensa que nunca. En lo íntimo de su conciencia no creía que *miss* Dammers pudiera destruir su teoría contra Bendix, ni siquiera desvirtuarla parcialmente, pero de todas maneras lo que ella tuviera que decir sería sin duda de enorme interés, aun cuando no alterase en lo más mínimo su propia teoría. Roger había esperado la exposición de Alicia Dammers con mayor interés que ninguna otra.

Miss Dammers era un típico exponente de la época. De haber nacido cincuenta años atrás, es difícil imaginar cómo hubiera podido subsistir. Parecía imposible que pudiera haberse convertido en una de las novelistas más famosas de su tiempo. De acuerdo con la imaginación popular, debería ser una extraña criatura con blancos guantes de algodón, vehemente y apasionada, por no hablar de su histérica inclinación a la ternura del romance, del cual debería excluirla su infortunada apariencia. Los guantes de *miss* Dammers, como sus ropas, eran de un gusto exquisito, y su cuerpo no había estado en contacto con una prenda de algodón desde los diez años, si es que alguna vez tuvo esa edad. La vehemencia en los gestos era para ella el colmo del mal gusto, y si sabía cómo suspirar, lo ocultaba cuidadosamente. De todo ello se deduce que la pasión y la violencia eran totalmente innecesarias en la vida de *miss* Dammers, si bien le interesaban como fenómeno en los simples mortales.

Desde aquel ser extraño con guantes de algodón de la era victoriana, la novelista ha progresado mucho, pasando por la etapa intermedia, representada a maravilla por Mrs. Fielder-Flemming, y llegando por fin a la mariposa seria y reposada, a menudo bella además de pensativa, cuyas artísticas fotografías decoran los semanarios mundanos. Mariposas de frente serena, levemente fruncida por la meditación analítica. Mariposas irónicas, cínicas. Mariposas cirujanas, que acechan las salas de disección de la mente humana, y que, debemos reconocerlo, a veces se detienen allí demasiado tiempo. Mariposas sin pasiones, que vuelan elegantemente de un complejo a otro. En algunos casos, mariposas carentes de todo humorismo, y por lo tanto abrumadoras, cuyo polen suele adquirir tintes sombríos y desgastados.

Al contemplar a *miss Dammers*, con su rostro ovalado de líneas clásicas, sus rasgos menudos y delicados, y sus grandes ojos grises; al admirar su figura esbelta y exquisitamente vestida, nadie habría sospechado que era novelista. Y según la opinión de la misma *miss Dammers*, este aspecto, combinado con la capacidad de escribir buenos libros, debía ser la aspiración de toda autora que quiera triunfar.

Nadie se había atrevido nunca a preguntarle a *miss Dammers* cómo pretendía analizar en el prójimo emociones que nunca había experimentado. Ello se explica, probablemente, porque el posible inquisidor se encontraba siempre ante el hecho de que *miss Dammers* sabía analizar emociones, y lo hacía en forma brillante.

—Anoche escuchamos —dijo *miss Dammers*, a las nueve y cinco de la noche siguiente—, una exposición sumamente hábil de una teoría no menos interesante acerca del caso de Bendix. Los métodos de Mr. Sheringham, debo decirlo, han sido un modelo para todos nosotros. Partiendo del método deductivo, lo siguió hasta donde fue posible, en este caso, hasta la persona misma del criminal. A continuación utilizó el método inductivo para probar su teoría. En esta forma pudo aprovechar las ventajas de ambos métodos. El hecho de que esta ingeniosa combinación de relaciones haya estado basada en una premisa falsa, por lo cual nunca habría podido conducir a Mr. Sheringham a la solución correcta, es más bien culpa de la mala suerte que suya.

Roger, que todavía no podía creer que su teoría no fuese la verdadera, sonrió ambiguamente.

—La reconstrucción de Mr. Sheringham —prosiguió *miss Dammers* con su voz clara y serena— tiene que haber resultado una novedad para muchos de ustedes. No lo ha sido para mí, pero en cambio la encuentro interesante, ya que parte del mismo punto que la teoría que yo he elaborado; es decir, de que el objetivo del crimen se ha cumplido.

Roger aguzó el oído.

—Como lo ha señalado Mr. Chitterwick, toda la teoría de Mr. Sheringham está basada en la apuesta hecha entre Mr. y Mrs. Bendix. Del relato de Mr. Bendix acerca de la apuesta, hace la deducción psicológica de que dicha apuesta nunca existió. Su deducción es interesante, pero inexacta. Mr. Sheringham es demasiado indulgente en su interpretación de la psicología femenina. Yo también partí de la apuesta. Pero la deducción que derivé, conociendo a las mujeres tal vez algo más íntimamente que Mr. Sheringham, es que Mrs. Bendix no era quizás tan completamente honesta como ella se pintaba a sí misma.

—También yo pensé en ello, por cierto —observó Roger—. Pero deseché la idea por motivos puramente lógicos. No hay nada en la vida de Mrs. Bendix que señale que no fuera estrictamente honesta en el sentido más amplio de la palabra, y todo tiende a demostrar que lo era. Y en ausencia de otros elementos de juicio, aparte de la palabra de Bendix, para probar que fue hecha la apuesta...

—Hay otras pruebas —repuso *miss Dammers*—. He pasado todo el día de hoy

estableciendo ese punto. Sabía que no podría refutar su teoría hasta probar que la apuesta había existido. Permítame sacarle de su incertidumbre, Mr. Sheringham. Tengo pruebas irrefutables de que la apuesta fue hecha.

—¿Tiene usted pruebas? —preguntó Roger, desconcertado.

—Sí. Usted mismo podría haberlas descubierto —reconvino *miss Dammers* suavemente—, considerando la importancia que tenían para su teoría. Bueno, tengo dos testigos. Mrs. Bendix mencionó la apuesta a su doncella, cuando fue a su dormitorio a descansar, llegando a decir, como lo señaló usted mismo, Mr. Sheringham, que su violenta indigestión era un castigo bien merecido por haberla hecho. El segundo testigo es una amiga mía, que conoce a los Bendix. Esta señora vio a Mrs. Bendix sentada sola en su palco durante el entreacto, y entró a saludarla. Durante la conversación Mrs. Bendix comentó haber hecho con su marido una apuesta sobre la identidad del villano, mencionando el personaje de quien ella sospechaba. Pero, y ello confirma mi propia teoría, Mrs. Bendix no dijo a mi amiga que había visto la obra con anterioridad.

—¡Ah! —dijo Roger, desalentado.

Miss Dammers lo trató con la mayor suavidad posible.

—De la apuesta era posible formular dos deducciones, y desgraciadamente usted optó por la incorrecta.

—Pero ¿cómo sabía usted —dijo Roger, tratando por última vez de salvar su teoría— que Mrs. Bendix había visto la obra? Yo lo descubrí hace solo dos días, y ello por una extraordinaria casualidad.

—Yo lo sabía desde un principio —dijo *miss Dammers* con displicencia—. Me imagino que a usted se lo dijo Mrs. Verreker-le-Mesurer. No la conozco personalmente, pero tenemos amistades comunes. Cuando usted habló anoche de la sorprendente información que le había llegado inesperadamente, no quise interrumpirle. De haberlo hecho, le habría señalado que las probabilidades de que cualquier cosa sabida por Mrs. Verreker-le-Mesurer, tal como la imagino yo, llegue a conocimiento de todas sus amistades son tantas, que ello es más bien una certeza.

—Comprendo —dijo Roger, y esta vez se dio por vencido definitivamente. Pero en aquel instante recordó un dato que Mrs. Verreker-le-Mesurer había logrado ocultar a sus amigas, aunque tal vez no del todo; y al ver la expresión maliciosa del rostro de Bradley, comprendió que estaban pensando lo mismo. *Miss Dammers* no era, pues, tan infalible.

—Tenemos —prosiguió *miss Dammers*— a Mr. Bendix desplazado de su papel temporario de villano y una vez más en su papel inicial de segunda víctima.

—Pero sin que *sir Eustace* haya vuelto al reparto en su papel estelar de primera víctima —terció Mr. Bradley.

Miss Dammers ignoró la interrupción.

—En este punto, creo que Mr. Sheringham encontrará mi teoría tan interesante como yo encontré la suya anoche, pues si bien diferimos notablemente en algunos

puntos esenciales, estamos de acuerdo en otros. Y uno de los puntos en que estamos de acuerdo es en que la víctima elegida desde un principio era Mrs. Bendix.

—¿Qué has dicho, Alicia? —exclamó Mrs. Fielder-Flemming—. ¿También tú crees que el plan estaba dirigido desde un principio contra Mrs. Bendix?

—No tengo la menor duda de ello. Pero para probarlo debo destruir primero otra de las conclusiones de Mr. Sheringham.

»Usted señaló, Mr. Sheringham, que las diez y media de la mañana era una hora desusada de llegar al club para Mr. Bendix, y, por lo tanto, altamente significativa. Es verdad. Infortunadamente usted dio una interpretación errónea a este hecho. Su llegada a esa hora no implica necesariamente un móvil tortuoso, como usted supuso. Lo que usted no advirtió, y para ser equitativa señalo que nadie lo hizo, es que si Mrs. Bendix era la víctima elegida y Mr. Bendix no era el asesino, su presencia en el club a aquella hora inusitada podía haber sido planeada por el asesino. De cualquier manera, creo que Mr. Sheringham debió dar a Mr. Bendix una oportunidad de explicarse. Esto es lo que yo hice.

—¿Preguntó usted a Bendix cómo podía explicar su llegada al club a las diez y media de la mañana? —inquirió Mr. Chitterwick admirado. Así actuaba un verdadero detective. Pero desgraciadamente la timidez había impedido a Mr. Chitterwick comportarse como tal.

—Exactamente. Le telefoneé y le interrogué al respecto. Por lo que pude inferir, la policía tampoco había pensado en aclarar este punto. Y si bien Bendix respondió en la forma en que yo esperaba, evidentemente no atribuyó mayor importancia a mis preguntas. Me dijo que había concurrido al club a recibir un llamado telefónico. Ustedes se preguntarán por qué no dispuso que le llamasen a su domicilio. Es la misma pregunta que yo le hice. La razón era que no le interesaba recibir en su casa un mensaje de la naturaleza de este. Debo admitir que insistí mucho sobre el contenido de este mensaje, y como Mr. Bendix no tenía ninguna idea del objeto de mis preguntas, es probable que haya considerado mi insistencia de pésimo gusto. Pero no podía evitarlo.

»Finalmente, Mr. Bendix admitió que la tarde anterior le había telefoneado a su oficina una señorita, Vera Delorme, que tiene un papel secundario en la revista “¡Arriba los Talones!”, en el Regency. Bendix la había visto una o dos veces, y en verdad tenía ganas de conocerla mejor. Ella le preguntó si tenía algo importante que hacer durante la mañana del día siguiente, a lo cual Bendix respondió que no, y que estaría encantado de llevarla a almorzar. Ella todavía no estaba segura de tener esa hora disponible, pero convino en llamarle al día siguiente a las diez y media al club Rainbow.

Los demás miembros del Círculo quedaron muy pensativos.

—No veo la importancia de eso —dijo por fin Mrs. Fielder-Flemming.

—¿No? ¿Y si yo les digo que *miss* Delorme niega haber telefoneado a Mr. Bendix?

Los cinco miembros hicieron un gesto de sorpresa.

—¡Eso es otra cosa! —dijo Mrs. Fielder-Flemming.

—Por cierto que inmediatamente traté de verificar los datos de Mr. Bendix —dijo *miss Dammers*.

Mr. Chitterwick suspiró. Esa era, sin duda, la forma de desentrañar misterios.

—¿Entonces su asesino tenía un cómplice, *miss Dammers*? —preguntó *sir Charles*.

—Tenía dos cómplices, ambos involuntarios —repuso *miss Dammers*.

—¡Ah, sí! Usted se refiere a Bendix. ¡Y a la mujer que le telefoneó!

—¡Bien! —*Miss Dammers* miró a su alrededor con su calma habitual—. ¿No les resulta evidente?

Aparentemente no era este el caso.

—Por lo menos debe resultarles obvio por qué *miss Delorme* fue elegida como la persona que telefoneó a Mr. Bendix; este apenas la conocía, y de ningún modo reconocería su voz por teléfono. En cuanto a la persona que en realidad hizo el llamado... La verdad es que me sorprende que no lo hayan adivinado. —*Miss Dammers* era la imagen de la ironía ante semejante falta de perspicacia.

—¡Mrs. Bendix! —exclamó de pronto Mrs. Fielder-Flemming, al descubrir la posibilidad de un nuevo triángulo.

—Sin duda, Mrs. Bendix, avisada por alguien acerca de las pequeñas escapadas de su esposo.

—Y ese alguien es el asesino —dijo Mrs. Fielder-Flemming—. Un amigo de Mrs. Bendix. Por lo menos —agregó confusa, al recordar que no se suele asesinar a los amigos—, ella le suponía su amigo. Esto es muy interesante, Alicia.

Miss Dammers esbozó una sonrisa levemente irónica.

—Sí, es un asunto muy íntimo, este crimen. Además llama la atención su trama tan compacta.

»Pero me estoy apresurando demasiado. Antes de exponer mi teoría, es mejor que termine de refutar la de Mr. Sheringham. —Roger dejó escapar un suspiro y miró al cielo raso. Este le recordó el rostro de *miss Dammers*, en vista de lo cual miró otra vez hacia abajo.

»Verdaderamente, Mr. Sheringham, su fe en la naturaleza humana es excesiva —*Miss Dammers* se mofó sin piedad—. Usted cree cualquier cosa que le digan. En ningún momento le ha parecido necesario un testigo que corrobore lo dicho por otro. Estoy segura de que si alguien le hubiese visitado en su domicilio para decirle que el rey de Persia inyectó el nitrobenzeno en los bombones, usted le habría creído sin vacilar.

—¿Quiere usted insinuar que alguien me ocultó la verdad? —murmuró el acosado Roger.

—Más que eso. Lo probaré. Cuando usted nos dijo anoche que el vendedor de máquinas de escribir identificó positivamente a Mr. Bendix como comprador de la

Hamilton 4, me sorprendió mucho. Tomé nota de la dirección del comercio, y esta mañana a primera hora concurrí allí. Le recriminé al hombre el haberle mentado a usted, y él lo admitió con una amplia sonrisa.

»Por lo que él podía juzgar, usted quería simplemente una Hamilton 4, y él tenía una buena máquina en venta. No vio mal alguno en hacerle creer a usted que aquel era el comercio en el cual su amigo había comprado su propia máquina. Y si a usted le tranquilizó que identificase a su amigo por su fotografía, le diré que está dispuesto a satisfacerle tantas veces como fotografías le muestre usted.

—Comprendo —dijo Roger, e inmediatamente pensó en las ocho libras que entregara a aquel simpático vendedor por una Hamilton 4 que no le hacía falta.

—En cuanto a la vendedora de Webster —continuó *miss Dammers* implacablemente—, estaba también dispuesta a admitir que tal vez había cometido un error al identificar al amigo de aquel caballero que concurre a la casa el día anterior, para pedir papel de cartas. Pero la verdad es que el caballero en cuestión se había mostrado tan preocupado por el papel, que le había parecido mal desilusionarle. Y tampoco veía mal alguno en ello, de veras, no lo veía. —La imitación que hizo *miss Dammers* del modo de hablar de la vendedora era sumamente fiel, pero la risa de Roger no fue espontánea.

»Lamento haberme ensañado con usted —dijo *miss Dammers*.

—No es nada —repuso Roger.

—Ello era esencial para mi propia teoría.

—Sí, ya lo veo.

—Entonces, queda terminado el caso de Mr. Sheringham. No creo que tenga usted más pruebas, ¿no es verdad?

—No.

—Observarán ustedes —continuó diciendo *miss Dammers*, asestando el golpe mortal a la teoría de Roger— que estoy siguiendo el método de ocultar hasta el fin el nombre del asesino. Ahora que me ha tocado hablar, comprendo las ventajas de este método. Pero seguramente ustedes han adivinado ya la identidad del asesino, o lo harán tan pronto como haya desarrollado mi hipótesis. Para mí, por lo menos, esta identidad resulta absurdamente evidente. Pero antes de revelarlo oficialmente, quiero mencionar otros puntos, no relacionados con la evidencia propiamente dicha, sino con las consideraciones hechas por Mr. Sheringham en el curso de su exposición.

»Mr. Sheringham elaboró su teoría en forma muy ingeniosa, tan ingeniosa, que insistió más de una vez en la perfecta lógica que intervino en la construcción del plan, así como en el genio del criminal que llevó a cabo el asesinato. No estoy de acuerdo; mi teoría es mucho más simple. El crimen fue planeado con astucia, pero no con perfección. Dependía casi exclusivamente del azar, es decir, de que una prueba de vital importancia no fuese descubierta. Por último, la mentalidad que planeó el crimen no es excepcional ni mucho menos. Es, en cambio, una mentalidad que, abocada a un problema ajeno a su órbita habitual, actuaría, ciertamente, por

imitación.

»Este hecho trae a colación una observación hecha por Mr. Bradley. Estoy de acuerdo con él en que ha sido indispensable un cierto conocimiento de criminología para la consumación del crimen, pero no cuando afirma que el criminal posee una mentalidad creadora. En mi opinión, la característica sobresaliente del hecho es su servil imitación de otros anteriores. De ello deduje el tipo de psicología del asesino. Se trata de una mentalidad carente de originalidad, intensamente rutinaria, por falta de la inteligencia necesaria para acertar ningún progreso o cambio, obstinada, dogmática y práctica, sin ningún sentido de los valores espirituales. Como personalmente sufro de una especie de aversión por todo lo que sea material, tuve la intuición de hallarme frente a mi antítesis.

Todo el mundo se mostró debidamente impresionado. Mr. Chitterwick se limitó a lanzar una exclamación admirada ante deducciones tan sutiles.

—He dado a entender que estoy de acuerdo con otra de las deducciones de Mr. Sheringham, la deducción de que los bombones fueron utilizados como instrumento del crimen porque estaban destinados a una mujer. Podría añadir aquí que en ningún momento se pensó en inferir daño alguno a Mr. Bendix. Sabemos que a Bendix no le agradaban los bombones, y es razonable suponer que el asesino también lo sabía. Nunca creyó que Bendix llegase a comerlos.

»Es curiosa la forma en que Mr. Sheringham logra a menudo dar en el blanco con sus proyectiles menores, pero no con el principal. Tenía razón al afirmar que el papel fue obtenido del muestrario de la casa Webster. La posesión del papel en cuestión me hizo cavilar mucho, y no logré aclarar nada hasta que, felizmente, Sheringham presentó su explicación. Hoy pude desvirtuar su interpretación del hecho de acuerdo con su propia teoría, para incorporarlo luego a la mía. La vendedora que pretendió reconocer la fotografía que le presentó Mr. Sheringham reconoció, esta vez sin mentir, la que yo le llevé. No solo la reconoció —agregó *miss Dammers*, mostrándose complacida por vez primera—, sino que la identificó con nombre y apellido.

—¡Ah! —comentó Mrs. Fielder-Flemming, muy interesada.

—Mr. Sheringham señaló otros puntos de menor importancia que en esta oportunidad me parece conveniente refutar. Del hecho de que la mayoría de las firmas de menor cuantía en que está interesado Mr. Bendix no están en condiciones de floreciente prosperidad, Mr. Sheringham dedujo no solo que Bendix es un mal hombre de negocios, con lo cual no estoy de acuerdo, sino que, además, necesitaba dinero desesperadamente. Una vez más, Mr. Sheringham desdeñó verificar sus deducciones, y una vez más debe pagar esa falta reconociendo su error.

»Las fuentes de información más simples le habrían revelado que solo una pequeña proporción de la fortuna de Mr. Bendix está invertida en esas empresas, que son en realidad los juguetes de un hombre rico. La mayor parte del dinero dejado por su padre está donde lo dejó este, invertida en acciones del Estado y en empresas industriales de gran solidez, tan importantes que ni Bendix puede aspirar a ocupar

nunca una posición directiva en ellas. Y, a juzgar por lo que conozco de él, Mr. Bendix tiene la sensatez de reconocer que no posee la capacidad de su padre, y no piensa gastar en sus juguetes más de lo que le conviene. El motivo que le atribuyó Mr. Sheringham para desear la muerte de su esposa desaparece así totalmente.

Roger inclinó la cabeza. Desde aquel momento, estaba seguro de ello, los criminólogos le señalarían con el índice, con desprecio, como al hombre que no había verificado sus propias deducciones. ¡Qué futuro de ignominia le esperaba!

—Si bien atribuyo menos importancia que él al motivo secundario, estoy inclinada a convenir con Mr. Sheringham que Bendix tiene que haberse cansado de su esposa, puesto que era un hombre normal, con las reacciones y escala de valores de un hombre normal. Yo diría que ella misma le arrojó en brazos de sus coristas, en busca de un poco de alegría y de compañía frívola. No niego que haya estado profundamente enamorado cuando se casó; no hay la menor duda de ello. Y también es probable que entonces haya sentido gran admiración por ella.

»Pero un matrimonio resulta desastroso —dijo la cínica *miss Dammers*—, cuando el respeto sobrepasa todos los demás valores. Un hombre necesita un ser humano en su vida conyugal, no un objeto de profunda admiración y respeto. Debo señalar aquí que, si Mrs. Bendix llegó a cansar a su esposo, este fue lo suficientemente caballeresco como para no demostrarlo nunca. En general, todos consideraban el suyo como un matrimonio ideal.

Miss Dammers hizo una pausa y bebió un sorbo de agua.

—Por último, Mr. Sheringham dijo que la carta y la envoltura no fueron destruidas porque el asesino pensó que le resultarían no solo inofensivas, sino de gran utilidad. Estoy de acuerdo, pero no hago la misma deducción que Mr. Sheringham. Yo diría más bien que este punto corrobora mi teoría de que el crimen es obra de un hombre de mentalidad mediocre, pues una persona inteligente jamás dejaría rastros que pueden ser fácilmente destruidos, por útiles que los considere, pues sabe que dichos rastros, dejados con el objeto de despistar, pueden acarrearle su propia destrucción. La deducción secundaria sería que el criminal no consideró estos artículos como de utilidad para él, sino que en ellos había algún otro elemento importante. Creo saber cuál es ese elemento. Esto es todo lo que tengo que decir respecto de la teoría de Mr. Sheringham.

Roger levantó la cabeza, y *miss Dammers* bebió otro sorbo de agua.

—Acerca del respeto que tenía Mr. Bendix por su esposa —se aventuró a decir Mr. Chitterwick—, ¿no hay una contradicción en ello, *miss Dammers*? Hago este comentario porque al principio le oí decir a usted que su deducción de la apuesta es que tal vez Mrs. Bendix no era tan digna de respeto como todos suponíamos. ¿Cambió usted de parecer más tarde?

—No, Mr. Chitterwick, y no hay ninguna contradicción.

—Cuando un hombre no sospecha, respeta —dijo Mrs. Fielder-Flemming rápidamente, antes de que Alicia pudiese hablar.

—¡Ah, el horrible sepulcro bajo la inmaculada pintura blanca! —dijo Mr. Bradley, a quien le desagradaban las frases sentenciosas, aun en boca de autoras famosas—. Aparentemente nos estamos acercando al nudo del problema. ¿Es que existe tal sepulcro, *miss Dammers*?

—En efecto —dijo *miss Dammers* sin evidenciar la menor emoción—. Y como usted lo ha dicho, Mr. Bradley, nos estamos aproximando a él.

—¡Ah! —Mr. Chitterwick casi saltó de su asiento—. Si la carta y la envoltura pudieron haber sido destruidas por el asesino y Bendix no era el asesino... Y supongo que debemos eliminar al portero del club... ¡Ya comprendo!

—Me estaba preguntando cuándo alguno de ustedes caería en la realidad —dijo *miss Dammers*.



16

—DESDE EL COMIENZO de esta investigación —prosiguió *miss Dammers*, imperturbable como de costumbre— tuve la convicción de que el rastro más importante era de tal naturaleza que el asesino nunca tuvo conciencia de haberlo dejado. Me refiero a su psicología peculiar. Esto, tomando los hechos tales como aparecían, y no suponiendo de antemano la existencia de otros, como lo hizo Mr. Sheringham para probar su teoría sobre la mentalidad excepcional del asesino.

—¿Cree usted que yo señalé hechos que no podía verificar? —Roger se sintió obligado a sostener la mirada de *miss Dammers*.

—Sin duda lo hizo usted. Por ejemplo, dio por establecido que la máquina de escribir en que se redactó la carta fue arrojada al Támesis. Esto no ocurrió en realidad, y con ello se corrobora mi propia interpretación. Tomando los hechos concretos, tales como yo los encontré en aquel punto, pude formarme sin dificultades la imagen del asesino que acabo de delinearles. Pero tuve cuidado de no buscar a alguien que se asemejase a mi imagen y luego construir el testimonio contra él. Me limité a colgar la imagen en mi mente, por así decirlo, a fin de compararla con cualquier persona que posteriormente cayese dentro de mis sospechas.

»Bien, una vez que hube establecido los motivos de la llegada de Mr. Bendix al club a una hora tan desusada, quedaba por aclarar un punto sin importancia aparente, pero hacia el cual nadie hasta entonces había llamado la atención. Me refiero al compromiso de *sir Eustace* para la hora del almuerzo en el día del crimen, que posteriormente fuera cancelado. No sé cómo descubrió esto Mr. Bradley, pero estoy dispuesta a revelar cómo lo descubrí yo. Me lo dijo el mismo criado comedido que proporcionó otros datos a Mrs. Fielder-Flemming.

»Reconozco tener ciertas ventajas sobre el resto de ustedes en cuanto se refiere a investigar hechos relacionados con *sir Eustace*, pues no solamente conozco bien a este, sino también a su criado. Bien podrán imaginar ustedes que si Mrs. Fielder-Flemming logró obtener tanta información mediante el pago de una cantidad de dinero, yo, por este medio y aprovechando la ventaja de conocer al criado desde hace mucho tiempo, estaba en posición de obtener mucho más. De todas maneras, no

transcurrió mucho tiempo antes de que el hombre mencionara, sin advertir la importancia de su revelación, que cuatro días antes del crimen *sir* Eustace le había mandado que llamase al Hotel Fellows de la calle Jermyn y reservase una habitación para la hora del almuerzo del día en que tuvo lugar el crimen.

»Había aquí algunos puntos oscuros que me pareció conveniente investigar. ¿Con quién debía almorzar *sir* Eustace aquel día? Evidentemente, con una mujer; pero ¿cuál de sus innumerables amigas? El criado no supo informarme al respecto. Dentro de su conocimiento, *sir* Eustace no tenía ninguna relación permanente en aquel momento, tan dedicado estaba al asedio de *miss* Wildman, y, con el perdón de *sir* Charles, de su mano y su fortuna. ¿Era tal vez *miss* Wildman? Pronto pude establecer que no era ella.

»¿No advierten ustedes que el compromiso de *sir* Eustace recuerda claramente otra cita cancelada? Yo no reparé en ello en un principio, pero la asociación no tardó en producirse. Aquel día, Mrs. Bendix había tenido a su vez un compromiso para el almuerzo que, por razones ignoradas, fue cancelado la tarde anterior.

—¡Mrs. Bendix! —dijo Mrs. Fielder-Flemming. Aquel era un triángulo jugoso.

Miss Dammers sonrió imperceptiblemente.

—Sí, no quiero tenerte sobre ascuas, Mabel. Por lo que nos dijo *sir* Charles, yo sabía que por lo menos Mrs. Bendix y *sir* Eustace no eran totalmente extraños entre sí, y por fin pude establecer la relación que los unía. Aquel día, Mrs. Bendix debía almorzar con *sir* Eustace en una habitación privada del Hotel Fellows, cuya reputación ustedes conocen.

—¿Para discutir los defectos de su esposo, tal vez? —preguntó Mrs. Fielder-Flemming con un espíritu más caritativo que sus esperanzas.

—Posiblemente, entre otras cosas —dijo *miss* Dammers sin inmutarse—. Pero la razón principal, sin duda, es que ella era su amante. —*Miss* Dammers dejó caer esta bomba con tanta impasibilidad como si hubiese hecho notar que en aquella oportunidad Mrs. Bendix llevaba un vestido verde.

—¿Puede usted probar esa... afirmación? —preguntó *sir* Charles, que fue el primero en recobrase.

Miss Dammers elevó los perfectos arcos de sus cejas.

—Por cierto. No acostumbro hacer afirmaciones que no pueda probar. Mrs. Bendix acostumbraba almorzar por lo menos dos veces por semana, y a veces a cenar con *sir* Eustace en el Hotel Fellows, siempre en la misma habitación. Solían tomar grandes precauciones, y siempre llegaban separados, no solo al hotel, sino a la habitación. Nunca se los vio juntos fuera de ella. Pero el camarero que los atendía, que también era siempre el mismo, ha firmado una declaración en la que reconoce a Mrs. Bendix, por las fotografías publicadas después de su muerte, como la mujer que acostumbraba frecuentar el hotel acompañada por *sir* Eustace Pennefather.

—Firmó una declaración, ¿eh? —murmuró Mr. Bradley—. También usted ha de encontrar que la tarea de detective es una afición costosa, *miss* Dammers.

—Creo poder costearme ese lujo, Mr. Bradley.

—Pero el hecho de que haya almorzado con él... —Una vez más Mrs. Fielder-Flemming habló impulsada por su espíritu tolerante—. ¡Quiero decir que ello no significa necesariamente que fuera su amante! No es que tenga peor opinión de ella si lo ha sido —agregó rápidamente, recordando la actitud oficial.

—Junto a la habitación donde comían hay un dormitorio —replicó *miss Dammers* con voz helada—. Invariablemente, cuando habían partido, me informó el camarero, encontraba las ropas de la cama en desorden. Yo diría que esto es prueba suficiente de adulterio, ¿no lo cree usted, *sir Charles*?

—Indudablemente, indudablemente —dijo *sir Charles*, muy molesto por el giro de la exposición. *Sir Charles* siempre se sentía incómodo cuando una mujer utilizaba términos como «adulterio» «perversiones sexuales» y aun «amante» fuera de las horas de oficina. *Sir Charles* era lamentablemente anticuado.

—*Sir Eustace*, por su parte, no tenía nada que temer de otro juicio de divorcio —comentó secamente *miss Dammers*.

Mientras todos trataban de acostumbrarse al inesperado giro de la investigación, *miss Dammers* bebió otro sorbo de agua, y luego procedió a iluminarles con los poderosos rayos de su antorcha psicológica.

—Han de haber formado una curiosa pareja, ambos, con sus escalas de valores tan opuestas, el contraste de sus respectivas reacciones frente a las circunstancias que los habían unido, y la posibilidad de que aun dentro de la pasión que los dominaba nunca pudiesen coincidir en el plano espiritual. Deseo que examinen ustedes la situación tan detenidamente como puedan, porque el asesinato es fruto de la psicología oculta detrás de la situación.

»No sé qué puede haber inducido a Mrs. Bendix a convertirse en la amante de *sir Eustace*. Pero no incurriré en el lugar común de decir que no puedo imaginarlo, pues soy capaz de imaginar infinidad de circunstancias en que ello puede haber sucedido. La maldad de un hombre como *sir Eustace* puede ser una fuente de atracción poderosa para una mujer buena, pero estúpida. Si posee algunas de las características de los redentores, como la mayoría de las mujeres, muy pronto ha de haberse sentido obsesionada por el fútil deseo de salvarle de sí mismo. Y en siete casos de cada diez, el primer paso para ello consiste en descender al nivel de quien se aspira a salvar.

»No creo que en un principio haya creído que descendía en lo más mínimo; una mujer buena suele creer que, haga lo que haga, su tipo peculiar de honestidad nunca puede ser mancillado. Puede compartir el lecho de un réprobo, esperando llegar por este medio a influir sobre él espiritualmente y convencerle de abandonar su vida licenciosa: la crudeza de la relación inicial no disminuye nunca su propia pureza. Esta es una observación hartamente conocida, pero debo insistir en ella una vez más: las mujeres honradas tienen una sorprendente capacidad para engañarse a sí mismas.

»En verdad considero que Mrs. Bendix era una mujer honesta antes de haber conocido a *sir Eustace*. Su dificultad residió en que se creía mucho mejor de lo que

era. Sus constantes alusiones al honor y a la lealtad, que citara Mr. Sheringham, son una prueba de ello. Estaba enamorada de su propia honestidad. También lo estaba *sir* Eustace, que probablemente nunca había gozado antes de los favores de una mujer de esta clase. La seducción de Mrs. Bendix, probablemente muy difícil, ha de haberle divertido enormemente. Tiene que haber soportado, hora tras hora, sermones sobre honor, enmienda y espiritualidad, pero estoy segura de que todo lo soportó pensando en su exquisita recompensa. Las dos primeras citas en el Hotel Fellows tienen que haberle encantado.

»Pero después tiene que haber resultado menos divertido. Mrs. Bendix descubrió tal vez que su propia honra no estaba tan inmaculada como había imaginado. Puede que haya empezado a aburrirle con sus eternos reproches contra sí misma, y llevándole a un hastío total. *Sir* Eustace continuó encontrándose con ella en el hotel, porque para un hombre de su tipo, una mujer es siempre una mujer, y posteriormente ella ya no le dejó optar. Me imagino exactamente cómo sucedió lo inevitable. Mrs. Bendix comenzó a abrigar sentimientos morbosos de culpabilidad, perdiendo de vista su entusiasmo inicial por reformar a *sir* Eustace.

»Continúan unidos porque el lugar donde se citan es propicio para ello, y parece una lástima no aprovecharlo; pero ella ha destruido el placer de ambos. Su lamentación eterna es que debe ponerse en paz con su conciencia, ya sea huyendo con él, o bien confesándole todo a su esposo, pidiéndole el divorcio, lo cual probablemente él nunca le perdonará, y casándose con *sir* Eustace tan pronto como este recupere su libertad. De cualquier manera, aunque ahora ella casi le aborrece, no puede contemplar otra solución que su unión definitiva con el seductor. ¡Conozco tan bien esa mentalidad!

»Naturalmente, para *sir* Eustace, que está trabajando tan asiduamente para enmendar su fortuna mediante un matrimonio por dinero, este plan ofrece pocos atractivos. Comienza por maldecirse a sí mismo por haber seducido a esta mujer, y luego a ella por haberse dejado seducir. Y cuanto más insiste ella, más la odia. Por fin, es posible que Mrs. Bendix haya llevado las cosas a una crisis. Tal vez oyó hablar del asunto de *miss* Wildman. Eso no debe seguir. Le anuncia a *sir* Eustace que si él no interrumpe esa relación, lo hará ella. *Sir* Eustace imagina la publicidad de todo el asunto, su propia aparición en otro juicio de divorcio, y la desaparición de todas sus esperanzas respecto de *miss* Wildman y su fortuna. Es necesario hacer algo. Pero ¿qué? Nada que no sea la muerte va a contener la lengua de esta malhadada mujer. Y ya es hora de que alguien la mate, de todos modos.

»Me encuentro aquí pisando terreno menos seguro, pero mis suposiciones me parecen lógicas, puesto que puedo presentar pruebas suficientes en su apoyo. *Sir* Eustace decide deshacerse de su amante. Lo piensa todo cuidadosamente, recuerda haber leído acerca de un caso, de varios casos, en alguna obra de criminología, cada uno de los cuales fracasó por un ínfimo error. Combinados los casos, suprimidos los errores y, sobre todo, merced al hecho de que sus relaciones con Mrs. Bendix son

ignoradas por todos, no hay posibilidad de que nadie le descubra. Esto puede parecer una teoría arriesgada, pero presentaré mis pruebas.

»Cuando me dediqué a estudiarle, di a *sir* Eustace todas las oportunidades para que desplegara todas sus artes de conquistador. Uno de sus métodos consiste en profesar un profundo interés por todo lo que agrada a la mujer que corteja en el momento. Es explicable, pues, que muy pronto descubriese en sí mismo un profundo interés, si bien latente hasta entonces, por la criminología. Le presté varios de mis libros y estoy segura de que los leyó. Entre los que tuvo en sus manos se encuentra una obra norteamericana sobre envenenamientos famosos. En ella aparecen todos los casos presentados como paralelos por miembros del Círculo, salvo lo de Marie Lafarge y Christina Edmonds.

»Hace seis semanas, aproximadamente, cuando llegué a casa una noche, mi doncella me dijo que *sir* Eustace había ido a visitarme, luego de una ausencia de meses; después de esperar unos minutos en la sala, se había marchado. Poco después del asesinato, al advertir la semejanza entre el caso Bendix y uno o dos de los norteamericanos, fui a mi biblioteca para consultar la obra que mencioné. El libro había desaparecido. Tampoco estaba allí el ejemplar de Taylor, Mr. Bradley. Pero el día que sostuve mi prolongada entrevista con el criado, vi ambos libros en la biblioteca de *sir* Eustace.

Miss Dammers se detuvo, como a la espera de comentarios.

—Entonces, el hombre merece la suerte que le espera —dijo Bradley pausadamente.

—Ya les he dicho que este crimen no es obra de un genio —dijo *miss* Dammers.

»Bien, completaré la reconstrucción del asesinato. *Sir* Eustace decide librarse de su carga, y planea lo que considera el método perfecto para lograr este fin. El nitrobenceno, que tanto parece preocupar a Mr. Bradley, tiene una explicación muy simple. *Sir* Eustace decide que el instrumento del crimen será una caja de bombones de chocolate, o mejor dicho, de bombones de licor, eligiendo instintivamente los de Mason, su marca favorita. Es un hecho significativo que recientemente haya comprado varias cajas de una libra. Luego busca un veneno cuyo sabor se mezcle bien con el de los licores. Es inevitable que pronto descubra el aceite de almendras amargas, ya que esta sustancia es usada en la elaboración de golosinas, y del aceite pasa al nitrobenceno, que es más común, más fácil de obtener, y cuyo origen es prácticamente imposible de localizar.

»Dispone encontrar a Mrs. Bendix a la hora del almuerzo, a fin de entregarle la caja de bombones que le llegaron por correo esa misma mañana, lo cual es perfectamente natural. Tendrá el testimonio del portero sobre la forma inocente en que los obtuvo. Pero en el último momento descubre una grave falla en su plan. Si le entrega los bombones personalmente, y en el hotel Fellows, se descubrirá su intimidad con ella. Rápidamente piensa en otro medio, y descubre uno mucho mejor. Comunicándose con Mrs. Bendix le cuenta un chisme relativo a su esposo y a Vera

Delorme.

»Conforme con su psicología, Mrs. Bendix deja de ver su propia situación al enterarse de esta falta menor de su esposo, e inmediatamente acepta la idea de *sir* Eustace de que llame por teléfono a Mr. Bendix, desfigurando su voz y haciéndose pasar por *miss* Delorme, a fin de comprobar por sí misma si él acepta la oportunidad de un almuerzo íntimo con la actriz al día siguiente.

»*Sir* Eustace le aconseja que diga a su esposo que le telefonará al Rainbow al día siguiente de diez y media a once. Si Bendix va al Rainbow, ella tendrá la comprobación de que este está pendiente de *miss* Delorme a cualquier hora del día. Ella sigue la iniciativa. *Sir* Eustace asegura así la presencia de Bendix en el club para el día siguiente a las diez y media. ¿Quién podrá afirmar que Bendix no estaba en el club por pura casualidad cuando *sir* Eustace comenzó a abrir el paquete que acababa de recibir?

»En cuanto a la apuesta, el factor decisivo en la entrega de los bombones, no puedo creer que haya sido simplemente una circunstancia afortunada para *sir* Eustace. Me parece demasiado perfecto para ser casual. De alguna manera, estoy segura, aunque no intentaré demostrar cómo, *sir* Eustace planeó esta apuesta de antemano. Y si lo hizo, el hecho no está en contradicción con la deducción que yo hice en un principio de que Mrs. Bendix no era tan honesta como pretendía, pues haya sido planeada de antemano o no, siempre resta el hecho de que es deshonesto hacer una apuesta cuyo resultado ya se conoce.

»Por último, seguiré el precedente establecido por los oradores anteriores, y citaré el caso que constituye el paralelo perfecto de este, según mi teoría. En mi opinión, es el caso de John Tawell, que administró ácido prúsico en una botella de cerveza a su amante, Sarah Hart, cuando se cansó de ella.

El Círculo miró a *miss* Dammers con admiración. Todos sentían que por fin estaban llegando a la clave del misterio.

Sir Charles expresó el sentimiento general.

—Si usted tiene un testimonio concreto para probar su teoría, *miss* Dammers...
—Su tono dio a entender que, en caso afirmativo, la sogá estaba ya rodeando el grueso cuello de *sir* Eustace.

—¿Quiere usted decir que las pruebas que he presentado no son bastante sólidas desde el punto de vista legal? —preguntó *miss* Dammers sin inmutarse.

—Las reconstrucciones psicológicas no tienen en verdad mucho peso para un jurado. —*Sir* Charles se refugió detrás del jurado en cuestión.

—Creo haber establecido la relación entre *sir* Eustace y el papel de cartas — señaló *miss* Dammers.

—Me temo que frente a ese único elemento de juicio, se acordaría a *sir* Eustace el beneficio de la duda. —Aparentemente *sir* Charles estaba tratando de justificar con su jerga jurídica el espíritu carente de toda intuición psicológica de su jurado imaginario.

—He demostrado la existencia de un móvil poderoso, y he establecido su relación

con un libro sobre casos similares y con un libro sobre venenos.

—Sí, es verdad. Pero lo que quiero saber es si usted tiene pruebas concretas que establezcan en forma inequívoca una relación entre *sir* Eustace, la carta, los bombones y la envoltura.

—*Sir* Eustace tiene una estilográfica Onix, y el tintero de su escritorio estaba siempre lleno de tinta Harfield —dijo *miss* Dammers sonriendo—. Estoy segura de que todavía lo está. Se supone que estuvo en el Rainbow toda la tarde y la noche anteriores al crimen, pero he descubierto que hay un período de media hora durante el cual nadie lo vio en el club. Abandonó el comedor a las nueve, y a las nueve y media un camarero le llevó un *whisky* con soda al salón. Durante el intervalo nadie sabe dónde estuvo. No estaba en el salón. ¿Dónde estaba? El portero asegura que no le vio salir ni volver a entrar. Pero hay una puerta trasera que pudo haber utilizado sin ser visto, como sucedió en efecto. Yo misma se lo pregunté, pretendiendo bromear, y me dijo que después de comer había ido a la biblioteca a consultar una obra sobre caza mayor. No supo mencionar los nombres de ningún otro socio del club que hubiese estado en la biblioteca. Agregó que desde que era socio del Rainbow nunca había visto a nadie en la biblioteca.

»En otras palabras, *sir* Eustace afirma que estuvo en la biblioteca, porque sabe que nunca hay allí nadie que pueda corroborar su afirmación. Lo que en realidad hizo durante esa media hora fue deslizarse por la puerta trasera, dirigirse apresuradamente al Strand a despachar el paquete, justamente cuando Mr. Sheringham vio a Mr. Bendix marchando en esa dirección, entrar nuevamente en el club, correr a la biblioteca a cerciorarse de que no había nadie allí, y, por último, volver al salón y pedir su *whisky* con soda para probar su presencia allí más tarde. ¿No cree usted que esta es una versión más factible que la que usted dio sobre Mr. Bendix, Mr. Sheringham?

—Debo reconocer que lo es —repuso Roger.

—¿Entonces usted no tiene pruebas concretas de todo? —se lamentó *sir* Charles—. ¿Nada que sirva para presentar ante un jurado?

—Sí, tengo pruebas —dijo *miss* Dammers tranquilamente—. Las he estado reservando hasta el fin, porque deseaba probar mi teoría, como creo haberlo hecho, sin utilizarlas. Pero esta prueba es definitiva e irrefutable. Ruego a ustedes que la examinen.

Miss Dammers extrajo de su cartera un pequeño paquete envuelto en papel castaño. Lo desenvolvió y mostró una fotografía y una hoja de papel de tamaño mediano, que parecía una carta escrita a máquina.

—La fotografía —explicó— la obtuve del Inspector Moresby hace unos días, sin decirle para qué la necesitaba. Es una copia fotostática de la carta fraguada, en tamaño natural. Deseo que todos la comparen con esta copia escrita a máquina de la carta. Comencemos por usted, Mr. Sheringham. Sírvase pasarla a los demás. Observe particularmente la «ese» ligeramente inclinada y la pequeña rotura en la «hache»

mayúscula.

En un silencio de muerte, Roger examinó detenidamente ambas copias. Los dos minutos que dedicó a ello se le antojaron dos horas a los demás. Luego las pasó a *sir* Charles, sentado a su derecha.

—No hay la menor duda de que las dos fueron escritas en la misma máquina —dijo en voz baja.

Miss Dammers no evidenció ni más ni menos emoción que anteriormente. Su voz conservaba la misma inflexión impersonal. Podría haber estado anunciando el descubrimiento de una semejanza entre dos telas para vestidos. Por su voz, nadie habría imaginado que la vida de un hombre pendía de sus palabras, tanto o más que de la soga que habría de colgarlo.

—Encontrarán la máquina de escribir en las habitaciones de *sir* Eustace —dijo por fin.

Hasta Mr. Bradley se mostró impresionado.

—Entonces, como dije, merece la suerte que le espera —dijo en un tono tan displicente, que hasta pareció ahogar un bostezo—. ¡Qué torpeza ha demostrado!

Sir Charles pasó las pruebas a su vecino.

—*Miss* Dammers —dijo solemnemente—, usted ha prestado un incalculable servicio a la sociedad. La felicito.

—Gracias, *sir* Charles —replicó *miss* Dammers tranquilamente—, mas la idea fue de Mr. Sheringham. —¡Mr. Sheringham sembró semillas cuyos frutos han sido mayores de lo que supuso!

Roger, que había esperado acrecentar su fama resolviendo el misterio él mismo, sonrió con un gesto algo forzado.

Mrs. Fielder-Flemming creyó necesario hacer su aporte al elogio unánime.

—Así se hace la historia —dijo con un gesto dramático—. Donde fracasó todo el mecanismo policial de una gran nación como la nuestra, una mujer ha descubierto el obscuro misterio. Alicia, este día pasará a la posteridad, no solo para ti, sino para el Círculo y para la Mujer.

—Gracias, Mabel —dijo *miss* Dammers lacónicamente.

Lentamente las pruebas recorrieron el trayecto en torno de la mesa y por fin volvieron a manos de *miss* Dammers. Ésta entregó ambos papeles a Roger.

—Mr. Sheringham, creo conveniente que usted se haga cargo de estas pruebas. Dejo librado el asunto a su decisión. Usted sabe tanto como yo. Como se imaginará, me resultaría muy desagradable informar personalmente a la policía. Deseo que mi nombre sea omitido de toda comunicación que usted trasmita.

Roger se frotó la barbilla.

—Creo que es factible hacerlo. Puedo entregar estos artículos al Inspector Jefe, e informarle sobre la máquina de escribir, dejando que Scotland Yard se haga cargo de todos los trámites. Lo único que interesará a la policía son estas pruebas, el móvil y el testimonio del camarero del Hotel Fellows. ¡Hum! Es mejor que vea a Moresby esta

misma noche. ¿Quiere usted acompañarme, *sir* Charles? La cosa pesaría más así.

—Encantado, encantado —dijo *sir* Charles rápidamente.

Todo el mundo adquirió una expresión solemne.

—Me imagino —dijo Mr. Chitterwick en medio de tanta solemnidad y en tono sumamente tímido—, me imagino que habría inconvenientes en postergar esta gestión durante veinticuatro horas, ¿verdad?

Roger le miró sorprendido.

—Pero ¿por qué?

—Pues... porque... —Mr. Chitterwick se movió en su asiento—, pues porque yo no he hablado todavía... Usted sabe.

Los otros cinco miembros del Círculo lo miraron sorprendidos.

Mr. Chitterwick se ruborizó intensamente.

—¡Es verdad! ¿Cómo no lo pensé antes? —dijo Roger, tratando de mostrar el mayor tacto posible—. Y... usted desea hablar, ¿no es eso?

—Tengo una teoría —dijo Mr. Chitterwick modestamente—. Yo..., yo... no quisiera hablar. Pero la verdad es que tengo mi teoría.

—Creo que no hay inconveniente en escucharla —dijo Roger, mirando a *sir* Charles.

Sir Charles acudió a salvar la situación.

—Tenga la seguridad de que deseamos oír su teoría, Mr. Chitterwick —dijo *sir* Charles—. Tenemos sumo interés en ello. Pero ¿por qué no escucharla ahora mismo, Mr. Chitterwick?

—Todavía no está completa —respondió Mr. Chitterwick, con una actitud tímida y a la vez resuelta—. Necesito veinticuatro horas para aclarar uno o dos puntos.

Sir Charles tuvo una inspiración.

—Sin duda, sin duda. Debemos reunirnos mañana y escuchar lo que va a decirnos Mr. Chitterwick. Entretanto, Mr. Sheringham y yo podemos ir a Scotland Yard.

—Preferiría que no lo hicieran —dijo Mr. Chitterwick—. Les ruego que me escuchen primero.

—Bien, supongo que veinticuatro horas no es mucho esperar, después de tanto tiempo —dijo Roger.

—No lo es, en verdad —insistió Mr. Chitterwick.

—No, no importa mucho —dijo *sir* Charles, intrigado.

—Entonces, ¿cuento con su palabra, señor presidente? —preguntó Mr. Chitterwick, melancólicamente.

—Si usted lo desea —dijo Roger fríamente.

La sesión quedó levantada, y todos se retiraron algo perplejos.



17

MR. CHITTERWICK se resistía a hablar, no cabía la menor duda de ello. Cuando a la noche siguiente Roger le cedió el uso de la palabra, Chitterwick miró a todos con aire suplicante. Pero el Círculo en pleno mantuvo su expresión glacial. Mr. Chitterwick, parecía decir dicha expresión, se está portando como un viejo tonto.

Mr. Chitterwick tosió dos o tres veces, y, por fin, se decidió a hablar.

—Señor presidente, señoras y señores: comprendo muy bien lo que están pensando, y debo pedirles indulgencia. Lo único que puedo invocar como disculpa de lo que yo mismo considero testarudez de mi parte, es que, a pesar de la convincente exposición de *miss Dammers* y de sus sólidas pruebas, no debemos olvidar los argumentos igualmente sólidos presentados con anterioridad en apoyo de otras teorías. En fin, que después de mucho reflexionar he llegado a la conclusión de que la teoría de *miss Dammers* no es tan inatacable como podría parecer a primera vista.

Salvado aquel obstáculo enorme, Mr. Chitterwick abrió y cerró los ojos, y a continuación olvidó la segunda oración, tan cuidadosamente preparada.

—Soy la persona en quien ha recaído la responsabilidad, y a la vez la buena suerte de hablar en último término. Confío en que, por lo tanto, no considerarán una libertad de mi parte que resuma las diversas conclusiones formuladas aquí, tan diferentes en sus respectivos métodos y resultados. No deseo perder tiempo volviendo exclusivamente a un camino ya recorrido. Para evitarlo, he preparado un pequeño esquema en el que mostraré las diversas teorías, analogías y presuntos asesinos presentados por ustedes. Creo que les interesará examinarlo.

Con grandes vacilaciones, Mr. Chitterwick sacó el cuadro que había preparado con tanto cuidado, y lo entregó a Mr. Bradley, sentado a su derecha. Mr. Bradley lo tomó con un gesto condescendiente y hasta se dignó ponerlo sobre la mesa para examinarlo con *miss Dammers*. Mr. Chitterwick se mostró ingenuamente halagado.

[⇒]

Investigador	Móvil	Punto de vista	Característica saliente	Método de prueba	Caso análogo	Asesino
Sir Charles Wildman	Lucro	<i>Cui Bone</i>	Papel de cartas	Inductivo	Marie Lafarge	Lady Pennefather
Mrs. Fielding-Flemming	Eliminación	<i>Cherchez la femme</i>	Triángulo amoroso	Intuitivo e Inductivo	Molineux	Sir Charles Wildman
Bradley (1)	Experimento	Detective de Novela	Nitrobenceno	Deducción científica	Doctor Wilson	Mr Bradley
Bradley (2)	Celos	Carácter de Sir Eustance	Conocimiento de criminología del asesino	Deductivo	Christina Edmonds	Mujer desconocida
Sheringham	Lucro	Carácter de Mr. Bendix	Apuesta	Deductivo e Intuitivo	Carlyle Harris	Mr. Bendix
Miss Dammers	Eliminación	Psicología de todos los personajes	Carácter del asesino	Deducción Psicológica	Tawell	Sir Eustance Pennefather
Policía	Conciencia o manía homicida	General	Rastros concretos	Rutina	Horwood	Fanático o demente desconocido

—Como verán ustedes —dijo, algo más seguro de sí mismo—, en términos concretos no hay dos miembros del Círculo que se hayan mostrado de acuerdo en ningún punto de importancia. La divergencia de opiniones y procedimientos es verdaderamente notable. Y a pesar de estas variantes, cada miembro ha sentido que la suya era la verdadera solución. Este cuadro les permitirá apreciar, más que mis propias palabras, la infinidad de posibilidades que presenta este caso, ilustrando además otra de las observaciones de Bradley, es decir, lo increíblemente sencillo que es probar lo que uno desee, mediante un proceso de selección, ya sea este consciente o inconsciente.

»Miss Dammers, especialmente, encontrará, según creo, este cuadro de particular interés. Aun cuando no soy especialista en psicología, me llamó poderosamente la atención cada una de las soluciones propuestas, por cuanto todas reflejaban la psicología individual del expositor: *sir* Charles, por ejemplo, cuya profesión le lleva naturalmente a conceder gran importancia a las pruebas materiales, no tendrá inconveniente en que señale que el ángulo desde el cual encaró el problema era el materialismo, basado en el *cui bono*, en tanto que la prueba igualmente concreta del papel de cartas era, a su juicio, la característica sobresaliente. En el otro extremo, *miss* Dammers ha considerado casi exclusivamente los factores psicológicos, y, por lo tanto, la base de su teoría es el carácter revelado subconscientemente por el asesino.

»Entre estos dos extremos, los demás miembros han prestado atención a las pruebas psicológicas o materiales en proporciones variables. Luego los métodos utilizados para sustentar cada teoría han sido diametralmente diferentes. Algunos de nosotros hemos utilizado casi exclusivamente el método inductivo, otros el deductivo, y otros, como Mr. Sheringham, una combinación de ambos. En resumen, la investigación propuesta por nuestro presidente ha sido una instructiva lección de

investigación comparada.

Mr. Chitterwick tosió, sonrió nerviosamente, y prosiguió.

—Podría haber preparado otro cuadro que no habría sido menos instructivo que este. Se trata de un cuadro sobre las diferentes deducciones hechas por cada uno de ustedes, partiendo de los elementos concretos que presentaba el caso. En su condición de autor de novelas policiales, Mr. Bradley habría hallado este cuadro particularmente interesante.

»Con frecuencia he observado —se disculpó Mr. Chitterwick ante los autores de novelas policiales en conjunto— que en los libros de este género se supone de antemano que un hecho admite solamente una determinada solución, que es invariablemente la correcta. Nadie, con excepción del detective favorito del autor, es capaz de llegar a dicha solución, y cuando la descubre, me refiero a los libros en que el detective es capaz de hacerlo, que desgraciadamente constituyen una minoría, invariablemente tiene razón. Ya *miss Dammers* dijo algo al respecto cuando presentó su ejemplo de las dos botellas de tinta.

»Como ejemplo de lo que acontece en la realidad, me referiré a la hoja de papel de la casa Mason que aparece en nuestro caso. Partiendo de este elemento de juicio, en una u otra oportunidad se formularon las siguientes conclusiones:

1. Que el asesino estaba empleado o había estado empleado en la casa Mason.
2. Que el asesino era cliente de la casa Mason.
3. Que el asesino era un impresor o bien tenía acceso a una imprenta.
4. Que el asesino era un abogado, empleado por la casa Mason.
5. Que el asesino era un pariente de un empleado de la casa Mason.
6. Que el asesino era un cliente de la casa impresora Webster.

»Del mismo elemento de juicio surgieron muchas otras deducciones, por ejemplo, que la posesión casual del papel había determinado el método del crimen, pero solo deseo destacar las conclusiones que señalaban directamente la identidad del asesino. Son por lo menos seis, como ven ustedes, todas contradictorias entre sí.

—Pienso dedicarle mi próximo libro, Mr. Chitterwick —dijo Mr. Bradley—. Del problema planteado, mi detective derivará seis conclusiones contradictorias. Probablemente terminará por arrestar a setenta y dos personas por el delito de asesinato, y finalmente se suicidará, cuando descubra que él mismo es el autor del crimen.

—Recordaré su promesa —dijo ingenuamente Mr. Chitterwick—. En verdad, una obra así se asemejaría mucho a lo que ha sucedido en este caso. Por ejemplo, yo solo les llamé la atención sobre el papel de cartas. Pero además del papel estaban el veneno, la máquina de escribir, el sello postal, la dosificación del nitrobenzeno, y

muchos otros factores. Y de cada uno de ellos sería posible formular por lo menos seis o siete conclusiones más, aparte de las señaladas por ustedes.

»Lo que ocurrió —dijo Mr. Chitterwick— es que las diferentes conclusiones obtenidas por cada uno de los miembros determinaron las diferentes soluciones propuestas.

—Pensándolo bien —dijo Mr. Bradley—, en el futuro mis detectives nunca formularán conclusiones. Será mucho más fácil para mí.

—Con estos breves comentarios sobre las soluciones propuestas hasta ahora —resumió Mr. Chitterwick—, y que espero ustedes disculparán, me apresuraré a explicar por qué pedí a Mr. Sheringham con tanta insistencia que postergase su visita a Scotland Yard.

En medio del silencio general, los miembros del Círculo expresaron en sus rostros que ya era hora de oír la explicación de Mr. Chitterwick. Este, como si adivinase los pensamientos de los oyentes, inmediatamente perdió algo de su aplomo.

—Me ocuparé muy someramente de la acusación contra *sir* Eustace presentada anoche por *miss* Dammers. Sin desear menoscabarla en lo más mínimo, debo señalar, empero, que sus dos razones para atribuir el crimen a *sir* Eustace eran, si mal no recuerdo, las siguientes: primera, *sir* Eustace es el tipo de hombre cuya imagen coincide con la que ella se había formado del asesino, y segunda, *sir* Eustace mantuvo una relación clandestina con Mrs. Bendix y tenía, sin duda, motivos poderosos para desear deshacerse de ella. Pero estas dos condiciones se cumplían solamente, e insisto en este término, solamente si el cuadro de las mutuas relaciones de la pareja presentado por *miss* Dammers era el correcto.

—Pero ¿y la máquina, Mr. Chitterwick? —exclamó Mrs. Fielder-Flemming, siempre leal a su sexo.

Mr. Chitterwick se sobresaltó.

—¡Ah, sí! La máquina. Ya me referiré a ella. Pero antes de hacerlo, deseo mencionar dos puntos que, según *miss* Dammers, constituyen pruebas concretas de la culpabilidad de *sir* Eustace. Que él acostumbra comprar bombones de la marca Mason para regalar a sus amistades femeninas, no me parece ni siquiera significativo. Si todos los que tienen este hábito cayesen bajo sospecha, Londres estaría lleno de sospechosos. Y es indiscutible que aun un asesino tan falto de imaginación como *sir* Eustace habría adoptado la precaución elemental de elegir otro vehículo para el veneno, un artículo que la gente no relacionase con sus hábitos. Por último, quiero aventurar la opinión de que *sir* Eustace no es tan tonto como *miss* Dammers supone.

»En segundo término comentaré el hecho de que la vendedora de la casa Webster haya reconocido e identificado a *sir* Eustace por una fotografía. Tampoco esto me parece, con el perdón de *miss* Dammers, tan significativo como ella señala. He comprobado —añadió Mr. Chitterwick con gran orgullo, pues estaba por probar su capacidad de actuar como los detectives de la vida real—, que *sir* Eustace adquiere su papel de cartas en la casa Webster desde hace muchos años. Hace un mes estuvo allí a

encargar una buena cantidad. Teniendo en cuenta su posición en la alta sociedad, sería raro que la vendedora que lo atendió no lo recuerde; en consecuencia, el hecho mencionado tampoco tiene importancia —terminó diciendo Mr. Chitterwick con firmeza.

»Aparte de la máquina de escribir, y tal vez del ejemplar de la obra de criminología, el caso presentado por *miss* Dammers no está basado en pruebas materiales. Hasta la coartada que ella dice haber destruido podría mantenerse en pie. No quiero ser injusto, pero creo tener justificativo al afirmar que la acusación de *miss* Dammers contra *sir* Eustace descansa exclusivamente en la prueba material de la máquina de escribir.

Mrs. Fielder-Flemming acudió rápidamente en defensa de su amiga.

—Pero usted no puede ignorar semejante prueba —dijo con impaciencia.

Mr. Chitterwick pareció contrariado.

—No creo que ignorar sea el término apropiado. No estoy tratando de refutar la teoría de *miss* Dammers por divertirme, o por simple malicia. Mi único deseo, y les ruego a ustedes que crean en mi sinceridad, es señalar al verdadero culpable. Considerado este fin, creo poder ofrecerles una explicación sobre la máquina de escribir, con la cual *sir* Eustace queda definitivamente eliminado como sospechoso.

Mr. Chitterwick parecía tan deprimido ante lo que suponía una actitud incrédula por parte de los miembros del Círculo, que Roger se sintió en la obligación de dirigirse a él amablemente.

—Estoy seguro de que podrá usted probar su teoría —dijo suavemente, como quien anima a una hija pequeña a dibujar una vaca que, aunque no se asemeje a ese animal; recuerde a cualquier otro mamífero—. Lo que ha dicho hasta ahora nos interesa mucho, Mr. Chitterwick. Esperamos ansiosamente su interpretación.

Mr. Chitterwick reaccionó inmediatamente ante la bondad de Roger.

—Pero ¿no lo han advertido ustedes? ¿Ninguno de ustedes? ¿A pesar de que yo contemplé la posibilidad desde el comienzo de la investigación? ¡Bueno, bueno! —Mr. Chitterwick se colocó los lentes y miró sonriendo a su alrededor, con su rostro redondo resplandeciente de orgullo.

—Pues bien, ¿cuál es la explicación, Mr. Chitterwick? —preguntó *miss* Dammers con su impaciencia habitual.

—Es verdad que debo comenzar de una vez. Bien, le diré a usted *miss* Dammers, que estaba equivocada, y a usted, Sheringham, que estaba en lo cierto, en cuanto a sus respectivas apreciaciones sobre la capacidad del asesino. Detrás de este crimen se oculta en realidad una mentalidad capaz y sumamente imaginativa. Las tentativas de *miss* Dammers de probar lo contrario no resisten el análisis. Y una de las formas en que se evidencia esa capacidad es la disposición de las pruebas de tal manera que, en caso de aparecer un sospechoso, este sería *sir* Eustace. La prueba de la máquina de escribir y las obras de criminología que aparecieron en el domicilio de *sir* Eustace fueron puestas allí *ex profeso* por el asesino.

Todos hicieron un brusco movimiento en sus asientos. Instantáneamente la corriente de opiniones se había vuelto favorable a Mr. Chitterwick, puesto que este estaba presentando una teoría sumamente factible.

Mr. Bradley fue el primero en ponerse a la altura de las circunstancias, y cuando habló, su tono no era tan condescendiente como de costumbre.

—¡Muy bien, Mr. Chitterwick, muy bien! Pero ¿puede usted probar lo que afirma?

—Sí, creo que sí —respondió Mr. Chitterwick, solazándose en los rayos de admiración que por fin le eran dispensados.

—Apuesto a que nos va a decir en seguida quién es el asesino —dijo Roger sonriendo.

—¡En verdad sé quién es! —repuso Mr. Chitterwick con otra sonrisa.

—¿Cómo? —dijeron cinco voces a coro.

—Lo sé, por cierto. Ustedes mismos me lo han señalado. Como me correspondió el último turno, mi tarea ha sido relativamente sencilla. Todo lo que hice fue clasificar lo falso y lo verídico en las teorías de cada uno de ustedes, y de allí..., ¡surgió la verdad!

Ante la sorpresa de todos, Chitterwick se dispuso a hablar, adoptando un tono pausado.

—Es el momento de que confiese con toda honradez que cuando nuestro presidente propuso el problema que debíamos resolver, me sentí sumamente alarmado. Carecía de toda experiencia práctica, y no sabía ni por dónde comenzar, no viendo ni un posible punto de partida. Transcurrió una semana, y yo me encontraba en la misma situación. Pero la tarde que habló *sir* Charles, su exposición me convenció totalmente. Al día siguiente, la exposición de Mrs. Fielder-Flemming también me convenció.

»Mr. Bradley no logró convencerme de que él era el asesino, pero, de haber mencionado a otra persona, me habría convencido igualmente. Comprendí, empero, que su teoría de..., de la amante repudiada debía de ser la correcta. Esta era la única idea que tenía. El crimen debía de ser obra de una de las..., las amantes abandonadas por *sir* Eustace. Pero al día siguiente, Mr. Sheringham me convenció de que Mr. Bendix era el asesino. Solo anoche, cuando *miss* Dammers expuso su teoría, comencé a vislumbrar la verdad.

—¿De modo que fui yo la única que no le convenció, Mr. Chitterwick? —preguntó *miss* Dammers sonriendo.

—Así es..., *miss* Dammers —Mr. Chitterwick vaciló unos instantes, y luego prosiguió.

»Es notable, verdaderamente notable, el hecho de que cada uno de ustedes haya descubierto en parte la verdad. Ni uno de ustedes dejó de presentar por lo menos un hecho de importancia o una deducción correcta. Afortunadamente, cuando advertí que las respectivas soluciones serían tan diversas, preparé extensas notas de todo lo

dicho, que mantuve al día diariamente al regresar a casa. Obtuve así un resumen de los resultados obtenidos por cada uno de ustedes, cuyas mentalidades son tan superiores a la mía.

—¡No, no! —protestó Mr. Bradley.

—Anoche permanecí levantado hasta muy tarde, estudiando mi resumen, separando lo verdadero de lo falso. Tal vez les interese conocer mis conclusiones al respecto —Mr. Chitterwick lanzó esta iniciativa con su acostumbrada timidez.

Todos le aseguraron que tendrían el mayor placer e interés en conocer la forma en que inadvertidamente había descubierto la verdad.



18

MR. CHITTERWICK consultó una página de sus apuntes y por un instante evidenció honda preocupación.

—*Sir Charles* —dijo—, *sir Charles*... —Era evidente que se encontraba ante el difícil problema de hallar un punto en el cual *sir Charles* no se hubiera equivocado. De pronto, pareció animarse.

»¡Ah! *sir Charles* fue el primero en señalar el importante hecho de que el papel de cartas presentaba rastros de haber sido escrito y posteriormente raspado. Esa observación resultó muy..., muy útil.

»También tuvo razón al afirmar que el proyectado divorcio de *sir Eustace* fue el factor desencadenante de la tragedia. Me temo, empero, que la conclusión que hizo no fue la correcta. Estaba en lo cierto al suponer que un criminal capaz de elaborar un plan tan ingenioso se preocuparía por prepararse una coartada, y, en efecto, existía tal coartada, para el caso de que algo no marchase bien. Pero la coartada no es la de *Lady Pennefather*.

»Mrs. Fielder-Flemming estuvo acertada al insistir en que el crimen era obra de una persona con conocimientos de criminología. Fue una observación muy oportuna, y me place informar a Mrs. Fielder-Flemming que es correcta. Además, presentó otro dato de gran valor, tan valioso para la solución verdadera como para la suya propia, cuando señaló que *sir Eustace* no estaba enamorado de Mrs. Wildman, sino que buscaba su fortuna. De no haber sido este el caso —agregó Mr. Chitterwick moviendo la cabeza—, tengo la convicción de que *miss Wildman*, en lugar de Mrs. Bendix, habría hallado la muerte.

—¡Dios mío! —exclamó *sir Charles*. Probablemente el mayor tributo recibido por Mr. Chitterwick aquella noche fue la acogida de su declaración por parte del magistrado.

—Está ya comprobado —murmuró Mr. Bradley dirigiéndose a Mrs. Fielder-Flemming—. Una amante despechada.

Mr. Chitterwick se volvió hacia Mr. Bradley.

—En cuanto a usted, Bradley, es sorprendente lo cerca que llegó usted de la

verdad. ¡Asombra! Aun en el caso contra usted mismo, muchas de sus conclusiones eran correctas. Por ejemplo, la conclusión final derivada de sus observaciones sobre el nitrobenzeno, el hecho de que el asesino debía poseer gran destreza manual, así como una mentalidad creadora y metódica. En fin, aquel hecho que en un principio consideré poco probable, el de que tenía un ejemplar de la obra de Taylor en su biblioteca.

»La cuarta condición debe ser modificada en parte y decir que el criminal tuvo oportunidad de obtener secretamente una hoja de papel de cartas de la casa Mason. Pero, en conjunto, sus doce condiciones son correctas, salvo la sexta, que no admite una coartada, y la séptima y octava, sobre la estilográfica Onix y la tinta Harfield. Mr. Sheringham tuvo razón al señalar el punto mucho más sutil de que el asesino probablemente pidió prestada la estilográfica cargada con tinta Harfield. Exactamente lo que sucedió con respecto a la máquina de escribir.

»En cuanto a su segundo caso, pues bien... —Mr. Chitterwick parecía no tener palabras para expresar su admiración frente a la segunda hipótesis presentada por Mr. Bradley—. Sus conclusiones son exactas en todos sus detalles. Usted dedujo que se trataba de un crimen cometido por una mujer, adivinó los ultrajados sentimientos femeninos que se ocultaban detrás de todo el asunto, y apoyó toda su teoría en los conocimientos de criminología del criminal. Sus deducciones han sido de una penetración sorprendente.

—En realidad —dijo Mr. Bradley, ocultando cuidadosamente su satisfacción—, hice todo lo posible, salvo descubrir al asesino.

—Sin duda —repuso Mr. Chitterwick, dando la impresión de que descubrir al asesino era un detalle de menor cuantía comparado con las facultades intuitivas de Mr. Bradley.

—Y ahora he de referirme a Mr. Sheringham.

—Por favor, no hable usted de él —imploró Roger.

—Pues su reconstrucción fue muy ingeniosa —le aseguró Mr. Chitterwick con gran seriedad—. Usted presentó el caso desde un punto de vista totalmente nuevo, al señalar que la muerta era en realidad la víctima elegida.

—Bueno, por lo menos otros miembros coincidieron conmigo —se disculpó Roger, mirando a *miss* Dammers.

—Estaba usted en lo cierto.

—¿Sí? —Roger se mostró sorprendido—. ¿Entonces, el crimen estaba dirigido contra Mrs. Bendix?

Nuevamente Mr. Chitterwick vaciló.

—¿No he hablado ya de eso? Temo que mi exposición sea sumamente desordenada. Sí, es verdad, en parte, que el crimen fue dirigido contra Mrs. Bendix, pero sería más exacto decir que las víctimas debían ser Mrs. Bendix y *sir* Eustace. Usted estuvo muy cerca de la verdad, Mr. Sheringham, salvo que reemplazó a un rival celoso por un marido celoso; y, por supuesto, tuvo razón al afirmar que el

método del crimen no fue determinado por la posesión casual del papel de cartas, como en las teorías anteriores.

—Me alegro de haber tenido razón en algo —murmuró Roger.

—Y *miss Dammers* —se inclinó Mr. Chitterwick— me ayudó mucho. Me ayudó muchísimo.

—Pero no logré convencerlo —repuso ella secamente.

—No, no logró usted convencerme —convino Mr. Chitterwick, como disculpándose—, pero su teoría fue el factor decisivo que me condujo por fin a la verdad. *Miss Dammers* presentó otro aspecto del crimen, al revelar el..., la... relación entre Mrs. Bendix y *sir Eustace*. Y, en verdad, allí residía la clave de todo el misterio.

—No puedo imaginar cómo nadie lo advirtió antes —observó *miss Dammers*—. A pesar de todo, sigo sosteniendo que las deducciones que yo hice de esa relación son correctas.

—Le ruego que me permita exponer las mías —dijo Mr. Chitterwick tímidamente.

Miss Dammers accedió a ello.

—Pues bien. Debí haber dicho que *miss Dammers* tenía razón en un aspecto importante, cuando señaló que el factor oculto detrás del crimen no era tanto la relación entre Mrs. Bendix y *sir Eustace*, sino la psicología de la primera. Esto fue lo que acarrió su muerte. *Miss Dammers* logró descubrir la relación clandestina, y su acertado análisis de las reacciones de Mrs. Bendix, creo que este es el término correcto... de las reacciones de Mrs. Bendix, repito, frente a la relación que había establecido con *sir Eustace*, es digno de nuestra admiración. Pero se equivocó al deducir ciertas conclusiones relativas al hastío creciente de *sir Eustace*.

»Me inclino a creer que *sir Eustace* compartía toda la desesperación de Mrs. Bendix, en lugar de sentir hastío. El factor importante que escapó a *miss Dammers* es que estaba profundamente enamorado de ella. Mucho más enamorado de ella, que ella de él. Este fue uno de los factores desencadenantes de la tragedia.

La actitud de los miembros del Círculo ante Mr. Chitterwick era ahora de inteligente expectativa, y todos anotaron mentalmente su declaración. Probablemente, nadie creía que había encontrado la solución correcta, y, en general, las acciones de *miss Dammers* no habían bajado en forma apreciable. Pero de todas maneras la teoría de Mr. Chitterwick era sumamente interesante.

—*Miss Dammers*, en fin, estableció otro hecho de gran importancia. Mr. Bendix fue llevado al Rainbow aquella mañana mediante un engaño, y pido perdón por el término. Pero no fue Mrs. Bendix quien le telefoneó la tarde anterior. Tampoco fue enviado al club con el objeto de que recibiese los bombones de manos de *sir Eustace*. Mr. Bendix fue enviado al club para que fuese testigo de que *sir Eustace* había recibido el paquete; eso es todo.

»La intención era, indudablemente, que Mr. Bendix relacionase a *sir Eustace* con los bombones tan pronto como cualquier persona cayese bajo sospecha, e

inmediatamente le señalase como el presunto asesino. El criminal contaba además con que el engaño de que le hacía víctima su mujer no tardaría en llegar a sus oídos, lo que sucedió posteriormente, según me han informado confidencialmente, y le causase un intenso pesar.

—¡Conque ese es el motivo de su tristeza! —comentó Roger.

—Se pensó que para entonces *sir* Eustace estaría ya muerto y no podría negar su culpabilidad, y el testimonio fue dispuesto en forma tal que se pensase inmediatamente en el asesinato de Mrs. Bendix por *sir* Eustace y en el suicidio de este. El hecho de que, dentro de nuestro conocimiento, la policía nunca sospechó de *sir* Eustace, demuestra que las investigaciones no siempre siguen el curso previsto por el asesino. En este caso —agregó Mr. Chitterwick severamente— fue excesivamente sutil.

—Si esa fue su complicada razón para llevar a Mr. Bendix al club Rainbow —observó *miss* Dammers con ironía—, solo podemos decir que su astucia dio resultados excesivos.

Evidentemente *miss* Dammers no estaba dispuesta a aceptar las conclusiones de Mr. Chitterwick, y ello no solo por motivos psicológicos.

—Es exactamente lo que sucedió —señaló suavemente Mr. Chitterwick—. ¡Ah! Mientras tratamos el tema de los bombones, debo agregar que fueron enviados al club, para que *sir* Eustace no dejase de llevarlos consigo a su cita, además de asegurar el testimonio de Bendix. Sin duda, el asesino conocía los hábitos de *sir* Eustace lo suficiente como para saber que pasaría la mañana en el club, dirigiéndose directamente a almorzar desde allí. La posibilidad de que llevase consigo los bombones predilectos de Mrs. Bendix era muy grande.

»Este crimen presenta un perfecto ejemplo de la omisión por parte del asesino de un hecho de vital importancia, omisión que, eventualmente, le ocasiona su ruina. Quiero decir que el asesino no tuvo en cuenta la posibilidad de que la cita para el almuerzo fuese cancelada. Es una mujer de excepcional inteligencia —observó Mr. Chitterwick—, y, sin embargo, no ha escapado a esta falla.

—¡Una mujer! Pero ¿quién es, Mr. Chitterwick? —preguntó ingenuamente Mrs. Fielder-Flemming.

Mr. Chitterwick le respondió con una sonrisa maliciosa.

—Todos ustedes se reservaron la identidad del asesino hasta el momento oportuno. Creo que a mí también me está permitido hacerlo.

»Bueno, creo haber aclarado la mayor parte de los puntos dudosos. El papel de Mason fue utilizado, diría yo, porque se había elegido los bombones como instrumento del crimen, y la casa Mason era la única que adquiría su papel en la imprenta de Webster. En definitiva, ello vino muy bien, puesto que invariablemente *sir* Eustace adquiría esa marca de bombones para sus..., sus amigas.

Mrs. Fielder-Flemming se mostró intrigada.

—¿Por qué Mason era la única firma que compraba papel en la imprenta de

Webster? No comprendo qué quiere usted decir.

—¡Ah! No me he explicado con claridad. Era necesario elegir una firma que adquiriese su papel comercial en la casa Webster, porque *sir* Eustace adquiriría el suyo allí. *Sir* Eustace debía ser identificado como la persona que poco antes hubiera concurrido a la imprenta, a fin de relacionarlo con la substracción de la muestra. Que fue lo que hizo *miss* Dammers, ni más ni menos.

—¡Ah! Ya comprendo. ¿Quiere usted decir que hemos estado invirtiendo el orden de los acontecimientos con respecto al papel?

—Exactamente —repuso gravemente Mr. Chitterwick.

Insensiblemente la opinión se estaba volviendo favorable a Mr. Chitterwick. Su teoría era, por lo menos, tan convincente como la de *miss* Dammers, y, por su parte, él había prescindido de toda alusión a la psicología y a los valores. Solo *miss* Dammers mantenía su actitud escéptica; pero, después de todo, de ella no se podía esperar otra.

—¿Qué hay referente al motivo, Mr. Chitterwick? —preguntó solemnemente *sir* Charles—. Usted habló de celos. No creo que haya aclarado ese punto todavía.

—¡Ah, sí! Me había olvidado de ello —Mr. Chitterwick se ruborizó—. Pensaba referirme al motivo de los celos al comenzar mi exposición. Evidentemente, soy un pésimo orador. No creo que se haya tratado de celos, sino más bien de venganza. O, por lo menos, de venganza contra *sir* Eustace, y de celos contra Mrs. Bendix. Por lo que puedo entrever, esta mujer es..., no sé cómo expresarlo. Voy a entrar en terreno muy delicado. Pero no hay más remedio. Pues bien, aunque la mujer de que se trata lo ha ocultado cuidadosamente de todas sus amistades, estaba muy enamorada de *sir* Eustace, y había llegado a ser su amante. Esto fue hace mucho tiempo.

»*Sir* Eustace también la quería, y si bien no dejaba de divertirse con otras mujeres, había un acuerdo tácito entre ambos de que ello estaba permitido siempre que los asuntos amorosos de *sir* Eustace no fueran serios. La mujer a quien me refiero, debo agregar, es muy moderna y tolerante. Aparentemente existía además el acuerdo de que se casarían tan pronto como *sir* Eustace lograra obtener el divorcio de su primera mujer, que, por otra parte, ignoraba esta relación. Pero cuando por fin se llegó a ese estado de cosas, *sir* Eustace descubrió que, debido a su apurada situación económica, le sería necesario casarse por dinero en lugar de hacerlo por amor.

»La mujer se sintió probablemente muy afectada, pero sabiendo que *sir* Eustace no amaba a..., que no estaba enamorado de *miss* Wildman, y que la unión, en cuanto a él se refería, sería de conveniencia, se reconcilió con la perspectiva. Como comprendía la necesidad en que se hallaba *sir* Eustace, no se resintió cuando apareció *miss* Wildman, a quien, en verdad, consideraba —Mr. Chitterwick titubeó— una mujer sin importancia. Nunca se le ocurrió dudar de que este arreglo no daría resultado, ni de que ella seguiría conservando el verdadero cariño de *sir* Eustace como hasta entonces.

»Pero entonces sucedió algo totalmente imprevisto. *Sir* Eustace no solo dejó de

amarla, sino que se enamoró perdidamente de Mrs. Bendix. Además, consiguió seducirla. Esto ocurrió recientemente, después que él comenzó a cortejar a *miss* Wildman. Creo que *miss* Dammers nos ha presentado un buen cuadro de las consecuencias en el caso de Mrs. Bendix, ya que no en el de *sir* Eustace.

»Pueden comprender ustedes la posición en que se encontró la otra mujer. *Sir* Eustace estaba terminando los trámites de su divorcio, y su matrimonio con la insignificante *miss* Wildman estaba ya fuera de toda posibilidad. En cambio, su matrimonio con Mrs. Bendix, cuya conciencia la hacía vivir torturada, y que veía en el divorcio de su marido, y en su consiguiente matrimonio con *sir* Eustace el único medio de resolver la situación; su matrimonio con Mrs. Bendix, la mujer verdaderamente amada, y aún más codiciable que *miss* Wildman en el aspecto pecuniario, era aparentemente inevitable. Desprecio como el que más las frases hechas, pero verdaderamente considero oportuno citar aquello de que “el infierno no tiene furias semejantes a...”.

—¿Puede probar todo esto, Mr. Chitterwick? —preguntó *miss* Dammers fríamente, interrumpiendo la conocida cita.

Mr. Chitterwick se sobresaltó.

—Yo..., yo creo que sí —dijo, no muy seguro.

—Me inclino a ponerlo en duda —observó *miss* Dammers lacónicamente.

Algo confuso ante la mirada escéptica de *miss* Dammers, Mr. Chitterwick continuó su explicación.

—Pues bien, *sir* Eustace, cuya amistad me he tomado el trabajo de cultivar recientemente... —Mr. Chitterwick se estremeció como si la amistad no le trajese recuerdos gratos—. Pues bien, por unos cuantos indicios que *sir* Eustace me ha dado inconscientemente..., es decir, hoy a la hora del almuerzo le interrogué con tanto disimulo como me fue posible, pues mi conclusión acerca de la identidad de la asesina ya estaba hecha, y, en realidad..., él dejó escapar inadvertidamente unos pocos datos, aparentemente triviales, que...

—Lo dudo —dijo *miss* Dammers bruscamente. Mr. Chitterwick se sobresaltó. Roger acudió a socorrerle.

—Bueno, dejemos la cuestión de las pruebas, por ahora. Mr. Chitterwick, supongamos que su reconstrucción de los hechos sea simplemente imaginativa. Había llegado usted al punto en que el matrimonio entre *sir* Eustace y Mrs. Bendix era inevitable.

—Sí, sí. Pues bien, la asesina llegó a una terrible decisión y comenzó a preparar su ingenioso plan. Creo que ya les he explicado esa parte. Su derecho a entrar en las habitaciones de *sir* Eustace le permitió escribir una carta en la máquina mientras él se encontraba ausente. Tiene además una gran capacidad de imitación y no le resultó difícil imitar la voz que tendría una persona como *miss* Delorme, cuando telefoneó a Mrs. Bendix.

—Mr. Chitterwick, ¿alguien de nosotros conoce a esta mujer? —preguntó Mrs.

Fielder-Flemming inesperadamente.

Mr. Chitterwick evidenció una actitud más desconcertada que nunca.

—Sí..., es decir, ustedes deben recordar que fue ella quien colocó los libros de *miss Dammers* en las habitaciones de *sir Eustace*.

—Tendré que cuidarme más de mis amigas en el futuro —dijo *miss Dammers* sarcásticamente.

—Una ex amante de *sir Eustace*, ¿eh? —murmuró Roger, recorriendo mentalmente los nombres que podía recordar de aquella lista interminable.

—Efectivamente. Tuvo una gran habilidad al ocultar esta relación; tan bien lo hizo, que no creo que nadie lo sospechase.

—¿Y aparentemente no se conocían entre sí? —insistió Mrs. Fielder-Flemming—. ¿Nunca fueron vistos juntos?

—Sí, en un momento fueron vistos juntos en todas partes —dijo Mr. Chitterwick, mirando a todos como si se sintiese acorralado—. Y con mucha frecuencia. Luego, según parece, decidieron que era mejor fingir una ruptura y... encontrarse secretamente.

—¿No es hora ya de que nos dé el nombre de la asesina? —preguntó *sir Charles* con voz sonora, adoptando su mejor actitud de magistrado.

Mr. Chitterwick buscó desesperadamente una salida.

—Es extraño lo que sucede. Los asesinos rara vez se conforman con dejar las cosas como están —dijo en tono agitado—. Este es un hecho muy frecuente. Estoy seguro de que nunca habría llegado a descubrir la verdad si la asesina hubiese dejado las cosas como estaban, de acuerdo con el admirable plan. Pero cuando trató de atribuir la culpa a otra persona, malogró el éxito de su plan. Verdaderamente, con la inteligencia que demostró en todo momento, tendría que haberse mantenido por encima de esos recursos. ¿Por qué no aceptar un fracaso parcial? ¿Por qué tentar a la suerte? Era inevitable que surgiesen dificultades; inevitable.

Mr. Chitterwick estaba en el colmo de la confusión. Sumamente nervioso, hojeaba sus apuntes y se movía continuamente en su asiento. Las miradas que lanzaba a todos los presentes eran conmovedoras. Pero el objeto de su ruego silencioso seguía siendo un misterio.

—Esto es muy difícil. No sé qué hacer. Es mejor que aclare los puntos que restan, de modo que a continuación me referiré a la coartada.

»En mi opinión, la coartada fue resultado de un impulso posterior. La calle Southampton se halla equidistante del Cecil y del Savoy, ¿no es verdad? Yo estoy enterado de que la mujer de quien hablo tenía una amiga, una mujer desprovista de prejuicios. Esta mujer sale continuamente en viajes de exploración, generalmente sola. Nunca permanece en Londres más de una o dos noches, y yo diría que es el tipo de mujer que rara vez lee un periódico. Si lo hace, no creo que divulgue ninguna sospecha que le despierte su lectura, especialmente cuando la sospecha se refiere a una de sus amigas.

»He establecido que inmediatamente antes del crimen esta mujer, cuyo nombre es Jane Harding, permaneció dos noches en el Hotel Savoy y luego partió con destino al África, la mañana en que fueron entregados los bombones. De allí se dirigiría a América del Sur, y en este momento no tengo la menor idea de su paradero. Tampoco la tiene nadie. Pero se sabe que había llegado a Londres desde París, donde había permanecido una semana.

»La asesina sabía probablemente de este viaje a Londres, de modo que salió apresuradamente para París. Debo señalar que en este punto estoy haciendo simples suposiciones. Fue muy sencillo pedir a esta señora que despachase el paquete en Londres, ya que el franqueo desde Francia era mucho mayor, así como asegurarse de que fuese entregado en la mañana de la cita de Mrs. Bendix, pretextando que era un regalo de cumpleaños y que..., que... debía ser despachado en forma de que llegase a destino aquel día.

Mr. Chitterwick pasó su pañuelo por la frente y miró a Roger con expresión patética. Este se limitó a mirarle a su vez con gran consternación.

—¡Esto es tan..., tan... difícil! En fin..., creo haber probado a entera satisfacción de ustedes que...

Miss Dammers se había puesto de pie y estaba recogiendo tranquilamente su cartera y sus pieles.

—Lo lamento, pero tengo un compromiso. ¿Puedo retirarme, señor presidente?

—Desde luego —dijo Roger sorprendido.

Cuando llegó a la puerta, *miss Dammers* se volvió.

—Siento no poder quedarme a oír el resto de su exposición, Mr. Chitterwick. Pero, antes de retirarme, debo decirle que dudo de que usted pueda probar nada.

Dicho esto, salió de la habitación.

—Tiene razón —dijo Mr. Chitterwick, mirándola con expresión petrificada—. Estoy seguro de que no puedo probar nada. Y a pesar de ello, no hay la menor duda, la más mínima duda.

—¿No querrá usted decir que...? —exclamó Mrs. Fielder-Flemming con voz súbitamente estridente.

Mr. Bradley fue el primero en recobrase.

—De modo que, después de todo, teníamos un criminólogo práctico entre nosotros —dijo con voz lánguida, pero sin rastros de su acento de Oxford—. Qué interesante, ¿no?

Una vez más reinó el silencio en el Círculo.

—Y ahora —preguntó el presidente—, ¿qué diablo haremos?

Nadie supo decirlo.

— FIN —



Colección de «El séptimo círculo»

1. *LA BESTIA DEBE MORIR* (*The Beast Must Die*), Nicholas Blake, 1945^[5]
2. *LOS ANTEOJOS NEGROS* (*The Black Spectacles*), John Dickson Carr, 1945
3. *LA TORRE Y LA MUERTE* (*Lament for a Maker*), Michael Innes, 1945
4. *UNA LARGA SOMBRA* (*The Long Shadow*), Anthony Gilbert, 1945
5. *PACTO DE SANGRE* (*Double Indemnity*), James M. Cain, 1945
6. *EL ASESINO DE SUEÑO* (*The Murderer of Sleep*), Milward Kennedy, 1945
7. *LAURA* (*Laura*), Vera Caspary, 1945
8. *LA MUERTE GLACIAL* (*Corpse in Cold Storage*), Milward Kennedy, 1945
9. *EXTRAÑA CONFESIÓN* (*Novosti dnia*), Anton Chejov, 1945
10. *MI PROPIO ASESINO* (*My Own Murderer*), Richard Hull, 1945
11. *EL CARTERO LLAMA DOS VECES* (*The Postman Always Rings Twice*), James M. Cain, 1945
12. *EL SEÑOR DIGWEED Y EL SEÑOR LUMB* (*Mr. Digweed and Mr. Lumb*), Eden Phillpotts, 1945
13. *LOS TONELES DE LA MUERTE* (*There's Trouble Brewing*), Nicholas Blake, 1945
14. *EL ASESINO DESVELADO*, Enrique Amorim, 1945
15. *EL MINISTERIO DEL MIEDO* (*The Ministry of Fear*), Graham Greene, 1945
16. *ASESINATO EN PLENO VERANO* (*Midsummer Murder*), Clifford Witting, 1945
17. *ENIGMA PARA ACTORES* (*Puzzle for Players*), Patrick Quentin, 1946
18. *EL CRIMEN DE LAS FIGURAS DE CERA* (*The Waxworks Murder*), John Dickson Carr, 1946
19. *LA GENTE MUERE DESPACIO* (*The Case of the Tea-Cosy's Aunt*), Anthony Gilbert, 1946
20. *EL ESTAFADOR* (*The Embezzler*), James M. Cain, 1946
21. *ENIGMA PARA TONTOS* (*A Puzzle for Fools*), Patrick Quentin, 1946
22. *LA SOMBRA DEL SACRISTÁN* (*Black Beadle*), E. C. R. Lorac, 1946
23. *LA PIEDRA LUNAR* (*The Moonstone*), Wilkie Collins, 1946
24. *LA NOCHE SOBRE EL AGUA* (*Night Over Fitch's Pond*), Cora Jarret, 1946
25. *PREDILECCIÓN POR LA MIEL* (*A Taste for Honey*), H. F. Heard, 1946
26. *LOS OTROS Y EL RECTOR* (*Death at the President's Lodging*), Michael Innes, 1946
27. *EL MAESTRO DEL JUICIO FINAL* (*Der Meister des Jüngsten Tages*), Leo Perutz,

1946

28. *CUESTIÓN DE PRUEBAS (A Question of Proof)*, Nicholas Blake, 1946
29. *EN ACECHO (The Stoat)*, Lynn Brock, 1946
30. *LA DAMA DE BLANCO (2 tomos) (The Woman in White)*, Wilkie Collins, 1946
31. *LOS QUE AMAN, ODIAN*, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo, 1946
32. *LA TRAMPA (The Mouse Who Wouldn't Play Ball)*, Anthony Gilbert, 1946
33. *HASTA QUE LA MUERTE NOS SEPARE (Till Death Do Us Part)*, John Dickson Carr, 1946
34. *¡HAMLET, VENGANZA! (Hamlet, revenge!)*, Michael Innes, 1946
35. *¡OH, ENVOLTURA DE LA MUERTE! (Thou Shell of Death)*, Nicholas Blake, 1947
36. *JAQUE MATE AL ASESINO (Checkmate to Murder)*, E. C. R. Lorac, 1947
37. *LA SEDE DE LA SOBERBIA (The Seat of the Scornful)*, John Dickson Carr, 1947
38. *ERAN SIETE (They Were Seven)*, Eden Phillpotts, 1947
39. *ENIGMA PARA DIVORCIADAS (Puzzle for Wantons)*, Patrick Quentin, 1947
40. *EL HOMBRE HUECO (The Hollow Man)*, John Dickson Carr, 1947
41. *LA LARGA BÚSQUEDA DEL SEÑOR LAMOUSSET (The Two of Diamonds)*, Lynn Brock, 1947
42. *LOS ROJOS REDMAYNE (The Red Redmaynes)*, Eden Phillpotts, 1947
43. *EL HOMBRE DEL SOMBRERO ROJO (The Man in the Red Hat)*, Richard Keverne, 1947
44. *ALGUIEN EN LA PUERTA (Somebody at the Door)*, Raymond Postgate, 1947
45. *LA CAMPANA DE LA MUERTE (The Bell of Death)*, Anthony Gilbert, 1948
46. *EL ABOMINABLE HOMBRE DE NIEVE (The Case of the Abominable Snowman)*, Nicholas Blake, 1948
47. *EL INGENIOSO SEÑOR STONE (The Ingenious Mr. Stone)*, Robert Player, 1948
48. *EL ESTRUENDO DE LAS ROSAS*, Manuel Peyrou, 1948
49. *VEREDICTO DE DOCE (Verdict of Twelve)*, Raymond Postgate, 1948
50. *ENIGMA PARA DEMONIOS (Puzzle for Fiends)*, Patrick Quentin, 1948
51. *ENIGMA PARA FANTOCHES (Puzzle for Puppets)*, Patrick Quentin, 1949
52. *EL OCHO DE ESPADAS (The Eight of Swords)*, John Dickson Carr, 1949
53. *UNA BALA PARA EL SEÑOR THOROLD (The Public School Murder)*, R. C. Woodthorpe, 1949
54. *RESPUESTA PAGADA (Reply Paid)*, H. F. Heard, 1949
55. *EL PESO DE LA PRUEBA (The Weight of the Evidence)*, Michael Innes, 1949
56. *ASESINATO POR REFLEXIÓN (Murder by Reflection)*, H. F. Heard, 1949
57. *¡NO ABRAS ESA PUERTA! (Don't Open the Door!)*, Anthony Gilbert, 1949
58. *¿FUE UN CRIMEN? (Was it Murder?)*, James Hilton, 1949
59. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS (The Poisoned Chocolates Case)*, Anthony Berkeley, 1949

60. *EL QUE SUSURRA (He who Whispers)*, John Dickson Carr, 1949
61. *ENIGMA PARA PEREGRINOS (Puzzle for Pilgrims)*, Patrick Quentin, 1949
62. *EL DUEÑO DE LA MUERTE (Trial and Error)*, Anthony Berkeley, 1949
63. *CORRIENDO HACIA LA MUERTE (Run to Death)*, Patrick Quentin, 1949
64. *LAS CUATRO ARMAS FALSAS (The Four False Weapons)*, John Dickson Carr, 1950
65. *LEVANTE USTED LA TAPA (Lift up the Lid)*, Anthony Gilbert, 1950
66. *MARCHA FÚNEBRE EN TRES CLAVES (Dead March in Three Keys)*, Peter Curtis (Norah Lofts), 1950
67. *MUERTE EN EL OTRO CUARTO (Death in the Wrong Room)*, Anthony Gilbert, 1950
68. *CRIMEN EN LA BUHARDILLA (The Attic Murder)*, Sidney Fowler, 1950
69. *EL ALMIRANTE FLOTANTE (The Floating Admiral)*, "Detection Club", 1950
70. *EL BARBERO CIEGO (The Blind Barber)*, John Dickson Carr, 1950
71. *ADIÓS AL CRIMEN (Goodbye to Murder)*, Donald Henderson, 1950
72. *EL TERCER HOMBRE - EL ÍDOLO CAÍDO (The Third Man - The Fallen Idol)*, Graham Greene, 1950
73. *UNA INFORTUNADA MÁS (One More Unfortunate)*, Edgar Lustgarten, 1950
74. *MIS MUJERES MUERTAS (My Late Wives)*, John Dickson Carr, 1950
75. *MEDIDA PARA LA MUERTE (Measure for Murder)*, Clifford Witting, 1951
76. *LA CABEZA DEL VIAJERO (Head of a Traveller)*, Nicholas Blake, 1951
77. *EL CASO DE LAS TROMPETAS CELESTIALES (The Case of the Angel's Trumpets)*, Michael Burt, 1951
78. *EL MISTERIO DE EDWIN DROOD (The Mystery of Edwin Drood)*, Charles Dickens, 1951
79. *HUÉSPED PARA LA MUERTE (Tenant for Death)*, Cyril Hare, 1951
80. *UNA VOZ EN LA OSCURIDAD (A Voice From the Dark)*, Eden Phillpotts, 1951
81. *LA PUNTA DEL CUCHILLO (The Knife Will Fall)*, Marten Cumberland, 1951
82. *CAÍDOS EN EL INFIERNO (Headlong from Heaven)*, Michael Valbeck, 1951
83. *TODO SE DERRUMBA (All Fall Down)*, L. A. G. Strong, 1951
84. *LEGAJO FLORENCE WHITE (Folio on Florence White)*, Will Oursler, 1951
85. *EN LA PLAZA OSCURA (Above the Dark Circus)*, Hugh Walpole, 1951
86. *PRUEBA DE NERVIOS (A Matter of Nerves)*, Richard Hull, 1952
87. *EL BUSCADOR (The Follower)*, Patrick Quentin, 1952
88. *EL HOMBRE QUE ELUDIÓ EL CASTIGO (The Man Who Got Away With It)*, Bernice Carey, 1952
89. *EL RATÓN DE LOS OJOS ROJOS (The Mouse With Red Eyes)*, Elizabeth Eastman, 1952
90. *PAGARÁS CON MALDAD (Do Evil in Return)*, Margaret Millar, 1952
91. *MINUTO PARA EL CRIMEN (Minute for Murder)*, Nicholas Blake, 1952

92. *VEREDICTOS DISCUTIDOS (Verdict in Dispute)*, Edgar Lustgarten, 1952
93. *PELIGRO EN LA NOCHE (Don't Go Out After Dark)*, Norman Berrow, 1952
94. *LOS SUICIDIOS CONSTANTES (The Case of the Constant Suicides)*, John Dickson Carr, 1952
95. *EL CASO DE LA JOVEN ALOCADA (The Case of the Fast Young Lady)*, Michael Burt, 1952
96. *¿ES USTED EL ASESINO? (Monsieur Larose, est-il l'assassin?)*, Fernand Crommelynck, 1952
97. *EL SOLITARIO (La Brute)*, Guy Des Cars, 1952
98. *EL CASO DEL JESUITA RISUEÑO (The Case of the Laughing Jesuit)*, Michael Burt, 1952
99. *BEDELIA (Bedelia)*, Vera Caspary, 1953
100. *PESADILLA EN MANHATTAN (Nightmare in Manhattan)*, Thomas Walsh, 1953
101. *EL ASESINO DE MI TÍA (The Murder of My Aunt, Richard Hull)*, 1953
102. *BAJO EL SIGNO DEL ODIO*, Alexander Rice Guinness (Alejandro Ruiz Guiñazú), 1953
103. *BRAT FARRAR (Brat Farrar)*, Josephine Tey, 1953
104. *LA VENTANA DE JUDAS (The Judas Window)*, John Dickson Carr, 1953
105. *LAS REJAS DE HIERRO (The Iron Gates)*, Margaret Millar, 1953
106. *MIEDO A LA MUERTE (Fear of Death)*, Anna Mary Wells, 1953
107. *MUERTE EN CINCO CAJAS (Death in Five Boxes)*, John Dickson Carr, 1953
108. *MÁS EXTRAÑO QUE LA VERDAD (Stranger Than Truth)*, Vera Caspary, 1953
109. *CUENTA PENDIENTE (Payment Deferred)*, C. S. Forester, 1953
110. *LA ESTATUA DE LA VIUDA (Night at the Mocking Widow)*, John Dickson Carr, 1953
111. *UNA MORTAJA PARA LA ABUELA (A Shroud For Grandmama)*, Gregory Tree, 1954
112. *ARENAS QUE CANTAN (The Singing Sands)*, Josephine Tey, 1954
113. *MUERTE EN EL ESTANQUE (Rose's Last Summer)*, Margaret Millar, 1954
114. *LOS GOUPI (Goupi-Mains rouges)*, Pierre Very, 1954
115. *TRAGEDIA EN OXFORD (An Oxford Tragedy)*, J. C. Masterman, 1954
116. *PASAPORTE PARA EL PELIGRO (Passport to Peril)*, Robert Parker, 1954
117. *EL SEÑOR BYCULLA (Mr. Byculla)*, Eric Linklater, 1954
118. *EL HUECO FATAL (The Dreadful Hollow)*, Nicholas Blake, 1954
119. *EL CRIMEN DE LA CALLE NICHOLAS (The Key to Nicholas Street)*, Stanley Ellin, 1954
120. *EL CUARTO GRIS (The Grey Room)*, Eden Phillpotts, 1954
121. *LA MUERTE TOCA EL GRAMÓFONO (Death Plays the Gramophone)*, Marjorie Stafford, 1954
122. *BLANDO POR DENTRO (Soft at the Centre)*, Eric Warman, 1955

- ‡23. *LA MUERTE BAJA EN EL ASCENSOR*, María Angélica Bosco, 1955
- ‡24. *LA LÍNEA SUTIL (The Thin Line)*, Edward Atiyah, 1955
- ‡25. *EL CÍRCULO SE ESTRECHA (The Narrowing Circle)*, Julian Symons, 1955
- ‡26. *SCOLOMBE MUERE (Scolombe Dies)*, L. A. G. Strong, 1955
- ‡27. *SIMIENDE PERVERSA (The Bad Seed)*, William March, 1955
- ‡28. *SOY UN FUGITIVO (I'm a Fugitive From a Georgia Chain Gang!)*, Robert Burns, 1955
- ‡29. *CLAVES PARA CRISTABEL (Clues for Christabel)*, Mary Fitt, 1955
- ‡30. *SUSURRO EN LA PENUMBRA (The Whisper in the Gloom)*, Nicholas Blake, 1955
- ‡31. *EL FALSO ROSTRO (False Face)*, Vera Caspary, 1955
- ‡32. *EL CASO MÁS DIFÍCIL (Per Hills Schwerster Fall)*, Richard Katz, 1956
- ‡33. *EL 31 DE FEBRERO (The 31st of February)*, Julian Symons, 1956
- ‡34. *LA MUJER SIN PASADO (La femme sans passé)*, Serge Groussard, 1956
- ‡35. *UN CRIMEN INGLÉS (An English murder)*, Cyril Hare, 1956
- ‡36. *EL SIETE DEL CALVARIO (The Case of the Seven of Calvary)*, Anthony Boucher, 1956
- ‡37. *EL OJO FUGITIVO (The Fugitive Eye)*, Charlotte Jay, 1956
- ‡38. *EL MUERTO INSEPULTO (Dead and not Buried)*, H. F. M. Prescott, 1956
- ‡39. *MI HIJO, EL ASESINO (My Son, the Murderer)*, Patrick Quentin, 1956
- ‡40. *EL BÍGAMO (The Man with Two Wives)*, Patrick Quentin, 1957
- ‡41. *EL RELOJ DE LA MUERTE (Death Watch)*, John Dickson Carr, 1957
- ‡42. *EL MUERTO EN LA COLA (The Man in the Queue)*, Josephine Tey, 1957
- ‡43. *EL CASO DE LA MOSCA DORADA (The Case of the Gilded Fly)*, Edmund Crispin, 1957
- ‡44. *TRASBORDO A BABILONIA (Change Here for Babylon)*, Nina Bawden, 1957
- ‡45. *LA MARAÑA (A Tangled Web)*, Nicholas Blake, 1958
- ‡46. *LA PUERTA DE LA MUERTE (Lying at Death's Door)*, Marten Cumberland, 1958
- ‡47. *EL HOMBRE EN LA RED (The Man in the Net)*, Patrick Quentin, 1958
- ‡48. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1958
- ‡49. *PATRICK BUTLER, POR LA DEFENSA (Patrick Butler for the Defence)*, John Dickson Carr, 1958
- ‡50. *LOS RICOS Y LA MUERTE (The Rich Die Hard)*, Beverley Nichols, 1958
- ‡51. *CIRCUNSTANCIAS SOSPECHOSAS (Suspicious Circumstances)*, Patrick Quentin, 1959
- ‡52. *ASESINATO EN MI CALLE (Murder on My Street)*, Edwin Lanham, 1959
- ‡53. *TRAGEDIA EN LA JUSTICIA (Tragedy at Law)*, Cyril Hare, 1959
- ‡54. *LA COLUMNATA INTERMINABLE (The Endless Colonnade)*, Robert Harling, 1959
- ‡55. *VIOLENCIA (Violence)*, Cornell Woolrich, 1960
- ‡56. *LA SOMBRA DE LA CULPA (Shadow of Guilty)*, Patrick Quentin, 1960

157. *UN PUÑAL EN MI CORAZÓN (A Penknife in My Heart)*, Nicholas Blake, 1960
158. *FANTASÍA Y FUGA (Fantasy and Fugue)*, Roy Fuller, s.d., 1960
159. *EL CRUCERO DE LA VIUDA (The Widow's Cruise)*, Nicholas Blake, 1960
160. *LAS PAREDES OYEN (The Listening Walls)*, Margaret Millar, 1960
161. *LA DAMA DEL LAGO (Lady in the Lake)*, Raymond Chandler, 1960
162. *MUERTE POR TRIPLICADO (Death in Triplicate)*, E. C. R. Lorac, 1960
163. *EL MONSTRUO DE OJOS VERDES (The Green-Eyed Monster)*, Patrick Quentin, 1961
164. *TRES MUJERES (Three Women)*, Wallace Reyburn, 1961
165. *EVVIE (Evvie)*, Vera Caspary, 1961
166. *LUGARES OSCUROS (The Dark Places)*, Alex Fraser, 1961
167. *ASESINATO A PEDIDO (Murder by Request)*, Beverley Nichols, 1961
168. *LA SENDA DEL CRIMEN (The Progress of a Crime)*, Julian Symons, 1962
169. *VUELTA A ESCENA (Return to the Scene)*, Patrick Quentin, 1962
170. *PESE AL TRUENO (In Spite of Thunder)*, John Dickson Carr, 1962
171. *EL GUSANO DE LA MUERTE (The Worm of Death)*, Nicholas Blake, 1963
172. *SEMEJANTE A UN ÁNGEL (How Like an Angel)*, Margaret Millar, 1963
173. *SANATORIO DE ALTURA*, Max Duplan (Eduardo Morera), 1963
174. *CLARO COMO EL AGUA (The Nose on My Face)*, Laurence Payne, 1963
175. *EL MARIDO (The Husband)*, Vera Caspary, 1963
176. *EL ARMA MORTAL (Deadly Weapon)*, Wade Miller, 1964
177. *LA ANGUSTIA DE MRS. SNOW (The Ordeal of Mrs. Snow)*, Patrick Quentin, 1964
178. *Y LUEGO EL MIEDO (And Then Came Fear)*, Marten Cumberland, 1964
179. *UN LOTO PARA MISS QUON (A Lotus for Miss Quon)*, James Hadley Chase, 1964
180. *NACIDA PARA VÍCTIMA (Born Victim)*, Hillary Waugh, 1964
181. *LA PARTE CULPABLE (Guilty Party)*, John Burke, 1964
182. *LA BURLA SINIESTRA (The Deadly Joker)*, Nicholas Blake, 1965
183. *¿HAY ALGO MEJOR QUE EL DINERO? (What's Better Than Money?)*, James Hadley Chase, 1965
184. *UN LADRÓN EN LA NOCHE (A Thief in the Night)*, Thomas Walsh, 1965
185. *UN ATAÚD DESDE HONG KONG (A Coffin From Hong Kong)*, James Hadley Chase, 1965
186. *APELACIÓN DE UN PRISIONERO (Prisoner's Plea)*, Hillary Waugh, 1966
187. *BESA AL ÁNGEL DE LAS TINIEBLAS (Kiss the Dark Angel)*, Maurice Moiseiwitsch, 1966
188. *EL ESCALOFRÍO (The Chill)*, Ross MacDonald, 1966
189. *PELIGRO EN LA CASA VECINA (Danger Next Door)*, Patrick Quentin, 1966
190. *ESCONDER A UN CANALLA (To Hide a Rogue)*, Thomas Walsh, 1966
191. *TRASATLÁNTICO "ASESINATO" (S.S. Murder)*, Patrick Quentin, 1966

192. *NO HAY ESCONDITE (No Hiding Place)*, Edwin Lanham, 1966
193. *EL ÁNGEL CAÍDO (Fallen Angel)*, Howard Fast, 1966
194. *FUEGO QUE QUEMA (Fire, Burn!)*, John Dickson Carr, 1966
195. *AL ACECHO DEL TIGRE (Waiting for a Tiger)*, Ben Healey, 1966
196. *EL ESQUELETO DE LA FAMILIA (Family Skeletons)*, Patrick Quentin, 1967
197. *LA TRISTE VARIEDAD (The Sad Variety)*, Nicholas Blake, 1967
198. *LOS RASTROS DE BRILLHART (The Traces of Brillhart)*, Herbert Brean, 1967
199. *UN INGENUO MÁS (Just Another Sucker)*, James Hadley Chase, 1967
200. *DINERO NEGRO (Black Money)*, Ross MacDonald, 1967
201. *LA JOVEN DESAPARECIDA (Girl on the Run)*, Hillary Waugh, 1967
202. *UNA RADIANTE MAÑANA ESTIVAL (One Bright Summer Morning)*, James Hadley Chase, 1967
203. *UN FRAGMENTO DE MIEDO (A Fragment of Fear)*, John Bingham, 1967
204. *EL CODO DE SATANÁS (The House at Satan's Elbow)*, John Dickson Carr, 1967
205. *LA CAÍDA DE UN CANALLA (The Way the Cookie Crumbles)*, James Hadley Chase, 1967
206. *EL OTRO LADO DEL DÓLAR (The Far Side of the Dollar)*, Ross MacDonald, 1968
207. *CAÑONES Y MANTECA (Gun Before Butter)*, Nicholas Freeling, 1968
208. *LA MAÑANA DESPUÉS DE LA MUERTE (The Morning After Death)*, Nicholas Blake, 1968
209. *FRUTO PROHIBIDO (You Find Him - I'll Fix Him)*, James Hadley Chase, 1968
210. *PRESUNTAMENTE VIOLENTO (Believed Violent)*, James Hadley Chase, 1968
211. *LA HERIDA ÍNTIMA (The Private Wound)*, Nicholas Blake, 1968
212. *EL HOMBRE AUSENTE (The Missing Man)*, Hillary Waugh, 1969
213. *LA OREJA EN EL SUELO (An Ear to the Ground)*, James Hadley Chase, 1969
214. *FIN DE CAPÍTULO (End of Chapter)*, Nicholas Blake, 1969
215. *30 MANHATTAN EAST (30 Manhattan East)*, Hillary Waugh, 1969
216. *LOS RICOS Y LA MUERTE*, Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares, 1969
217. *EL ENEMIGO INSÓLITO (The Instant Enemy)*, Ross MacDonald, 1969
218. *OSCURIDAD EN LA LUNA (Dark of the Moon)*, John Dickson Carr, 1970
219. *EL FIN DE LA NOCHE (The End of the Night)*, John D. MacDonald, 1970
220. *EL DERRUMBE (The Breakdown)*, John Boland, 1970
221. *TRATO HECHO (You Have Yourself a Deal)*, James Hadley Chase, 1970
222. *¡TSING-BOUM! (Tsing-Boum!)*, Nicholas Freeling, 1970
223. *CORRA CUANDO DIGA: ¡YA! (Run When I Say Go)*, Hillary Waugh, 1970
224. *Y AHORA QUERIDA... (Well Now - My Pretty)*, James Hadley Chase, 1970
225. *MUERTE Y CIRCUNSTANCIA (Death and Circumstance)*, Hillary Waugh, 1970
226. *VENENO PURO (Pure Poison)*, Hillary Waugh, 1970

27. *LA MIRADA DEL ADIÓS (The Goodbye Look)*, Ross MacDonald, 1970
28. *LA ÚNICA MUJER EN EL JUEGO (The Only Girl in the Game)*, John D. MacDonald, 1970
29. *BESA Y MATA (Kiss and Kill)*, Ellery Queen, 1971
30. *ASESINATOS EN LA UNIVERSIDAD (The Campus Murders)*, Ellery Queen, 1971
31. *EL OLOR DEL DINERO (The Whiff of Money)*, James Hadley Chase, 1971
32. *PLAZO: AL AMANECER (Deadline at Dawn)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1971
33. *ZIGZAGS*, Paul Andreota, 1971
34. *LOS JUEVES DE LA SEÑORA JULIA (I giovedì della signora Giulia)*, Piero Chiara, 1971
35. *LAS MUJERES SE DEDICAN AL CRIMEN (A Lessons for Ladies)*, Ben Healey, 1971
36. *SÓLO MONSTRUOS (Beyond This Point Are Monsters)*, Margaret Millar, 1971
37. *MEDIODÍA DE ESPECTROS (The Ghosts' High Noon)*, John Dickson Carr, 1971
38. *ALGO EN EL AIRE (Something In The Air)*, John A. Graham, 1971
39. *EL ÚLTIMO TIMBRE (The Last Doorbell)*, Joseph Harrington, 1971
40. *UN AGUJERO EN LA CABEZA (Like a Hole in the Head)*, James Hadley Chase, 1971
41. *CARA DESCUBIERTA (The Naked Face)*, Sidney Sheldon, 1972
42. *NO QUISIERA ESTAR EN TUS ZAPATOS (I Wouldn't Be in Your Shoes)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1972
43. *EL ROBO DEL CEZANNE (The Aldeburg Cézanne)*, John A. Graham, 1972
44. *COSTA BÁRBARA (The Barbarous Coast)*, Ross MacDonald, 1972
45. *ACERTAR CON LA PREGUNTA (Ask the Right Question)*, Michael Z. Lewin, 1972
46. *EL PULPO (La pieuvre)*, Paul Andreota, 1972
47. *MANSIÓN DE MUERTE (Deadly Hall)*, John Dickson Carr, 1972
48. *PELIGROSO SI ANDA SUELTO (No Safe to be Free)*, James Hadley Chase, 1972
49. *EL FIN DE LA PERSECUCIÓN (Run Down the World of Alan Brett)*, Robert Garret, 1972
50. *RETRATO TERMINADO (Final Portrait)*, Vera Caspary, 1972
51. *LA DAMA FANTASMA (Phantom Lady)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1973
52. *SI DESEAS SEGUIR VIVIENDO (Want to Stay Alive?)*, James Hadley Chase, 1973
53. *¿QUIERES VER A TU MUJER OTRA VEZ? (If you want to see your wife again)*, John Craig, 1973
54. *EL TELÉFONO LLAMA (The Phone Calls)*, Lillian O'Donnell, 1973
55. *ACTO DE TERROR (Act of Fear)*, Michael Collins, 1973
56. *EL HOMBRE DE NINGUNA PARTE (Man from Nowhere)*, Stanley Ellin, 1973
57. *LA ORGANIZACIÓN (The Organization)*, David Anthony, 1973
58. *EL CADÁVER DE UNA CHICA (The Body of a Girl)*, Michael Gilbert, 1973
59. *LA SOMBRA DEL TIGRE (Shadow of a Tiger)*, Michael Collins, 1973

- !60. *EL SÍNDROME FATAL (The Walter Syndrome)*, Richard Neely, 1973
- !61. *¡PÁNICO! (Panic)*, Bill Pronzini, 1973
- !62. *PEÓN DAMA, (Queen's Pawn)*, Victor Canning, 1973
- !63. *CITA EN LA OSCURIDAD (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1974
- !64. *TRAFICANTE DE NIEVE (The Snowman)*, Arthur Maling, 1973
- !65. *ESTÁS SOLO CUANDO ESTÁS MUERTO (You're Lonely When You're Dead)*, James Hadley Chase, 1974
- !66. *SANGRE A LA LUZ DE LA LUNA (Blood on a Harvest Moon)*, David Anthony, 1974
- !67. *SIN DINERO, A NINGUNA PARTE (You're Dead Without Money)*, James Hadley Chase, 1974
- !68. *LA AMANTE JAPONESA (The Japanese Mistress)*, Richard Neely, 1974
- !69. *NO USES ANILLO DE BODA (Don't Wear Your Wedding Ring)*, Lillian O'Donnell, 1974
- !70. *ACUÉSTALA SOBRE LOS LIRIOS (Lay Her Among The Lillies)*, James Hadley Chase, 1974
- !71. *EL HOMBRE XYY, (The XYY man)*, Kenneth Royce, 1974
- !72. *LA EFIGIE DERRETIDA (The Melting Man)*, Victor Canning, 1974
- !73. *LA ESPECIALIDAD DE LA CASA (The Specialty of the House)*, Stanley Ellin, 1975
- !74. *LA ESTRANGULACIÓN (Stranglehold)*, Gregory Cromwell Knapp, 1975
- !75. *EL SUDOR DEL MIEDO (The Sweat of Fear)*, Robert C. Dennis, 1975
- !76. *ACUPUNTURA Y MUERTE (The Acupuncture Murders)*, Dwight Steward, 1975
- !77. *DING DONG (Dingdong)*, Arthur Maling, 1975
- !78. *CASTILLO DE NAIPES (House of Cards)*, Stanley Ellin, 1975
- !79. *EL LLANTO DE NÉMESIS*, Roger Ivnes (Roger Pla), 1975
- !80. *TÉ EN DOMINGO (Tea on Sunday)*, Lettice Cooper, 1975
- !81. *ASESINO EN LA LLUVIA (Killer in the Rain)*, Raymond Chandler, 1975
- !82. *LA CABEZA OLMECA (The Olmec Head)*, David Westheimer, 1976
- !83. *CRESTA ROJA (Firecrest)*, Victor Canning, 1976
- !84. *EL BUITRE PACIENTE (The Vulture is a Patient Bird)*, James Hadley Chase,
- !85. *EL GRITO SILENCIOSO (The Silent Scream)*, Michael Collins, 1976
- !86. *EL ORÁCULO ENVENENADO (The Poison Oracle)*, Peter Dickinson, 1976
- !87. *CON LAS MUJERES NUNCA SE SABE (You Never Know With Women)*, James Hadley Chase, 1976
- !88. *CIELO TRÁGICO (The Dreadful Lemon Sky)*, John D. MacDonald, 1976
- !89. *LUCHAR POR ALGO (Something Worth Fighting For)*, Reg Gadney, 1976
- !90. *HAY UN HIPPIE EN LA CARRETERA (There's a Hippie on the Highway)*, James Hadley Chase, 1976
- !91. *CINCO ACCESOS AL PARAÍSO (Five Roundabouts to Heaven)*, John Bingham, 1976

92. *LA NOVIA VISTIÓ DE LUTO (The Bride Wore Black)*, Cornell Woolrich, 1976
93. *LAMENTO TURQUESA (The Turquoise Lament)*, John D. MacDonald, 1976
94. *LA MUERTE DEL AÑO (This Year's Death)*, John Godey, 1977
95. *PRISIONERO EN LA NIEVE (Snowbound)*, Bill Pronzini, 1977
96. *GOLPE FINAL (Knock Down)*, Dick Francis, 1977
97. *TRAFICANTES DE NIÑOS (The Baby Merchants)*, Lillian O'Donnell, 1977
98. *SERENATA DEL ESTRANGULADOR (Strangler's Serenade)*, William Irish (Cornell Woolrich), 1977
99. *UN AS EN LA MANGA (An Ace Up My Sleeve)*, James Hadley Chase, 1977
300. *LA DAMA DE MEDIANOCHE (The Midnight Lady and the Mourning Man)*, David Anthony, 1977
301. *CÁLCULO DE PROBABILIDADES (The Probability Factor)*, Walter Kempley, 1977
302. *LA MARCA DE KINGSFORD (The Kingsford Mark)*, Victor Canning, 1977
303. *DISQUE 577 (Dial 577 R-A-P-E)*, Lillian O'Donnell, 1977
304. *PECES SIN ESCONDITE (Goldfish Have No Hiding Place)*, James Hadley Chase, 1977
305. *NO ME APUNTES CON ESO (Don't Point That Thing at Me)*, Kyril Bonfiglioli, 1978
306. *OPERACIÓN LEÑADOR (The Woodcutter Operation)*, Kenneth Royce, 1978
307. *EL ESQUEMA RAINBIRD (The Rainbird Pattern)*, Victor Canning, 1978
308. *LA FORTALEZA (Stronghold)*, Stanley Ellin, 1978
309. *EN EL HAMPA (Spider Underground)*, Kenneth Royce, 1978
310. *LA HERMANA DE ALGUIEN (Somebody's Sister)*, Derek Marlowe, 1978
311. *TOC, TOC. ¿QUIÉN ES? (Knock, knock, Who's There?)*, James Hadley Chase, 1978
312. *LA MÁSCARA DEL RECUERDO (The Mask of Memory)*, Victor Canning, 1978
313. *PRÁCTICA DE TIRO (Target Practice)*, Nicholas Meyer, 1978
314. *SI USTED CREE ESTO... (Believe This, You'll Believe Anything)*, James Hadley Chase, 1978
315. *MIENTRAS EL AMOR DUERME (While Love Lay Sleeping)*, Richard Neely, 1979
316. *EL PAÍS DE JUDAS (Judas Country)*, Gavin Lyall, 1979
317. *MUÉRASE, POR FAVOR (Do Me A Favour - Drop Dead)*, James Hadley Chase, 1979
318. *LA HORA AZUL (The Blue Hour)*, John Godey, 1979
319. *EN EL MARCO (In the Frame)*, Dick Francis, 1979
320. *PREGUNTA POR MÍ, MAÑANA (Ask for Me Tomorrow)*, Margaret Millar, 1979
321. *FIGURA DE CERA (Waxwork)*, Peter Lovesey, 1979
322. *UNA NOVIA PARA HAMPTON HOUSE (A Bride for Hampton House)*, Hillary Waugh, 1979
323. *TRABAJO MORTAL (Leisure Dying)*, Lillian O'Donnell, 1979
324. *JUEGO DIABÓLICO (Schroeder's Game)*, Arthur Maling, 1979

325. *VIAJE A LUXEMBURGO (The Luxembourg Run)*, Stanley Ellin, 1979
326. *ASUNTO DE FAMILIA (A Family Affair)*, Rex Stout, 1980
327. *ZURICH / AZ 900, (Zurich / AZ 900)*, Martha Albrand, 1980
328. *POR ORDEN DE DESAPARICIÓN (In Order of Disappearance)*, Simon Brett, 1980
329. *CONSIDÉRATE MUERTO (Consider Yourself Dead)*, James Hadley Chase, 1980
330. *EL CABALLO DE TROYA (The Trojan Horse)*, Hammond Innes, 1980
331. *AMO Y MATO (I Love, I Kill)*, John Bingham, 1980
332. *TENGO LOS CUATRO ASES (I Hold the Four Aces)*, James Hadley Chase, 1980
333. *OLIMPIADA EN MOSCÚ (Trail Run)*, Dick Francis, 1980
334. *EL ASESINATO DE MRS. SHAW (The Murder of Miranda)*, Margaret Millar, 1980
335. *AL ESTILO HAMMETT (Hammett)*, Joe Gores, 1980
336. *UN LOCO EN MI PUERTA (Madman at My Door)*, Hillary Waugh, 1980
337. *LOS EJECUTORES (The Terminators)*, Donald Hamilton, 1980
338. *EL TOQUE DE SATÁN (Satan Touch)*, Kenneth Royce, 1981
339. *CRÍMENES IMPERFECTOS (Mes crimes imparfaits)*, Alain Demouzon, 1981
340. *EL NEGRO SENDERO DEL MIEDO (The Black Path of Fear)*, Cornell Woolrich, 1981
341. *DETRÁS, CON UN REVÓLVER (After You With the Pistol)*, Kyril Bonfiglioli, 1981
342. *LA ESTRELLA DESLUMBRANTE (Star Light, Star Bright)*, Stanley Ellin, 1981
343. *LA ESPECTADORA (The Watcher)*, Kay Nolte Smith, 1981
344. *RIESGO MORTAL (Risk)*, Dick Francis, 1981
345. *LA FOTO EN EL CADÁVER (Photo Finish)*, Ngaio Marsh, 1981
346. *NINGÚN ROSTRO EN EL ESPEJO (No Face in the Mirror)*, Hugh McLeave, 1981
347. *LA PRUEBA DECISIVA (Murder Mistery)*, Gene Thompson, 1981
348. *UN CADÁVER DE MÁS (One Corpse Too Many)*, Ellis Peters, 1981
349. *EL LARGO TÚNEL (Adieu, La Jolla)*, Alain Demouzon, 1981
350. *CAMBIO RÁPIDO (Quick Change)*, J. Cronley, 1982
351. *LOS ENVENENADORES (The Poisoners)*, Donald Hamilton, 1982
352. *HUELGA FRAGUADA (The Renshaw Strike)*, Ian Stuart, 1982
353. *VÍCTIMAS (Victims)*, B. M. Gill, 1982
354. *EL CASO DE LA MUERTE ENTRE LAS CUERDAS (Case with Ropes and Rings)*, Leo Bruce, 1982
355. *ASESINATO EN EL CLUB (Rubout at the Onyx)*, H. Paul Jeffers, 1982
356. *EL CASO PARA TRES DETECTIVES (Case for Three Detectives)*, Leo Bruce, 1982
357. *CONTRAGOLPE (Counterstroke)*, Andrew Garve, 1982
358. *Y SI VINIERA EL LOBO... (Wolf! Wolf!)*, Josephine Bell, 1982
359. *ROSTROS OCULTOS (Hidden Faces)*, Peter May, 1982
360. *TANTA SANGRE (So Much Blood)*, Simon Brett, 1982
361. *UN CASO PARA EL SARGENTO BEEF (Case for Sergeant Beef)*, Leo Bruce, 1982

- 362. *EL FALSO INSPECTOR DEW (The False Inspector Dew)*, Peter Lovesey, 1983
- 363. *LOS DESTRUCTORES (The Ravagers)*, Donald Hamilton, 1983
- 364. *CABEZA A CABEZA (Neck and Neck)*, Leo Bruce, 1983
- 365. *ENGAÑO (Dupe)*, Liza Cody, 1983
- 366. *LOS INTIMIDADORES (The Intimidators)*, Donald Hamilton, 1983
- 367. *SANGRE FRÍA*, Leo Bruce (novela anunciada para esta colección, pero finalmente publicada en la serie «Grandes maestros del suspenso» de Emecé)



ANTHONY BERKELEY COX (5 de julio de 1893 - 9 de marzo de 1971), escritor británico del género policial que a lo largo de su vida escribió bajo varios nombres: Francis Iles, Anthony Berkeley, y A. Monmouth Platts.

Nació en Watford, Inglaterra, y estudió en el Sherborne School; University College de Londres. Ejerció la abogacía y se dedicó a la política, la diplomacia y el periodismo. Sus primeros trabajos en esta actividad, el periodismo, fueron escritos humorísticos para la revista *Punch*, en la que colaboró asiduamente.

Durante la Primera Guerra Mundial prestó servicios en el ejército y posteriormente ejerció como periodista en el *Daily Telegraph*, en la década de los años 30, después de la Segunda Guerra Mundial trabajó para el *Sunday Times* y para *The Guardian* de mediados de los años 50 hasta 1970.

En 1925 publicó, anónimamente, su primera novela de misterio y, en 1928, fundó el «Detection Club», en Londres del que fue primer secretario honorario. Firmó gran parte de sus obras con el seudónimo de Francis Iles y escribió también obras de humor. También realizó numerosos guiones cinematográficos.

Notas

[1] El autor hace un juego de palabras alrededor de la expresión all and sundry (todos y de toda laya), reemplazando sundry por hungry (hambriento). (N. de la T.) <<

[2] En francés en el texto original (N. de la T.) <<

[3] En francés en el texto original. (N. de la T.) <<

[4] Famoso caso criminal norteamericano. (N. de la T.) <<

[5] El año va referido siempre a la fecha de la publicación de la obra en esta colección, no al año de su edición original. *(N. del E. D.)* <<

INVESTIGADOR	MÓVIL	PUNTO DE VISTA	ASPECTO NOTABLE	MÉTODO DE INVESTIGACIÓN	CASO SIMILAR	CRIMINAL
Sir Charles Wildman	Beneficio	<i>Cui bono</i>	Papel para cartas	Inductivo	Marie Lafarge	Señora Pennefather
Sra. Fielder-Flemming	Eliminación	<i>Cherchez la femme</i>	Triángulo oculto	Intuitivo e inductivo	Molineux	Sir Charles Wildman
Bradley (1)	Experimento	Escritor de novelas policíacas	Nitrobenceno	Deducción científica	Dr. Wilson	Bradley
Bradley (2)	Celos	Carácter de Sir Eustace	Conocimiento de criminología del asesino	Deductivo	Christina Edmunds	Mujer sin nombre
Sheringham	Beneficio	Carácter del señor Bendix	Apuesta	Deductivo e inductivo	Carlyle Harris	Bendix
Srta. Dammers	Eliminación	Psicología de los participantes	Carácter del criminal	Deducción psicológica	Tawell	Sir Eustace Pennefather
Policia	Convicción o deseo de matar	General	Indicios materiales	Rutina	Horwood	Fanático o demente desconocido

<<